

SANDRA BREE

La última danza

Las huérfanas de Hopeless Park 2

Selecta

La última danza

SERIE
Las huérfanas de Hopeless Park 2

Sandra Bree

Selecta

A Lola Gude, porque no podría tener una editora mejor.
Gracias por tu mirada, tu paciencia y tu forma de cuidar cada palabra

A Almudena Muñoz, por leerse todo lo que escribo,
por sus consejos, por estar siempre

A quienes me leen, me siguen y me acompañan
en cada aventura.

Y a quienes me descubrirán con esta historia.
Gracias por estar al otro lado

Prólogo

Jamás habría imaginado que volvería a cruzarse con aquella mujer. Christopher Holt permanecía en la penumbra del despacho, junto a la ventana de guillotina, donde la luz grisácea del cielo londinense se filtraba con desgana. Desde su rincón observaba a Simon Lambert conducir las entrevistas con la eficiencia de un contable y la calidez de un perchero. Frente a él, sentada con la espalda recta y las manos cruzadas sobre el regazo, estaba ella. La misma mujer con la que había tropezado en París el año anterior. La que sin previo aviso le había arrojado una manzana a la cara con la puntería de un artillero napoleónico.

Christopher se inclinó ligeramente, intentando disimular su presencia. Ella aún no lo había visto. O al menos fingía no haberlo hecho. Su voz era serena; su dicción, impecable; y respondía con una compostura que habría hecho enmudecer a más de un miembro del Parlamento.

Los hermanos Flint, antiguos directores de una compañía de ballet ahora extinta por las inclemencias financieras, le habían rogado que considerara a algunos de sus empleados. Por lealtad, y quizá por culpa, Christopher había accedido. Melissa no era bailarina, sino

asistente. Según los Flint, era resolutiva, inteligente, independiente y, por añadidura, testaruda como una mula de Yorkshire.

Tres años llevaba con ellos y hablaban de ella con mucho afecto. Por eso la habían recomendado personalmente, pero nada de eso lo había preparado a él para el descubrimiento de que aquella joven de modales refinados era la misma que, en un mercado parisino, le había lanzado una fruta con la furia de una tragedia griega. Él, por fortuna, tenía buenos reflejos. Detuvo la manzana en el aire como si fuera un balón de críquet. No se la devolvió y no fue por falta de ganas, sino porque en el fondo le pareció encantadora y diabólicamente hermosa.

Cambiando de postura, cruzó los brazos sobre el pecho y se recostó contra el marco de la ventana. Su mirada no se apartaba de ella. Se preguntaba si lo recordaría. Él, desde luego, no había podido olvidarla. Su silueta era esbelta; su andar, grácil; y llevaba el cabello recogido en un moño voluminoso del que escapaban algunos mechones rebeldes que acariciaban su cuello largo y elegante, como el de un cisne.

Christopher debió hacer algún ruido —quizá el crujido de su bota sobre el entarimado o el leve suspiro que se le escapó—, o tal vez fue la mirada de Simon, que se desvió hacia él en ese preciso instante. Sea como fuere, la mujer se volvió en la silla y lo miró con sorpresa.

—Discúlpeme, no lo vi al entrar —dijo ella, con voz suave y educada.

Christopher esbozó una sonrisa.

—Pues aquí he estado todo este tiempo.

Aunque la había visto en Francia, ella era inglesa. De Londres, para más señas. El rapapolvo que le había propinado el día de la fruta voladora había sido en inglés, sin el menor reparo por si él

comprendía o no, tal vez pensando que su indignación no necesitaba traducción.

Melissa lo miraba fijamente, provocándole un remolino de pensamientos y sensaciones. Él recordó sus cejas bien delineadas, los grandes ojos color miel más bonitos que hubiera visto nunca, y una boca plena y rosada como las fresas maduras.

Ella no lo reconoció. Estaba seguro de ello, porque después de unos segundos bajó la vista, turbada, y se removió incómoda en la silla.

—Señorita Lockwood —intervino Simon con formalidad—, le presento al señor Holt. El propietario de la compañía.

Ella se inclinó con gracia sin hacer ninguna intención de levantarse. Quizá porque se encontraba muy nerviosa o porque confiaba demasiado en que le daría el puesto. Christopher respondió con una leve reverencia de cabeza, más por cortesía que por protocolo.

—¿Entonces usted es el que manda aquí? —le preguntó Melissa con voz dulce y un poco temblorosa.

—Así es.

—Espero que me contrate. Le aseguro que no se arrepentirá conmigo. Sé coser, soy ordenada y aprendo rápido cualquier cosa.

Christopher la observó. Había algo en su tono, en la forma en que lo miraba, que lo desarmaba. Había conocido mujeres muy bellas, despampanantes, pero no tenía duda de que Melissa Lockwood superaba a todas. Tenía un rostro precioso, unos labios que pedían a gritos ser devorados, mirada intensa y un cuerpo delicioso. Simplemente era exquisita, del modo en que cualquier hombre desearía conocerla. Su pulso se aceleró y tuvo que hacer un esfuerzo para controlar la respiración.

—La tendremos a prueba.

El bello rostro de aquella diablesa se iluminó de repente.

—¡Oh, gracias! ¡Gracias!

Él evitó sonreír, obligado a mantener el aire de autoridad que tanto le estaba costando sostener frente a ella. Fastidiado al presentir el inicio de una incómoda erección, dirigió la mirada hacia Simon y le hizo una señal para que continuara.

—¿Su última dirección, señorita Lockwood?

—No tengo ninguna fija. He acompañado a los señores Flint estos años.

—¿Familiares?

Melissa se mordió el labio inferior, gesto que a Christopher le pareció peligrosamente encantador y erótico.

—Tengo tres hermanas, pero... desconozco dónde están.

Christopher dio un paso hacia ella. El dulce aroma que la mujer desprendía estuvo a punto de atolondrarlo.

—¿Cuándo puede comenzar, señorita Lockwood?

—Hoy mismo si usted lo desea. Por ahora sigo alojada en la casa que los señores Flint alquilaron para la compañía, pero en una semana debemos abandonarla.

La voz femenina era como una caricia que se enroscaba en su nuca y le ponía el vello de punta.

—De acuerdo. Creo que, entonces, eso es todo. Simon, dale la dirección de la pensión de la señora Grant. Señorita Lockwood, no queremos entretenerla más. —Se inclinó hacia ella y le tendió la mano. Ella la aceptó con una sonrisa de oreja a oreja—. Bienvenida a bordo. La señora Storm le informará sobre sus tareas.

Ella arqueó sus bonitas cejas.

—¿La señora Storm? —inquirió con curiosidad—. ¿Quién es?

Christopher cambió de postura y dirigió la mirada hacia un cartel que colgaba de la pared. Era la imagen de una bailarina joven,

suspendida en sus puntas, con los brazos alzados abrazando el aire.

—Ella es la señora Storm y la persona a quien hay que obedecer. Y debo advertirle que es una mujer muy exigente.

Melissa, con la boca apenas entreabierta, asintió con lentitud, al tiempo que se levantaba sin soltarle la mano. Christopher se limitó a observarla, sintiendo que su belleza se le clavaba como una espina suave, imposible de ignorar.

Indudablemente, la señorita Lockwood había oído hablar de aquella bailarina. ¿Quién no conocía a una de las figuras más notables de la danza? «La dama de las nieves», o como en realidad se llamaba, Anna Storm.

—¡Será un placer para mí poder conocerla en persona!

Christopher inclinó la cabeza.

—Ahora es la directora de coreografías.

Y no solo eso. Anna decidía el orden de los bailarines, los papeles principales, el vestuario... Por más que le incomodara, él mismo le había otorgado ese poder y ya no podía retractarse. Prácticamente era ella quien mandaba, aunque le gustaba pensar que si estaba allí, era porque él se lo permitía.

—Tenga cuidado con lo que dice o hace en su presencia —añadió —. La señora Storm no tolera que nadie la contradiga.

Ella se dio cuenta de que aún seguía agarrada a su mano y, turbada, lo soltó con disimulo.

—Gracias por la advertencia, señor Holt, pero soy una persona que sabe cumplir con su trabajo. Y bastante dócil, por cierto.

Christopher contuvo una carcajada. Ya conocía lo «dócil» que podía ser. Sus improperios eran capaces de sonrojar al más curtido de los marineros. Estaba seguro de que sería delicioso verla perder los papeles en más de una ocasión. Porque aquella primera vez había sido muy divertido, aunque en un principio había sentido

deseos de ahorcarla por el bochorno que le había hecho pasar en plena calle.

Simon se puso en pie.

—Puede marcharse ya, señorita Lockwood. Aquí tiene la dirección de la pensión.

Melissa tomó la nota con delicadeza e hizo una reverencia breve pero impecable, mientras Christopher, como buen caballero que era, le abría la puerta. La mujer salió del despacho con la elegancia felina de una pantera joven.

Fue entonces, justo después de cerrar con más ímpetu del necesario, que Christopher se volvió hacia su amigo con una sonrisa traviesa y los ojos igual de chispeantes que si le hubiera robado un dulce a la niñera.

Simon alzó una ceja.

—¿Me he perdido algo?

—No, nada. Es solo que ella no me recuerda —explicó—, pero ya nos habíamos visto antes.

—¡No puede ser! ¿Entre ella y tú...?

—No —contestó alargando la o más de lo normal, sacudiendo la cabeza al tiempo que le guiñaba un ojo—. Si hubiera sido así, créeme, no se habría olvidado.

Antes de que Simon pudiera replicar con alguna de sus observaciones punzantes, unos golpes torpes en la puerta interrumpieron la conversación. Christopher giró la cabeza y fue su turno de mostrarse sorprendido. Se dio cuenta de que algo no cuadraba: parte de la falda de la señorita Lockwood había quedado atrapada en la puerta.

Giró el picaporte y se encontró cara a cara con una Melissa completamente abochornada, con las mejillas tan encendidas que parecía que había corrido en corsé por un pasillo lleno de gente.

—Me ha pillado el vestido —advirtió.

—Lo siento mucho —balbuceó él, intentando parecer más caballero que culpable—. Debe pensar que soy un maleducado, pero le prometo que ha sido un accidente casual.

Ella evitó mirarlo y encogió los hombros con ligereza, en un gesto lleno de feminidad espontánea, expresión suficiente para dejar claro su desagrado, lo cual era señal inequívoca de que la forma en que la había expulsado del despacho no había sido precisamente la ideal. Murmuró algo que sonó a «gracias» o «maldito seas» —difícil saberlo— y, tras sacudirse la falda, desapareció por el corredor con la dignidad de una reina.

Simon, que ya estaba con la mosca detrás de la oreja y el zorro detrás de la sonrisa, se inclinó hacia adelante.

—¿Qué acaba de pasar?

—Nada —respondió Christopher. Esta vez cerró la puerta como si el pomo lo pudiera morder.

—¿Nada? —repitió Simon, repantigado en la silla.

Christopher se llevó el dedo índice a los labios para que bajara la voz.

—Shhh. Uno nunca sabe quién puede estar escuchando.

—Me sorprendes, amigo. Le cerraste la puerta a esa mujer casi que en las narices —dijo Simon, con una sonrisa que ya era carcajada—. O mejor dicho, casi en las nalgas.

—No seas absurdo —acotó, y enseguida temió que su respuesta hubiera sido demasiado defensiva—. Ella salió muy despacio y yo estaba pensando en otras cosas. Creí que ya estaba fuera.

—Ajá. —Simon arqueó las cejas y declaró—: Te gusta esa mujer.

—¡¿Qué mujer?! No digas necedades —replicó molesto.

Lo malo de todo era que Simon lo conocía demasiado bien como para querer mentirle.

—No lo diré, tranquilo. Pero en mi época de cura vi demasiadas bodas.

—¿Has sido cura? —Se echó a reír—. ¿Cómo que nunca me has contado esa faceta de tu vida?

—Lo intenté, pero me es imposible ser fiel a una sola mujer. Adoro a todas. Eso no significa que no haya estado en bastantes bodas.

Christopher sacudió la cabeza.

—Eres demasiado... romántico. Ves cosas donde no las hay.

Simon se encogió de hombros.

—Si tú lo dices. Pero de que esa mujer te atrae no tengo ninguna duda.

Christopher dejó de fingir, sabiendo que no iba a servir de nada.

—¿Tanto se me nota?

—Como un elefante en una tienda de porcelana.

—No es lo que te imaginas.

—Claro que no. Tú solo cierras puertas sobre faldas por accidente. Muy profesional.

Antes de que Christopher pudiera defender su honor, o pudiera explicarse, volvieron a llamar. El siguiente candidato entró enseguida, por lo que el tema quedó aparcado, aunque la sonrisa de Simon prometía que no tardaría en retomar el asunto.

Todavía quedaban varias personas por entrevistar, así que Christopher regresó a su puesto habitual junto a la ventana, donde la luz natural le permitía fingir que no estaba escuchando con atención. En realidad no se perdía ni una palabra. Le gustaba estar presente, observar los gestos, las vacilaciones, las promesas exageradas... Era como asistir a una obra de teatro improvisada con aspirantes a empleados como protagonistas. Especialmente cuando se trataba de bailarines: esos seres dramáticos, flexibles y propensos a las metáforas corporales.

Christopher conocía muy bien ese mundo. Había nacido en una habitación demasiado grande y sin el calor de una cuna esperada. Era hijo de una bailarina —no una cualquiera—, sino de una de las más grandes que los escenarios del continente habían visto. Aclamada, celebrada, envuelta en ovaciones. Una estrella.

Pero también había sido una muchacha ingenua cuando conoció a aquel caballero que le prometió la luna y terminó dándole el infierno. Christopher fue el infierno.

Su madre se retiró del espectáculo, como lo haría cualquier artista que dependiera de su cuerpo como de un instrumento, hasta que él nació. Entonces ella simplemente se apartó de él y lo dejó al cuidado de una familia, pensando, quizá, que al abandonarlo podría seguir su camino, intacta. Pero el público tenía memoria y las compañías sus propias estrellas. No fue fácil y sin embargo no se rindió. Estaba tan obstinada en volver a ser lo que fue que se casó con el director de una compañía. Un hombre discreto, generoso, que creyó ver en ella una bailarina por pulir de nuevo. Él fue quien insistió en llevar a Christopher consigo y sacarlo del campo. Y así se crio entre camerinos, al punto de aprender a sostenerse en puntas antes de saber escribir.

Había sido bailarín.

Pero lo que empezó como un juego pronto se volvió una carga. Su madre dejó de intentar recuperarse a sí misma para intentar vivir a través de él.

Lo culpó por su caída, por los años perdidos, y luego pretendió que su gloria viniera con su éxito, como si con cada aplauso que recibía Christopher se redimiera algo en ella.

Durante un tiempo él bailó con gusto. Era bueno. Natural. Tenía el cuerpo, el oído y el don, pero ella empezó a exigirle y nunca era suficiente.

A los catorce ya era el bailarín más joven y mejor considerado del país. Su estatura ayudaba: podía emparejarse con bailarinas adultas sin parecer un niño entre mujeres. Pero por dentro, todo aquello lo fue asfixiando.

No supo si lo hizo por rabia o por necesidad. Solo que, un día, dejó de bailar. Así. De golpe. Renunció a todo. A los ensayos, a las funciones, a los teatros...

Con ello pretendió castigar a su madre por no haber sabido serlo. Por querer un trofeo en vez de un hijo.

Poco después, Edward Holt, el hombre que le dio su apellido, enfermó. Él se hizo cargo de la compañía tomando las riendas sin prisa, hasta que con el tiempo se volvió suya. En más de una ocasión pensó en dejarlo.

De aquella época ya no quedaba nadie, excepto Anna Storm.

Capítulo 1

La proximidad del señor Holt le había resultado extrañamente perturbadora. Alto, moreno, de ojos oscuros y muy atractivo. No debía tener más de treinta años, aunque su porte y su forma de hablar daban la impresión de que había vivido tres vidas antes de llegar a esta. Sin embargo, había algo en él que le resultaba familiar. La sensación de haberlo visto antes y no saber dónde.

Lo cierto era que Melissa había pasado los últimos años viajando por Europa con los hermanos Flint, saltando de ciudad en ciudad, de teatro en teatro, como una pieza más del engranaje artístico. París, Viena, Bruselas, Milán... Lugares que se mezclaban en su memoria como decorados de una obra que nunca terminaba. En ese tiempo, los rumores sobre la situación económica de la compañía habían empezado a circular como notas desafinadas. Pero todos, incluso ella, habían preferido ignorarlos. Fingir que el telón nunca caería.

Por suerte, los Flint eran hombres decentes. Les habían entregado cartas de recomendación escritas con afecto. Melissa había estado preocupada, claro. A pesar de haber conseguido ahorrar algo de dinero, sabía que no le alcanzaría para mucho más que una temporada de subsistencia. Y la idea de terminar fregando suelos en

alguna fábrica no le parecía ni romántica ni cómica. Ya había pasado por eso cuando a los trece años se vio obligada a salir del orfanato. Aquella era la edad en la que consideraban que un niño podía valerse por sí mismo. Qué ironía.

Sí, cierto. La directora del centro le consiguió el trabajo. Limpiadora en una fábrica de hierro cuyo olor le revolvía las tripas desde el primer día. El aire estaba impregnado de óxido, grasa y humo, una mezcla que se le quedaba pegada a la piel y al cabello, por más que se lavara. Los ruidos eran constantes: martillos golpeando, cadenas arrastrándose, gritos de operarios que parecían no tener tiempo ni para respirar. Todo era áspero, sucio, hostil.

A cambio, le ofrecían un cuartucho minúsculo en la misma fábrica, con una cama de muelles que chirriaba al menor movimiento, una manta rasposa y una ventana que no cerraba bien. Le daban un bollo al mediodía —pan duro con algo que parecía queso— y unas pocas monedas que apenas servían para comprar jabón y papel. No había descanso. Solo días que se repetían como una condena.

Melissa había sobrevivido, pero no sin cicatrices.

Por eso, cuando pensaba en volver a ese tipo de vida, el estómago se le encogía. No quería regresar a los olores que la perseguían en sueños ni a los ruidos que le impedían pensar.

Ahora se aferraba con uñas y dientes a cada oportunidad que se le presentaba, porque sabía lo que era no tener nada.

Por fortuna, el señor Holt la había contratado, y excepto porque parecía que la había echado del despacho a toda prisa, la había tratado con respeto y con cortesía. Para alguien como ella, acostumbrada a ser útil pero invisible, había sido desconcertante.

—Mel, ¿qué te han dicho?

Ophelia y Martha la interceptaron justo al doblar la esquina del pasillo. Ambas aguardaban su turno para entrevistarse. Eran

bailarinas de las que suelen llamar «de relleno»: gráciles, sonrientes, y perfectamente conscientes de que su papel era ocupar espacio con elegancia. No aspiraban a ser solistas ni a tener su nombre en los carteles. Su ambición terminaba en una reverencia bien hecha y un aplauso compartido.

Habían congeniado muy bien desde el mismo momento de conocerlas. Ambas eran alegres, dicharacheras, y su tema preferido era hablar de hombres.

A Melissa le gustaba escucharlas, porque a pesar de la edad —ella era mayor—, era la más inocente de las tres en esos temas. Principalmente porque era algo que nunca le había interesado. Había estado siempre tan obsesionada por volver a reunirse con sus hermanas y tener un futuro sin carencias que apenas prestaba atención a nadie.

—Me han contratado.

—¡Qué suerte! —exclamó Ophelia, con una sonrisa que parecía sacada de una caja de bombones.

—¿Y el señor Holt? ¿Es tan guapo como dicen? —añadió Martha, que tenía una habilidad especial para detectar hombres atractivos a través de paredes de ladrillo.

Melissa se encogió de hombros, fingiendo indiferencia.

—Es... correcto.

—¿Correcto? —repitió Ophelia, arqueando las cejas—. Melissa Lockwood, eso no ha sonado nada correcto.

La joven no respondió. En realidad no sabía cómo describir lo que había sentido. La forma en que él la había mirado. La manera en que su voz había hecho que sus pensamientos se desordenaran. El señor Holt imponía con su sola presencia: más de metro noventa de estatura, una silueta tallada como mármol y un rostro que parecía esculpido entre la belleza y la sombra. Sus ojos, oscuros y

profundos, tenían el poder de desnudar el alma. Y su boca... su boca era perfecta.

—¿Compartimos dormitorio otra vez? —preguntó Martha, cambiando de tema, cosa que Melissa agradeció—. Bueno, si nos contratan también.

—Sí, como siempre —respondió, sonriendo. Las tres habían compartido habitación desde que se conocieron tres años antes. Cuartos modestos con camas estrechas, paredes de papel y ventanas que daban a callejones o patios donde los gatos campaban a sus anchas—. Deseo que tengáis suerte. Sed vosotras mismas.

En realidad deseaba suerte a todos, aunque algunos ya habían optado por marcharse y buscar fortuna en otras compañías de más renombre.

Se despidieron unos minutos más tarde, y Melissa fue directamente a por sus cosas para trasladarse a la pensión. Se demoró adrede, esperando saber quién más de sus compañeros se mudaría con ella. Se alegró mucho cuando Martha y Ophelia regresaron con una sonrisa de oreja a oreja dando la noticia de que también estaban contratadas.

—¿Y John? ¿Sabéis algo? —preguntó Melissa.

John Rivers era un tipo estupendo, pelirrojo, dicharachero y bien parecido. Un calavera. Un sinvergüenza que la hacía reír. Se había liado con muchas bailarinas y otras tantas que no lo eran. Un picaflor de manual.

Con ella lo intentó, y no es que fuera más lista que las demás. Perfectamente podía haber quedado atrapada en sus redes, pues él sabía cómo hacer sentir bien a una mujer. Tenía una labia que era magnífica y las embrujaba a todas.

Melissa le tenía mucho afecto, pero no conseguía despertar en ella esa chispa que se suponía que tenían todas las mujeres al

enamorarse.

—Él ya ha empezado a celebrarlo —informó Martha—. Al parecer seguirá teniendo un papel principal. Está loco de contento.

Melissa suspiró aliviada.

—Menos mal. Se lo merece.

***

Dos meses después

El tren resopló con un último aliento de vapor antes de detenerse en la estación de Waverley. La compañía de danza descendió en tropel, envuelta en capas, sombreros, baúles, maletas y una nube de confusión.

Edimburgo los recibió con su habitual humedad. Era septiembre y la ciudad parecía recién salida de una novela de Dickens: calles empedradas, faroles de gas titilando como luciérnagas cansadas, y una bruma persistente que se colaba por los cuellos de los abrigos como una suegra entrometida. Las torres góticas de la Old Town se alzaban como dedos acusadores, mientras la New Town ofrecía elegantes avenidas georgianas que olían a té, libros y respetabilidad.

La compañía había sido invitada a representar *Giselle*, esa tragedia danzada que hacía llorar hasta a los críticos más duros, en el Theatre Royal, un edificio de fachada neoclásica y telones que olían a historia y a polvo de maquillaje.

Los bailarines se instalaron en una pensión cercana, en la cual Melissa se dedicó a organizar el caos con la eficiencia de un general prusiano, mientras que el señor Holt, Simon y la señora Storm recorrían el teatro con mirada crítica.

Si algo había aprendido la señorita Lockwood en sus primeros días con esa nueva compañía era que los camerinos no eran lugares para

la calma. Eran campos de batalla. Con faldas de gasa como armaduras, peines como espadas y egos que no cabían ni en el escenario principal. Y en medio de todo ese caos organizado, reinaba ella: Mary Jane Ashcroft, la primera bailarina. La emperatriz de las puntas. La reina sin corona, pero con más joyas que una duquesa en día de gala.

Mary Jane llevaba años en la compañía de Christopher Holt y lo hacía notar cada vez que abría la boca. Ella, en vez de caminar, desfilaba. En vez de hablar, pronunciaba. Y no saludaba, bendecía con su presencia. Era como si Cersei Lannister[1] hubiera decidido cambiar el Trono de Hierro por un tablado de madera y zapatillas de satén.

Melissa no era nueva en aquel mundo, pero con los hermanos Flint todo había sido diferente. Los silencios habían pesado más que las palabras y las rivalidades se disimulaban con sonrisas. Los camerinos eran espacios de rutina, no de guerra. Por eso, ahora todo le parecía más ruidoso, más competitivo, más despiadado. Más brillante también. Era como si el talento tuviera que abrirse paso a codazos.

Para desgracia de Melissa, que hasta entonces había logrado esquivar con cierta habilidad a Mary Jane Ashcroft, su primer encuentro directo con ella se produjo una tarde en la que el cielo parecía decidido a vengarse del mundo. Llovía a mares. Las calles estaban anegadas, embarradas, y el aire olía a humedad.

Dentro del teatro, Melissa se ocupaba de ordenar las partituras, concentrada en no tropezar con el desfile de miradas altivas y comentarios venenosos que la primera bailarina repartía igual que si fueran pétalos envenenados. Hasta que, inevitablemente, Mary Jane se dirigió a ella.

—¿Podrías no dejar tus cosas tan cerca de mi espejo? —dijo con

tono cortante, sin molestarse en fingir amabilidad.

Melissa se giró despacio, sin perder la compostura.

—Claro —contestó—. Aunque técnicamente ese espejo lo compartís seis personas.

Mary Jane alzó una ceja con gesto de desprecio.

—Sí, pero yo soy la que sale en el cartel.

Lo más curioso, pensaba Melissa, no era su actitud de diva, sino su obsesión por Christopher. Cada vez que él entraba en la sala, Mary Jane se transformaba. Su voz se volvía más dulce que un pastel de limón; su postura, más erguida que una columna corintia; y sus ojos brillaban como si acabara de ver a Byron resucitado.

—Christopher, querido —canturreaba, dejando que las palabras se deslizaran en notas suaves—. ¿Vendrás a ver mi ensayo esta tarde?

Él, por supuesto, respondía con un educado «veré si tengo tiempo», que en lenguaje humano significaba «prefiero meter la cabeza en una pecera».

Melissa no podía evitar divertirse. Era evidente que Christopher la soportaba por su talento, no por su carácter. Ella se paseaba convencida de que el corazón de Christopher ya le pertenecía, pero él parecía más comprometido con la escenografía que con sus encantos.

—¿No es fascinante? —le susurró Martha con ironía, mientras Mary Jane se ajustaba el corsé con la ayuda de dos compañeras.

—Sí. Como una tormenta en una taza de porcelana.

Su compañera apretó los labios con disimulo y arrugó la nariz.

—Su perfume es tan intenso que huele hasta aquí.

Melissa dobló una falda y la colocó en su brazo al tiempo que murmuraba:

—Va a marear a los violinistas. Qué irónica que es la vida.

—¿Por qué dices eso, Mel?

—Ella preparándose para interpretar a Giselle. —Se encogió de hombros con una sonrisa—. La campesina inocente. Mary Jane, inocente. —Rio con acidez.

Martha disimuló una carcajada, porque, en ese momento, a la que estaban criticando las miraba de reojo. Luego se puso un poco más seria y observó a Melissa con preocupación.

—No te estará intimidando, ¿verdad?

Ella negó.

—¡Claro que no! —le aseguró—. ¡Que ni se atreva! —Bajó la voz en forma de confesión—. Además, los villanos más elegantes también tropiezan.

Y ella estaba allí para ver cómo caía cada uno... con gracia, por supuesto. Porque estaba del todo segura de que la diva metería la pata en cualquier ocasión. No podía existir nadie tan prepotente que se librara de la justicia divina.

Otra que en un principio no le había gustado mucho había sido La dama de las nieves. A pesar de que hubo un tiempo que la había admirado, y no porque la hubiera visto bailar, ya que se había retirado cuando ella casi ni había nacido. En ese pequeño universo de gasas, cintas de seda y egos, su nombre se pronunciaba con tal solemnidad que uno esperaba verla llegar en carroza, rodeada de cisnes entrenados. La señora Anna Storm. Si alguien le hubiera dicho que acabaría llevándose bien con ella, probablemente se habría reído. O huido. Porque la primera vez que la vio, pensó que era una mezcla entre institutriz y emperatriz rusa. Alta, delgada, con un moño tan tirante que parecía sujetar el clima, y unos ojos grises que no miraban: atravesaban. La mujer no caminaba, se desplazaba como una sombra bien educada. Y cuando hablaba, el silencio se hacía por respeto... o por miedo.

Sí, Anna Storm era la directora de coreografías. Lo que, en

términos prácticos, significaba que mandaba más que el propio Christopher Holt, aunque él aún no lo había admitido del todo. Ella decidía quién bailaba, qué se bailaba, cómo se bailaba y, si se le antojaba, hasta quién respiraba entre acto y acto.

—Señorita Lockwood —le dijo una mañana, sin preámbulos ni sonrisas—. Las muchachas están dispersas como gallinas sin corral. Necesito que las organice antes del ensayo. Usted parece tener... autoridad natural.

«Autoridad natural». Lo dijo como si fuera una enfermedad leve. Pero lo cierto es que ella se lo tomó como un cumplido. Y desde entonces, Anna empezó a delegar en su persona pequeñas tareas que, poco a poco, se convirtieron en responsabilidades. Coordinar horarios, calmar nervios, evitar que Mary Jane robara el espejo central —otra vez—, y convencer a las más jóvenes de que no, no era buena idea ensayar con corsé completo.

La señora Storm no era fácil. Tenía la paciencia de un reloj de arena y la tolerancia de un gato mojado. Pero si uno hacía bien su trabajo, lo reconocía. A su manera. Una inclinación de cabeza. Un «correcto». Un leve levantamiento de ceja que, en su idioma, equivalía a una ovación.

Y Melissa, para su sorpresa, se llevaba bien con todas. Incluso con las más dramáticas. Incluso con las que lloraban porque se les había roto una cinta. Incluso con Mary Jane, aunque eso era más diplomacia que simpatía.

Se convirtió en una especie de mediadora, confidente y ocasional distribuidora de pañuelos. Las chicas la buscaban para todo: desde consejos sobre peinados hasta cómo evitar que Anna las fulminara con la mirada por llegar dos minutos tarde.

Otro día, mientras organizaba los baúles en el camerino y evitaba que una bailarina se pusiera colonia sobre las zapatillas —mejor no

preguntar sobre eso—, Anna se acercó con su habitual aire de tormenta a punto de estallar.

—Señorita Lockwood —dijo, sin levantar la voz—. El ensayo ha comenzado a tiempo. Las chicas están en posición y nadie ha llorado. Eso es... notable.

«Notable». Melissa se contuvo para no sonreír como una niña premiada. En su escala emocional, eso era casi un abrazo.

—Gracias, señora Storm. Intento que todo funcione como un reloj suizo.

—Los suizos no tienen que lidiar con bailarinas —respondió, y se marchó.

Desde entonces, su relación se había convertido en una especie de alianza silenciosa. Anna mandaba, Melissa ejecutaba. Anna gruñía, Melissa traducía. Y aunque nunca la llamaba por su nombre de pila ni le ofrecía una taza de té, sabía que confiaba en ella. Lo notaba en los encargos, en las miradas y en el hecho de que no le gritaba como al resto.

Y eso, en el mundo de la señora Storm, era casi cariño.

Capítulo 2

La tienda de telas Madame Beauchamp & Hijas olía a lavanda y polvo antiguo. Estaba situada en una callejuela elegante de Edimburgo, donde las piedras parecían haber sido colocadas por arquitectos con complejo de ajedrecistas. El escaparate exhibía rollos de seda igual que si se tratara de joyas, y las clientas que entraban lo hacían con tal solemnidad que parecían estar visitando una catedral.

Melissa empujó la puerta y se sacudió la lluvia del sombrero. Nada más poner un pie dentro notó que la dependienta, una mujer de rostro afilado y moño que parecía una torre defensiva, le daba un repaso de arriba abajo con una mirada que venía a decir «este no es tu sitio, querida».

Por si acaso se miró las botas, no fuera a ser que hubiera pisado barro. Pero no.

Puede que la mujer llevara razón y que las personas como ella no debieran entrar allí. Pero si la señora Storm había pedido que acudiera a esa tienda en concreto, no iba a desobedecerla.

No vestía tan lujosa como las dos clientas —iban de terciopelo pastel— que hojeaban catálogos con interés. Pero su vestido azul

oscuro no estaba tan mal. Si además añadía que su capa gris —la que había comprado antes de llegar a Escocia— era nueva, no tenía motivo para sentirse cohibida.

Sin embargo, la dependienta no debía opinar lo mismo. O tal vez era que tasaba mentalmente a todos sus clientes.

Melissa no llevaba joyas. Solo un viejo colgante de latón con la inicial de su nombre y un grabado con la flor de la melisa. Pocas veces se lo quitaba, pues era el único recuerdo físico que tenía de su familia. Cada una de sus hermanas llevaba el suyo. Violet, Rose y Camila.

Suponía que a sus padres les habían gustado mucho las flores. No podía estar segura. Pero en definitiva ese colgante no tenía ninguna clase de valor económico, solo sentimental.

Anna le había encargado cintas de seda azul noche, «ni muy oscuras ni muy claras, con cuerpo, pero sin rigidez, y que no brillen como una bailarina vulgar». Es decir, tenía que encontrar el Santo Grial en forma de cinta.

—¿Sí? —inquirió la dependienta, sin moverse del mostrador.

Melissa se acercó con una sonrisa educada.

—Buenos días. Busco cintas de seda azul noche. Me ha enviado la señora Storm. Son para la compañía de danza.

La mujer alzó las cejas.

—¿La señora Storm? —repitió.

—Sí. Alta, elegante. Me dijo que viniera aquí.

La dependienta frunció los labios.

—¿Tiene cuenta abierta?

Por un momento Melissa se quedó pensativa. Si la señora Storm hubiera tenido cuenta se lo habría dicho. Además, ¿cuántas compañías de ballet pasaban por allí con asiduidad como para no saber de quién le hablaba? Dudaba de que fueran más de tres al

año. Encogió los hombros.

—No lo sé —respondió.

—Entonces será mejor...

Iba a echarla de allí. Lo estaba viendo venir, por eso Melissa la interrumpió antes de que terminara la frase.

—Pero tiene reputación. Y eso, según tengo entendido, suele valer más que una cuenta.

Las clientas de al lado levantaron la vista, curiosas, pero no dijeron nada. Solo se removieron en sus asientos al sentir que el aire se había vuelto más interesante que el muestrario que sostenían en las manos.

La dependienta suspiró con fuerza, como si estuviera haciéndole un favor.

—Las cintas de seda están al fondo, pero no puedo garantizar que tengamos ese tono exacto. Es muy específico.

Melissa no se molestó en moverse del sitio. Esperaba que ella misma se las mostrara.

—Lo sé. Es como buscar un unicornio en una fábrica de caballos, aunque confío en su experiencia.

La mujer se giró con desgana y caminó hacia los estantes. Fue entonces cuando ella la siguió con paso firme, sin dejar de sonreír para disimular lo incómoda que la estaba haciendo sentir.

—¿Estas son las más oscuras que tiene? —preguntó, al tiempo que señalaba unas que parecían más negras que azules.

—Son azul medianoche. Muy solicitadas por las damas de sociedad.

De un modo casi imperceptible, Melissa hizo una mueca con los labios.

—Perfecto. Deme entonces esas.

La dependienta la miró con una ceja alzada.

—¿Cuántos metros necesita?

—Diez. Aunque si me ofrece quince, prometo no contarle a nadie que me trató como a una intrusa —susurró.

Las clientas soltaron una risita contenida. La dependienta, no.

—¿Desea que se lo envuelva?

—Sí, por favor. —Al ver que estiraba la mano para coger un papel bastante arrugado, añadió—: En algo que no parezca que lo ha usado para envolver sardinas.

Porque era obvio que ese lo había utilizado antes.

Mientras la mujer se alejaba con los rollos soltando un desagradable gruñido, Melissa se giró hacia el espejo que colgaba junto a la puerta. Era uno de esos decorativos, más útil para el cotilleo que para la estética.

En aquel mismo momento un hombre entró en la tienda. Alto, con abrigo oscuro y una postura que decía «sé exactamente quién soy y no necesito que me lo recuerden». No lo reconoció, pero algo en su presencia la hizo enderezarse, no por coquetería, sino por instinto.

Antes de que pudiera girarse del todo para observarlo, la mujer volvió con el paquete de cintas y lo dejó sobre el mostrador con un golpe seco.

—Aquí tiene. Diez metros. Azul medianoche. En papel sin sardinas.

Melissa se olvidó del caballero y le dedicó una sonrisa que era más cuchillo que cortesía. Se mordió la lengua para no soltar la barbaridad que tenía en mente. Pero no lo hizo por educación, porque esa bruja no merecía que la tratara con respeto. Lo hizo por si por un casual recordaba quién era Anna y fuera a quejarse de ella.

—Gracias. ¿Qué le debo?

La dependienta consultó su libreta y seguidamente se cruzó de brazos.

—Tres chelines y seis peniques. Debería cobrar el envoltorio, pero

eso se lo regalo.

Ella sacó las monedas del bolso, las colocó sobre el mostrador una a una y añadió:

—¿Incluye el suplemento por actitud condescendiente o eso va de regalo también?

La mujer no respondió y se limitó a empujar las monedas con un dedo huesudo. Se notaba que quería que se marchara de allí cuanto antes. Melissa también deseaba salir. Tomó el paquete con elegancia, lo sostuvo como si fuera un tesoro y añadió con voz dulce:

—Espero que el papel sin sardinas no se desintegre al contacto con la seda. Sería una pena que la señora Storm pensara que esta tienda no está a la altura de su reputación.

La mujer apretó los labios y las clientas la miraron fascinadas.

Alzando el mentón, Melissa se giró lista para marcharse, pero al dar el primer paso hacia la puerta, se detuvo en seco, cara a cara frente a Christopher Holt.

El universo había decidido que el momento perfecto para aparecer fuese precisamente después de su frase más sarcástica. Y la había oído; de hecho, Melissa tenía la sensación de que lo había disfrutado. La expresión de su rostro era de diversión.

—Buenos días, señoritas —dijo, inclinando ligeramente la cabeza con elegancia. Las clientas, que hasta entonces habían sido estatuas, se ruborizaron como colegialas y murmuraron saludos que apenas se oyeron.

Melissa deseó ser arrollada en ese preciso momento por el tren más grande y largo que existiera, pues la presencia masculina de Christopher Holt era abrumadora.

—¿Ha conseguido todo lo que necesitaba, señorita Lockwood? —preguntó él, con una voz grave y amable que parecía envolverla

como una manta de terciopelo.

Ella asintió.

—Sí, gracias. Cintas azul medianoche —contestó con una sonrisa tímida que no se parecía en nada a la que había usado con la dependienta.

¿Por qué no se habría girado antes? De ese modo hubiera cerrado la boca.

Él soltó una risa breve y discreta.

—Me alegra saber que el embalaje ha estado a la altura de sus expectativas.

Melissa bajó la mirada un instante, con las mejillas tan calientes que podrían haber irradiado fuego. Era bochornoso que su jefe la hubiera sorprendido de ese modo. Al menos tenía que agradecer que tampoco se había excedido.

—¿La acompaño a la pensión? —ofreció él, con naturalidad—. No está lejos, pero ya que tengo que pasar por allí...

Melissa dudó, sorprendida. ¿Un hombre como él, ofreciendo acompañarla? ¿A ella? Eso sí que era raro, sobre todo porque no le había vuelto a dirigir la palabra después de que la contratara. Tampoco era que se hubieran visto mucho, pues él parecía estar siempre ocupado con otras cosas.

—Si no le supone una molestia...

—En absoluto, sería un placer.

Salieron juntos dejando atrás la tienda. En la calle el aire estaba húmedo y fresco, con aroma a piedra mojada. Melissa caminaba a su lado, consciente de cada paso, cada gesto, cada palabra que no decía. Finalmente fue él quien rompió el silencio.

—¿Todo bien en la tienda?

Ella se encogió de hombros intentando sonar despreocupada, pues su tono parecía decir «he visto más de lo que crees».

—Digamos que algunas personas tienen una forma muy... selectiva de aplicar la cortesía.

—¿Y usted? —inquirió, con una sonrisa ladeada—. ¿Tiene una forma selectiva de responder?

—Solo cuando me provocan.

Christopher volvió a reír, esta vez con más soltura. Daba la sensación de que el aire frío de Edimburgo le había aflojado el cuello del abrigo. Melissa lo observó de reojo, fingiendo que examinaba el empedrado de la calle, pero en realidad lo estudiaba con todo detalle. Qué guapo era ese hombre. No solo por sus rasgos —la mandíbula firme, los ojos oscuros, el porte impecable que parecía heredado de algún duque rebelde—, sino por la forma en que se movía y hablaba.

Apretó el paquete de cintas contra su pecho.

—Lamento que haya presenciado mi mal humor en la tienda. Me siento avergonzada.

—Sus motivos tendría.

—Esa mujer me estaba provocando.

Christopher esbozó una sonrisa que hubiera debido estar prohibida, al tiempo que sus ojos oscuros, brillantes como el ónix, la miraban con fijeza.

—¿Entonces puedo decir que es fácil de irritar?

—Depende de la situación. —Ella alzó la barbilla con dignidad—. Si esas cintas hubieran sido para mí, no las habría comprado y me habría ido a cualquier otro lado. Pero la señora Storm me pidió que viniera aquí.

—Creo recordar que en su entrevista dijo que era... ¿dócil?

Ella asintió con firmeza.

—Suelo ser paciente, incluso con los más torpes. Pero no soporto las injusticias. La dependienta me estaba tratando como si no

tuviera derecho a comprar en su establecimiento. Me ha enfadado —admitió.

—Bueno, en ese caso tenía merecido que le contestara de esa manera.

Melissa se limitó a alzar una ceja.

—¿No se ha molestado?

—En absoluto. Así aprenderá para la próxima vez. Dígame, ¿qué tal le va con Anna?

Melissa se detuvo un instante para recolocar el paquete entre sus brazos.

—¿Con la señora Storm? Bien. Es amable y... buena.

Él abrió la boca, atónito.

—Oh, vamos. No sea mentirosa. ¿Anna, buena?

Ella apretó los labios para no reírse.

—Bueno, es un poco peculiar, pero parece que nos comprendemos.

Él soltó otra carcajada. No terminaba de creerla.

—No baje la guardia por si acaso —añadió.

Melissa sonrió con presunción. Llevar la guardia alta era parte de su atuendo diario.

—Nunca lo hago, señor Holt. Creo que en mis referencias no añadí que soy bastante desconfiada. O tal vez sí lo dijera. —Se mordió el labio, pensativa, con un gesto que parecía más propio de una joven en un salón que de una asistente en plena calle—. No puedo acordarme bien. Lo único que se quedó de ese día en mi cabeza fue cuando usted me pilló la falda con la puerta.

Él frunció levemente el ceño.

—No lo hice aposta, créame si le digo que ahora tengo mucho cuidado al cerrarlas.

Ella soltó una carcajada suave, musical, que se perdió entre el

ruido de los carruajes y el murmullo de la ciudad.

—Le creo, señor Holt. Fue tan solo un accidente. —Giró la cabeza para mirarlo, y sus ojos se encontraron por un instante—. No estoy obsesionada con eso.

—Lo imagino, pero me ayudaría mucho si usted lo olvidara.

—Claro que lo he hecho. Solo estaba bromeando.

—A mi costa, sí, me doy cuenta de ello.

Melissa se ruborizó y posó la vista al frente para que él no lo advirtiera.

—Lo siento, sé que no debí sacar el tema de nuevo. No sé por qué lo he hecho.

—No se disculpe. Lo pasado es pasado. Cometí un error y usted se enfadó.

Melissa se encogió de hombros con gracia.

—Sí, bueno, reconozco que me sorprendió y... me molestó un poco. Pero si le hubiera pasado a otra persona, habría sido divertido, ¿no cree?

Christopher se detuvo un momento. Luego soltó una fuerte carcajada que hizo que los demás transeúntes los observaran con curiosidad.

—Me alegro de que sea tan compresiva.

Melissa asintió. No era tolerante, tan solo realista. Y en aquel momento, la realidad era que un hombre muy guapo y atractivo —el más guapo y atractivo que hubiera conocido hasta la fecha— la estaba acompañando mientras charlaban como si fueran amigos de toda la vida.

De haber sabido antes que Christopher Holt era tan agradable y cercano con sus empleados, habría hecho el intento de conversar con él en más de una ocasión.

Aunque también se arriesgaba a que Mary Jane le pusiera la

zancadilla. Porque la diva no soportaba que ninguna mujer que no fuera ella se detuviera siquiera a mirarlo.

Llegaron a la pensión justo cuando el cielo empezaba a teñirse de ese gris melancólico que parecía exclusivo de Edimburgo. Las farolas de gas chisporroteaban al encenderse y el aire olía a carbón y pan recién horneado de algún establecimiento cercano.

Melissa ya se había olvidado de la odiosa dependienta y maldecía el trayecto por ser tan corto, y a sí misma por no haber caminado más despacio. Intentaba no parecer demasiado consciente de la presencia del hombre, aunque cada vez que hablaba, su estómago hacía cosas que no eran muy normales.

Christopher la acompañó hasta la puerta con paso firme y elegante.

—¿Se encuentra cómoda aquí? —preguntó él, mirando la fachada con atención.

—Sí, claro. Es modesta pero limpia. Y mis compañeras no roncan, que ya es mucho decir.

Él sonrió. Esa sonrisa no era amplia ni descarada. Era discreta. Parecía que se la guardaba para ocasiones especiales. Y por alguna razón, le hizo sentir que ella era una de esas ocasiones.

—¿Le gustan las manzanas, Melissa? —soltó de pronto, como quien pregunta si uno cree en los fantasmas.

Se quedó quieta. ¿«Manzanas»?

—¿Perdón?

—Las manzanas. ¿Le gustan?

Lo miró mientras intentaba descifrar si era una pregunta trampa, una metáfora, o simplemente un hombre con intereses frutales muy definidos.

—Bueno... sí. Supongo que sí. Aunque prefiero las peras. Son más suaves. Las manzanas tienen esa cosa crujiente que a veces me

pone nerviosa.

—¿Y alguna variedad en particular?

—¿Variedad? —repitió, completamente desconcertada—. No sé. Las rojas. Las que no tienen manchas.

Christopher soltó una risa breve y la miró con esos ojos oscuros como el pecado.

—Interesante.

—¿Por qué lo pregunta? —se atrevió a decir, aunque su voz sonó más curiosa que desafiante.

—Solo quería saberlo.

Ajá. Claro. Porque los hombres guapos que dirigen compañías de danza suelen interesarse por las preferencias frutales de sus asistentes. Todo muy normal.

Entraron en el vestíbulo y él se detuvo junto a la escalera. Melissa sabía que debía subir, que debía despedirse, que debía dejar de pensar en lo bien que le quedaba ese abrigo. Pero no lo hizo. Se quedó allí con el paquete aún entre los brazos, sintiendo que algo en ella se movía. No mucho. Solo un poco. Como una hoja que se agita antes de caer.

—Gracias por acompañarme —le dijo, con más suavidad de la que esperaba.

—Ha sido un placer, Melissa.

Y ahí estaba otra vez. Ese tono. Esa sensual aspereza al hablar que le ponía todo el vello de punta.

Recorrió los pocos metros que había hasta la escalera y comenzó a subirlas a paso lento. Cuando llegó al rellano se giró. Ilusa de ella que pensaba que él todavía seguía allí, siguiéndola con la vista. Pero no. Christopher había desaparecido.

Entró en el dormitorio y pensó en su pregunta: «¿Le gustan las manzanas?».

No lo entendía.

Capítulo 3

El teatro estaba envuelto en un silencio denso, casi sagrado. Melissa era la única que aún quedaba para recoger. Todos los demás se habían marchado hacía rato, dejando tras de sí un rastro de desorden que parecía deliberado.

Las chicas —muchas de ellas veteranas en la compañía— eran bastante menos consideradas que los bailarines masculinos. Y eso que algunos de ellos tenían el ego de un emperador romano. Pero al menos recogían sus cosas. Las bailarinas, en cambio, parecían convencidas de que el orden era responsabilidad de una fuerza invisible. O de ella.

Ya les había advertido en más de una ocasión que era asistente, no criada. Lo había dicho con firmeza, con educación, incluso con una sonrisa. Pero al parecer no había sido lo suficientemente clara. O simplemente seguían el ejemplo de Mary Jane, que dejaba sus pertenencias como si el camerino fuera una extensión de su dormitorio. A la primera bailarina le importaba un pimiento —y ni siquiera uno fresco— dónde dejaba las cosas.

Había vasos de agua por todos los rincones. Algunos, abandonados en los tocadores, habían rebosado y el líquido se había

mezclado con polvos de arroz y colorete. El resultado era una pasta pegajosa que parecía salida de una receta fallida de alquimia.

Melissa suspiró, se arremangó las mangas de su blusa y tomó la última prenda del suelo; una falda de ensayo arrugada y un par de zapatillas de puntas que alguien había dejado bajo una silla. Las metió, con resignación, en uno de los baúles.

Cuando por fin miró los camerinos de nuevo, todo se hallaba en orden y listo para el caos del día siguiente.

En la sala de ensayos caminó hacia uno de los altos espejos, de marco dorado y esquinas desconchadas. Se detuvo frente a él, se giró lentamente y observó su reflejo con aire crítico. El moño estaba algo deshecho y tenía una mancha de maquillaje en la mejilla, pero sus ojos brillaban. No por el cansancio, sino por lo que venía ahora.

Prestó atención a los sonidos. Simon Lambert solía ser el último en marcharse y se había despedido de ella hacía un rato. No se oía nada más que el crujir de la tarima que ella pisaba y el ligero murmullo de tráfico que llegaba desde la calle.

Sonrió. Había llegado su momento. El único que esperaba con verdadera ilusión. El instante en que podía hacer lo que más le gustaba sin que nadie la interrumpiera, sin que nadie la juzgara y, sobre todo, sin que nadie la observara.

Bailar.

Porque ella bailaba desde niña. Su familia siempre lo había visto como un divertimento. Algo que ella hacía después de las cenas y momentos de ocio. Y lo era. Porque la entretenía hacer piruetas, girar sobre sí misma e inventar pasos que no existían en ningún manual.

Al principio, en realidad los improvisaba. En el orfanato se escapaba al desván y lo hacía sobre una vieja alfombra que levantaba polvo a cada movimiento. No lo hizo nada más llegar. En

aquella época añoraba a sus padres y la mejor forma de mantenerse en pie era recrear música en su cabeza. A veces Violet tenía que subir a buscarla antes de que alguien la echara en falta. Recordaba que su hermana la miraba durante un largo rato, hasta que la invadían las prisas.

Ahora ya conseguía imitar los pasos que veía. Observaba con pasión las coreografías de Anna Storm, memorizaba cada gesto, cada transición, cada pausa. Y soñaba con presentarse a una audición. Como la que la compañía iba a abrir la semana siguiente. Pero no se atrevía a comentárselo a nadie. Pensaba que no era lo suficientemente buena como para que le permitieran participar y que se reirían con solo sugerirlo.

De modo que aquel era uno de sus secretos mejor guardados.

Cerró los ojos y se dejó llevar por una música imaginaria. Una melodía que solo ella podía oír. Que nacía en su pecho, en sus pies, en su memoria. Levantó los brazos con delicadeza, giró sobre la punta de sus zapatos y comenzó a bailar.

Simon regresaba al teatro con paso rápido. Había dejado su cuaderno de anotaciones en el despacho. Contenía horarios, nombres, observaciones y, en una esquina, una lista de cosas que no debía decir en voz alta delante de Anna Storm.

El vestíbulo se hallaba en penumbra. No esperaba encontrar a nadie. A esas horas, el lugar solía estar tan vacío como una iglesia después del sermón, y apostaba a que Melissa se había marchado en cuanto él salió por la puerta.

Subió los escalones con agilidad. Pero fue al llegar al pasillo cuando escuchó algo que no eran voces ni música, sino algo parecido. Era como un ritmo que flotaba en el aire, en el crujido de la tarima, en el roce de tela contra tela.

Con curiosidad se asomó a la sala de ensayos. Melissa no se había marchado. Continuaba allí y estaba bailando. Sola.

No lo hacía como las bailarinas que él veía cada día, con sus gestos estudiados y sus poses ensayadas. No. Ella se movía sin preocuparse por las miradas. Con una seguridad que hacía que la sala entera fuera suya y la danza no fuera una técnica, sino una necesidad.

Giraba con gracia y los brazos alzados, mientras los pies se deslizaban con ligereza. La falda se elevaba en cada vuelta; y el rostro, sereno y concentrado, mostraba una calma que no se veía en ningún otro rincón del teatro.

Simon se quedó quieto. Fascinado.

No se atrevía a interrumpir por temor de no volver a verla bailar. Porque aquello no era un ensayo, era un momento íntimo del que él, sin querer, estaba siendo testigo.

La observó durante varios minutos sin respirar apenas. No entendía por qué motivo quería esconder ese talento. ¿Acaso la avergonzaba?

La magia se rompió cuando Melissa giró una vez más, con los brazos extendidos, y al detenerse frente al espejo, vio su reflejo.

Se quedó congelada. Blanca como la leche. Bajó los brazos con rapidez, dio un paso atrás y se llevó una mano al pecho, sobresaltada.

—Señor Lambert... —murmuró.

Simon levantó las manos, confundido por lo que acababa de presenciar.

—No quería... No sabía que...

Ella bajó la mirada, abochornada, y se giró hacia la chaqueta que había colgado en el alto perchero de pie.

Simon dio un paso hacia ella, despacio.

—Melissa... —dijo, con voz suave—. No pretendía asustarla.

—Pensé que ya se había marchado.

—Correcto, pero me olvidé mi cuaderno.

En vez de irse y fingir que no había visto nada, Simon se quedó allí, mirándola, sin poder apartar los ojos de ella.

—Bailaba usted con una entrega total, sin dejar espacio para nada más en el mundo.

Ella no respondió. Solo asintió, sin mirarlo.

Simon no sabía muy bien qué decir. Era evidente que ella rehuía sus ojos, pues seguía de espaldas, colocándose la prenda, con la cabeza ligeramente baja.

—Melissa —repitió, esta vez con más calma—. No sabía que usted bailaba.

Ella se giró despacio.

—No suelo hacerlo delante de... nadie.

Simon se acercó un poco. Todavía continuaba impresionado. ¿Sabría Christopher que su asistente bailaba como las hadas del bosque? Seguro que no. De lo contrario, él mismo le habría ofrecido que hiciera alguna prueba. O seguramente, por ser ella, le hubiera dado el puesto de bailarina directamente.

—Pues debería. Lo que he visto... no era solo talento. Era pasión.

Ella se ruborizó con pudor y él lo notó. Entendía por qué a su amigo le atraía esa mujer. Era preciosa y tenía un cuerpo divino. Sin embargo, procuraba pasar desapercibida y no llamar la atención. Siempre yendo de un lado para otro, cumpliendo con su trabajo y ayudando a los bailarines.

Solo porque sabía que Christopher estaba interesado en ella, él no había hecho el menor intento de conocerla más. Pero lo de ese día le había impactado demasiado.

—No soy bailarina —dijo ella, casi como una disculpa.

—No aún. Pero debería presentarse a la audición de la semana próxima.

Melissa alzó la vista, con sorpresa.

—¿Lo dice en serio?

—Lo digo como alguien que ha visto muchas bailarinas y pocas como usted.

Ella se mordió el labio. Daba la impresión de que deseaba encontrar un agujerito por donde poder escapar.

—No sé si estoy preparada.

Simon se apoyó en el respaldo de una silla, sin dejar de mirarla.

—Nadie lo está hasta que lo intenta.

Hubo un silencio que duró apenas unos minutos.

—¿Guardará el secreto? —preguntó ella, con una sonrisa tímida.

Quizá pensaba que él no se lo diría a Christopher, y aunque asintió, sería lo primero que hiciera en cuanto lo viera.

—Como si fuera mío. Pero escúcheme, hágame caso y preséntese.

Ella lo miró con cautela. No estaba acostumbrada a que alguien insistiera en algo que ella misma no se atrevía a desear en voz alta.

—Prométamelo —insistió Melissa—. Nadie puede saberlo.

Simon frunció el ceño. Ella era lista, hasta tal punto de que era capaz de hacérselo firmar por escrito. Suspiró resignado. Podría esperar hasta que finalizaran las pruebas, y si ella no se presentaba, vería la manera de que Christopher o la misma Anna se enteraran. Un talento como aquel no podía desperdiciarse.

—Lo prometo.

—¿Qué cree que dirán los demás si me presento? —inquirió ella, bajando la mirada hacia sus manos, que aún temblaban ligeramente por el baile—. Las chicas llevan años en la compañía. Algunas nacieron con las zapatillas puestas. Yo solo... observo.

—Los demás dirán lo que quieran, pero no son ellos quienes

deciden si usted tiene talento. Ni siquiera Anna. Es usted quien debe decidir si quiere mostrarlo.

Melissa frunció el ceño. La idea parecía incomodarla.

—Mis pasos no son perfectos. A veces me los invento. No he tenido formación y nadie me ha enseñado. Solo... imito lo que veo.

Simon se acercó un poco, con las manos en los bolsillos del chaleco.

—¿Y cree que todos los que están en el escenario lo aprendieron en academias de mármol y terciopelo? Muchos empezaron como usted. Observando. Imitando. Soñando.

—Pero yo no soy como Mary Jane. No tengo esa seguridad. Esa arrogancia. Esa...

Él sonrió, con una chispa en los ojos.

—¡Y gracias a Dios por eso! El escenario ya tiene suficientes divas. Lo que necesita es alguien que baile como usted lo hace cuando cree que nadie la está mirando. Que trasmita emociones y sentimientos.

Melissa se quedó en silencio, no porque no tuviera nada que decir, sino porque de repente podía ver una puerta entreabierta. Una posibilidad.

—¿Y si me equivoco? —susurró.

—Entonces, si se equivoca, se levanta y vuelve a intentarlo, como todos.

Ella lo miró de verdad. No solo como el ayudante, abogado y amigo del señor Holt, sino como alguien que creía en ella más de lo que ella misma se atrevía a hacerlo.

—¿Entonces piensa que tengo alguna oportunidad?

Simon se encogió de hombros con una sonrisa tranquila. Tampoco iba a mentirle. Aquel camino, aunque lleno de rosas, contenía espinas, y algunas podían ser muy dolorosas.

—No lo sé. Pero sé que tiene algo que no se puede enseñar. Y eso ya es más de lo que muchos tienen.

Melissa respiró hondo.

—Lo pensaré —dijo al fin, sin prometer nada.

El hombre se sitió un poco decepcionado, pero no tuvo más remedio que respetar su decisión.

—Piénselo. Pero no demasiado. A veces, cuando uno lo piensa mucho, se pierde el momento.

Ella asintió y la vio salir en silencio. Esperaba que sus palabras la hicieran cavilar sobre ello y decidirse.

Aquella noche Melissa apenas pudo pegar ojo pensando en lo sucedido. La idea de presentarse a la prueba —antes tan lejana— se estaba convirtiendo casi que en un impulso. En un deseo que golpeaba en su cabeza como el sonido de un martillo. Él tenía razón, si no la superaba, al menos lo habría intentado. Podría con la decepción. Claro que lo haría. Ella era fuerte para sobreponerse. ¿Pero sería capaz de volver a mirar a sus compañeros a la cara sin sentirse mortificada? Todos pensarían en ella como la pobre asistente que soñaba con ser bailarina. Que aspiraba a convertirse en alguien que en realidad no era. La mirarían con compasión, y otros —Mary Jane y su exclusivo círculo— lo harían con mofa. No sabía qué era peor, porque tenía su orgullo y no quería que nadie lo pisoteara.

Risas, burlas, pasos mal dados, tropiezos. Un teatro vacío. Unos rostros inexpresivos. Decenas de murmullos entre bastidores. Podía sentir que el terror la paralizaba.

De entre todos los ojos que la observaban surgió una figura demoniaca que se aproximaba con lentitud, deleitándose con su

pavor, con su vergüenza. Veía el gozo en sus ojos crueles llenos de maldad.

Iba a fallar, y aquella certeza arrancó un grito en su interior tan desgarrador que quemó su garganta.

Su propio grito la despertó del sueño y, como impulsada por un resorte, se incorporó en la cama. La pesadilla había sido tan vívida que todavía sentía las carcajadas dentro de su cabeza. Un sudor frío perlaba su cuerpo.

Miró a su alrededor tratando de calmarse. Martha y Ophelia seguían dormidas. Llegó a preguntarse si había gritado de verdad o solo había sucedido en su pesadilla.

Se levantó, colocándose la bata, y en silencio salió al corredor para encerrarse en el baño. Hundió las manos en el agua de la jofaina y se empapó el rostro, pero el agua no alivió su malestar. El sueño había sido tan real que no podía dejar de temblar.

Se miró en el espejo y acompasó la respiración. Entonces comenzó a cantar en voz baja.

Cierra los ojos, que ya es hora,
duerme tranquila hasta que amanezca.
Duérmete, niña, que el viento pasó,
la casa está quieta, la luna salió.
Yo te vigilo, no tengas temor,
duerme en silencio, mi flor, mi amor.

Aquella era la nana que su madre les cantaba a ella y a sus hermanas antes de dormir. No sabía por qué había pensado en ella de repente, si hacía años que no la cantaba.

Pero por algún motivo, aquella canción conseguía relajarla cuando más nerviosa estaba. Intentó pensar en cosas agradables. En sus hermanas cuando jugaban juntas tras las verjas oxidadas de

Hopeless Park. Pero no terminaba de funcionar del todo.

Regresó al dormitorio, todavía temblorosa, y se acurrucó de nuevo bajo las mantas. Dio vueltas y más vueltas esperando con impaciencia que el alba despuntara, que aparecieran los tempranos rayos de sol que la devolvieran la cordura.

Era una locura hacer esa prueba y lo sabía. Aunque en el fondo lo deseaba, no se sentía capaz de lidiar con el miedo.

Debió de quedarse dormida finalmente, pues abrió los ojos al sentir el frío de la madrugada colándose por las rendijas de las ventanas. Su aliento se convirtió en pequeñas nubes que se disipaban en el aire.

Se levantó despacio, y al pasar junto a la cómoda, miró el calendario colgado en la pared, marcado con círculos rojos, donde los números avanzaban con una crueldad implacable, robándole cada día un suspiro más pesado que el anterior. Acababa de cumplir 23 años y se acercaba a la edad que siempre había temido como una cuenta regresiva hacia el fracaso.

Era consciente de que la danza era su vida, su única esperanza de recuperar a sus hermanas, y solo convirtiéndose en bailarina —en una gran bailarina—, con su nombre escrito en un periódico que pudiera ver todo el mundo, podría atraer a su familia de vuelta sin importar en qué rincón del mundo se encontraran. Sentía en su pecho el recuerdo de los sueños compartidos, las risas que resonaban como ecos en su memoria y la promesa de reunirse algún día.

No sabía cómo ni el momento exacto, pero tenía que ser pronto cuando alcanzase la fama. ¿No era eso lo que anhelaba desde un principio, desde que comenzó con los hermanos Flint? Si no se decidía, y pronto, las esperanzas de cumplir su objetivo desaparecerían como la cera de una vela, que parece durar una

eternidad, hasta que un buen día no queda más que la mecha.

«Tengo que intentarlo», pensó, con las lágrimas luchando por escapar de sus ojos. Si no lo lograba, sus hermanas se desvanecerían para siempre de su vida y, tal vez, de su memoria.

Imprimió un nuevo círculo en el calendario y caminó hacia la ventana. La pensión donde se alojaban se encontraba relativamente cerca del teatro que Christopher alquilaba. Él procuraba que no estuvieran muy alejados la una del otro, de ese modo nadie podía excusarse de llegar tarde.

La niebla inundaba las estrechas calles de Edimburgo, formando remolinos con el aire aquí y allá. El paisaje era abrumador de una manera terrorífica, recordándole la novela de Frankenstein, de Mary Shelley.

Con lo miedosa que era, no comprendía cómo podían gustarle tanto las novelas góticas. Aunque no tenía mucho tiempo para leer, siempre habían sido sus preferidas; aquellas descripciones detalladas con ambientes tan siniestros y los personajes macabros rodeados de sangre y maldad.

Melissa era una de esas personas fácilmente impresionables. Ya en el orfanato, cuando necesitaba ir al baño durante la noche, siempre pedía a alguna de sus hermanas que la acompañara. La mayoría de las veces era Violet, tres años mayor que ella, quien la asistía. Sin embargo, también podían ser Rose o Camila, quienes, mucho más valientes que ella y también más pequeñas, no temían la oscuridad.

Volvió a pensar en la tarde anterior, cuando Simon la había pillado infraganti.

«No seas cobarde».

La vocecita de la pequeña Camila retumbó en su mente.

Tenía que pensar en ellas y en sí misma. Su vida no había sido fácil. Todavía era capaz de recordar el lugar donde se crio. Un sitio

donde siempre hubo risas, voces y ruidos. Un sitio que se quedó en completo silencio cuando fueron tocados por la mano de la muerte. Por el maldito cólera que, sin permiso alguno, entró en su vida y le arrebató a sus padres y todo lo que había conocido. Habían pasado diez años desde que una mañana, poco después del amanecer, la señorita Braithwaite entrase en el dormitorio y le dijera que había llegado su hora. Uno de los momentos más duros de su tierna juventud. Uno que jamás olvidaría por mucho tiempo que pasara.

Un día después de cumplir años, con una pequeña maleta en una mano y la dirección de una fábrica de hierro en la otra, la apartaron del resto de su familia.

Diez años habían transcurrido desde que la separaron de sus hermanas, pero las seguía recordando como si solo hubieran pasado un par de días. Su mayor temor era olvidar sus caras y no reconocerlas, incluso si las tuviera delante.

Rose y Camila probablemente no se acordarían de ella. Eran tan pequeñas...

«No permitas que nos aparten de ti», había dicho Rose, aferrándose a su falda con desesperación.

Melissa le respondió con las mismas palabras que había dicho Violet cuando se marchó la primera: que volvería a buscarlas. Pero Violet nunca regresó y ella tampoco había podido cumplir todavía su promesa. Apenas sobrevivía limpiando y no habría podido mantenerlas a ambas.

Después, cuando finalmente se convirtió en asistente, sus hermanas ya no estaban donde las había dejado. El dolor de no haber podido buscarlas era una herida que nunca sanaba, y cada vez que subía entre bastidores y observaba al público tras el telón, lo hacía con la esperanza de hallarlas.

Capítulo 4

Christopher leyó el nombre de la siguiente y última persona que se presentaba a la prueba y frunció el ceño, confundido.

—¿Melissa Lockwood? Debe de haber un error, ella es nuestra asistente.

Miró a Anna, que también parecía sorprendida. Ella se encogió de hombros.

—Yo no sé nada.

—Se apuntó a última hora —dijo Simon—. Me dijiste que serían libres para dar oportunidad a nuevos bailarines.

—Sí, cierto, pero Melissa es la asistente —replicó Christopher, desconcertado.

Simon estaba sentado a su izquierda, en las sillas del teatro, y bajó la voz hasta convertirla en apenas un susurro.

—Tiene la misma oportunidad que todos los demás —repitió.

—Déjalo, Christopher. —Anna se cruzó de brazos—. No creo que esté a la altura, y Simon lleva razón. No pusimos ninguna clase de condición. Tal vez nos dé una sorpresa.

Christopher musitó algo a regañadientes. Se acomodó en la silla y esperó con paciencia a que la joven subiera al escenario. Si estaba

molesto, era por el hecho de no saber que ella bailaba. Si tal vez se lo hubiera dicho cuando Simon la entrevistó, él mismo le hubiera dado la posibilidad de hacer una prueba sin tener que esperar a ninguna audición.

El pianista hizo chasquear los dedos y acarició las teclas cuando la muchacha, con pasos decididos, se colocó en el centro. Ella le dio la señal y la música llenó el teatro.

Tan pronto como comenzó a moverse, las personas que llevaban toda la mañana observando guardaron un absoluto silencio. Anna se quedó inmóvil, sin atreverse siquiera a pestañear; y Christopher no pudo evitar abrir la boca por la sorpresa.

Melissa en ese momento llenaba el escenario con pasos elegantes, con el mentón elevado y los brazos tan estirados que parecía ser capaz de tocar el cielo.

—No lo hace tan mal —susurró Simon, satisfecho de haberla convencido para que se presentara a las pruebas.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó él, atónito.

Simon asintió con la cabeza.

—Tuve el placer de verla el otro día, cuando ella creía que estaba sola en la sala de ensayo. Me dijo que lo pensaría, pero he tenido que convencerla esta misma mañana para que se atreviera a coger el toro por los cuernos.

Christopher miró de reojo a Anna. Ella no solía confundirse cuando veía a alguien que tenía potencial, y por su cara de disfrute, adivinó que Melissa le gustaba.

—¿Y bien? —le preguntó, deseando conocer su opinión—. ¿Qué te parece?

Anna asintió con la cabeza.

—Supongo que tendremos que buscar un asistente nuevo. —Chasqueó la lengua con decepción—. Ahora que había encontrado a

alguien que sabía entenderme, y tendré que prescindir de ella.

Christopher intentó no sonreír, para que ni Simon ni Anna viera lo complacido que estaba. Sentía el irrefrenable impulso de ser él mismo quien diera la noticia a Melissa, pero prefirió dejar los honores a su amigo, ya que él había sido quien la había convencido.

—Simon, ¿se lo comunicas tú?

—Sin problema.

Anna negó, tajante.

—Se lo diré yo personalmente.

Christopher dejó los ojos en blanco durante unos segundos y volvió la vista hacia el escenario. Melissa era buena. De lo mejor que había visto en mucho tiempo. Puliéndola un poco podría llegar a ser mejor que Mary Jane. Y por supuesto, lo deseaba con toda el alma. Cada vez soportaba menos sus impertinencias y exigencias. La fama se le estaba subiendo a la cabeza como la espuma del champán, y creaba malestar en el resto de los compañeros. Lo último que él necesitaba era que el ambiente se viera envuelto en envidias, presunciones y cotilleos.

Melissa, que se mecía sobre el entarimado con una elegancia sublime, había escogido un extracto de la obra *El cascanueces*. Un tema bastante complicado para una principiante. Aparte de eso, improvisaba. Pero si Anna no se lo tenía en cuenta, mucho menos él.

Tras unos minutos más, Christopher se levantó y le hizo una señal al pianista para que dejara de tocar.

Melissa se detuvo, confusa, y miró hacia ellos con ojos ansiosos.

Anna también se puso en pie.

—Ya es suficiente, gracias, señorita Lockwood, puede cambiarse e ir recogiendo.

Con el ceño fruncido, Christopher giró la cabeza hacia Anna, molesto.

—No es justo que ordenes eso y lo sabes —susurró.

—Mañana será diferente —respondió ella sin mirarlo—. De momento sigue siendo la asistente. La única que tenemos. —Llamó la atención de Simon, que simulaba quitarse una pelusa del pantalón —. Debería ponerse en marcha y buscar a alguien para que la sustituya, señor Lambert.

—Mañana mismo pondré un anuncio en el periódico. También preguntaré entre el elenco si saben de alguna persona que esté interesada.

Anna asintió.

Christopher no dijo nada y prefirió guardar silencio. Su relación con la directora nunca había sido buena. Discutían a menudo, a pesar de que era él quien siempre terminaba abandonando el lugar donde estaban, para evitar llegar a mayores. Aunque estaba convencido de que algún día estallaría y entonces temblarían hasta los cimientos.

Puso la mano sobre el hombro de su amigo.

—Simon, vamos a mi despacho. Hay algo que quiero comentarte. ¿Tienes prisa?

—He de acudir a una velada, pero todavía es pronto —contestó.

Anna fingió no escucharlos y se dirigió al escenario con el cuaderno donde había apuntado algunos nombres.

Christopher sabía que anunciaría a los bailarines que habían pasado la prueba, y también que disfrutaba haciéndolo, tanto si los aceptaba como si los dejaba con un palmo de narices. Era una mujer directa que no se callaba lo que pensaba, aunque estuviera entre la delgada línea de la sinceridad y la ofensa.

Él emprendió la marcha mientras Simon, a su lado, le contaba dónde y con quién se reuniría aquella noche. Su amigo era un buen abogado, pero también un crápula y un libertino de gustos

exquisitos, que adoraba perseguir a damas de alcurnia, o como él decía, instruir a las damiselas en el arte del amor.

Simon llevaba dos años representando sus intereses, y la relación que habían empezado por negocios se había convertido en una amistad donde podían hablar de todo sin preocuparse de que sus conversaciones no salieran más allá de ellos.

—¿No te animas a venir? —preguntó Simon, entrando el último en el despacho al tiempo que cerraba la puerta.

—Si no es por obligación ya sabes que odio esas fiestas. Además, recuerda que mañana viajamos a Londres.

—No se me ha olvidado. Yo tengo los billetes. —Lo observó con el semblante más serio—. Christopher, ¿estás seguro de lo que vas a hacer?

—Nunca he estado más seguro en toda mi vida. Sé que Edward Holt se habría sentido muy orgulloso.

Simon se sentó en un viejo sofá colocado frente a la chimenea y se cruzó de brazos.

—De acuerdo, no volveré a preguntarte más. En cuanto mañana firmes esos documentos no habrá vuelta atrás.

Lo sabía bien, pero estaba completamente decidido. Necesitaba sacar una de sus ideas adelante y sentir que lo había hecho por sí mismo, sin la ayuda de nadie.

Se dirigió a una pequeña mesa que contenía una bandeja con un par de botellones y varias copas. Sirvió una para él y otra para su amigo, y con una sonrisa se la entregó.

—Llevo esperando mucho tiempo este momento.

—¿Anna lo sabe ya?

Christopher no pudo evitar tensarse un poco. Caminó hacia el otro asiento y negó con la cabeza.

—Todavía no lo sabe nadie excepto tú, y de momento, prefiero

que sigan así. Cuando las reformas estén terminadas, o a punto de concluir, daré la noticia a la compañía. Anna lo sabrá al mismo tiempo que los demás.

Ella se iba a molestar. Pero ser la profesora y la directora de coreografía no la eximía de acatar las normas como el resto. Decírselo antes sería como hacerla partícipe de su proyecto. Querría dar su opinión y exponer sus propias ideas, y él no estaba dispuesto a hacer ninguna concesión más por ella.

—No sé por qué sigues teniéndola en la compañía si la odias tanto.

—No la odio. Esa mujer me es indiferente. La contraté porque me sentía obligado y me dio lástima, pero también sé que es buena en su trabajo. —Fijó los ojos en el líquido ambarino de su whisky, pensativo—. Tienes todos los documentos preparados, ¿verdad?

Simon dio un sorbo a su vaso y asintió. Otra vez Christopher volvía a cambiar la conversación para no seguir hablando de la mujer. Él lo respetaba, a pesar de que no entendía tanto empeño en no querer tocar ese tema. Anna había bailado a las órdenes del padrastro de Christopher durante un tiempo, y cuando este murió y le cedió todo, le hizo prometer que cuidaría de ella. Eso no significaba que le diera trabajo de por vida. La mujer podía retirarse definitivamente y vivir de forma estable y permanente en cualquier lugar, sin tener que hacer nada ni preocuparse de su manutención. En cambio, Simon no sabía si era cosa de su amigo o de la misma Anna, pero ambos seguían trabajando mano a mano, aunque en muchas ocasiones no se soportaban.

—Tranquilo, lo tengo todo listo. Mañana podríamos celebrarlo como se merece.

—Ya contaba con ello. —Christopher sonrió y levantó el vaso en forma de un brindis que Simon correspondió.

Tiempo más tarde Simon se marchó y Christopher dejó la oficina recogida.

Cuando cerraba la puerta vio por el rabillo del ojo la forma de una falda que se acercaba. No se volvió de repente, sino que esperó a que pasara de largo, rogando en silencio para que no se tratara de Mary Jane.

Pero para su mala suerte, la figura se detuvo a su lado.

—Señor Holt, disculpe.

Se estremeció al escuchar la voz de Melissa y se volvió despacio. No quería parecer ansioso, pero todo su cuerpo recibió una violenta sacudida.

Ella estaba vestida para salir a la calle. Llevaba el cabello recogido en una alta cola de caballo y sus rizos caían con soltura a mitad de su espalda. Sus ojos grandes y expresivos lo miraban con gratitud.

—Quería agradecerle la oportunidad de permitirme bailar en su compañía.

—Veo que Anna ya le dio la noticia. Déjeme decirle que, si usted me hubiera comentado algo o hubiera tenido confianza para informarme, podría haber sido bailarina mucho antes.

Ella enrojeció sin poder ocultar lo feliz que se sentía. Apretaba los labios conteniendo una sonrisa emocionada que no parecía querer dejar escapar. Al menos no delante de él.

—Ya le dije que no confío en nadie.

—Discrepo. En Simon sí lo ha hecho. —Y le había molestado un poco. Habría querido decirle que debía confiar en él, pero permaneció en silencio.

—El señor Lambert solo me convenció.

Christopher se estremeció cuando el perfume femenino flotó hasta sus fosas nasales. Esa mujer tenía el poder de excitarlo sin hacer el menor esfuerzo.

—Creo que quiso sorprendernos a todos, Melissa.

Ella mostró los dientes en una sonrisa simpática.

—¿Lo he hecho?

—Sin duda alguna. Personalmente me dejó impactado. Pero tengo que preguntarle algo. ¿Sabe usted dónde se está metiendo?

Ella parpadeó confundida y Christopher se arrepintió de haber dicho eso. Pero de algún modo le apenaba que se adentrara en el mundo de los bailarines. Sin duda no era lo mismo que ser asistente.

—Puedo hacerme una idea, señor Holt. Ya no tendré que recoger la basura de otros ni ir agachándome por los pasillos porque hayan dejado la ropa tirada por los suelos.

Él se encogió de hombros y la miró fijamente a los ojos.

—No debería haber sido tan permisiva. Si no le gustaba su trabajo, ¿por qué continuó?

—No tengo muchas opciones.

—Las tenía. Simon me comentó que nunca había hecho el intento de presentarse a una audición.

Las mejillas de Melissa adquirieron un bonito tono rosado.

—Es cierto. Ahora me arrepiento de ello, aunque probablemente antes no estaba preparada.

—Por su forma de bailar, diría que lleva años haciéndolo.

—Es posible —afirmó—. Pero siempre ha sido como mirar a un caballo al que adora y no se atreve a montarlo nunca.

Con un gesto desenfadado, Christopher se metió las manos en los bolsillos de su abrigo. La comparación de Melissa no era del todo equivocada, admitió.

—Hay personas que tras una caída no vuelven a levantarse nunca más. Lo llaman «pánico».

Ella frunció el entrecejo.

—No lo entiendo. ¿Eso es una advertencia o algo así?

—Algo así —respondió él—. Pero yo solo la estoy informando. He visto bailarines que ante su primer fracaso se han retirado sin más.

—Yo nunca imaginé que llegaría hasta aquí, aunque lo deseaba con toda mi alma. Puede estar seguro de que no voy a dejar que los miedos y las dudas me frenen ahora. Como dice el señor Lambert, si me caigo, me levanto y continúo.

El corazón de Christopher comenzó a palpitar con fuerza. No sabía por qué Melissa lo ponía tan nervioso. Sentía que los ojos color miel eran capaces de engullirlo y arrastrarlo a un pozo sin fondo.

—Me alegra mucho que lo tenga tan claro, Melissa. Porque detestaría que una buena bailarina se perdiera de ese modo.

—No los defraudaré.

—Anna le exigirá mucho.

Se hizo un tenso silencio entre ellos. Christopher continuaba atrapado en sus ojos y, al mismo tiempo, admirado con su determinación.

Finalmente, Melissa afirmó con la cabeza.

—Me molestaría si no fuera así. Necesito aprender.

—Entonces no me queda otra que felicitarla —dijo con un ligero carraspeo—. Le deseo mucha suerte.

—Gracias —respondió ella con un enérgico movimiento de cabeza. Giró sobre sus talones y regresó por donde había venido.

Él la siguió con la vista, sintiendo que con su marcha se quedaba solo y vacío. Cuando ella dobló la esquina, dejó escapar el aliento que sin darse cuenta había retenido en su pecho. De pronto creyó escuchar la voz de Mary Jane y apresuró el paso para no encontrarse con ella.

Mary Jane era muy hermosa, y aunque le llamó la atención tiempo atrás, e incluso la rondó en varias ocasiones, descubrir que ella no tenía reparos en acostarse con muchos de sus admiradores lo hizo

verla de otra manera. No era que fuera escrupuloso, pero prefería mantenerse alejado de las mujeres interesadas. ¿Cómo sería Melissa si algún día conseguía brillar en solitario en el escenario? Esperaba que no cambiara mucho ni perdiera su personalidad. Mucho menos aquella inocencia que lo volvía loco.

Capítulo 5

Melissa no podía creer la suerte que había tenido, no solo por superar aquella dichosa prueba de baile, sino porque Anna no había puesto ningún impedimento.

Esa mujer era la que más le preocupaba de toda la compañía. Parecía que todo la molestaba y que siempre estaba enfadada, aunque no con ella. Pero por algo la llamaban la *amargada* cuando no podía oírlos.

Pero por fortuna, ese día debía estar de mejor humor, de lo contrario no la habría felicitado. Lo había hecho, aunque también le había advertido que, si no trabajaba duro, no tendría ningún reparo en echarla. Y Anna Storm no amenazaba en vano.

La dama de las nieves había sido una destacada bailarina en su juventud. Melissa había visto que todavía guardaba algunos recortes de periódicos antiguos en el camerino, pero desconocía el motivo por el que había dejado todo para convertirse en una simple instructora, y tampoco tenía ni el valor ni la confianza de preguntarlo. Lo que sí tenía claro era que quería aprender de ella y para eso pensaba tomarse sus clases con toda la atención y el interés del mundo.

Se frotó las manos, emocionada.

Sabía que todos los bailarines, cuando se enteraran de la noticia, si no lo habían hecho todavía, la acogerían bien, a excepción de la engreída de Mary Jane. Seguramente le lanzara alguna pulla de las suyas, pero ella solo tenía que capear el temporal, como había ido haciendo hasta el momento. Eso sí, en cuanto le dieran un papel importante —ahora que había comenzado, estaba segura de que lo conseguiría. Lucharía por ello con toda su alma—, pensaba aclararle algunas cosas.

¡Por supuesto que aspiraba a los personajes que interpretaba Mary Jane! Todas lo hacían. En ese momento era una diosa en el escenario, aunque sus movimientos perfectos eran demasiados técnicos para llegar a trasmitir del todo.

Lo principal era que Melissa ya podía considerarse bailarina y estaba un poco más cerca de cumplir sus objetivos. Estaba tan feliz que no podía dejar de sonreír.

¿Qué pensarían sus hermanas de ella si supieran que había alcanzado su sueño? ¿O sus padres?

Al empezar a sentir que se le encogía el estómago por la nostalgia, se obligó a pensar en otras cosas. Recogió el bolso y salió del teatro. Necesitaba llenarse los pulmones de aire y recordar que debía seguir siendo paciente. No podía cruzar el río sin poner antes un puente.

Tras el paseo hasta la pensión, con el aire frío de la tarde aún en las mejillas, apenas puso un pie en el vestíbulo cuando Martha la abordó como una flecha. Llevaba una sonrisa tan amplia que parecía que se le iba a escapar por las orejas.

—¡Felicidades! —exclamó. La envolvió en un abrazo breve pero entusiasta.

—Gracias —respondió, sin poder disimular la alegría que subía por

su pecho—. ¿Ya os habéis enterado?

—Claro. Algunos de los muchachos estuvieron viendo las pruebas, y cuando le preguntaron a la señora Storm, ella dijo que si conocíamos a alguna asistente con talento, que se la mandáramos directamente.

Martha la tomó del brazo sin dejar que soltara el bolso y la arrastró hasta el comedor. Al cruzar el umbral, Melissa se encontró con una escena que la desarmó por completo.

Cintas colgadas de las lámparas y una ponchera de metal en el centro de la mesa. Todos los compañeros se acercaron a felicitarla; algunos, con abrazos; otros, con reverencias exageradas; y uno, incluso con una pirueta que casi terminó en tragedia contra el perchero.

No lo esperaba en absoluto y se emocionó. Porque hasta ese momento había sido solo una más. La que recogía, la que anotaba, la que calmaba los nervios ajenos. Pero ahora... ahora era parte del escenario.

Mary Jane también estaba allí, por supuesto. Sentada en una esquina con una copa en la mano y una expresión que decía «preferiría estar en una ópera sin música». No hacía falta ser adivina para notar que no estaba encantada con su nuevo puesto. Pero se había presentado, lo cual ya era un gesto.

—Felicidades —le dijo, con una voz tan fina que parecía envuelta en celofán.

—Gracias por venir —respondió con una sonrisa diplomática.

Fue entonces cuando John se acercó. Llevaba un vaso de ponche en cada mano y una luminosa sonrisa llena de travesura.

—¿Dónde aprendiste a bailar, Mel? —preguntó, ofreciéndole uno de los vasos.

Ella lo aceptó con gratitud, mientras Mary Jane volvía a su sitio.

—Asistiendo a todos los ensayos de los Flint. Y ahora a los de Anna.

—¿Quieres decir que lo hiciste solo observando?

Asintió, y al ver su cara de estupefacción, no pudo evitar soltar una carcajada. No tenía por qué contarle sobre sus escapadas al desván del orfanato. Era su secreto y quería que lo siguiera siendo.

—Sé que todavía me quedan muchas cosas por aprender y mejorar —añadió, con sinceridad.

—Yo te ayudaré en todo lo que pueda. Lo prometo.

Pero antes de que Melissa pudiera responder, uno de los muchachos del ballet apareció por detrás y le dio a John un manotazo en el hombro.

—Ya todos sabemos cómo pretendes ayudarla —comentó con una risa que olía a burla.

John enrojeció tanto que sus mejillas se tornaron del mismo color que su cabello, un rojo encendido que no dejaba lugar a dudas.

—No te equivoques —replicó, con voz firme—. Mel y yo solo somos amigos.

—Porque ella no quiere nada más contigo —añadió el otro, guiñándole a Melissa un ojo con descaro.

Ella sonrió divertida. No la molestaban esas bromas. Sabía que John era un buen chico y que su amistad era sincera.

—No le hagas caso —le dijo a John, tocándole el brazo con suavidad—. Estaré encantada de que me aconsejes y me enseñes tu técnica.

El otro soltó una carcajada sonora.

—¿Su técnica?

Melissa no entendió el doble sentido. Solo frunció el ceño, confundida.

—Finge que no lo has escuchado, Mel —dijo John, lanzando una

mirada de advertencia a su compañero—. Vamos a brindar.

Se acercó a la mesa, alzó su vaso y llamó la atención de todos. Melissa aprovechó para quitarse rápidamente el abrigo y el bolso, y lo dejó sobre una de las sillas que tenía más cerca.

—Demos oficialmente la bienvenida a la señorita Melissa Lockwood.

Todos lo imitaron y levantaron sus bebidas con entusiasmo. Incluso Mary Jane alzó su copa, aunque lo hizo como quien cumple con una obligación.

Ophelia se colocó al lado de Melissa, con su vestido de flores y su sonrisa de siempre.

—Mary Jane no parece muy feliz —susurró—. No me sorprende. Ahora te ve como a una enemiga más.

Melissa reprimió un suspiro. Sabía que eso formaba parte de su nuevo ascenso. Dirigió una mirada furtiva a la primera bailarina, que fingía estar interesada en la textura del mantel y se preguntó en qué estaría pensando.

***

«¿Cuándo acabará esta dichosa charada?».

Mary Jane volvió a mirar su reloj. Diez minutos a lo sumo y se marchaba, decidió. Observaba, disimulando lo incómoda que estaba, como las muchachas se paraban a conversar con Melissa y la halagaban. ¡Por Dios! Tan solo había conseguido un papel de relleno y todos la trataban como si fuera la más grande bailarina de todos los tiempos.

«Aprovecha bien el momento, porque no será siempre así», se dijo con desdén.

Mientras la miraba sintió un fuerte revoltijo en el estómago. No le

costaba imaginársela flirteando con admiradores. Era una muchacha bonita y aparentemente llena de inocencia. Pero no tenía ninguna duda de que había conseguido el puesto haciendo algo más que la prueba. Tal vez se había acostado con Christopher Holt o le había prometido algo para que la aceptase. O incluso con Simon, y todos sabían que él, aunque no era más que el abogado, influía de algún modo en las decisiones del dueño.

Mary Jane siempre había elegido con cuidado a quién debía acercarse o con quién hablar para conseguir ir ascendiendo. Pero Melissa era tan... simple que el mero hecho de pensar que poseía las mismas armas que ella hacía que le rechinasen los dientes.

A su alrededor todos parecían estar disfrutando de la fiesta. Eran jóvenes y trabajaban mucho durante la semana, por lo que cualquier celebración, por mediocre y pequeña que fuera, era siempre bienvenida. Ella, en cambio, prefería otra clase de fiestas. Más elegantes, con camareros que sirvieran bandejas con excelentes canapés y copas de champán, y donde un mayordomo le recogiera el abrigo al entrar. No le importaba que las damas y los caballeros murmuraran sobre ella, y era consciente de que no todos aceptaban que acudiera. Pero la mayoría de las veces acompañaba a señores con títulos que presumían de estar con una de las bailarinas más encumbradas de los dos últimos años. Mary Jane era como un trofeo para ellos, pero no perdía la esperanza de enamorar a alguno de estos ilustres personajes, casarse, y retirarse para siempre de la vida en los escenarios.

Pero hasta que eso sucediera, seguiría persiguiendo a Christopher. Puede que su compañía no fuera de las más aclamadas, pero era un hombre apuesto, viril, y tenía mucho dinero.

Ella había nacido para ser rica, dirigir su propio hogar y montar sus propias veladas.

Esperaba no tener que competir con Melissa por ello. De momento era una más del elenco, pero la había visto bailar en la audición y ciertamente tenía muchas cualidades.

Curvó las comisuras de los labios con una sonrisita irónica. Tenerla vigilada no iba a suponer ningún problema.

Capítulo 6

—Puede firmar aquí, señor Holt.

Christopher sostuvo la pluma con fuerza para impedir que le temblara la mano e imprimió su nombre en el contrato.

—Pues entonces, ya está todo —dijo, tomando los documentos, el abogado que representaba al lord que acababa de vender el teatro —. Felicidades, señor Holt, es usted el propietario del teatro Alhambra. Le deseo que tenga mucho éxito.

—Yo también —murmuró, tratando de convencerse de que había hecho lo correcto, porque siendo sincero consigo mismo, necesitaba una buena dosis de confianza.

Poseía la compañía desde hacía años; y aunque al principio todo marchaba correctamente, en los últimos meses su rendimiento de trabajo había descendido de manera considerable.

Era un buen negociador y Simon le ayudaba mucho, pero hasta la fecha solo había podido representar sus obras en teatros pequeños —el Royal, en Edimburgo, era una excepción—, y si quería despegar en círculos más prestigiosos, la opción de tener su propio teatro en el mismísimo Londres era lo más conveniente. Por mucho que le molestara admitirlo, sabía que si estaba consiguiendo visibilidad era

gracias a Mary Jane. No entendía muy bien que era lo que ella poseía para atraer al público, excepto belleza, claro.

Miró a su amigo, que había estado observando toda la transacción y repasando los documentos a su lado, y ambos se levantaron de las sillas. Christopher tomó con una mano los guantes que había dejado en la esquina del ancho escritorio.

—¿Cuándo podría comenzar con las obras? —preguntó, observando como el hombre pequeño y que estaba frente a él doblaba los papeles y los guardaba en un sobre.

—Cuando usted quiera, señor Holt. —Abrió un pequeño cajón del escritorio y sacó un manojo de llaves. Se puso en pie y se las entregó junto con el sobre—. Aquí tiene su título de propiedad.

Él lo recogió todo. Las llaves las guardó en el bolsillo del abrigo. En cambio, el contrato lo sujetó en su mano. Aquel pequeño gesto le brindó la satisfacción de haber conseguido lo que quería.

Porque durante su vida había intentado cumplir varios sueños, pero por unas cosas u otras, siempre quedaron truncados o inacabados.

El único culpable era él y su maldita impaciencia por querer alcanzar las cosas demasiado deprisa. Era una persona que, cuando deseaba algo, lo quería ya, y así le había ido todo; empezaba proyectos que nunca lograba terminar.

Pero ahora el teatro era suyo; y una vez que lo reformara y quedara como en su mente lo imaginaba, si no hacía brillar a su compañía, al menos siempre podría alquilarlo.

Por supuesto que no podía empezar razonando de ese modo, aunque era una idea que ni Simon ni él podían descartar. Sin embargo, quería pensar en todo lo contrario. Era él quien debía motivar a sus bailarines para que alcanzasen el triunfo y lograran el estrellato. Aunque no era tan fácil como parecía, sobre todo cuando

había otorgado a Anna Storm el poder para manejar a sus empleados. Ella decidía los puestos de cada uno, y aunque lo escuchaba, pocas veces tenía en cuenta sus opiniones. Tal vez porque era bastante testaruda y disfrutaba llevándole la contraria.

En ese momento estaban representado la obra *Giselle*. Christopher había elegido personalmente esa danza. Contaba la historia de una joven campesina que amaba bailar, aunque su madre temía por su salud frágil y delicada.

La muchacha se enamoraba de Albrecht, un noble que se hacía pasar por campesino. Pero cuando Giselle descubrió que él estaba comprometido con otra mujer, sufrió una crisis emocional tan intensa que murió de pena. Sin embargo, no murió del todo y se convirtió en una Wili, un espíritu que obligaba a los hombres a bailar hasta morir.

Albrecht, arrepentido, visitó su tumba. Las Wilis intentaron vengarse, pero Giselle lo protegió con su amor.

Al amanecer, las Wilis desaparecieron y Giselle se desvaneció, dejando a Albrecht solo y redimido.

Era una obra muy especial porque representaba el ideal romántico: amor más allá de la muerte. Algo que últimamente estaba muy de moda, sobre todo en París e Italia.

En cierto modo era él el que se encargaba de escoger las danzas, aparte de negociar y suplicar por todos los teatros de Europa que les dieran la oportunidad de permitirles demostrar lo que valían. Pero la competencia era enorme, y las compañías parecían crecer de debajo de las piedras.

—Si no se les ofrece nada más, señor Holt, señor Lambert... —dijo el abogado, despidiéndolos.

Christopher le estrechó la mano con un gesto firme.

—Por ahora no, gracias. Si tenemos alguna duda nos pondremos en contacto con usted.

Christopher salió del despacho seguido de Simon, intentando disimular que estaba eufórico por su nueva compra. Su deseo era ir al Alhambra, ver las condiciones en las que estaba y transformarlo de arriba abajo con todas las modernidades posibles. Iba a ser un lujo no solo trabajar en Londres, sino residir de una vez por todas en algún sitio fijo. Ahora su compañía tendría su propio lugar para ensayar y para representar todo lo que a él se le ocurriera, sin tener que seguir viajando. De no ser, claro, que alguien los invitara a los teatros más famosos de las distintas capitales de Europa.

Tiró del pomo de la puerta y, al atravesar el umbral, una ráfaga de aire jugó con sus cabellos negros como el tizón. Solo en pocas ocasiones usaba sombrero: cuando se reunía con algún patrocinador, con clientes potenciales; e incluso si asistía a alguna velada, no para disfrutar de ellas, sino para negociar. Se podía decir que él era una especie de relaciones públicas; y aunque el hablar no era algo que se le diera demasiado bien, sobre todo con ciertas personas, había aprendido a defenderse.

—¿Feliz? —preguntó Simon. Él sí llevaba sombrero y debía sostenerlo con una mano para que no saliera volando.

—Feliz... y con los nervios en carne viva. Pero ya está hecho. Como tú dijiste, no hay vuelta atrás.

Miró la hora en el reloj de bolsillo. No por nada en especial, pues el tren hacia Edimburgo no partía hasta el día siguiente y esa noche él y Simon saldrían a celebrarlo.

Tomó una bocanada de aire fresco, levantó el mentón y, después de mirar a un lado y a otro de la calle, comenzó a andar.

—¿Dónde vamos ahora? —Simon caminaba junto a él.

—A mi teatro.

No pudo evitar sonreír.

***

Melissa no sabía quién fue la primera mujer que decidió que apretarse el torso hasta parecer una avispa era elegante, pero desde luego no pensaba en la comodidad. Aquella mañana, cuando Ophelia la ayudó a ponerse el corsé nuevo para el ensayo —porque la asistente recién contratada, Emily, estaba ocupada con Mary Jane, quien le explicaba cómo le gustaban a ella las cosas— sintió que estaba a punto de entrar en una batalla. No contra el mundo, sino contra la prenda.

—Respira hondo —le dijo, mientras tiraba de los cordones con una fuerza que parecía mentira que tuviera.

—¿Y cómo se supone que respire si me estás convirtiendo en una columna jónica?

Ophelia soltó una risita, pero no aflojó. El corsé se cerraba con una voluntad inquietante; y la cintura, que hasta entonces había vivido en armonía con el resto del cuerpo, empezó a protestar en silencio.

—Ya está. Te queda precioso —dijo al tiempo que admiraba el resultado como si hubiera esculpido una obra de arte—. Es bastante más flexible de los que se usan normalmente, no te quejes.

Melissa se miró en el espejo. Admitía que la silueta era impresionante: cintura estrecha, busto elevado, espalda tan recta que parecía sostenida por algo invisible. Pero también sentía que, si llegaba a estornudar, algo se rompería. Posiblemente ella.

—¿Y si me caigo en medio del ensayo? —preguntó, mientras intentaba caminar sin parecer un pato.

—Si te ocurre eso, hazlo con dignidad —respondió Martha, sin levantar la vista del espejo de mano.

No era la primera vez que Melissa se ponía un corsé, pero este era

distinto, más rígido y más serio, con un aire que parecía dictar normas: «Ahora eres bailarina, compórtate». Y ella, que hasta hacía poco recogía zapatillas del suelo, sentía que la habían ascendido a duquesa sin previo aviso, con título incluido y sin tiempo para aprender el saludo real.

Su primer ensayo como bailarina oficial. Oficial, sí. Ahora tenía un papel. Un personaje. Un título, aunque fuera etéreo: espíritu del bosque en la representación de *Giselle*. No era protagonista, pero tampoco relleno. Y eso era como haber ganado una medalla invisible.

Anna se lo había comunicado nada más atravesar el umbral de la sala, con el gesto típico que tanto la caracterizaba y con su tono de hielo templado.

—Señorita Lockwood, será uno de los espíritus del bosque.

Melissa asintió e intentó parecer serena, aunque por dentro se sentía como una tetera a punto de silbar.

Nadie comentó nada al respecto, excepto una persona. Mary Jane Ashcroft.

—¿Estará preparada, señora Storm? Porque dudo mucho que pueda aprender todos los pasos en cinco días —inquirió con una voz cargada de desdén, arrugando el gesto como si el aire estuviera impregnado de algo insoportable.

Melissa sintió el irrefrenable deseo de estrangularla. ¡Cuánto odiaba que se metiera en cosas que no le importaban! Se giró hacia Anna antes de que pudiera responder y la miró con fijeza.

—Puedo hacerlo —dijo, sin pestañear.

En el fondo tenía miedo. Temía que La dama de las nieves decidiera hacerle caso a Mary Jane y la relegara a otro puesto. Pero Anna solo la miró un segundo.

—Lo sé —respondió. Y luego, sin cambiar el tono, se volvió hacia

Mary Jane con una elegancia que rozaba la amenaza—. Mejor usted ocúpese de su personaje.

Melissa contuvo una carcajada por la espléndida contestación y se limitó a apretar los labios. Habría aplaudido, porque Mary Jane se lo tenía merecido. A ver si de una vez dejaba de mirar siempre por encima del hombro —aunque eso era como pedir peras al olmo—.

La señora Storm les hizo una señal con la mano a ella y a tres de las bailarinas que también habían superado la prueba, y estas la siguieron hasta el fondo de la sala. Los espejos les devolvieron sus reflejos. Allí estaban: cuatro chicas nerviosas, una profesora implacable y un montón de expectativas flotando en el aire.

—Durante estos días os mostraré las coreografías —dijo Anna, sin preámbulos—. Os aconsejo que estéis atentas y no os distraigáis. No me sirven las improvisaciones. —Y al decir esa última palabra, clavó los ojos en ella. No fue una mirada larga. Solo un segundo. Pero suficiente para que le temblaran las piernas—. No me gusta perder el tiempo.

Melissa asintió aparentando una calma que no sentía. Por dentro estaba hecha un flan. Era la misma sensación que cuando en el orfanato la reñían por esconderse en el desván en lugar de hacer su tarea encomendada. Creía que con su edad ya no volvería a sentirse así, pero estaba equivocada.

La diferencia era que ahora podía largarse cuando quisiera. No había nada ni nadie que la retuviera a la fuerza. Pero no quería irse, sino quedarse y aprender, y demostrar que podía hacerlo.

Así que se cuadró, respiró hondo y se preparó para seguir cada paso como si su vida dependiera de ello. Porque en cierto modo así era.

Anna estaba en su elemento. De pie, con la vara en la mano en plan mando supremo, marcaba los pasos con una precisión que daba

miedo. Cada giro, cada extensión y cada pausa seguían su propio compás y no había margen para pestañear sin que corrigiera el ángulo del tobillo.

Melissa memorizó piruetas, transiciones, gestos. Su cuerpo respondía, aunque su mente iba a toda velocidad tomando notas invisibles. Estaba muy concentrada. Hasta que vio a Christopher Holt entrando en la sala, conversando con Simon. Entonces, como si alguien hubiera apretado un botón dentro de ella, el corazón se le aceleró tan deprisa que creyó que saldría corriendo por el pasillo.

—Señorita Lockwood, no pierda la concentración —advirtió Anna, sin levantar la voz, pero con un tono que congelaba los huesos.

Melissa se dio cuenta de que había descuidado el ritmo. Sus compañeras giraban todas juntas, bien coordinadas, y ella parecía la pieza que se había salido de un engranaje mal montado. Intentó corregirse y volver al compás, pero justo entonces Christopher se acercó. Había oído a Anna.

Sin poder evitarlo, la mirada de Melissa y la de él se cruzaron como un choque. Fue un momento suspendido en el aire, en el cual Christopher le dedicó la sonrisa más excitante que nunca había visto. Una que hizo que sus ojos se encendieran con un brillo inesperado, lleno de lucecitas que parecían celebrar algo.

Melissa se quedó tan impactada que tropezó con su propio pie. Por suerte no llegó a caer y, como pudo, controló sus nervios, a pesar de que sentía que sus piernas se habían vuelto de gelatina.

—¿Qué tal va todo, señora Storm? —preguntó él, con interés.

—Todo bien hasta que habéis llegado. ¿Qué necesitáis? —respondió Anna sin girarse del todo, moviendo la vara con una energía que parecía destinada a espantar moscas imaginarias.

Melissa continuó esforzándose por volver a la altura de las demás, mientras su mente repetía como un mantra: «Olvídalo, olvídalo,

olvídalo». Pero era imposible. Era como estar frente a una ola gigantesca que amenazaba con arrastrar todo al fondo del mar.

—Solo echábamos un vistazo.

—Entonces poneos donde no molestéis. Ya sabes que no me gusta que me interrumpan.

Christopher esbozó otra sonrisa. Esta vez, divertida.

—Cualquiera diría que la ponemos nerviosa, señora Storm.

Anna se cruzó de brazos y lo fulminó con la mirada. Si estas mataran, él habría caído redondo sobre la tarima. Pero Christopher pareció ignorarlo y se quedó allí, tan tranquilo como si disfrutara del juego.

—Seguro que tenéis alguna cosa más interesante que hacer que revolotear por aquí. Lo único que conseguís es hacerme perder el tiempo, y hay mucho por trabajar si queremos que la función del sábado salga medianamente bien.

Al ver que Anna los reñía como a niños pequeños, a Melissa la invadió una extraña ternura. Era como una madre a la que le habían salido hijos revoltosos, y encima Christopher se lo ponía difícil. Le gustaba provocarla, meter el dedo en la llaga, recordarle con cada gesto que, aunque ella organizaba todo, él seguía teniendo el control. El que aparecía cuando le daba la gana y se quedaba donde le apetecía.

Obviamente, a Anna no le agradaba ni un ápice que se metiera en sus cosas. Lo toleraba, pero nada más.

—Necesito hablar luego con las nuevas bailarinas —terció Simon, mirándolas—. Tengo que tomar algunos datos personales.

—Cuando terminemos se pasarán por el despacho —respondió Anna.

—Melissa, con usted también —insistió él.

Ella asintió.

Anna golpeó el suelo con la vara, impaciente.

—Bueno, y ahora iros de aquí. Nos estáis entreteniendo.

Con una pequeña inclinación de cabeza por parte de Christopher, obedecieron a la mujer y se marcharon. Ellas volvieron a prestar atención. O al menos lo intentaron, porque las nuevas bailarinas parecían haberse revolucionado al ver a dos hombres guapos deambulando por el teatro.

Más tarde, cuando por fin la señora Storm les dio un descanso, las chicas se acercaron a Melissa como abejas al panal.

—¿Quiénes eran esos? —preguntó una, con los ojos como platos. Se llamaba Claudia y no tenía más de dieciséis años—. Me pareció verlos en la audición.

La que estaba a su izquierda, una morena alta carente de curvas que respondía al nombre de Courtney, se ajustó el moño.

—Uno de ellos es el dueño, el del cabello negro. El otro señor, no sé.

—Ese es el señor Lambert. Se encarga sobre todo de la contabilidad. Y sí, el del pelo oscuro es el señor Holt, el dueño de la compañía —explicó Melissa.

—¿Y el señor Holt te ha sonreído así siempre? —susurró la tercera, con curiosidad, dando un codazo travieso a la que tenía al lado.

Esta joven era la más extrovertida de las tres. Una rusa esbelta, con una belleza tan perfecta; labios generosos, ojos grandes de color azul, nariz respingona y cabello rubio, que parecía una muñeca artificial. Su nombre era Olga Yakovlevna.

Melissa se ruborizó hasta la raíz del pelo y encogió los hombros fingiendo indiferencia.

—No me he fijado que me mirase de ningún modo —se defendió.

Olga se pasaba un paño por el cuello y el escote, refrescándose.

—Parece agradable. ¿Está casado?

—No sé nada de su vida privada y ni me importa —replicó, ofendida por lo descaradas que eran.

—Bueno, tampoco hace falta que te pongas así. Somos nuevas y solo queremos saber.

—Pues yo no sé nada. Preguntad a otra.

Las muchachas, al ver que no iban a conseguir sonsacarle mucha más información, dejaron de preguntar y le dieron un poco de lado hablando entre ellas.

Melissa comprendió hasta cierto punto que de repente formaran un grupillo y la excluyeran. No estaba bien, pero tampoco la molestó del todo.

Se llevó un vaso de agua a los labios.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ophelia, acercándose a ella después de haber visto lo sucedido.

—Nada, están murmurando sobre el señor Holt y el señor Lambert. Supongo que no quieren que las escuche.

—Creen que eres una espía y que todo lo que ellas digan se lo contarás a la amargada o al señor Holt.

—¿Por qué?

—Eres la más antigua.

—Pues que piensen lo que quieran. Eso es tener una actitud demasiado infantil, y no hablemos de educación, porque insinuar que el señor Holt me ha sonreído de un modo especial es absurdo.

Ophelia le puso la mano en un hombro, intentando que se tranquilizara.

—No te preocupes, mi madre siempre dice: «Quien no oculta nada no teme nada».

—Eso no me consuela. Yo no soy ninguna chivata, y estoy aquí igual que ellas. No necesito que sean mis amigas.

—Eso es cierto. Conmigo y con Martha tienes suficiente. Si no,

luego todas querrán que compartamos dormitorio con ellas.

Melissa no pudo evitar reírse.

—Tienes razón. No queremos intrusas en nuestro cuarto.

—Tampoco cabrían. Por cierto, esta tarde Martha y yo vamos a la chocolatería. ¿Te apuntas?

Melissa negó con la cabeza.

—Prefiero quedarme a leer en la pensión. No sabía que podía acabar tan agotada.

—Es normal, es tu primer día. Pero verás cómo te irás acostumbrando.

—Seguro que sí. Otro día voy con vosotras —prometió.

—Tomo nota de tus palabras.

—Hazlo. Además, luego tengo que pasar por el despacho.

Ophelia curvó las cejas.

—¿Para qué?

Melissa se encogió de hombros.

—No sé. El señor Lambert nos lo ha pedido a las nuevas bailarinas.

—Será por el tema de los contratos. —Ophelia vio que la señora Storm se acercaba dispuesta a retomar el ensayo—. Bueno, luego nos vemos. —Con el mentón señaló al grupillo de tres—. No les hagas caso, Mel.

No pensaba hacerlo, aunque Ophelia no se lo hubiera dicho. Ella estaba allí para aprender y no para perder el tiempo con bobadas de niñas.

Capítulo 7

Simon estaba sentado tras el escritorio con la pluma en la mano y los contratos alineados como soldados esperando órdenes. Christopher, en cambio, se había apostado junto a la ventana y fingía que observaba la calle, aunque en realidad no veía nada.

Todo se hallaba en silencio a excepción del suave siseo de los documentos.

El ensayo había terminado y los bailarines se encontraban en los camerinos vistiéndose con las ropas de calle.

Esa tarde, Christopher estaba allí por sola una razón. Deseaba volver a ver a Melissa y conocerla mejor.

Casualmente fue ella la primera en pasar a la oficina.

Lo hizo con una sonrisa tímida, sin maquillaje, con el cabello recogido en un moño bajo que dejaba al descubierto la curva delicada de su cuello. Llevaba una falda oscura y una blusa en tonos crema que se ajustaba a su figura con una elegancia sencilla. Un cinturón más oscuro marcaba su esbeltez.

—Buenas tardes —los saludó. En esa ocasión ella sí lo vio e inclinó ligeramente la cabeza hacia él.

Christopher sintió que se le secaba la boca.

—Buenas tardes, Melissa —dijo, intentando que su voz sonara más serena de lo que se sentía.

—¿Qué tal su primer día? —empezó preguntando Simon con tono amistoso, al tiempo que señalaba la silla que tenía enfrente de él.

Ella se acomodó con las manos sobre su regazo.

—Bien, aunque se me ha hecho un poco corto. Además, no es lo mismo bailar a mi aire a que otra persona dirija mis pasos.

Christopher estuvo de acuerdo con ella. Bailar libremente era una cosa. Bailar bajo la mirada asesina de Anna Storm, otra muy distinta.

—Nadie dijo que está profesión fuera fácil —dijo él.

Melissa lo miró con una mueca de disgusto en los labios.

—Lo sé, pero creo que la señora Storm está molesta conmigo.

—¿Por qué cree eso?

—Porque ya no soy la asistente.

—No se preocupe, se le pasará —terció Simon.

Christopher encogió los hombros.

—Siempre y cuando Emily cumpla sus expectativas —añadió.

—Pues espero que lo haga —respondió ella, no muy convencida del todo.

Simon cogió un documento de encima del escritorio.

—Melissa, sé que hace poco la entrevisté, pero debo confirmar de nuevo sus datos.

—De acuerdo, pregunte lo que quiera.

—Me dijo que nació en Londres.

—Así es.

—También dijo que tenía familia, pero que no existía ninguna relación con ellos. ¿La situación sigue siendo la misma?

—Sí.

—Sabe que está terminantemente prohibido tener mascotas y que los viajes pueden surgir de la noche a la mañana.

Ella asintió. Christopher observaba cada uno de sus gestos con interés, deleitándose con la bonita sonrisa que formaban sus labios, la curva delicada del mentón, el cabello, en el que de buena gana hubiera hundido los dedos para comprobar si era tan suave como parecía...

—En caso de sufrir un accidente, Dios no lo quiera, ¿a quiénes deberíamos informar?

La joven se tensó ligeramente y se puso un poco más seria.

—Supongo que a nadie, señor Lambert.

—No tiene por qué ocurrir, pero debemos estar preparados para cualquier cosa, y sobre todo saber a dónde quiere que vayan a parar sus pertenencias.

Ella hizo una pausa y entrelazó los dedos de una mano con los de la otra.

—Entonces, lo pensaré. Me gustaría que fueran para los más necesitados.

—Un bonito gesto —dijo Christopher, conmovido por su sinceridad. Ella daba sensación de fortaleza y fragilidad a un mismo tiempo. Eso no solo era intrigante, sino que también muy admirable.

Simon anotó una interrogación en sus papeles.

—No hay prisa, puede responder cuando quiera.

—¿Hay algo más que desee saber?

—Eso era lo más importante. Ahora, si es tan amable de proporcionarme sus medidas...

Christopher se tensó y comenzó a carraspear al ver cómo ella parpadeaba, sorprendida. Antes de que pudiera responder, se adelantó sacudiendo la cabeza.

—Eso no hace falta, Simon.

El abogado lo miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué? Hay que pedir su vestuario.

—Disculpe, señor Lambert. —Melissa llamó su atención—. La señora Storm ya nos ha tomado las medidas hoy.

Simon se puso rojo como un tomate.

—Ah..., perfecto, entonces... entonces no necesito nada más —pronunció de forma entrecortada.

Ella lo miró ladeando la cabeza.

—¿Puedo marcharme?

—Sí, Melissa, muchas gracias —contestó Christopher, acercándose a su silla para retirarla con caballerosidad. Cuando ella se puso en pie, él no pudo evitar aspirar su perfume: era el mismo aliento dulce y fresco que desprendían las rosas en primavera.

Se adelantó y abrió la puerta. La mujer le dedicó una tímida sonrisa.

—Hoy no me pille la falda, por favor.

—Me dijo que ya lo había olvidado —le murmuró al oído, con una enorme sonrisa que abarcaba todo su rostro.

—Mentí —replicó con un chisporroteo divertido en sus ojos.

—Me haré a la idea de que me lo recordará durante toda la vida —bromeó. Tomó la mano de Melissa y depositó un casto beso en su dorso—. Ahora tendré más cuidado —susurró junto a su palma sin dejar de mirarla.

Ella rio con ganas antes de despedirse.

—Yo también me marcho, tengo cosas que hacer —le dijo a Simon caminando hacia el perchero para recoger su abrigo.

El hombre lo miró extrañado.

—¿No quieres estar presente para las demás entrevistas?

—Confío en tu criterio. Pero hazme un favor: no vuelvas a preguntar por las medidas. Anna se encarga de eso.

Simon se encogió de hombros.

—Creí que te gustaría saberlo.

—No necesito preguntarlo para descubrirlo.

El abogado se puso en pie antes de que saliera.

—Dime cómo la conociste —insistió—, todavía no lo has hecho y me mata la curiosidad.

Christopher se detuvo junto a la puerta, indeciso. Giró despacio y se apoyó en el marco con una sonrisa compasiva.

—Lo recuerdo como si hubiera ocurrido ayer —empezó, cruzando los brazos con aire distraído—. Era primavera en París y yo estaba en un mercadillo de Montmartre. Todo olía a fruta, pan caliente y esa humedad que se queda pegada en los adoquines. Iba sin rumbo, necesitaba despejarme. Acababa de salir de una reunión con un empresario que quería contratarnos y no sabía si decirle que sí o salir corriendo. —Simon se apoyó en el escritorio, cruzó una pierna y sonrió—. Y justo en ese momento, los vi.

Confundido, Simon arrugó el entrecejo.

—¿Los viste? Pensé que ibas a hablarme de Melissa.

Christopher afirmó con la cabeza y se movió hacia la ventana. Posó la mano en el cristal y observó la calle como si aún estuviera en París.

—Eran tres chicos que no tendrían más de doce años. Estaban flacos, con la ropa sucia y los ojos clavados en una cesta de pan. Se movían entre los puestos, atentos a todo, buscando el momento. Uno se acercó demasiado, y el panadero, un tipo enorme con manos que parecían hechas para levantar sacos, ni se enteró. Pero yo sí. Me acerqué con paso firme, no por maldad, sino porque me salió solo. Pensé que robar era robar, aunque fuera por hambre. —Se giró hacia Simon, que ya había dejado de fruncir el ceño y lo miraba divertido—. Le dije al panadero que los muchachos estaban intentando robarle, pero entonces una voz femenina, clara y furiosa, me interrumpió como un trueno en medio del mar, llamándome

«desalmado».

Simon se enderezó, más expectante todavía.

—¿Melissa?

—Melissa —asintió, con una sonrisa que no pudo evitar—. Aunque entonces no sabía su nombre. Solo vi a una joven con el rostro encendido por la indignación, los ojos brillantes de rabia y una manzana en la mano. Me preguntó por qué era tan miserable y me increpó por acusar a unos niños hambrientos que solo querían un poco de pan. Que qué clase de hombre era... —Sonrió, divertido—. En fin, ella no me permitió responder y me lanzó la manzana a la cabeza.

Simon soltó una carcajada.

—¿Una manzana?

—Con fuerza y con puntería. Por suerte la detuve en el aire, justo antes de que me golpeara en la cara. La sostuve entre los dedos, incrédulo, y le pregunté si estaba loca.

—¿Y?

—Avanzó hacia mí como si quisiera despellejarme y me dijo que lo que estaba mal no se arreglaba de ese modo. Que se hacía con humanidad. Insistí en que intentaban robar, pero ella me cortó gritando que intentaban comer. Me preguntó si yo no había sentido nunca que el mundo me daba la espalda.

Simon se inclinó hacia delante.

—¿Y tú? ¿Qué hiciste?

—Me quedé callado. Tenía muchos argumentos que darle, pero me causó tanta sorpresa que... fui incapaz de reaccionar.

—¿Qué pasó después?

—Añadió unos cuantos insultos que todavía no entiendo de dónde los sacó. Y luego se giró, ignorándome por completo. Se acercó al panadero, sacó unas monedas del bolsillo, compró tres piezas de

pan y caminó hacia los chicos. Les habló en voz baja, les sonrió y les entregó el pan. Ellos la miraron tan sorprendidos como yo. Tomaron el pan, le dieron las gracias y se marcharon con ella. Yo me quedé allí, con la manzana aún en la mano, sintiéndome como un completo estúpido. No sabía su nombre ni sabía quién era. Pero su voz, su gesto, su rabia, su compasión... todo eso se me quedó grabado.

—¿No hiciste el intento de buscarla o saber más de ella?

—La verdad es que volví varias veces a ese mismo mercado, pero nunca supe nada más. —Se acercó a la puerta y agarró el pomo—. Hasta que la vi entrar en el despacho, con esos ojos que me vuelven loco.

Simon se quedó en silencio. Luego sonrió, despacio.

—Ahora entiendo por qué no puedes dejar de mirarla.

—Para mí es un milagro. Y ahora sí, me marcho. Nos vemos mañana —respondió, saliendo del despacho con la sensación de que había dicho más de lo que pretendía. Y menos de lo que sentía.

Capítulo 8

Estaba claro que quien había diseñado los corsés odiaba a las mujeres. Sobre todo a las bailarinas. A Melissa se le había aflojado el suyo durante uno de los ensayos y había tenido que ir al camerino en busca de Emily. Al no encontrarla, intentó hacerlo ella misma. Llevaba diez minutos tratando de ajustarlo y ya había sudado más que en el ensayo completo.

—¡Maldita sea! —murmuró, tirando de las cintas con fuerza.

Pero el corsé se resistía. Se giró hacia el espejo y, al observarse, se dio cuenta de que parecía una estatua mal envuelta. El escote estaba torcido, la espalda medio abierta; y ella, con los brazos en alto como una gallina atrapada.

Entonces alguien llamó a la puerta.

—¿Melissa? ¿Está bien?

Era la voz de Christopher.

—¡No entre! —gritó.

Él no la escuchó, o fingió no hacerlo, porque la puerta se abrió despacio y el hombre asomó la cabeza. Al verla se quedó quieto, sin saber qué hacer.

—¿Está bien? —repitió.

Ella soltó un gruñido poco femenino.

—¿Parezco estarlo?

La miraba tratando de no reírse, pero su intento era puro fracaso.

—La he visto pasar corriendo y... ¿Necesita ayuda?

—No. Sí. No sé. Este corsé está poseído.

Él entró con cautela y cerró la puerta tras de sí. Se acercó a ella con la risa pintada en sus ojos oscuros.

—¿Puedo?

Asintió, resignada. ¿Qué más podía hacer si se encontraba atrapada? Se giró dándole la espalda y se estremeció al sentir sus manos firmes y seguras en las cintas, y cómo tiraba de ellas. Intentó no pensar en lo cerca que estaba, ni en lo bien que olía ni en lo mucho que le temblaban las piernas.

La prenda empezó a ajustarse.

—¿Así? —preguntó él.

—Un poco más. Pero sin matarme.

—No prometo nada —contestó con una suave risilla al tiempo que tiraba de nuevo hasta que el corsé se cerró.

Melissa al fin pudo respirar. Poco, pero lo suficiente como para sentirse más cómoda.

—Listo —dijo él.

—¡Dios mío! Gracias. Pensé que tendría que ir a buscar a Emily así por todo el teatro.

Al darse la vuelta se percató de que Christopher estaba demasiado cerca. Quiso dar un paso hacia atrás, pero el tocador no se lo permitía. No tenía escapatoria, de modo que lo miró, esperando que se apartara.

Él no parecía tener prisa y la situación se volvió de lo más incómoda para ella.

—De nada —susurró.

¿Por qué la observaba de esa manera? Tragó saliva, nerviosa. Su mente estaba demasiado enturbiada como para pensar con claridad y soltó lo primero que se le vino a la cabeza:

—¿Sabe, señor Holt? Si esto fuera una comedia, ahora nos besaríamos.

Casi inmediatamente se arrepintió de haber dicho eso. ¿Cómo podía haberlo imaginado siquiera?

Él sonrió de un modo muy sensual y bajó la vista hasta sus labios. Melissa creyó que la besaría y su pulso se lanzó a galope.

—Y si fuera un drama —añadió él—, uno de los dos saldría corriendo.

—Pues deberá hacerlo usted, porque como este tocador no cobre vida...

Christopher soltó una carcajada y se hizo a un lado para dejarla pasar. Ella se escabulló hacia la puerta a la carrera. Al llegar a ella, se giró a mirarlo.

—¿Y si fuera la vida? —preguntó, curiosa.

Él se encogió de hombros.

—Entonces, supongo que deberemos esperar hasta el siguiente acto.

Sonrió divertida y se marchó corriendo. Se detuvo unos metros antes de llegar al salón de ensayos y respiró hondo. Esa estancia era la única de todo el teatro que carecía de puerta. Poseía un umbral grande con marcos lacados en blanco. Entró con paso rápido, intentando parecer más compuesta de lo que estaba.

Ni siquiera se había mirado en el espejo para repasar su aspecto. Algunos mechones rebeldes habían escapado de su moño, por detrás de las orejas y la espalda.

Anna la vio desde el otro extremo de la sala y levantó una ceja.

—¿Qué le ha pasado, señorita Lockwood? —preguntó, sin dejar de

revisar las partituras—. Parece recién salida de una tormenta.

—He tenido una pequeña batalla con el corsé.

Anna la miró con escepticismo.

—¿Y quién ganó?

Melissa enrojeció. Sentía las miradas de sus compañeros sobre ella.

—Todavía no lo tengo claro.

Algunos de los bailarines soltaron una risa, pero Anna los hizo callar enseguida.

—Vaya a colocarse.

Melissa se dirigió al centro, y al pasar junto a Martha se encogió de hombros cuando le preguntó con un gesto.

Retomó su lugar y dejó que la música la envolviera. Se movió dentro de ella, dejando a un lado sus pensamientos, y se limitó a sentir. Durante uno de sus movimientos descubrió a Christopher, que se había detenido en el umbral y la miraba con ojos chispeantes.

Ella no podía pararse y dejar de bailar si no quería que Anna la reprendiera. De modo que lo ignoró hasta que él se marchó.

***

A final de semana, Melissa estaba completamente agotada. No cansada. Agotada. Parecía que le habían exprimido el alma y luego le hubieran pedido que sonriera.

Anna no le permitía pensar en otra cosa que no fueran los pasos de baile. Ni respirar, ni pestañear ni tener pensamientos propios. Con ella era más exigente que con el resto, y no hacía falta ser muy lista para entender por qué. La estaba castigando por haber dejado el otro puesto. Por haberse atrevido a cambiar de sitio en el tablero.

Emily lo hacía lo mejor que podía, pero no era tan eficiente. Sus

tareas siempre iban con retraso; y Melissa, que antes las hacía todas, tenía que contenerse para no arrebatárselas de las manos. La asistente era una joven inquieta, de buen talante, pero había que tener paciencia con ella. Sobre todo cuando se detenía a charlar con unos y otros sin importarle perder el tiempo.

A veces Emily le pedía consejo. Y aunque casi no tenía tiempo ni para ella misma, la ayudaba en lo que podía. En realidad, agradecía estar tan ocupada. Porque los nervios de la actuación del sábado por la tarde estrujaban su estómago como una mano invisible. Iba a ser la primera vez que bailaría frente a un público real, y se sentía morir.

Las dudas la carcomían por dentro. ¿Se notaría que no era una profesional? «Sí, claro que lo notarían», se decía.

No podía evitar sentirse como una impostora. Una intrusa que se había colado entre los bailarines de verdad. Tenía miedo de que alguien se diera cuenta y la señalara.

—Lo vas a hacer muy bien, tranquila —dijo Ophelia cuando coincidieron en el camerino.

Había pocos tocadores para tantas mujeres. Todas turnándose para ajustar moños, colocar horquillas y atar las cintas de seda azul medianoche que llevaban las Wilis a modo de diadema. A excepción de Mary Jane, claro, que llevaba una falda abullonada de gasa rosa y una expresión de superioridad que no se le quitaba ni con agua bendita.

—¿Qué hago si me quedo en blanco? —preguntó, sintiendo que la voz le salía más baja de lo normal.

—No lo harás. Pero si así fuera, das dos vueltas sobre ti misma y te dejas guiar por la música. No trates de imitar al resto, podrías hacer que se confundan también.

—¿Te ha pasado alguna vez?

Ophelia asintió, mientras se recogía el cabello con una cinta que

parecía tener vida propia.

—A todos nos ha pasado. Pero no pienses en ello. Los espectadores de hoy no son tan críticos como parecen. Muchos ni siquiera se fijan. Acuden porque quieren presumir ante sus amigos de haber ido al ballet. Son los que llamamos «nuevos ricos». Ya sabes, los que solo quieren aparentar.

Melissa se rio, aunque el nudo en el estómago no se deshizo.

—Con que no se fijen mucho en mí, es suficiente.

—Otros buscan entretenerse y pasar un buen rato —prosiguió, como si no la hubiera escuchado, pellizcándole las mejillas con suavidad para darles un poco de color natural—. Pero cuidado. A veces puede haber algún cazatalentos escondido.

—¿Qué es eso? —preguntó, confundida.

—Pues eso mismo. Alguien que se interesa por quien sea demasiado bueno, para ayudarlo a despuntar. Pero debes saber que no lo hacen gratis —advirtió—. Si te encuentras con alguno, debes tener en cuenta dos opciones.

—¿Cuáles?

Ophelia se giró hacia ella, con expresión seria.

—La primera es saber si te interesa dejar todo y probar suerte en otra compañía. La segunda, esperar a que llegue tu oportunidad aquí.

—¿Eso pueden hacerlo? ¿Llamarme para bailar en otra compañía?

—Sí. Pero a la amargada no le gusta nada.

—De acuerdo. Lo tendré en cuenta.

La idea le pareció desleal, pero también tentadora. Si la fama llegaba antes y pagaban mejor, pocos eran los que tenían reparos en abandonar una compañía por otra más renombrada. Aunque eso solo les ocurría a los afortunados. A los que realmente eran buenos. No a ella.

Anna entró con paso enérgico. Golpeó el suelo con la vara que usaba en las clases y todas se quedaron quietas como ratones sorprendidos.

—¡Vamos, señoritas! Ya tendrían que estar preparadas.

Se formó un pequeño revuelo y empezaron a salir para tomar posiciones detrás de bastidores.

Melissa se encontraba a punto de llegar al telón cuando alguien tomó su brazo, no con brusquedad, pero con firmeza suficiente para obligarla a detenerse en mitad del corredor. Se giró algo sobresaltada y se encontró con Christopher Holt.

Arqueó las cejas, desconcertada. ¿Qué hacía él allí? El dueño de la compañía no solía aparecer por los pasillos en los días de función. Lo normal era que estuviera en algún palco, observando desde las sombras como un espectador privilegiado.

—¡Señor Holt, tengo que ir con las demás! —dijo, con la voz más aguda de lo que pretendía.

—Será solo un minuto —respondió—. Cuando esté sobre el escenario, intente no pensar en nada. Concéntrese en que forma parte de todo. En el momento en que ponga un pie fuera, deberá convertirse en un espíritu.

Melissa tragó saliva. No era suficiente con cargar con los nervios que hacían temblar sus piernas como hojas en un vendaval. Ahora, además, tenía que lidiar con el contacto de su mano en el brazo, que ardía como un hierro al rojo vivo. ¿Por qué la afectaba tanto? ¿Por qué se sentía como si la hubieran atrapado en pleno huracán?

El resto de los bailarines pasaban al lado, algunos lanzando miradas curiosas. No era habitual ver al señor Holt dando consejos en persona. Debían pensar que estaba realmente preocupado. O que ella era un caso especial. Y eso la ponía aún más nerviosa.

—¿Lo ha entendido? Tiene que dejar la mente en blanco —insistió

él, mirándola con atención—. Está usted muy pálida. No se irá a desmayar, ¿verdad?

—Estoy bien —murmuró, aunque su corazón galopaba en su pecho con la fuerza de un caballo furioso. Si seguía así, iba a salir al escenario con los latidos marcando el compás.

Entonces, sin previo aviso, él tomó sus manos y las apretó con suavidad en un intento por trasmitirle confianza. Melissa se quedó quieta, porque si se movía, temía que se le deshiciera el alma.

—Melissa, no me preocupa que pueda confundirse. Lo que temo es que al hacerlo entre en pánico y decida renunciar. Lo he visto más veces.

—Yo no voy a hacerlo —prometió, levantando el mentón con más convicción de la que esperaba tener.

—Es buena en esto. Mucho mejor de lo que se imagina. Piense que lleva un impermeable y que la lluvia no podrá mojarla, sino que resbalará sobre su traje. Respire hondo.

Le obedeció. Tomó una gran bocanada de aire y llenó sus pulmones de oxígeno. Una parte del cerebro decía que se preocupaba por ella porque era la única que nunca había estado frente al público. Pero otra parte, más testaruda, más soñadora, advertía que debía de existir alguna razón para qué fuera tan considerado.

—¿Mejor? —inquirió él.

Melissa asintió, intentando controlar el ritmo cardiaco que aún se empeñaba en desobedecerla.

—Espero que sí —respondió, soltando el aire muy despacio por entre sus dientes.

Con una sonrisa confiada, Christopher liberó sus manos.

—Sé que lo hará bien. Vaya, la esperan.

Con un asentimiento, ella respiró una vez más, tragó saliva, giró

sobre sus talones y se colocó junto al resto de las Wilis. Lo miró una vez más. Él hizo un gesto con el mentón y se marchó.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Martha, muerta de curiosidad.

Antes de que pudiera responder, Mary Jane, que había presenciado la escena con atención, sonrió con soberbia.

—Seguramente, que si mete la pata, la echará de la compañía.

Se ganó algunas miradas de odio y resignación. Pero, como siempre, no pareció advertirlo, o no le importó.

Melissa no entró en su juego ni respondió a Martha. Lo último que le interesaba era que pensaran que tenía alguna relación especial con Christopher. Si ella estaba allí era por méritos propios. Igual que las demás. Y si tenía que demostrarlo, lo haría sobre el escenario.

El murmullo del público llegaba como una ola lejana, suave pero insistente. Detrás del telón el aire era más denso.

Las Wilis se alineaban en silencio, cada una en su posición.

Melissa sentía que el corazón le latía en las sienes, en los tobillos, en las pestañas.

Respiró hondo una vez, dos. No servía de mucho. El corsé le apretaba el pecho con tanta fuerza que parecía empeñado en bloquearle las ideas o en cerrarle cualquier salida.

Las voces del público se mezclaban con el crujido de los bancos, el roce de los programas, el tintineo de los gemelos de las damas. No podía verlos desde donde se encontraba, pero los imaginaba. Rostros expectantes, abanicos en movimiento, miradas que no sabían quién era ella, pero que estaban a punto de juzgarla.

Sus manos, sus piernas, su alma temblaban.

Recordó las palabras de Christopher apenas unos minutos antes. «Piense que lleva un impermeable. Que la lluvia no podrá mojarla». Lo intentó. De verdad lo hizo, pero la lluvia estaba dentro y no había impermeable que sirviera.

Sin pensarlo, se salió de su puesto y miró por el lado izquierdo del telón. Necesitaba encontrar algo que la anclase cuando saliera.

Como si su rostro fuera un imán, ubicó a Christopher sentado en uno de los palcos laterales, con el rostro medio iluminado por la luz de gas. Precisamente en ese momento la miraba a ella con el ceño fruncido. Seguramente preguntándose por qué no estaba colocada en su sitio. A su lado, Simon revisaba algo en un cuaderno.

Los ojos de Melissa se encontraron con los de Christopher durante solo unos segundos, pero para ella fue lo suficiente para que el mundo se detuviera. Por algún motivo, su presencia la hacía sentir menos sola y más confiada.

Cuando el telón comenzó a moverse, John susurró su nombre y ella volvió a su lugar. Las cuerdas crujieron, el suelo vibró bajo sus pies y las primeras notas de música se deslizaron por el aire como un susurro.

Ophelia le rozó la mano con la suya, apenas un toque. La miró de reojo y asintió. Era la señal.

Melissa respiró una última vez. Alzó la barbilla; y cuando el telón se abrió, dio el primer paso. No era Melissa Lockwood. Era un espíritu del bosque. Y esta vez, no iba a temblar.

***

El teatro estaba casi lleno. Casi. Esa palabra lo perseguía desde que heredó la compañía. Siempre había un «casi» en todo: casi completo, casi rentable, casi reconocido. Y esa noche no era distinta. Desde su palco podía ver los huecos. Tres en la fila central, dos en el lateral y uno justo delante de él.

Como empresario debía estar acostumbrado. Pero no lo estaba. Cada asiento libre era un recordatorio de que aún no habían llegado

y de que el esfuerzo, el talento, la disciplina... no siempre bastaban. Mary Jane solía atraer a bastante público, pero no al suficiente. Continuaban siendo una compañía mediocre a pesar de que, en sus días gloriosos, cuando el fallecido señor Holt la dirigía, habían estado muy solicitados.

Confiaba en que todo volviera a cambiar cuando terminaran las obras del Alhambra y lo inaugurasen.

Simon, a su lado, terminó de guardar sus anotaciones y recorría la sala con ojos atentos. Él, en cambio, no podía dejar de observar el escenario. Ansiaba ver a Melissa.

La había visto ensayar con concentración, con nervios y con ganas. También equivocarse, corregirse y hasta contener el miedo, ese que se le subía al pecho y no la dejaba respirar. Pero ahora estaba allí, a punto de salir por primera vez frente al público; y él, que había visto debutar a decenas de bailarinas, sentía que esta vez era distinto. No sabía bien por qué. O quizá, sí.

Desde que la distinguió en el mercadillo, su imagen se le había quedado grabada. Verla convertida en bailarina, en espíritu del bosque, en parte de su compañía... le resultaba inexplicable y profundamente conmovedor.

Ella era de esas personas que difícilmente podían ocultar sus emociones por mucho que se lo propusiera, y eso a él le gustaba, a pesar de ser un arma de doble filo. Pues si bien reflejaba ganas e ilusión, también lo haría la decepción cuando llegara. Y él estaba seguro de que llegaría. Tal vez no allí, pero algún día sucedería, y él no deseaba verla sufrir.

El telón subió al tiempo que flotaron los primeros acordes comenzando con la obertura.

El murmullo de los espectadores descendió hasta apagarse por completo, y la danza comenzó. Los bailarines fueron saliendo en los

distintos actos y en el momento que aparecieron las Wilis, Melissa entre ellas, se escucharon exclamaciones de asombro y se hizo un silencio más profundo.

Él contuvo la respiración y siguió todos sus pasos. En ningún instante la vio dudar. Se deslizaba sobre la tarima moviendo el cuerpo con elegancia. No era perfecta, pero era verdadera. En ese mundo de poses y técnica, era más raro que la perfección.

Vio cómo giraba y se mezclaba con las demás Wilis, con la mirada perdida en el aire, metida de lleno en ese bosque encantado que parecía real. Por un momento Christopher se olvidó de los asientos vacíos, de los números y de que él era el dueño de todo aquello.

Simon le dijo algo, pero no lo escuchó. Estaba demasiado ocupado mirando a Melissa, que bailaba con una entrega tan limpia que parecía no haber conocido el dolor.

Ese día, todas las Wilis estuvieron muy bien, pero ella brilló por encima del resto. Parecía haber tomado el papel principal sin que nadie se lo diera, y sus compañeras la seguían con ganas, intentando imitar cada gesto.

Si alguna se equivocó, solo Anna lo notó, pues el bello espíritu del bosque, de rostro dulce y hermoso, eclipsó al elenco de bailarines.

Solo una persona odió a Melissa Lockwood con toda su alma. Alguien que sabía que si no estaba atenta le arrebataría su puesto, y Mary Jane no estaba dispuesta a consentirlo.

Capítulo 9

Sentada en un banco, Melissa se anudaba los cordones de las botas con la mirada perdida en la nada. Hacía rato que sus compañeros habían salido hacia la pensión y solo quedaba ella en el camerino.

Pensaba en la conversación que acababa de sostener con la señora Storm sobre algunos defectos que había visto en la representación de esa noche, y que había tenido la deferencia de comentárselos en privado.

Levantó la cabeza, sobresaltada, cuando alguien abrió la puerta.

—¡Por Dios, señor Holt! ¿Siempre tiene que aparecer de repente? —exclamó con la respiración acelerada y el corazón golpeando con fuerza en su pecho—. ¿Pretende que muera de un infarto?

—Escuché ruidos y pensé que se trataba de Emily. ¿Qué hace aquí todavía que no se ha marchado con los demás?

—Me entretuve conversando con la señora Storm. Me aconsejaba sobre expresiones corporales.

—Es muy tarde para que regrese sola a la pensión.

—Antes, cuando era asistente, salía más tarde —respondió, levantándose.

—La acompaño.

Ella frunció el ceño. Le encantaba estar con él, pero ya le estaba pareciendo sumamente extraño que coincidieran tanto.

—¿Hoy también tiene que ir allí? —preguntó al tiempo que se ponía el abrigo—. Estoy pensando que mi compañía le debe de agradar bastante.

—Es posible. —Cuando ella lo miró a la cara, él sonreía divertido —. Hoy no tengo nada que hacer.

—Entonces no hace falta que se moleste. Me conozco el camino bien y llegaré en menos de diez minutos.

—Bueno, si no quiere... no lo haré. Aunque no me molesta en absoluto. Como ya le dije la otra vez, es posible que me agrade conversar con usted.

—¿Por qué?

Christopher tardó en responder. En vez de ello, echó un vistazo a la estancia. Olía a maquillaje, perfume y sudor. Un aroma que le traía un torrente de recuerdos a su memoria.

—Me parece usted una mujer muy interesante —musitó.

Melissa se sonrojó violentamente sin saber qué contestar a eso. ¿Qué podía decir? «¿Usted también me parece interesante?». Eso hubiera sonado demasiado descarado.

—Soy una mujer normal y corriente.

—Tal vez se deba a eso. —La miraba de una forma tan profunda e intensa que ella se estremeció—. No trata de aparentar más de lo que es.

Melissa lo tomó como un cumplido. Ella también valoraba mucho a las personas así, aunque no eran fáciles de encontrar. Sobre todo en un arte en los que muchos buscaban el triunfo sin importarles pisar a los demás.

—Gracias —fue lo único que atinó a contestar.

Christopher no dijo nada más y esperó a que ella terminara de

recoger sus cosas. Había mentido. Sabía que Melissa todavía estaba en el teatro porque había visto salir al resto del elenco desde la ventana de su despacho. Al no notarla, se había extrañado.

Cuando Melissa estuvo lista, pasaron por la oficina a recoger su abrigo y salieron en silencio a una calle envuelta en brumas.

Él fue el primero en hablar tras cerrar la puerta trasera del edificio.

—Hoy ha estado espléndida en el escenario. Felicidades.

—Gracias. Estaba más asustada que una cucaracha en plena calzada en hora punta.

Christopher soltó una carcajada.

—No lo parecía.

—¿Y qué parecía? Porque le aseguro que me temblaban hasta las pestañas.

Él sonrió de medio lado y se metió las manos en los bolsillos. La noche era fría y húmeda, y el vaho del aliento se suspendía en el aire unas décimas de segundos antes de desaparecer.

—He visto a una persona bastante segura de sí misma.

—Créame. No lo estaba. Sentía los ojos del público encima, todos esperando el mínimo error, el tropiezo, el momento en que algo saliera mal.

Pero sobre todo había sentido los ojos de Anna persiguiendo cada uno de sus movimientos como si fuera una serpiente dispuesta a atacar. En algunos actos había podido olvidarse de ella, pero cuando sus miradas se encontraban, su respiración se había vuelto más pesada hasta el punto de dejar de respirar.

—No lo ha hecho. Debería sentirse orgullosa.

Él lo estaba. Por ese motivo, al no verla salir con el resto, se acercó al camerino con la falsa excusa de buscar a Emily. Pero en realidad era con ella con quien deseaba hablar. Admitía que había esperado encontrarla exultante de alegría. Pero si lo estaba, sabía

disimularlo muy bien, porque no parecía satisfecha consigo misma.

—Melissa —dijo cuando ella no comentó nada más—, no sea tan exigente. La danza está hecha para gozar y no para sufrir. Si le va a hacer mal subir a un escenario, tal vez deba plantearse si quiere continuar con ello.

—¡Sí que quiero! ¡Lo necesito! —exclamó, ofendida—. ¿Acaso piensa lo contrario? —Él no respondió y ella se paró a mirarlo—. No voy a dejarlo ahora que he dado el paso. ¿Trata de desanimarme o decirme algo?

—Todo lo contrario. Solo pretendo que esté completamente segura de que es esto lo qué quiere hacer.

Christopher era conocedor de que las verdades a veces dolían y costaba asimilarlas. La decisión de seguir adelante o no era solo de ella. Pero tenía que ser fuerte para aguantar y escuchar la opinión del público. Porque solo así podría alcanzar el éxito.

—Lo estoy.

Melissa retomó el paso y, mordiéndose el labio, lo observó con cautela.

—¿Está pensando en despedirme?

Ahora fue él quien se detuvo.

—¡No, claro que no! ¿Cómo puede creer eso si en este momento es la mejor bailarina que tengo?

—Está Mary Jane...

—Bah. —Christopher sacudió una mano despectivamente—. Hace meses que esa mujer dejó de esforzarse. Ahora se encuentra en la cuerda floja, y en cualquier momento —chasqueó los dedos—, caerá.

—¿Por qué sigue manteniéndola como primera bailarina si ve eso?

Volvieron a echar a andar.

—No depende de mí, sino de la señora Storm.

—Comprendo.

Pero Christopher sabía que no lo comprendía. Al igual que no lo hacía nadie en la compañía.

—Hemos llegado. Descanse. Mañana tiene que volver a salir.

Melissa asintió.

—Gracias por acompañarme —musitó.

—Ha sido un placer.

Christopher no se movió del sitio y esperó hasta que ella entró y cerró la puerta de la pensión. Después se marchó al hotel donde se alojaba. Esperaba no encontrarse con Anna. No tenía ningunas ganas de verla.

***

La segunda vez que pisó el escenario ya no parecía una estatua de mármol con corsé homicida. Estaba menos tensa, más centrada. Se dejó envolver por la música de la orquesta. Los acordes flotaban por el teatro; y ella, obediente, los dejó ocupar sus pensamientos. Nada de distracciones. Nada de Christopher.

Bueno... casi nada.

Porque allí estaba él otra vez, en su butaca junto a Simon, observándola igual que un halcón.

Melissa se repetía una y otra vez que era un espíritu del bosque con sed de justicia. Una Wili con un propósito claro, sin tiempo para hombres que trataban a Giselle como si no valiera nada. Pobrecita, sí, campesina, pero con un corazón que latía más fuerte que el de cualquier condesa aburrida. Todas merecían una oportunidad, incluso las que venían al mundo sin apellido ni fortuna.

Cuando el telón cayó y los aplausos estallaron, Melissa se permitió sonreír por primera vez. Las Wilis se tomaron de las manos y

salieron por el lateral para agradecer al público su entusiasmo. Luego salieron John y Mary Jane, que se llevaron su ovación, claro. Y después el resto del elenco, mezclándose con los espíritus vengativos. Todo muy armonioso.

Los aplausos fueron bajando poco a poco, como una ola que se retira. Los bailarines se fueron en el mismo orden de llegada.

Anna los esperaba entre bastidores.

—Es mejorable —dijo sin ninguna expresión en su cara—, pero es la mejor representación que habéis hecho hasta ahora. Mañana descansad. El martes, ensayo.

La traducción era: *no os durmáis en los laureles.*

Lo importante era que no regañó a nadie y todos pudieron marcharse tranquilos.

—Mel, ven, mira lo que han traído.

Martha le agarró la mano y la arrastró con entusiasmo hacia el camerino. En el centro había varios ramos de flores, todos distintos, con colores vivos y olores que se mezclaban en el aire.

Melissa no se sorprendió. Ya había hecho ese trabajo otras veces: recibir los ramos, repartirlos, leer las tarjetas. Y la verdad, echaba de menos ese toque de intriga que daba y la sensación de que cada sobre podía esconder una confesión o una declaración inesperada. Pero ahora no le tocaba a ella, sino a la asistente.

De entre todos había uno que era absolutamente encantador. Más grande y voluminoso que los demás, con una cinta rosada que ataba los tallos con cuidado. Se notaba a la legua que era caro, y a diferencia de los otros, contenía flores que no podían encontrarse con facilidad en aquella época del año.

—Mary Jane, este es para usted —dijo Emily, entregándoselo como si fuera de cristal y pudiera romperse.

—¿Para mí? —respondió la primera bailarina, haciéndose la

sorprendida. Lo acomodó entre los brazos y sacó la tarjeta con toda la teatralidad del mundo—. Gracias por no leerlo en voz alta, Emily.

—¿Quién te lo envía? —preguntó una de las muchachas que siempre iba detrás de ella igual que un perrito faldero.

—Es de un admirador, pero no voy a decir de quién. Por favor, que nadie insista sobre ello, porque lo he prometido.

Y se fue a su tocador, sin dar el gusto de revelar quién se lo enviaba.

—Misteriosa hasta cuando respira —murmuró Olga, la rusa, con el ceño fruncido.

Las que estaban cerca la oyeron, pero nadie dijo nada. Alguna sonrisilla y poco más.

—Es capaz de habérselo mandado ella misma —susurró Ophelia, con malicia.

Melissa se mordió el labio inferior, divertida. Si eso hubiera sido verdad —que no lo creía—, habría sido muy humillante si fuera descubierta, además de estar engañándose a sí misma.

Emily siguió leyendo las tarjetas. Una para todo el ballet, dos para las Wilis, con felicitaciones de lord y lady MacClintock y del barón Cromwell.

—Los llevaré al salón de la pensión —dijo, guardando las notas.

Melissa se acercó con curiosidad, igual que varias compañeras, para verlos de cerca. Al pasar junto a Mary Jane, oyó que decía a sus amigas:

—Habría preferido una joya.

Ophelia también lo escuchó y cruzó una mirada con Melissa.

—Y yo —le murmuró al oído, con ironía—. Hay que ser estúpida.

Melissa le agarró el brazo y la llevó hacia el tocador que compartían.

—Ya sabes cómo es. Nunca le basta con nada.

—No soporto sus aires —refunfuñó Ophelia, mientras se descalzaba—. Además, vosotras, las Wilis, estuvisteis mejor.

Melissa asintió. Lo de Mary Jane había sido... correcto. Pero nada del otro mundo. Desde luego, no como para que le mandaran joyas.

—La señora Storm se dará cuenta algún día. Mientras tanto —sonrió Melissa, intentando animarla—, nosotras nos conformamos con no arrancarnos los pelos.

—Tienes razón, pero no me parece justo, Mel —dijo, todavía refunfuñando, mientras se soltaba el moño con gesto cansado.

Ella no quiso seguir hablando del tema y se sentó delante del espejo para desmaquillarse. De repente, sintió unas manos sobre su cabeza, retirando horquillas.

—No te molestes, Emily —dijo al ver que era ella—. Ve a ayudar a otra. Yo puedo quitármelas sola.

—¿Estás segura? —preguntó, mirándola en el reflejo del espejo.

—Sí, anda tranquila. No me he convertido en estatua todavía.

La joven se trasladó al tocador de al lado y ella la siguió con la mirada, esperando no haberla ofendido.

***

La luna iluminaba las piedras mojadas del patio, y aunque el aire era frío, Melissa no lo sentía. Estaba sentada en el banco de hierro, con las mejillas aún calientes por todo lo que había vivido. El corazón se había calmado un poco, pero seguía latiendo con fuerza, empeñado en no soltar ni un solo recuerdo de esos dos días.

Desde el interior, el viento arrastraba retazos de conversaciones. Sus compañeros seguían en el salón aprovechando que el día siguiente tenían descanso.

—¿Por qué no está junto a los demás?

La voz profunda y masculina de Christopher la sobresaltó. No lo había oído llegar, pese al suelo de piedra y las hojas secas que crujían bajo los pies. Y como siempre, él había aparecido de la nada, sin avisar.

Ella se giró de inmediato.

—Definitivamente, lo hace adrede —lo riñó, poniéndose en pie por cortesía.

Él caminó con calma. El frío no parecía afectarlo y se sentó en el banco con despreocupación. Melissa se acomodó de nuevo, intentando controlar los latidos de su corazón, que se empeñaban en acelerarse cada vez que lo tenía cerca.

—¿Qué es lo que hago?

—Presentarse de ese modo.

—Y, casualmente, siempre la encuentro sola. ¿Qué está haciendo aquí?

—Hace mucho calor dentro. —Volvió la cara hacia él, con una sonrisa—. ¿Qué le ha parecido la representación de hoy?

—Ha estado magnífica.

Ella enrojeció y agradeció que las sombras ocultaran parcialmente su rostro.

—Me refiero al ballet en general.

Él se encogió de hombros y sonrió de medio lado. Un gesto que Melissa ya empezaba a conocer más que de sobra.

—No ha estado mal.

—Usted se ha puesto de acuerdo con la señora Storm para decir lo mismo.

Anna había soltado un «mejorable» y él se limitaba a decir que no había estado mal. Al menos coincidían en algo, aunque a Melissa no le hiciera ninguna gracia escucharlo. Pero ella había visto al público, había sentido su energía y parecían haber quedado encantados.

—Me resulta difícil de creer que solo aprendiera observando —dijo él, evitando hablar de la profesora.

—Nunca he tenido a nadie que me enseñara... hasta ahora. —Ni tiempo, ni dinero ni oportunidad, pensó.

Christopher le dedicó una sonrisa breve pero cálida.

—Es afortunada de haber nacido con el don.

—Emily también dice eso. Pero nadie tiene ni idea de cuánto he trabajado. Las horas soportando a otros, las noches sin dormir, los días sin comer cuando... —Guardó silencio de golpe, al darse cuenta de que estaba hablando más de la cuenta—. No me considero una persona afortunada —terminó de decir.

Él arqueó una ceja, sorprendido. Tenía muchas preguntas rondando su cabeza en ese momento. Melissa lo podía ver en su rostro. Pero no era el lugar, ni el momento.

—¿Por qué se dedicó usted a esto? —le preguntó ella, cambiando de tema.

Después de un instante de pensar, Christopher se encogió de hombros.

—Legado familiar. Antes la compañía fue de mi padrastro.

—Cuénteme más, por favor.

—No hay mucho más que decir. Me crie en este ballet y aprendí a dirigirlo. Pensé que sería más sencillo continuar con él que embarcarme en otra empresa diferente.

—El otro día, las nuevas bailarinas me preguntaron por usted. Querían saber si estaba casado.

Christopher la observó con un brillo burlón en sus ojos.

—¿Usted qué les dijo?

Ella se ruborizó.

—Que creía que no, pero... que tampoco estaba segura.

—Melissa, si hubiera tenido una esposa, habría oído hablar de ella.

De hecho, no creo que estuviera aquí en este momento conversando con usted.

—Lleva razón, pero como realmente no sé nada... de su vida. Más que es mi jefe...

No sabía por qué había tenido que decirle eso. O tal vez, lo había hecho porque también deseaba saber cosas de él.

—No se preocupe. Entiendo que sienta curiosidad. Es lo más normal entre dos personas que se conocen desde hace tan poco tiempo. ¿No?

Ella asintió.

—Sí, supongo.

—Melissa, no piense en mí como su jefe —dijo él, y ella alzó las cejas, sin saber muy bien a qué venía eso—. Vale que trabajamos juntos, pero también somos amigos.

—¿Amigos? —repitió ella, con una sonrisa medio divertida, aunque no tenía claro qué pensar—. Yo qué sé... Con los hermanos Flint me llevaba bien, pero nunca pensé que fueran mis amigos.

—Bueno, quizá ellos lo hacían a su manera, pero aquí... —empezó Christopher.

Melissa soltó una carcajada.

—No mienta, señor Holt. Usted no tiene amigos en su compañía. Bueno, salvo el señor Lambert.

Christopher frunció los labios y puso los ojos en blanco un segundo.

—Cazado.

Melissa sonrió más aún y asintió despacio.

—Espero que esto no sea para sacarme información sobre mis compañeros.

—¿Información?

—Las nuevas creen que soy una especie de espía o algo por el

estilo.

Christopher sonrió, no solo por lo que acababa de decirle, que le parecía bastante gracioso, sino porque le divertía saber que hablaban de él. No debían tener mucho material, claro, porque siempre había sido bastante reservado con su vida.

—¿Usted, espía? —Christopher se rio—. No tiene cara de serlo. Es demasiado expresiva.

—¿Y eso qué significa? —Melissa frunció el ceño, aunque se le escapaba la sonrisa.

—Que se le nota todo. Si le desagrada alguien, se ve. Si está cansada, se nota. Si está feliz, brilla. No sabría fingir ni aunque le pagaran.

—¿Y si me pagaran mucho?

—Entonces igual lo intentaba, pero acabaría confesando en cinco minutos.

Melissa se encogió de hombros.

—Cinco minutos es bastante generoso. Yo me traiciono sola en tres.

Él volvió a soltar otra carcajada.

—¿Le pasa mucho?

—Más de lo que me gustaría. Una vez intenté parecer tranquila en una reunión y terminé confesando que me dan miedo las mariposas.

Christopher se sorprendió.

—¿Las mariposas?

—Sí. Todo el mundo dice que son bonitas, delicadas, mágicas..., pero a mí me dan escalofríos. Esas alas que se mueven sin ruido, esos cuerpos raros, esos ojos que no sabes dónde están.

—Nunca había oído a nadie describir una mariposa como una amenaza.

—Pues yo sí. Y no soy la única. Hay una chica en vestuario que les

tiene pánico. Nos entendemos con solo mirarnos cuando aparece una cerca.

—¿Y qué hacen?

—Nos congelamos. Fingimos que estamos ocupadas. Una vez simulé que estaba cosiendo un dobladillo solo para no moverme.

Christopher se rio.

—¿Y si una se posa en usted?

—Me convierto en estatua. Digna pero aterrada.

—Eso sí que no lo esperaba. Pensaba que me iba a decir algo más común, tipo miedo a las alturas o a los ratones.

—Las alturas me gustan y los ratones me dan ternura. Pero las mariposas... no. Son demasiado impredecibles.

Christopher se apoyó en el respaldo del banco, divertido.

—¿Y qué más me va a confesar hoy?

—Depende. ¿Cuánto está dispuesto a escuchar?

—Todo. Mientras no me diga que también le dan miedo los aplausos.

—No, los aplausos me encantan. Lo que me pone nerviosa es el silencio justo antes de salir al escenario. Ese momento en que todo está quieto y parece que el mundo contiene la respiración.

—Eso sí lo entiendo.

Melissa lo miró de reojo.

—¿Y usted? ¿Tiene algún miedo secreto?

Christopher se lo pensó un momento.

—Las cucharas de madera.

—¿Qué?

—No me pregunte, pero no puedo usarlas. Me dan dentera.

Melissa soltó una carcajada.

—Vale, estamos empatados. Mariposas y cucharas de madera. Podríamos montar un club.

—Con entrada restringida. Nada de insectos ni utensilios rústicos.

Melissa alzó la vista. El cielo estaba más oscuro que antes, y al mirar hacia la pensión, notó que la mayoría de las luces ya se habían apagado. Solo quedaban un par encendidas en la planta baja, y eso significaba que las chicas empezaban a retirarse. Ophelia y Martha seguro que ya estaban en la habitación, preguntándose si se habría perdido o fugado.

—Creo que me toca volver. —Soltó un suspiro cansado—. Si tardo más, Ophelia y Martha van a salir con una linterna a buscarme.

Christopher se levantó despacio, sin ganas de que la conversación terminara.

—Explíqueles que estaba en una reunión importante —le dijo, tendiéndole la mano.

Melissa la tomó con suavidad y se puso en pie. Estaban tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo apenas rozando el suyo. El corazón le dio un vuelco. Se quedó quieta sin saber si respirar o quedarse ahí esperando. Deseó que la besara. No debía, lo sabía, pero lo deseó igual. Necesitaba descubrir a qué sabían sus labios. O mejor aún, saber qué sentiría si el primer beso que diera a un hombre fuera a él.

No entendía qué le pasaba últimamente, aunque tampoco era tan ingenua como para no ver la forma en que la miraba. Sus ojos oscuros ardían cuando se quedaban fijos en sus labios. Él también quería besarla, lo sabía.

Se apartaron al mismo tiempo.

—Y que he sobrevivido —añadió ella en un susurro mientras se ajustaba el abrigo—. Señor Holt, ¿cree que algún día la señora Storm me dará un papel principal?

Christopher, hechizado por la noche, alzó la mano y le rozó la mejilla con las yemas de los dedos. No apartaba nada, solo quería

tocarla.

—No tengo ninguna duda —dijo—. Pero he estado pensando en la próxima representación. *La Sylphide*, ¿la conoce? Hay varios papeles importantes.

Ella abrió mucho los ojos. No respondió de inmediato, pero el brillo en sus iris color miel lo decía todo. Estaba emocionada.

Christopher no sabía por qué le hablaba de eso. Nunca compartía sus ideas con nadie antes de discutirlas con Anna y Simon. Pero había algo en Melissa que lo hacía pensar en esa criatura suspendida entre el mundo real y el de los sueños.

—No se lo diga a nadie. Es un secreto —añadió, y en cuanto lo dijo, pensó que debía haberse mordido la lengua.

Ella sonreía. Las pocas estrellas que había en el cielo se reflejaron en sus pupilas como si hubieran estallado fuegos artificiales en su interior.

—No lo haré —le prometió—. A un amigo no se lo traiciona. Buenas noches, señor Holt.

—Buenas noches, señorita espía.

Melissa se alejó por el patio, con pasos tranquilos y el corazón agitado. Al cruzar la puerta de la pensión, pensó que quizá Ophelia estaría dormida ya —casi siempre era la primera en hacerlo—, pero Martha seguro que la esperaba con alguna pregunta absurda y una taza de té medio frío. Por alguna razón, eso le pareció reconfortante.

Christopher se quedó allí un momento más, con la sensación de que la noche había sido más larga de lo habitual, pero también más interesante.

Capítulo 10

Melissa no sabía qué pensar ni si debía hacerlo. Solo quería llegar a su dormitorio, cerrar la puerta y dejar que el silencio le ayudara a ordenar todo aquello.

Pero justo cuando iba a girar el picaporte, una voz la detuvo en mitad del pasillo.

—¿De qué hablabais?

Se giró despacio. Mary Jane estaba allí, apoyada en el marco de la puerta contigua, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión repleta de desdén.

—¿Perdón?

—Con el señor Holt —aclaró, a pesar de que no hacía falta—. Os he visto desde la ventana. Parecía una conversación muy... íntima.

Fastidiada, Melissa se quedó quieta.

—No te importa —respondió sin levantar la voz.

Mary Jane arqueó una ceja.

—Eso es discutible si me afecta a mí.

—No eres el centro del universo. Además, no estamos en un confesionario —respondió con una sonrisa que pretendía ser irónica.

—Solo me parece curioso. No es habitual que el señor Holt se

detenga a conversar con una bailarina y menos a estas horas. Conozco a las mujeres como tú y a los hombres como él. Te tomará como amante con la promesa de darte un papel principal. E, inocente de ti, eres capaz de aceptar. —Melissa entrecerró los ojos, y la mirada de Mary Jane se volvió más oscura—. ¡Oh! ¿No me digas que ya te lo ha ofrecido? —añadió, descruzando los brazos.

—¿Y qué si lo hubiera hecho? Que tú llegaras a ser primera bailarina así no significa que todas...

—Por supuesto que no llegué así —respondió, tajante. Luego sonrió con crueldad—. Yo no necesito acostarme con nadie para ascender, en cambio tú...

—Te recuerdo que también soy bailarina ahora —la interrumpió, malhumorada—. Y si quisiera acostarme con él, no sería de tu incumbencia.

Mary Jane apretó los dientes con fuerza y la miró de arriba abajo con ojos afilados.

—No te pongas nerviosa, Melissa. Solo quería saberlo. Tú verás lo que haces, pero cuando Christopher se canse de ti, y te aseguro que lo hará, volverás a ser una simple y sencilla asistente.

—Gracias por la advertencia —respondió, girando el picaporte con calma—. Buenas noches, Mary Jane.

Entró en su dormitorio y cerró la puerta con suavidad. Se quedó apoyada en ella, con la frente rozando la madera. Necesitaba sentir algo sólido para no desmoronarse. El aire del dormitorio estaba quieto, pero dentro de ella todo se agitaba. Las palabras de Mary Jane seguían resonando como si se las hubiera susurrado al oído en lugar de escupírselas en el pasillo.

«Te tomará como amante con la promesa de darte un papel principal».

Qué fácil le resultaba ensuciar lo que no entendía. Qué cómodo

era para Mary Jane reducir a los demás a sus propias miserias. Le había hablado con superioridad, tratándola de ingenua, dando por hecho que no sabía distinguir entre un gesto sincero y una intención torcida. Que no tenía derecho a recibir ternura sin que eso viniera acompañado de sospechas o condiciones.

Y sin embargo... Se mordió el labio.

¿Y si tenía razón? No sobre ella ni lo que haría, sino sobre él. ¿Y si Christopher era como ella decía?

Melissa no lo conocía bien. Había sido amable, atento e incluso encantador, pero también era el dueño de la compañía. Un hombre acostumbrado a que lo obedecieran, lo admiraran y a que lo siguieran. ¿Y si esa cercanía que mostraba con ella no era más que una estrategia? ¿Una forma de mantenerla cerca, de hacerla sentir especial para luego pedir algo a cambio?

Se estremeció.

No quería creerlo. No podía. Porque si lo hacía, tendría que aceptar que todo lo que había sentido en el patio —su mirada, su voz, el roce de sus dedos— no era más que una ilusión. Una trampa.

Y aun así... no podía poner la mano en el fuego por él. Pero... no. No le encajaba. Mucho menos con la forma en que le había hablado, ni con la delicadeza con la que le había tocado la mejilla. Él se había contenido, como si supiera que no debía cruzar una línea.

Mary Jane solo quería sembrar dudas. Lo sabía. Lo había visto en su sonrisa, en su tono, en la forma en que la miraba, pero no iba a conseguirlo.

Melissa no era como ella. No buscaba ascensos ni favores. Y si Christopher la miraba como lo hacía, no era porque ella se lo pidiera. Era porque él quería hacerlo.

Se alegró de que Ophelia y Martha aún estuvieran despiertas. Necesitaba contarles lo ocurrido, porque en el fondo, muy en el

fondo, temía que Mary Jane tuviera razón.

Y eso... eso le dolía más que cualquier insulto.

Ophelia estaba sentada en la cama con una trenza medio deshecha y cara de sueño; y Martha, en el borde de su colchón, balanceando los pies en silencio. Obviamente, esperando que Melissa contase lo que había sucedido en el corredor, pues habían escuchado los murmullos de la conversación.

—Buenas noches —les dijo Melissa, sin moverse del umbral—. No ha habido bofetadas, ni desmayos ni confesiones escandalosas. Lo siento si esperabais algo así.

Ophelia la miró con el ceño fruncido.

—¿Y esa cara?

—¿Qué cara?

—La de alguien que ha tragado algo amargo y no sabe si escupirlo o fingir que está bueno.

Melissa soltó una risa breve, pero no le salió del todo. Se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero. Caminó despacio hasta su cama y se sentó.

—Mary Jane me ha regalado una joya esta noche. No literal. Más bien una de sus frases inteligentes.

Martha inclinó el cuerpo hacia ella y dejó de mover los pies.

—¿Era con ella con quien hablabas? ¿Qué te ha dicho?

Melissa se frotó las manos.

—Que el señor Holt me va a tomar como amante con la promesa de darme un papel principal.

Las dos se quedaron en silencio. Ophelia parpadeó y Martha levantó las cejas, sorprendida.

—¿Perdona? —soltó Martha—. ¿Eso te lo ha dicho Mary Jane?

Melissa asintió, despacio.

—Con esa voz suya que parece que te acaricia mientras te clava

una espina.

Ophelia se incorporó de golpe.

—¿Y por qué te ha dicho eso? ¿Entre tú y el señor Holt existe algo que nosotras no sepamos?

Melissa se pasó una mano por la cara y soltó un suspiro largo.

—No sé cómo responder a eso. No hay nada oficial, ni secreto ni escandaloso. No sabría como nombrarlo.

Bueno, él había dicho «amistad».

Martha se cambió de su cama a la de ella y se sentó a su lado.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace unas semanas. Al principio pensaba que era cosa mía y que me lo estaba imaginando. Pero luego empecé a notar cómo me miraba y me hablaba.

Ophelia se cruzó de brazos.

—¿Y tú qué sientes?

—Confusión, curiosidad... y ganas de saber si... es real, si va a pasar algo. Pero también tengo miedo porque él es el dueño de todo esto y yo soy solo una bailarina más.

Martha la miró con atención.

—¿Te ha tocado?

—¡No! —exclamó—. Hoy me rozó la mejilla, pero no fue nada. Tampoco parecía que quisiera aprovecharse.

Prefirió no contarles la vez que él le anudó las cintas del corsé.

Ophelia se mordió el labio.

—¿Y tú quieres que suceda algo?

Melissa bajó la mirada, incómoda.

—No lo sé. Me gusta que me mire como lo hace y que me hable como esta noche. Pero también quiero que no me esté engañando y que me dé un papel solo porque le atraigo. Quiero que me lo dé porque lo merezco.

Martha le tomó la mano.

—¿Y crees que él lo ve así?

—Creo que sí, pero no puedo estar segura. Y ahora, con lo que ha dicho Mary Jane me ha entrado el miedo, y eso me revuelve por dentro.

Ophelia se detuvo delante de las dos.

—¿Y qué vas a hacer?

—Nada. Si él quiere algo tendrá que demostrar que no es lo que Mary Jane cree. Y si no lo hace, entonces me tocará olvidarlo y pensar que en verdad lo he imaginado todo.

Martha suspiró.

—A mí me pareció sospechoso que ayer, antes de salir al escenario, se parase a hablar contigo, pero no quise decirte nada.

Melissa afirmó con la cabeza.

—A ese tipo de cosas me refiero.

Ophelia se tumbó sobre la cama.

—Pues si hace falta, mañana le lanzamos una zapatilla a Mary Jane, por víbora.

Martha se rio.

—O le dejamos una nota anónima con faltas de ortografía. Eso la mataría.

Melissa se dejó caer hacia atrás; todavía nerviosa, pero con menos peso en el pecho.

—Gracias. No sé qué haría sin vosotras.

Martha le acarició el brazo.

—Probablemente lo mismo, pero con menos risas y más drama.

Ophelia giró la cara hacia ella.

—Y escucha. Los hombres pueden ser encantadores, pero también pueden ser expertos en decir justo lo que quieres oír. No te fíes solo de las palabras. Fíate de lo que hacen cuando creen que no estás

mirando.

Melissa clavó los ojos en el techo.

—¿Creéis que estoy perdiendo el juicio? —preguntó, sin moverse —. ¿Que me estoy montando una historia absurda en la cabeza? Tal vez... estoy haciendo mal por empezar a sentir algo por él.

—Eso no es un delito —respondió Ophelia.

Martha encogió lo hombros.

—Pero ten cuidado, Mel, que estamos hablando del señor Holt, el jefe, el que tiene el poder de ponerte en el centro o dejarte en la esquina.

Melissa cerró los ojos.

—Lo sé, y por eso me da miedo. Si me equivoco, no soy yo sola la que se rompe. También se puede venir abajo todo lo que estoy intentando construir aquí.

Ophelia soltó el aire, despacio.

—Entonces no te precipites. No vayas más rápido que él. No le entregues más de lo que te está dando. Mira bien, escucha, y si de verdad quiere algo contigo, que lo demuestre sin adornos ni frases bonitas.

—Y sin promesas —añadió Martha, con tono firme—. Los que prometen demasiado suelen quedarse cortos, y los que no prometen nada, a veces terminan sorprendiendo.

—¿Y si no es nada? ¿Y si solo me mira así porque le divierte verme confundida?

—Entonces es un idiota —dijo Ophelia, sin dudar—. Y no merece ni que pienses en él.

Martha se rio.

—Ni reverencias, ni sonrisas ni pestañeos.

Melissa se incorporó un poco, apoyándose en los codos.

—¿Y si sí es algo? ¿Y si de verdad siente algo por mí?

Ophelia chasqueó la lengua.

—Entonces que lo diga y que se exponga, porque tú ya estás arriesgando solo con sentirlo.

—Y si lo hace —añadió Martha—, que sea con respeto, con claridad y sin juegos, porque tú no estás aquí para ser un secreto ni una distracción. Ni para convertirte en un chisme que se cuente entre bastidores.

—Eso no quiero que suceda.

—Si él te quiere, que lo haga bien. Y si no, que se aparte —dijo Ophelia.

Martha se tumbó de nuevo.

—Y mientras tanto, tú baila y no dejes que Mary Jane te meta sus sombras en la cabeza.

—La verdad es que me ha dolido —respondió Melissa—. No porque crea que es verdad lo que ha dicho, pero por un momento he pensado que podría serlo.

—Yo no lo conozco bien. ¿Tú crees que él sería capaz de hacerlo?

Melissa negó despacio.

—No.

Ophelia bostezó.

—Mary Jane vive para sembrar dudas. Lo hace con todas, aunque contigo se ha pasado.

—Lo sé.

—Olvídate ya de ella —ordenó Martha, levantándose para meterse en su cama—. Solo lo ha dicho porque esta rabiosa. Se molestó cuando pasaste la audición, y ahora te odia porque el señor Holt se ha fijado en ti. Eso es todo.

Melissa se quedó en silencio, con la respiración más tranquila. Sabía que Christopher le gustaba, que empezaba a sentir cosas que no había percibido antes, y eso la inquietaba. No confiaba

fácilmente, y Mary Jane le había dado motivos para dudar. Pero al menos ya no lo llevaba sola. Habérselo contado a Ophelia y Martha la había aliviado, aunque no sabía si había hecho bien. Tal vez se arrepintiera al día siguiente, pero en ese momento solo quería cerrar los ojos y dejar de pensar.

Capítulo 11

Casualidad o no, la representación de *Giselle* atrajo al público de una forma que Christopher ya no recordaba. El teatro se llenó más de lo habitual, incluso más de lo previsto. Las nuevas bailarinas traían un aire distinto, algo más fresco, casi moderno, que parecía haber despertado lo que llevaba tiempo dormido en la compañía. Hasta Mary Jane, que venía arrastrando los pies desde hacía meses y trataba cada ensayo como una penitencia, parecía más motivada que nunca.

La noche anterior, Christopher había llegado justo a tiempo para ver el ballet. Llevaba dos semanas fuera, ocupado con asuntos urgentes en el nuevo teatro; y aunque Simon le había ido informando de que todo marchaba bien, no era lo mismo que estar allí, ver el escenario lleno y sentir cómo vibraba la sala.

Había pensado mucho en Melissa —más de lo que quería admitir —. En el último encuentro que tuvieron se había sentido torpe, casi ridículo al decirle que eran amigos. Normal que ella lo mirase incrédula y hasta divertida, pues había sonado a falso. A algo improvisado sobre la marcha. A una frase que se dice cuando no se tiene valor para confesar la verdad, porque lo que deseaba no tenía

nada que ver con la amistad.

Quería besarla hasta dejarla sin aliento. Saborear la piel de sus mejillas, de su mentón, de ese cuello de cisne que se alzaba con tanta elegancia cuando bailaba. Ansiaba estrecharla entre sus brazos, sentir su cuerpo contra el suyo y acariciarla sin prisa, sin miedo y sin límites. Sin nadie que lo censurara por ello.

Sin embargo, no lo había hecho porque la respetaba. Él respetaba a todas las mujeres sin importar de qué lado de la cama vinieran. Pero estaba acostumbrado a que fueran ellas quienes se le acercaran, quienes se insinuaran sin pudor, y él, a veces, aceptaba lo que le ofrecían.

Melissa era distinta, aunque no podía ser tan inocente como aparentaba, porque él no escondía su interés. La buscaba siempre que podía, se la comía con los ojos sin importar el momento ni el sitio.

Tal vez era un cobarde, pues se arrepentía de no haberla besado el día que le ajustó el corsé o aquella noche en el patio, porque a pesar del frío, había sentido una de las erecciones más intensas de su vida. Sin embargo, no lo había hecho, tal vez por temor a ser rechazado. A que lo mirara como si no fuera quien creía que era.

Aquel lunes, Christopher había convocado una reunión en la oficina. Quería dejar claro que la próxima representación sería *La Sylphide*. Anna y Simon estaban allí, sentados frente a él, con expresiones distintas. Simon parecía dispuesto a escuchar. Anna, en cambio, ya fruncía el ceño antes de que él terminara de hablar.

—No estoy convencida —dijo, con gesto tenso—. *La Sylphide* tiene varios protagonistas principales. No sé si va a funcionar con el elenco que tenemos.

Christopher no respondió enseguida y se limitó a mirarla con calma, pues no pensaba ceder.

—Funcionará —dijo al fin—. Y será la próxima. En diciembre.

Simon se inclinó hacia delante.

—¿Ya lo has decidido?

—Sí, y quiero que empecemos a trabajar en ello cuanto antes.

Anna soltó un suspiro.

—Es una pieza delicada. Requiere precisión, sensibilidad y un reparto que sepa sostener el peso emocional. No es como *Giselle*, que gira en torno a una sola figura.

—Precisamente por eso —respondió Christopher—. Quiero que la compañía se enfrente a algo distinto. Que se muevan fuera de lo cómodo.

Simon asintió, pensativo.

—Puede ser interesante, y el público está respondiendo bien últimamente. Quizá sea el momento.

Anna no parecía convencida, pero tampoco discutió más. Sabía que cuando Christopher hablaba así, no había espacio para negociaciones.

—Entonces empezaré a preparar el reparto —dijo ella, sin entusiasmo.

—Quiero que lo hagas con criterio —añadió él—. Y sin favoritismos.

Anna alzó una ceja.

—¿Estás insinuando algo?

—Estoy recordando que esta vez no hay margen para juegos. *La Sylphide* necesita entrega.

—Ya sabes que la Sylphide será Mary Jane. Ahora ya está más centrada. Solo le hacía falta una buena competencia para espabilarse —advirtió Anna.

—Eso es cierto —coincidió Simon, sin pensarlo demasiado—. Aunque no es la primera vez que tenemos caras nuevas —murmuró,

con tono neutro.

Christopher se mantuvo al margen, atento a lo que decían, pero sin intervenir. Él ya había dicho lo que quería y la decisión sobre el reparto era cosa de Anna. Tenía la certeza de que Melissa obtendría alguno de esos papeles.

—En esta ocasión, Mary Jane no se va a dejar pisar. Estoy preparando a una segunda bailarina para que aprenda su personaje. Es por eso por lo que se ha espabilado —añadió Anna.

Christopher frunció el ceño. Esa frase lo obligó a intervenir.

—¿Estás hablando de que la has amenazado con una sustituta?

Anna se encogió de hombros.

—Por si le sucede algo o decide marcharse.

—¿Y a qué pobre infeliz has puesto en su punto de mira?

Algo le decía que su respuesta no iba a gustarle. Anna se encogió de hombros con una sonrisa maliciosa.

—A la única que ahora mismo puede hacerle sombra. A Melissa Lockwood.

Christopher no se sorprendió, pero le molestó que la usara como amenaza.

—¿Por qué no a Olga Yakovlevna?

Anna negó con la cabeza.

—Es buena, pero no tanto como Melissa. Le pasa lo mismo que a Mary Jane, no transmite nada.

—Entonces imagino que la señorita Lockwood ya lo sabe y le has contado que la estás utilizando —dijo Christopher, sin darse cuenta de que había alzado la voz y apretaba los dientes con fuerza al hablar.

Simon intervino con tono conciliador antes de que la conversación se tensara más.

—Melissa es un filón de oro, y Mary Jane no es tonta y lo sabe.

—Yo no diría que es un filón —replicó Anna con desdén—, Melissa improvisa demasiado.

Christopher resopló. No entendía por qué Anna seguía aferrada a Mary Jane como si fuera su única tabla de salvación.

—Melissa todavía está aprendiendo —recordó Simon.

—Le faltan muchas tablas —sentenció Anna.

Christopher saltó como un resorte.

—Entonces ¿por qué haces que se ilusione? ¿No te das cuenta de que juegas con las personas como te da la gana?

Simon lo miró sorprendido. Anna ni se inmutó, estaba acostumbrada a sus arrebatos.

—Ya lo he dicho. Para motivar a Mary Jane.

—¿Motivar? No lo puedo creer —dijo poniéndose en pie, furioso. Abrió la boca para contestar y decirle lo que pensaba de su forma de manipular, de su frialdad, de esa manera suya de tratar a las personas como piezas de ajedrez. Quería gritarle, sacudirla e incluso estrangularla, pero la cordura se impuso.

Se quedó quieto, con los puños cerrados y la mandíbula tensa. Si hablaba, la tierra temblaría. Lo sabía. Y no podía permitirse eso delante de Simon y mucho menos de ella.

Respiró hondo, aunque el aire lo quemaba por dentro. La miró sin decir nada, con los ojos encendidos, y luego se giró hacia la puerta.

—No voy a seguir con esto —murmuró, más para sí que para ellos.

Cogió su abrigo y salió del despacho sin mirar atrás, cerrando la puerta con más fuerza de la que pretendía.

Se detuvo en el pasillo y apoyó la espalda en la pared con los ojos cerrados. Necesitaba calmarse. Pensaba en Melissa, en lo que sentiría si supiera que la estaban usando como carnada, porque él era el dueño y ella lo vería como el único culpable.

Anna no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. O quizá sí, y eso era lo peor.

Se pasó una mano por la cara. El aire del corredor no era suficiente y salió a la calle. El día estaba gris y el viento movía los postigos de las ventanas.

Simon lo siguió preocupado. Christopher no solía alterarse así, y cuando lo hacía era porque algo le tocaba más de lo que quería admitir.

—¿Qué ocurre? —le preguntó, al alcanzarlo en la entrada trasera del teatro.

Christopher lo miró sobre el hombro, sacudió la cabeza y se apoyó en la barandilla de hierro, donde había un pequeño rellano antes de que empezaran las escaleras.

—Anna es la única responsable de montar trifulcas y envidias entre las mujeres de la compañía. Dar esperanzas a alguien solo para animar a otra persona es de lo más ridículo.

Simon suspiró. Lo conocía bien y sabía que no hablaba solo de Anna.

—Sé que no está bien, pero su plan está dando sus frutos.

—Es rastrero —gruñó.

—Nunca te ha molestado eso. Supongo que es porque esta vez se trata de Melissa.

—No sé qué insinúas —replicó—. Anna jamás ha hecho algo así. Y me molestaría, aunque fuera con cualquier otra persona. No se juega con la gente que tiene sueños.

Simon se apoyó en la barandilla.

—Puede que sea con cualquiera, pero con Melissa te afecta más. No lo niegues. Te acercas a ella cada vez que puedes y no lo haces a escondidas.

—¿Y qué pasa si lo hago? ¿Ahora resulta que no puedo hablar con

quien me dé la gana?

—No es eso. Es solo que nunca te has implicado con nadie y ahora lo haces sin disimulo.

—¿Eso te parece grave?

Simon negó despacio, metiendo las manos en los bolsillos.

—No, pero me parece nuevo.

Christopher bajó la voz.

—Anna lo hace para castigarme.

—¿Castigarte? ¿Por qué?

—Es una historia larga. No sé si podrías entenderla.

—Cuando quieras, estoy dispuesto a escucharla.

Christopher cerró los ojos. Tenía los hombros tensos y sus manos se aferraron a la barandilla con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Sabes que yo también bailaba, ¿verdad?

Simon asintió porque lo recordaba bien. Christopher se lo había contado una noche en la que el alcohol le soltó la lengua y el dolor lo arrastró sin remedio. Le habló de su madre, de lo que vivió en la adolescencia y del acoso que sufrió por parte de ella.

—¿Temes que Anna le haga a Melissa lo mismo que tu madre te hizo a ti?

Christopher dejó que la vista se perdiera en los adoquines mal alineados del otro lado de la calle e inhaló despacio.

—Sé que lo hará.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

Christopher tragó saliva.

—Porque Anna... es mi madre.

Simon se quedó estupefacto, incapaz de reaccionar al principio, aunque enseguida empezó a atar cabos y comprendió el acuerdo que había entre ellos, así como la promesa que Christopher le había

hecho a su padrastro.

—Tu madre —repitió.

—Para mi desgracia —afirmó con amargura—. Y la conozco demasiado bien como para saber que carece de escrúpulos. Llevará a Melissa al límite, la hará luchar por un papel que no piensa darle. Pondrá la miel en su boca y se la quitará justo antes de que pueda saborearla. ¿Y todo por qué? —Hizo una pausa y se señaló a sí mismo—. Por mí.

—Hombre, creo que exageras.

—No la percibes como yo, Simon. Siempre hará lo que sea con tal de no verme feliz. Ella disfruta jodiéndome la vida.

Simon lo miró sin responder de inmediato, dudando. Pensaba que Christopher seguía demasiado marcado por el pasado, con heridas que no terminaban de cerrar. Tal vez Anna había cambiado y ya no era la misma mujer que él describía con tanta rabia. Quizá ahora actuaba por estrategia y no por crueldad, aunque tampoco podía estar seguro. No la conocía como él y eso lo hacía vacilar aún más.

—Puede que estés equivocado —dijo al fin, con cautela.

Christopher soltó una risa seca, casi amarga, y sacudió la cabeza.

—En absoluto. Cuando tiene la sensación, por mínima que sea, de que algo me gusta... —aplastó con fuerza un puño sobre la palma de la mano—, lo destroza.

Decirlo no era fácil, pero tampoco podía seguir callándolo. Nadie que no hubiera vivido lo mismo entendería el rencor que sentía hacia ella. Fueron años intentando encontrar alguna grieta en su forma de ser, algún resquicio por donde pudiera colarse un poco de afecto. Pero Anna no sabía lo que era eso. No lo entendía y tampoco le interesaba.

Poseía una habilidad que pocos tenían: sabía cómo romperle la voluntad. Lo hizo cuando era niño, cuando le quitó la ilusión y lo

obligó a convertirse en alguien que aprendió a esquivarla, a fingir que no le dolía y a hacer como si no pasara nada.

Estar cerca de ella le removía cosas que prefería no recordar, pero no tenía más remedio que verla cada día. Y lo peor no era eso. Lo peor era que ella nunca había pedido perdón y él tampoco tenía intención de dárselo. Eran dos personas que se conocían demasiado y, aun así, vivían como si fueran extraños obligados a aguantarse.

Simon bajó la mirada, y entre ellos se instaló un silencio espeso, de esos que suelen haber en los velatorios cuando no queda nada que decir y todo se llena de incomodidad.

—Lo siento. No lo sabía.

—Por eso no he querido contar aún que compré el Alhambra. Cuanto menos sepa, mejor.

—Todavía me cuesta creer que ella sea tu madre. ¡Joder!

Christopher estuvo a punto de hablar, de explicarse, de soltar lo que llevaba dentro, pero se contuvo. No tenía ganas de seguir hablando de ella, ni de él ni de un pasado que seguía teniendo demasiada carga emocional. Y desde luego no iba a permitir que jugara con los sentimientos de Melissa. Ya había sido bastante paciente con su madre, demasiado permisivo, quizá, pero si una vez se rebeló volvería a hacerlo, y esta vez no pensaba ser tan indulgente.

—Nos vemos después, Simon.

Cruzó la puerta de la verja y echó a andar por la ciudad sin rumbo definido hasta que llegó a las afueras. Tomó un sendero serpenteante por el que había pasado un par de veces. Se trataba de un camino que cruzaba un pequeño bosquecillo de fresnos y abedules.

El aire allí soplaba con más fuerza y agitaba las copas de los árboles con diferentes rachas, lo que hacía que el follaje soltara

gotas de agua a su paso. Pero él apenas lo notaba.

Se detuvo junto a un fresno viejo, de tronco retorcido y corteza áspera, y apoyó la mano sobre la madera húmeda. Aspiró con fuerza, sintiendo el olor a tierra mojada y hojas frescas que flotaba en el aire. Cada vez le costaba más esfuerzo aparentar que las decisiones de su madre no le molestaban.

El paisaje lo envolvía con tonos verdes apagados y ramas que crujían a lo lejos, pero no lo suficiente como para no advertir que alguien o algo lo observaba. Giró en redondo y descubrió la figura de una mujer, que cobijada entre dos rocas fingía leer. Ella estaba sentada en un pequeño tocón de madera y había intentado bajar la mirada a su lectura, pero no fue demasiado rápida.

Christopher se detuvo unos segundos, sin moverse ni decir nada. No esperaba encontrar a Melissa allí, y verla le provocó una punzada de alegría y de angustia al mismo tiempo.

Se acercó con cuidado, intentando que el temblor que sentía no se le notara en la voz ni en el gesto.

—¿Melissa? ¿Qué está haciendo aquí?

Ella se quedó quieta, con el libro aún abierto, y lo levantó con gesto automático.

—Leyendo.

—¿Aquí? ¿Con este tiempo?

—Me concentro mejor. No se está tan mal en este sitio —respondió, echando un vistazo a su alrededor. Las piedras altas formaban una especie de muralla natural que detenía el viento—. No sabía que usted también conocía este lugar.

—He venido a pasear alguna que otra vez.

Ella levantó una ceja con incredulidad.

—No me habrá seguido, ¿verdad?

Christopher negó con la cabeza y sonrió.

—Pero de saber que estaba usted aquí, seguramente habría venido antes. —Se encogió de hombros—. Reconozco que prefiero recorrer la ciudad y mirar el campo a través de una ventana.

—¿Por qué?

—La naturaleza es soledad, y yo la odio.

—Pues hoy la ha elegido. —Ella señaló con el mentón hacia el camino—. Desde que estoy aquí no ha pasado nadie... excepto usted.

—No estoy teniendo un buen día —dijo, sin rodeos—. Necesitaba despejarme.

Melissa cerró el libro con cuidado, se puso en pie y alisó su falda gris con ambas manos. Lo miró con curiosidad, ladeando un poco la cabeza.

—¿Y eso?

—Temas de negocios —respondió, sin entrar en detalles—. Nada grave, pero lo suficiente como para necesitar aire.

—¿Es por eso por lo que ha estado fuera estas semanas?

Él asintió.

—Llegué anoche, justo a tiempo para ver la actuación.

Melissa sonrió, aunque su expresión tenía algo de nerviosismo. Christopher lo notó. Había una tensión leve en sus hombros y una forma de sostener el libro que parecía más defensiva que casual. Con la otra mano se apartó un mechón que el viento le había pegado a la mejilla.

—Pero no pudo desconectar de sus preocupaciones —observó ella —. Este lugar despeja la mente.

Christopher señaló el libro que sostenía.

—Pero no creo que necesite venir a un rincón tan apartado para leer.

Melissa sacudió con suavidad su falda para quitar la tierra que se

había adherido al sentarse.

—Martha y Ophelia no dejan de hablar e interrumpen mi lectura todo el tiempo.

—Imagino que ese es el inconveniente de compartir dormitorio.

Ella se encogió de hombros, con una sonrisa leve.

—Siempre lo he compartido. Me gusta. No recuerdo haber tenido nunca una habitación para mí sola.

Él la observó con atención, soltó un hondo suspiro y advirtió:

—Melissa, no se fíe demasiado de lo que Anna le ha dicho.

Sorprendida, bajó la mirada al libro y lo giró despacio entre los dedos, intentando ordenar sus pensamientos.

—¿Sobre qué?

—La suplencia de Mary Jane.

—Soy la única que se conoce su papel —respondió, alzando la barbilla, desafiante.

—Lo sé. Y no pretendo desilusionarla, pero debe ser realista. Anna solo pretende... que Mary Jane defienda lo que es suyo.

Melissa se mordió el labio inferior y sus ojos color miel se clavaron en los de él con una intensidad que lo dejó sin aliento. Luego bajó la mirada y pasó el pulgar por el canto del libro.

—No se preocupe. Mary Jane también me advirtió sobre ello.

Le sorprendió la manera de encajar la verdad. Cualquier otra mujer habría reaccionado como si la hubieran arrebatado una de sus más preciadas joyas. En cambio, ella parecía muy segura de sí misma.

—¿De veras? Pues Mary Jane no es la que decide.

—Al parecer usted tampoco. —Dijo eso tan automáticamente que parecía que lo tenía ensayado. Christopher se quedó quieto, sintiendo cómo el aire le rozaba la nuca. Avergonzado, bajó la cabeza mientras ella se giraba un poco para sacudirse una ramita del

dobladillo de la falda—. Que me hayan permitido demostrar lo que valgo es algo que no olvidaré. Tengo la puerta abierta y depende de mí cruzarla del todo o no. No puedo pretender correr más deprisa, aunque sé que un día mi nombre estará entre los mejores y la señora Storm no tendrá más remedio que admitirlo.

Christopher pensó que lo único que le faltaba por decir era que la compañía perdería a una gran bailarina y no se equivocaba. Pero él no iba a permitirlo.

Le ofreció el brazo, con una inclinación cortés.

—¿Le gustaría que diéramos un paseo?

Melissa dudó unos segundos. Después de la discusión con Mary Jane no estaba segura de si debía aceptar.

Se pasó la mano por el cuello, intentando aliviar la tensión que se le había acumulado en los hombros tras estar tanto tiempo sentada en la misma posición, leyendo. Había sentido esa rigidez justo cuando vio a Christopher aparecer por el sendero y detenerse junto al fresno. Su presencia la había sobresaltado. No había tenido tiempo de prepararse ni de decidir cómo reaccionar, y lo cierto era que se había extrañado de no verlo en esas semanas.

—Tal vez es mejor que me vaya ya.

—En ese caso, la acompaño.

Christopher cogió su mano con suavidad y la guio para que entrelazara el brazo con el suyo. Ella no se vio con fuerzas para rechazarlo. Notaba que él estaba molesto por algo, aunque lo disimulaba bien. Su tono era correcto, pero había una rigidez en sus movimientos, una forma de apretar la mandíbula que no encajaba con la calma que intentaba proyectar.

Lo que él acababa de decir sobre Anna, aunque lo intuía, le resultaba decepcionante.

—¿Por qué permite estas cosas?

—¿El qué? —preguntó él, sin mirarla.

—Lo que hace la señora Storm. Usted es el dueño.

Nada más decirlo, Melissa se reprochó haber sido tan directa. No quería que él pensara que aceptaba su compañía por interés. A pesar de sostener el libro, se llevó una mano al cabello y lo recogió detrás de la oreja, intentando recomponerse.

—Existe un contrato que firmé con ella. No puedo hacer nada al respecto.

—¿Y por qué me avisa? ¿Por qué me cuenta que me ha mentido?

—Quería ser honesto con usted.

Melissa asintió, aunque no respondió de inmediato. No sabía si agradecerle o pedirle que no volviera a hablarle de Anna.

—Mary Jane me ha dicho que usted me pedirá algo a cambio de darme un personaje principal.

Él resopló con fastidio, frunciendo el ceño con disgusto.

—¿Le he pedido alguna vez algo?

Melissa se sonrojó, aunque intentó mantener el tipo.

—No. Pero... quizá quiera hacerlo.

—Tal vez usted me interese. Es hermosa, sabe bien lo que quiere, y desde que la conocí no puedo dejar de pensar en usted.

Melissa se quedó con la boca abierta. No había esperado que él lo dijera así, con un tono ciertamente apasionado y una expresión que no reflejaba que estuviera mintiendo. Quería creerle de verdad.

No supo qué contestarle, pero él parecía que esperaba que dijera algo.

—Yo... no tengo claro todavía qué es lo que ha visto en mí.

Christopher tomó una bocanada de aire e hizo un gesto con expresión ofuscada.

—Cuando entró en mi despacho por recomendación de los hermanos Flint, yo ya la había visto.

Ella frunció el ceño, desconcertada.

—¿Sí? Yo no lo recuerdo. Pasaban muchos socios por sus oficinas.

—No fue en su antigua compañía.

Melissa se mostró aún más confundida.

—¿Dónde fue?

—En Francia. En un mercadillo. —Ella pestañeó con sorpresa—. Usted estaba en un puesto de frutas y defendió a tres muchachos que intentaban robar.

Ella buscó en su memoria. Había pasado poco más de un año de eso. Afirmó con la cabeza.

—Me acuerdo de los muchachos y de todo lo ocurrido. Ese día discutí con un idiota sin corazón que los acusó de ladrones. Pero... no logro ubicarlo a usted. ¿Lo vio todo?

Christopher sonrió de medio lado.

—Yo era el idiota sin corazón.

Melissa abrió los ojos y la boca al mismo tiempo. Tras unos segundos, estalló en carcajadas.

—¡No lo puedo creer! Fue usted... —Volvió a reír y agitó la cabeza —. Perdón, es que... me parece surreal. ¿Por qué no me lo dijo antes? Madre mía, después de las cosas que le dije, no sé por qué me contrató.

—Creo que al principio quería desquitarme con usted. —Rio.

—¿Sí? ¿Quería vengarse?

Christopher sacudió la cabeza.

—No, en realidad me sorprendió verla de nuevo.

Melissa se ruborizó. Recordaba haberle tirado una pieza de fruta de tan enfadada como estaba.

—No debió acusar a esos niños. Solo había que mirarlos para saber que estaban pasando hambre.

—Tiene razón. ¿Pero sabe lo que les hubieran hecho si las

autoridades o el mismo panadero los hubieran cogido? Debían aprender que robar no era la mejor solución.

—Pues no vi que usted se acercara a invitarlos.

—Simplemente, no pensé. Vi y actué. Creí que era lo mejor.

Melissa se mordió el labio inferior. No podía dejar de sonreír. Ese día ella tampoco había sido muy amable, al contrario. Y porque él se hallaba a una distancia moderada; si no, en vez de lanzarle lo primero que había encontrado a mano, le hubiera pateado las espinillas.

—Me puse como una loca, ¿verdad?

Él agitó la cabeza con un gesto divertido.

—Un poco, aunque pude entender su reacción.

—Pero sigue pensando que estuvo mal.

—Esos muchachos necesitaban disciplina.

—Necesitaban comer, pero también compresión y cariño. Y a la gente eso le da igual.

—No es cierto.

—Sí lo es —afirmó—. Si todos pudiéramos entenderlo, no permitiríamos que pasaran necesidades.

—Si los alimentáramos a todos, no se molestarían en buscar un trabajo ni en mover un dedo para solucionar sus futuros. Lo tendrían todo hecho desde pequeños.

Melissa guardó silencio. Ella sentía tanta pena de que los críos pasaran necesidades que no se le había ocurrido pensar eso.

—Puede o no darme la razón —siguió diciendo Christopher—. Pero es un hecho. Cuántas tierras necesitan que alguien las cultive y sin embargo falta mano de obra. ¿Por qué? Porque siempre hay un alma caritativa que les da lo que necesitan.

—Es posible que lleve razón.

—De todos modos, sepa que ese día admiré su valor y su

compasión. No todo el mundo ayuda a alguien tan despreocupadamente como lo hizo usted.

Ella enrojeció, halagada.

—¿Entonces no me odia por la manera en que lo traté aquel día?

—No podría hacerlo nunca, pero sí puede compensarme.

Melissa lo miró con cautela, un poco tensa. Él había dicho que no le pediría nada, pero ¿no estaba haciéndolo en ese momento?

—¿De qué se trata?

Los ojos de Christopher brillaron desafiantes.

—¿Qué le parece si la invito a cenar?

Había esperado algo más escabroso y oscuro, no una invitación. Se lo pensó durante unos segundos y asintió. Seguramente en la pensión ya habrían servido la cena y el paseo había abierto su apetito.

—De acuerdo.

—Vamos, entonces —dijo él, de repente mucho más animado—. Conozco un sitio donde sirven el mejor estofado de cordero que he comido nunca.

Echaron a andar con paso tranquilo, y Melissa se acordó de repente de la pregunta que él le hiciera el día que la había encontrado en la tienda.

—Ahora entiendo lo de las manzanas. Fue eso lo que le lancé, ¿verdad?

—Pensé que de ese modo me recordaría —respondió.

Mientras caminaban, conversaron sobre París y vivencias personales. Anécdotas que los hicieron reír a ambos.

Capítulo 12

El restaurante estaba bastante cerca del centro, escondido en una callejuela adoquinada donde las farolas de gas proyectaban sombras suaves sobre las fachadas de ladrillo envejecido.

Melissa iba junto a Christopher, con el cabello algo alborotado por el viento. Desde que habían entrado en la ciudad no hablaban mucho, pero no hacía falta. El silencio entre ellos no era incómodo.

El edificio donde la llevó era una construcción de piedras grises y robustas, con musgo creciendo en la parte inferior de la fachada principal, señal de que nadie se había molestado en quitarlo.

Se preguntó si era cierto que él había ido alguna vez allí. No parecía el típico lugar que un hombre escogiera para impresionar a nadie, por muy bueno que estuviera el estofado. Claro que él tampoco había tenido tiempo de planear nada. La invitación había surgido sin más.

Nada más cruzar el umbral, el maître los recibió con una reverencia discreta. Christopher pidió una mesa junto a la ventana mientras ella recorría el lugar con la mirada, ligeramente sorprendida. Las apariencias engañaban: el exterior era frío y austero, pero el interior era cálido, con paneles de madera oscura,

cortinas de terciopelo burdeos y lámparas de araña que colgaban como joyas sobre las mesas. Un aroma a romero, vino tinto y carne asada flotaba en todos los rincones.

Los guiaron hasta la mesa. Un sitio acogedor en el que a través de la ventana se veía el jardín trasero, cubierto de hojas secas y ramas desnudas. Había comenzado a chispear y las gotas, débiles e insistentes, empapaban el suelo y resbalaban por el arco de hierro que adornaba un pozo.

Melissa se quitó la capa, revelando la blusa de lino marfil que había elegido esa tarde. Al cruzar la mirada con Christopher se estremeció. Él la observaba sin disimulo, atento a cada gesto, y ella no pudo evitar ruborizarse. Si hubiera sabido que acabaría cenando con el dueño de la compañía, habría elegido uno de sus mejores vestidos. O al menos se habría peinado con más esmero.

Un hombre de aspecto robusto, camisa blanca con las mangas enrolladas, pantalones oscuros y un delantal negro atado a su oronda cintura se acercó a ellos con una sonrisa amplia y franca.

—¡Christopher, amigo! No te esperaba tan pronto por aquí.

El señor Holt le dio un fuerte apretón de manos.

—Deseaba que la señorita Lockwood probara tu guiso. Espero no haber escogido un mal día.

—Claro que no. Nunca es un mal día para ti.

El hombre se inclinó hacia Melissa, extendiendo una mano con cortesía.

—Me llamo Angus McBean. Bienvenida a mi humilde restaurante.

Melissa le devolvió el saludo con una sonrisa que iluminó su rostro.

—De humilde no tiene nada. Es hermoso —contestó—. Melissa Lockwood. Encantada.

Angus se volvió hacia Christopher y le hizo una señal.

—Enseguida os servirán. ¿Vais a querer vino o cerveza?

Christopher miró a Melissa, esperando que ella decidiera. La mujer se encogió de hombros.

—No suelo beber alcohol —dijo dirigiéndose a Angus—, de modo que... sorpréndanos.

El hombre soltó una carcajada y asintió con entusiasmo.

—Traeré la bebida preferida de Chris. Estoy seguro de que le gustará.

Melissa asintió, y Angus, tras guiñar un ojo a ambos, se marchó hacia la cocina. Christopher rodeó la mesa y retiró la silla para que ella se sentase. Luego volvió a su sitio. Se acomodó y tomó la carta, pero no la abrió de inmediato.

—¿Chris? —preguntó ella, ladeando ligeramente la cabeza—. Veo que se conocen muy bien.

El hombre se apoyó en el respaldo con aire relajado.

—Angus es un buen amigo mío. Lo conocí hace muchos años. Antes de que abriera el local. —Bajó la voz a modo de confesión—. Trabajó de cocinero en un barco de pasajeros. Su comida gustaba tanto que se ha convertido en un referente.

El camarero volvió con rapidez y pidieron estofado de cordero y pan recién horneado. Mientras esperaban, Christopher se inclinó ligeramente hacia ella con los dedos entrelazados sobre la mesa.

—¿Siempre ha sido así, Melissa? —soltó de repente.

Ella se detuvo en el gesto de alisar la servilleta sobre su regazo.

—¿Así cómo?

—Tan segura.

Desconcertada, alzó la mirada hacia él.

—No lo sé. Supongo que he tenido que aprender a serlo. Cuando no tienes a nadie que te defienda, tratas de hacerlo tú misma.

—Lo hace muy bien.

Melissa se sonrojó por el halago, pero no apartó la vista. Había algo en la mirada de Christopher que le tocaba cada fibra y la envolvía con una calma inesperada. Sentía que él la acariciaba con los ojos con una suavidad que le aceleraba el pensamiento. Su cabeza empezó a girar deprisa, preguntándose otra vez si había hecho bien en aceptar aquella invitación.

—¿Y usted? —Quiso saber—. ¿Siempre ha sido tan... reservado?

Él sonrió y se encogió de hombros.

—No siempre. Pero aprendí que mostrar demasiado puede volverse en tu contra.

—¿Le ha pasado en alguna ocasión?

—Más veces de las que quisiera admitir.

En ese momento llegó la comida. Dos jarras grandes de cerveza se posaron sobre la mesa con un golpe suave, y el aroma del estofado llenó el aire.

Melissa tomó el tenedor, probó el primer bocado y cerró los ojos un instante. El sabor era intenso y reconfortante.

—Está delicioso.

—Le dije que era el mejor —respondió él, con una sonrisa satisfecha—. No es el restaurante más lujoso de Edimburgo, pero le aseguro que no tiene nada que envidiar al resto.

—Me gusta —dijo, mirando alrededor con aprecio—. No suelo salir mucho de la pensión, salvo para pasear o ir al teatro, de modo que tampoco he entrado en muchos restaurantes.

—¿Por algún motivo en especial?

Ella asintió, tomando la jarra entre las manos.

—Soy ahorrativa.

Christopher frunció el ceño.

—No me diga que no pago bien. ¿Acaso los hermanos Flint...?

Melissa sacudió la cabeza con rapidez y lo interrumpió antes de

que siguiera.

—No se trata de eso. Usted paga bien, es solo que me gusta tener un fondo de emergencias por si acaso.

—Previsora —murmuró, cogiendo la servilleta—. Me gustaría saber si esconde algún defecto, Melissa.

Ella se estremeció por el tono con el que pronunció su nombre.

—Ya conoce el peor de todos. Tengo muy mal genio.

—No tanto. Le confieso que esperaba algo más.

—¿Sí? —preguntó enarcando una ceja.

Christopher asintió, apoyando un codo en la mesa.

—Imaginé que discutiría con Anna o con Mary Jane. Desde que entró en la compañía, he estado esperando alguna queja de ellas o ver objetos volando.

Melissa se llevó una mano al pecho, fingiendo indignación.

—Lamento haberlo defraudado —bromeó.

Él soltó una carcajada y Melissa lo miró aturdida. ¿Cómo podía ser posible que fuera tan atractivo y que estuviera allí con ella en vez de con alguna hermosa mujer? No parecía un hombre inexperto que se conformaba con cualquier cosa. ¿Qué había hecho ella para merecer semejante atención? Casi siempre se había comportado como una joven discreta y callada.

—No lo ha hecho, simplemente me ha sorprendido.

—Eso es lo que no entiendo —murmuró ella, ahora más seria.

Christopher la miró sin apartar los ojos.

—¿Sabe lo que ocurre cuando alguien ha pasado años observando jardines? Al principio todo parece distinto, pero con el tiempo las flores se repiten. Cambian los colores, sí, y varían las formas, pero no el efecto. Hasta que aparece una que no se parece a ninguna otra. No es solo hermosa, sino embriagadora, distinta, y tiene algo que la vuelve inolvidable. Entonces, uno no puede mirar ni querer

otra cosa.

Melissa bajó la vista. Sintió cómo el corazón se le aceleraba.

—Eso suena muy poético —dijo, alzando la barbilla con una sonrisa leve—. ¿Lo dice a menudo?

—Nunca. Y no tengo intención de repetirlo.

—¿Me está comparando con una flor?

—No con una flor cualquiera. Con una que atrae como el néctar a las abejas. Que no se puede ignorar ni evitar. Una que despierta algo en mí que no sé controlar. Como una droga, suave pero poderosa.

Ella se mordió el interior de la mejilla para no sonreír demasiado.

—Vaya —dijo, fingiendo indiferencia mientras se acomodaba el cabello detrás de la oreja. No sabía qué contestar a eso—. Entonces tendré que tener cuidado —añadió, con una sonrisa ladeada—. No vaya a ser que me cultive en una maceta y me riegue por las noches.

Christopher soltó una risa breve, grave, que parecía salirle del pecho.

—No me tiente. Ya estoy bastante obsesionado.

—¿Obsesionado? —repitió ella, fingiendo sorpresa—. Y eso que aún no ha visto cómo me pongo cuando me interrumpen en mitad de una buena lectura.

Christopher se inclinó un poco hacia delante.

—Me gustaría ser esa interrupción. No para molestarla, sino para quedarme ahí entre sus páginas y no salir nunca.

Melissa sintió que se le secaba la boca. No era solo lo que había dicho, sino cómo lo había dicho. No sabía si estaba emocionada, nerviosa o simplemente fuera de lugar. Todo eso era nuevo para ella y no tenía claro cómo manejarlo.

Justo cuando empezaba a preguntarse si debía romper el silencio con alguna contestación, un estruendo de platos cayó al otro lado

del restaurante. Un camarero había tropezado con la esquina de una mesa y la bandeja que llevaba se desparramó por el suelo con un ruido seco y metálico. Los comensales se giraron, algunos con sobresalto y otros con fastidio. Melissa aprovechó el momento para recomponerse, agradeciendo en silencio aquel incidente que la rescataba justo a tiempo y le permitía recuperar el control.

Aunque todo había surgido sin planificación, la joven no podía negar que aquella cena estaba resultando inesperadamente agradable. Christopher tenía una forma de hablar que la envolvía y una mirada que parecía detener el tiempo. Había algo en él que despertaba su curiosidad, aunque no pensaba preguntarle nada. Prefería observar y dejar que las palabras surgieran solas, sin forzarlas.

Comieron despacio, entre pausas y comentarios. Conversaron de libros, de lugares que habían visitado. Cada vez que sus miradas se encontraban, se quedaban prendidas una en la otra, como si fueran dos potentes imanes que parecían decir lo que ellos no se atrevían.

En un momento, Christopher dejó el tenedor sobre el plato, se reclinó hacia atrás y se quedó pensativo. Melissa lo observó, esperando la pregunta que rondaba su cabeza.

—¿Cómo empezó a trabajar como asistente?

Ella llevó la servilleta a sus labios y se limpió con toques suaves.

—Fue de casualidad y por curiosidad. Me estaba comiendo una empanada en la entrada de Hyde Park cuando pasó un grupo de gente cargando baúles, con tan mala suerte, o buena para mí, que se abrió uno de ellos. Me acerqué a ayudar y el señor Flint, Norman, me preguntó si quería trabajar con ellos. Acepté.

—¿Le gusta viajar? —inquirió.

Melissa negó con la cabeza.

—No. Puede que al principio sí, pero es agotador. A veces, cuando

me despierto por las mañanas, tengo que recordar el sitio en el que estoy. El aseo, la cocina, el salón y qué parte del armario es la que me ha tocado esta vez.

Él rio con suavidad.

—¿Qué hacía antes de todo esto?

—Limpiaba en una fábrica de cerámicas, y antes de eso en una de hierro. Me pagaban unas cuantas monedas y una empanada.

El apuesto rostro de Christopher se volvió más serio, con un gesto que no pudo disimular del todo la impresión que le había causado.

—Lo siento.

—¿Por qué? —Ella sonrió—. Peor es no tener nada.

—Háble me de su vida. ¿Qué ocurrió para no tener contacto con su familia?

Melissa bajó la mirada y sus dedos se tensaron sobre la servilleta. Él supo que había tocado un tema delicado, pero necesitaba saber más de ella. Comprender cómo había terminado trabajando para él.

—Mis padres fallecieron cuando mis hermanas y yo éramos pequeñas. Nadie pudo hacerse cargo de nosotras, de modo que nos llevaron a Hopeless Park. El orfanato.

—¿No tenían más familia?

Ella negó con la cabeza. Sus ojos se habían llenado de pena.

—No. Y por nuestra edad, nos fueron echando de allí una a una. —Tragó el nudo que se le había formado en la garganta al pensar en sus hermanas—. Violet fue la primera en marcharse. Estuvimos esperando a que fuera a por nosotras, pero no vino nunca. Después me tocó irme a mí. Pensaba ahorrar dinero para sacar de allí a Rose y a Cami. Pero... no pude hacerlo. No ganaba lo suficiente para mí sola, mucho menos para sustentar a las tres. Años después regresé al orfanato, pero ellas ya no estaban.

—¿Nunca volvió a saber de ellas?

Melissa volvió a sacudir la cabeza.

—Pero espero ser famosa algún día. Que ellas puedan leer mi nombre en el periódico. Mi objetivo sería que vinieran a verme bailar y poder reencontrarnos.

—¿Es por eso por lo que quiere ser conocida?

Melissa asintió.

Christopher sintió parte de su dolor y de su entusiasmo. Había escuchado a un montón de bailarines durante las entrevistas y la mayoría coincidía en que la danza formaba parte de sus vidas. Que querían triunfar para ser recordados, o porque querían sentir cómo era ser uno de los mejores. Ninguno —hasta la fecha— había tenido un objetivo tan claro como el de ella.

—¿Le parezco egoísta? —inquirió Melissa, mirándolo con curiosidad.

—Al contrario. Luchar por lo que uno quiere no es ser egoísta. ¿Ha probado con detectives?

—No. Creo que debe ser realmente difícil seguir la pista a alguien que ha salido de Hopeless Park, por no decir costoso.

—Yo podría ayudarla —dijo, sin pensar.

Melissa tardó un poco en responder y sacudió la cabeza.

—Prefiero que no. —Como él la miró un poco confundido, agregó —: Si hiciera eso, solo estaría pendiente de la información que pudiera conseguir y mi vida no tendría sentido. Me gusta la danza y creo que es lo único que se me da bien. Jamás imaginé que llegaría a ser bailarina algún día. Creí que solo era un sueño hasta que conocí a los hermanos Flint. Y aun así, temía presentarme a alguna audición, porque solo era eso, un sueño. —Sonrió con timidez—. Sin embargo, cuando el señor Lambert me vio, cuando insistió en que debía presentarme..., fue como si de repente todo cobrara sentido. Como si desde siempre mi destino hubiera sido este.

Christopher frunció el ceño sin apartar los ojos de ella.

—De acuerdo, pero si alguna vez lo necesita...

—De veras que se lo agradezco de corazón. Pero debo rechazarlo, señor Holt.

Era obvio que ella no quería pedir favores, y menos a él. Tenía miedo de cómo reaccionarían sus compañeros si supieran que la ayudaba. Que pensaran que la favorecía. Pero Christopher deseaba hacerlo, porque era capaz de hacer cualquier cosa por ella. Porque se estaba enamorando como un colegial y sentía que ella se había cruzado en su camino por un motivo.

—Estoy seguro de que algún día cumplirá su propósito. Sería muy bonito que pudiera reencontrarse con sus hermanas de ese modo.

—Sí —murmuró Melissa, con la voz apenas audible—. Lo sería.

Viendo que la conversación había tomado un giro más bien dramático, Christopher intentó animarla.

—¿Recuerda que la otra noche le dije que tenía planeada cuál sería la siguiente actuación del año que viene?

—Sí. *La Sylphide*.

—En breve lo anunciaremos en la compañía. Y hay otra sorpresa más que aún no voy a desvelarle, pero sé que le encantará.

Los ojos de Melissa brillaron traviesos.

—¿No puede darme una pista?

Él la miró fijamente.

—A finales de año regresamos a Londres. Pasaremos una larga temporada allí.

—¡Eso es maravilloso!

A ella se le iluminó el rostro y Christopher se sintió satisfecho. Estaba deseando ver su cara cuando le dijera que ahora la compañía tenía su propio teatro y dejarían de viajar por un tiempo.

—Hay algo que sí voy a pedirle —empezó a decir él.

—¿Algo más? —Christopher arrugó el entrecejo sin comprender—. Me pidió que cenara con usted como compensación.

—Es verdad. Por eso mismo, creo que después de haber compartido un guiso excelente, debería llamarme por mi nombre de pila. Siento que me aleja de usted cuando pronuncia «señor Holt».

Melissa ladeó la cabeza considerando la propuesta con exagerada seriedad.

—¿Y si me acostumbro demasiado a decir «Christopher» y luego no puedo dejar de hacerlo, incluso delante de los demás?

Él sonrió, divertido.

—No me molestaría en absoluto.

—Lo imagino. Pero no quiero que me tachen de descarada. Aunque después de este guiso, quizá lo merezca. —Se detuvo un instante y jugueteó con el borde de la servilleta. Se obligó a sonreír, aunque no estaba segura de sí lo estaba consiguiendo del todo—. Está bien, Christopher.

En ese momento el camarero se acercó con la carta de postres.

—¿Algo dulce para terminar? —preguntó.

Melissa se aferró a la carta como si fuera un salvavidas.

—Sí, por favor —dijo, sin mirar a Christopher—. Algo con chocolate. Mucho chocolate.

Cuando terminaron, él pidió té para los dos. El camarero lo sirvió en una tetera de porcelana blanca, con dos tazas finas y cucharillas. Melissa sostuvo la suya entre las manos.

—Gracias por esta noche, Christopher —dijo, sin levantar la vista.

—Gracias por aceptarla, Melissa —respondió él—. Espero que sea la primera de muchas.

La noche había caído por completo cuando llegaron a la pensión; el aire era frío y las farolas proyectaban una luz dorada sobre los adoquines mientras caminaban despacio, con los brazos

entrelazados, sin que ninguno quisiera ser el primero en soltarse.

Se detuvieron frente a la puerta con pena.

—Ha sido una cena muy especial —dijo Christopher, con voz baja.

El corazón de Melissa comenzó a latir con fuerza. Con más fuerza de lo que lo había hecho hasta ese momento. No quería despedirse ni que la cita terminara. Lo había pasado muy bien con él. Había charlado, reído e incluso confesado cosas que nunca había contado a nadie.

—Lo ha sido —respondió.

Christopher la miró fijamente y ella desvió sus ojos con timidez. Entonces, él se detuvo a contemplar el rubor que le subía por las mejillas, la línea serena de su nariz y los labios suaves que parecían pedir los suyos sin decir palabra.

Melissa sintió el roce de sus dedos recorriéndole el mentón y la barbilla, guiándola con delicadeza hasta que quedó frente a él. Su figura se proyectó sobre la de ella, envolviéndola, y cuando sus labios se encontraron lo hicieron con lentitud, encendiendo una llama que hasta entonces no sabía que llevaba dentro.

Ella sabía a dulzura y candor.

Apelando a toda su fuerza de voluntad, Christopher se apartó un paso para no caer en la tentación de estrecharla entre sus brazos y devorar su boca más profundamente. No quería asustarla. Lo único que le importaba era demostrarle que podía confiar en él y que sus intenciones eran las más honestas que había tenido en toda su vida.

—Buenas noches, Melissa.

—Buenas noches.

Melissa lo observó mientras se alejaba por la calle. Cuando la puerta se cerró tras ella, apoyó la espalda en la madera, cerró los ojos y dejó que el silencio la envolviera, aunque era imposible detener los locos latidos de su corazón, que parecía querer salírsele

del pecho.

Capítulo 13

Al día siguiente, cuando Melissa despertó, Martha estaba terminando de vestirse, mientras que Ophelia, envuelta en una bata de flores rosas y azules, observaba a través de la ventana.

—Anoche llegaste tarde, Mel —dijo Martha—. Nos preocupaste un poco.

Melissa se resistía a mirarla directamente a los ojos. No tenía intención de ocultar a sus amigas que Christopher la había besado la noche anterior, pero quería ser cuidadosa con eso y que no malinterpretaran la situación. Sobre todo, no quería escuchar sus consejos. Sabía que no serían maliciosos y, también, que no se contendrían al decirle todo lo que pensaban.

—Estuve leyendo... y luego paseé por la ciudad.

—¿Sola? —preguntó Ophelia, girándose con curiosidad.

Melissa se acercó al tocador y peinó a conciencia su cabello. Se encontraba en una encrucijada, pues no tenía modo de conocer si las intenciones de Christopher eran honestas o en cambio solo buscaba una aventura para pasar el rato o los largos días del invierno que se avecinaban. De hecho, Melissa ni siquiera sabía cuáles eran las suyas propias. No tenía modo de entender si estaba

actuando correctamente. Lo único que tenía claro era que aquel beso le había gustado mucho.

—Es posible —respondió con una sonrisa traviesa—, o es posible que no.

Vio el cruce de miradas entre Martha y Ophelia reflejado en el espejo y no pudo evitar reírse.

—Ya os contaré. Me he dormido y no tenemos mucho tiempo para charlas esta mañana.

Ahora bien, continuaba sin entender otras cosas. Si él la apreciaba, si sentía algo por ella, ¿por qué siendo el dueño de la compañía insistía en no meterse en los asuntos de Anna, sabiendo que la estaba perjudicando? Cuando se quería a una persona se la trataba de ayudar, no se desentendía de ella.

Christopher, como... amigo, debía haber prohibido a la señora Storm que la engañara en vez de quedarse tan tranquilo y limitarse a advertirla. Tenía el poder para hacerlo por mucho contrato que tuviera firmado con ella.

Eso, cuando menos, era bastante sospechoso. Tal vez Melissa, en vez de mostrarse tan inocente e ingenua, lo que tenía que hacer era hablarle directamente y sin tapujos.

—¿Qué te ha hecho la cama para que la mires como si quisieras asesinarla?

No se había dado cuenta de que Martha tenía razón y que fulminaba la colcha con los ojos. Sobresaltada, apartó la vista.

—Nada, me quedé absorta, pensando.

—¿Vas a dejarnos así? —protestó Martha, mientras se ajustaba las botas.

—Prometo que luego os cuento.

Melissa empezó a vestirse con prisa.

—Solo dinos una cosa —dijo Ophelia, colocándose delante de ella

para que no pudiera escaparse—. ¿Estuviste con... él?

—El señor Holt no está en Edimburgo —soltó Martha, moviéndose por la habitación, recogiendo sus cosas.

Ophelia siguió sin quitarse del medio, esperando una respuesta. Melissa tomó una bocanada de aire y asintió:

—Sí, estuve cenando con él. —Martha se giró hacia ella y se quedó inmóvil, observándola con sorpresa—. Más tarde os lo cuento todo —prometió.

Con una sonrisa salió del dormitorio antes que ellas, sosteniendo el bajo del vestido al descender las escaleras de madera. Atravesó el umbral del comedor, donde el aroma a pan tostado y leche caliente flotaba en el aire. John, sentado frente a una larga mesa de madera, levantó la vista al verla entrar y señaló la silla que tenía a su lado.

—Estás encantadora esta mañana.

Melissa se sirvió un par de tostadas con movimientos tranquilos.

—Igual que todos los días —respondió.

—Espero que cambies tu respuesta para los demás hombres que te halaguen.

Ella alzó las cejas, sin perder la compostura.

—¿Por qué debería hacerlo?

—Antes no tenías necesidad de relacionarte con el público, pero ahora es diferente. ¿Por qué crees, si no, que Mary Jane te está destrozando con la mirada?

Melissa giró la cabeza con disimulo, buscando a la primera bailarina. John no exageraba. Los ojos de Mary Jane desde el otro extremo del comedor eran dos cuchillas afiladas. La observaba como si pudiera cortarla con solo pestañear.

—Quizá porque me he sentado a tu lado y todas están deseando hacerlo —respondió, dando un mordisco al pan.

El ego de John se infló como un pastel en el horno. La miró con

presunción, como si acabara de recibir una medalla. Melissa, al notar el gesto, alzó los ojos al techo con resignación.

—Dios que todo lo ves y lo oyes, dame paciencia.

El pelirrojo se echó a reír.

—Mentirosa. Sé que te encanta estar conmigo.

Ella señaló una jarra de cerámica que había en el centro de la mesa.

—Puede ser. ¿Me pasas la leche?

Él la obedeció sin dejar de sonreír.

Después del desayuno, los bailarines se dirigieron al teatro. Algunos caminaban solos, envueltos en sus pensamientos, mientras otros lo hacían en pequeños grupos, intercambiando comentarios sobre el ensayo que les aguardaba. El aire era frío, y aunque los rayos del sol luchaban por asomar entre las nubes, no calentaban lo suficiente como para detenerse a disfrutarlo.

Melissa lo hacía junto a Martha. Ambas con las solapas de los abrigos alzadas y las manos arrebujadas en los bolsillos.

—¿Pasó algo entre el señor Holt y tú aparte de la cena? —preguntó la muchacha, sin apartar la vista del camino.

—Me besó —susurró, Melissa.

Martha la miró de reojo, atónita. Pero como sabía que Melissa no se lo iba a contar todo allí, prefirió no insistir.

Al llegar al teatro, alguien abrió la puerta trasera del edificio y la sostuvo hasta que todos entraron. El grupo pasó como una marabunta por el corredor, cruzando ante la puerta del despacho de Christopher, que estaba entreabierta.

Melissa, con disimulo, giró la cabeza hacia el interior. No esperaba ver nada en particular, pero la curiosidad era más fuerte que la prudencia. No se dio cuenta de que la persona que caminaba delante de ella se había detenido. Tropezó con su espalda y soltó un

pequeño gemido al rebotar hacia atrás.

A punto de perder el equilibrio, alguien la tomó por la cintura con delicadeza impidiendo que cayera al suelo. Al darse la vuelta se encontró con el apuesto rostro moreno de Christopher y una de sus sonrisas más cautivadoras.

—¿Se encuentra bien? —preguntó él, con voz suave, sin soltarla del todo.

—Sí... gracias —musitó, en un hilo de voz que apenas le salió del pecho.

Sin poder evitarlo, sus ojos se quedaron prendidos en la boca firme y varonil. Se estremeció al recordar el tacto de sus labios contra los suyos.

Martha la tomó del brazo con firmeza y la obligó a seguir caminando junto al resto del grupo.

Cuando Emily comentó que el señor Holt había regresado, Mary Jane se apresuró a mirarse en el espejo. Pellizcó sus mejillas, repasó el contorno de sus labios y comprobó que su moño, rubio como los rayos del sol en primavera, estuviera impecable.

Le agradaba que él hubiera estado fuera de la ciudad, aunque no pudiera verlo, porque durante esas dos semanas no había tenido que preocuparse por la presencia constante de la mosquita muerta de Melissa. No lograba quitarse de la cabeza que entre ellos había algo.

Estaba celosa. Christopher le gustaba, y desde hacía meses sentía que la evitaba. Sabía que la culpable era Melissa, aunque reconocía que el distanciamiento había comenzado antes de que ella entrara como asistente. Pero ahora era peor, apenas le dirigía la palabra.

Tenía que recuperarlo como fuera. Era la primera bailarina, más bella que cualquiera en la compañía; más atrevida, también. No entendía qué podía ver Christopher en Melissa. Sí, era hermosa,

pero tan simple y anodina que, según ella, terminaría por aburrir a cualquier hombre.

Del modo que fuera, la otra suponía un peligro. La rival más fuerte que había tenido nunca.

Admitía, aunque con rabia, que la joven tenía un don especial para el ballet. No solo lo veía, sino que John no se cansaba de decirlo. Ni siquiera ocultaba que prefería bailar con Melissa antes que con ella. Y Mary Jane creía que ambos estaban compinchados para desterrarla. Tal vez ese era el plan y por eso la señorita Lockwood flirteaba con Christopher, para tratar de convencerlo de que ella debía ser la primera bailarina.

Si Mary Jane hubiera recibido alguna oferta en ese tiempo, se habría marchado sin dudarlo. Pero no tenía nada; unos cuantos admiradores que nunca se habían movido por el mundo de la danza. Eran simples aficionados que presumían de acostarse con ella. Los soportaba por los regalos que le hacían y porque no tenía nada mejor que hacer.

Empezó a salir con ellos cuando le prometieron muchas cosas. Después, simplemente se acostumbró. Le daba cierta satisfacción que la siguieran a los teatros donde actuaba. Sus amigas se morían de envidia y a ella le gustaba que la vieran como la mejor. Una especie de referente.

Sabía que otras la odiaban, sobre todo las nuevas Wilis, que ni siquiera se molestaban en disimularlo. Estaba segura de que la despellejarían si tuvieran la oportunidad.

Melissa y sus dos compañeras de habitación, en cambio, la ignoraban. Y eso, para Mary Jane, era peor. Las más calladas nunca atacaban de frente. Fingían conformarse, se movían como sombras por el teatro, pero siempre estaban al acecho.

A Melissa la tenía bien calada. Sobre todo después de verla

conversando en el patio con Christopher. Por suerte él se había marchado, y Mary Jane había tenido tiempo para pensar en sus próximos pasos. Pero ahora él había regresado y tenía que encargarse de que aquellos dos se vieran lo menos posible.

Levantó el cuello sin apartar los ojos del espejo, humedeció sus labios con la lengua y salió del camerino con paso firme. Recorrió el pasillo hasta llegar al despacho de Christopher. La puerta estaba entreabierta.

Asomó la cabeza y vio al señor Lambert, que estaba buscando algo en un mueble alto. La chaqueta se le había deslizado por el brazo y la camisa se tensaba en la espalda. Él no se dio cuenta de la presencia de Mary Jane hasta que ella carraspeó con suavidad, justo antes de entrar.

—Mary Jane —dijo, sacando un libro de pastas de cuero marrón. Se volvió hacia ella con una sonrisa educada—. ¿Busca algo?

Ella avanzó con paso lento. Se detuvo a poca distancia y ladeó la cabeza.

—He oído que el señor Holt ha vuelto. ¿Es cierto?

Simon asintió y caminó despreocupado hacia la silla del escritorio. Ella lo observó sin disimulo, disfrutando del efecto que sabía que le causaba.

—Llegó el domingo —respondió él.

—¿Y dónde está?

—En algún lugar del teatro. ¿Necesita algo?

Mary Jane negó con la cabeza, aunque sus ojos decían otra cosa.

—Solo quería saludarlo. Espero que no se ausentara por algo grave.

—No —respondió, mirándola con intriga—. Cuestión de negocios, pero ya está aquí. —Simon sacó un reloj del bolsillo del pantalón y miró la hora—. Llega tarde, Mary Jane. Creo que el ensayo ya ha

empezado hace unos minutos.

—Tiene razón —admitió ella con una sonrisa que parecía pedir indulgencia. Se arrepentía de haberse dormido, de ser la última en enterarse de que el dueño había regresado y de no haber estado allí para recibirlo.

—¿Quiere que le diga algo a Christopher?

—No, gracias. —Se inclinó hacia delante como si fuera a contarle un secreto. Su perfume se deslizó por el aire entre ellos—. Luego, si logro escaparme de la señora Storm, vendré a saludarlo personalmente.

Simon no dijo nada, pero la siguió con la mirada mientras ella giraba sobre sus talones y salía del despacho. El movimiento de su falda dibujó una curva perfecta y sus caderas se balancearon con descaro, sabiendo que él no dejaba de observarla.

Sabía que ese hombre la deseaba y a ella le divertía. Le agradaba gustar. Y más aún cuando el deseo venía envuelto en trajes caros y relojes de bolsillo. Lo notaba cada vez que estaba cerca de ella; en la forma en que la miraba, que parecía que le arrancaba la ropa sin tocarla.

Simon Lambert era un seductor nato, pero tenía debilidad por las mujeres con apellido. Mary Jane lo había visto en celebraciones, siempre rodeado de hijas de lores, viudas con títulos y esposas descarriadas. Tenía más amantes que zapatos y eso la entretenía aún más. Le gustaba pensar que, entre todas, ella era la que más lo inquietaba.

A medida que se acercaba a la sala de ensayos, empezó a escuchar la vara de la señora Storm golpear el suelo con impaciencia. Aceleró el paso, aunque no perdió la elegancia.

El ensayo comenzó como de costumbre. Las bailarinas se colocaron en sus posiciones, los músicos afinaron discretamente en

la esquina y Anna Storm marcó el inicio con un golpe seco sobre el suelo de madera.

Durante las siguientes horas, Melissa no volvió a ver a Christopher. Se concentró en sus pasos lo mejor que pudo, siguiendo las indicaciones de Anna con precisión, aunque cada cierto tiempo sus ojos se desviaban hacia el umbral de la sala, por si lo veía pasar.

Estaba deseando saber cuál era —según él— la sorpresa que iba a encantarle.

Justo cuando empezaba a convencerse de que él se había olvidado, Christopher entró en la sala acompañado de Simon. El impacto fue inmediato. Un escalofrío le recorrió la espalda, el corazón se le aceleró y sintió mariposas en el estómago. Estaba espléndido. Llevaba unos pantalones oscuros, camisa blanca y un chaleco de satén verde que le realzaba los hombros y el porte.

Anna se apresuró a reunir a todos para que prestaran atención, golpeando la vara con más fuerza de lo normal. Los murmullos se apagaron poco a poco, hasta que el silencio se hizo profundo.

Melissa levantó la vista justo cuando él la miraba. Christopher no sonreía, pero sus ojos sí, y eso bastó para que ella se derritiera por dentro, como mantequilla bajo el sol. No sabía si era deseo o nervios, pero lo sentía en cada rincón del cuerpo.

—Buenos días —empezó diciendo Christopher, con voz clara y firme, recorriendo con la mirada a todos los presentes—. Como sabéis la gran mayoría, el año que viene cambiamos de danza. En esta ocasión representaremos *La Sylphide*. La primera versión fue estrenada en marzo de 1832, en la Ópera de París. La coreografía original fue creada por Filippo Taglioni para su hija Marie, pero cuatro años más tarde, August Bournonville hizo una nueva versión.

—Esa es la que haremos nosotros —añadió Anna, colocándose junto a ellos con su bastón apoyado en el suelo.

Christopher asintió con elegancia.

—La música, compuesta por Jean-Madeleine Schneitzhoeffer, es como una sinfonía de sueños entrelazados en un telar de esperanza. Y la historia de James, la Sylphide, Effie y Madge, una narración de amor, magia y desdicha. Un recordatorio de los peligros de dejarse llevar por pasiones prohibidas y de los engaños que acechan en el camino de los corazones puros.

Mary Jane, que hasta entonces había permanecido en segundo plano, dio un paso hacia adelante.

—¿Ya han repartido los papeles?

—La señora Storm les informará sobre ello. Pero ahora tendrán el inconveniente de que deberán trabajar más duro, pues se harán ensayos de las dos representaciones: *Giselle* y *La Sylphide*.

Los asistentes comenzaron a murmurar entre ellos. A pesar del esfuerzo que suponía, les gustaba cuando se cambiaba de repertorio. Aprender una nueva coreografía era como abrir una ventana a otro mundo.

Anna carraspeó y golpeó la vara contra el suelo.

—Y ahora todos pueden...

—Un momento, señora Storm —la interrumpió Christopher, con una sonrisa discreta—. Hay algo más que debo decir. —Anna se giró hacia él, visiblemente contrariada—. Nuestra primera actuación de *La Sylphide* tendrá lugar en Londres, en el teatro Alhambra.

—¿No es un poco viejo? —se atrevió a preguntarle, frunciendo el ceño.

—Para cuando lleguemos será un teatro nuevo y reformado. El Alhambra ahora pertenece a nuestra compañía.

Anna lo miró con incredulidad.

—¿Qué quieres decir?

Todos seguían con atención la conversación. Era evidente que

nadie había informado a Anna de esta última parte.

—Lo que he dicho. El teatro es mío —dijo Christopher, con voz serena. Luego, recorrió con la mirada a sus empleados, aunque en última instancia, sus ojos se clavaron en Melissa—. Nuestro.

El silencio duró apenas unos segundos antes de que estallara una ovación espontánea. Algunos aplaudieron, otros soltaron vítores y la emoción se propagó por la sala como una chispa encendida. No todos compartían el entusiasmo. Anna fruncía el entrecejo, apretaba los labios y contenía lo que claramente quería decir, aunque se obligó a guardar silencio.

Melissa sonreía, sorprendida y feliz. Volvían a Londres y estrenaban teatro. Era una noticia magnífica y él no se había equivocado: estaba encantada.

Christopher se despidió con una inclinación cortés e, igual que había llegado, se marchó. Anna lo siguió con paso rápido, haciendo una señal a Emily para que se asegurara de que nadie abandonara la sala.

—No se muevan de aquí —ordenó, saliendo tras él.

—¿Por qué se habrá enfadado la amargada? —susurró Martha, con tono burlón—. Va a ser estupendo tener nuestro propio teatro.

—A esa mujer le molesta todo —replicó Ophelia en voz baja, mientras se ajustaba la cinta del moño.

—Por cierto, ¿qué pensáis del nuevo ballet?

—Yo no lo conozco —admitió Melissa, sin poder dejar de sonreír.

Anna regresó al salón de ensayo con paso firme y el rostro más severo de lo habitual. El murmullo entre los bailarines se apagó poco a poco y todos guardaron silencio, expectantes.

—He adjudicado los papeles de la siguiente manera —anunció, con voz clara y firme—: Mary Jane Ashcroft será la Sylphide.

Nadie se sorprendió, lo raro habría sido lo contrario. Mary Jane

alzó el mentón con la seguridad de estar recibiendo una confirmación esperada, y aunque no hubo aplausos ni protestas, todo indicaba que era lo previsto.

—Señor Rivers, usted será James. La bruja Madge, para Rowena.

Rowena soltó un grito de júbilo que resonó por toda la sala. Su alegría se contagió enseguida y varios compañeros la felicitaron con sonrisas y palmaditas. Incluso Anna, aunque carraspeó para recuperar el control, dejó escapar una leve curva en los labios.

—Silencio, por favor —ordenó alzando la voz. Esperó a que se calmaran y continuó—: Melissa Lockwood, usted tendrá el papel de Effie.

El silencio fue absoluto. Melissa pestañeó varias veces, sin terminar de entender. Asintió despacio procesando lo que acababa de oír. Martha, a su lado, le dio un codazo suave.

—¡Dios mío! ¡Te ha ascendido a segunda bailarina!

El corazón se le detuvo. ¿Segunda bailarina? Las piernas le flaquearon y se agarró al brazo de Martha para no caer.

Anna continuó nombrando a los demás. Pero ella era incapaz de escuchar nada. Su mente había entrado en bucle repitiéndose que iba a ser la segunda bailarina. ¡Tenía un personaje principal!

—Hemos acabado por hoy —concluyó la señora Storm.

Melissa reaccionó como si despertara de un trance. Corrió tras Anna, alcanzándola justo antes de que traspasara el umbral del pasillo.

—Señora Storm..., muchísimas gracias.

Anna se detuvo, giró apenas el rostro y la miró con una expresión que no era cálida, pero tampoco indiferente.

—No me defraude, señorita Lockwood.

Sin añadir nada más, se dio media vuelta y se marchó, dejando tras de sí el eco de sus pasos.

—¡Mel! —John apareció frente a ella, con una sonrisa sincera y eufórica—. ¡Enhorabuena!

Ella se llevó las manos al rostro, aún incrédula.

—No puedo creerlo. Pellízcame, creo que estoy soñando.

Fue Ophelia quien cumplió su petición, y cuando Melissa se giró a mirarla, se fundieron en un abrazo.

Ni siquiera Mary Jane, que al pasar las empujó con desdén para que se apartaran del camino, logró agriar aquel momento.

Emily y Christopher iban a tener razón y la fortuna comenzaba a sonreírle. Le pesara a quien le pesara.

—No creo que merezcas ese puesto.

Mary Jane había aprovechado a sorprenderla sola en el camerino. Melissa se encontraba recogiendo sus cosas con calma y había terminado de doblar la blusa de ensayo.

Se giró despacio y la miró con serenidad, aunque por dentro sintió cómo se le tensaban los músculos del cuello.

—Por suerte no eres tú quien decide —respondió, sin alzar la voz.

Mary Jane avanzó unos pasos, cruzó los brazos con el orgullo de una reina destronada y ladeó la cabeza.

—¿Qué es lo que has tenido que hacer para conseguirlo? —preguntó, con tono mordaz.

—Trabajar duro. Eso es todo.

—¿Eso es todo? —repitió, con una risa seca—. Me extraña. Nadie consigue un personaje principal así como así. No sin... ayuda.

Melissa resopló indignada y metió sus puntas en la bolsa con un gesto brusco, sin cuidado, descargando ahí la rabia que empezaba a hervirle en el pecho.

—¿Por qué en vez de preguntarme a mí no vas a hablar con la señora Storm?

Mary Jane no respondió. No lo hacía porque sabía que Anna le diría que lo que ella hiciera o dejara de hacer no era de su incumbencia. Tampoco se atrevía a replicarle, porque la había amenazado más de una vez con sustituirla. Mary Jane no podía arriesgar todo lo que había conseguido, pero eso no le impedía atacar por otros flancos.

—No tengo que preguntar nada —dijo, acercándose aún más—. Puedo imaginar qué clase de trabajo haces. Y me consta que el señor Holt está muy satisfecho teniendo a una zorra como tú en su compañía.

Melissa apretó los dientes y contó hasta diez, pero al llegar a cinco el aire le salió por entre los labios como un silbido furioso.

—Piensa lo que te dé la gana, Mary Jane. Pero déjame en paz y no te metas en mi vida. No estaría bien que el señor Holt —remarcó el apellido con un tono peligroso— se enterara de lo que vas diciendo por ahí. Tal vez hasta te despida si yo se lo pido.

Era un farol, por supuesto, pero Mary Jane no podía saberlo. Y Melissa lo dijo con tal convicción que por un instante la otra vaciló.

—Entonces lo admites.

—No admito nada. Y que tú tendría cuidado.

Mary Jane entrecerró los ojos.

—¿Me estás amenazando? Porque no me conoces bien —advirtió, con la voz fría como el filo de una navaja.

Melissa no se acobardó. Dibujó en sus labios una sonrisa condescendiente, casi burlona.

—Tú a mí tampoco.

El silencio que siguió fue espeso. Melissa sentía el pulso en las sienes, pero se obligó a mantener la compostura. No iba a rebajarse ni a perder el control delante de Mary Jane.

El sonido de unos pasos acercándose al camerino rompió la

tensión. Ambas giraron la cabeza al mismo tiempo, cada una hacia un espejo diferente. Emily traspasó el umbral quejándose del desorden que habían dejado las bailarinas en el vestíbulo.

Melissa aprovechó ese momento para marcharse.

Capítulo 14

La cena concluyó y todos se marcharon a sus respectivos dormitorios, excepto Melissa, que optó por salir al patio a respirar un poco de aire. El ambiente en el salón, con las estufas de leña funcionando todas al mismo tiempo y la gran cantidad de gente que se reunía, le había provocado un calor sofocante.

Se sentía bastante inquieta ahora que había pasado la emoción de ser segunda bailarina y empezaba a hacerse a la idea de que iba a ser una responsabilidad enorme.

Respiró hondo y se envolvió con fuerza en el abrigo. Hacía frío a pesar de que el cielo estaba despejado y la luna brillaba en solitario en el negro satén de la noche.

Estuvo durante un buen rato parada, en silencio, con la vista clavada en un punto indefinido de la verja que delimitaba el edificio con la calle, pensando. Era de estúpidos no sentir vértigo con todo lo que estaba ocurriendo. E inevitablemente, las dudas de si estaría a la altura con aquel nuevo reto se embarullaban en su cabeza.

Lanzó una pequeña plegaria al cielo, sin palabras, solo con el pensamiento, sin pedir nada concreto, solo una señal, algo que le hiciera sentir que estaba en el camino correcto. Le gustaba imaginar

que, desde algún rincón del firmamento, sus padres la veían y la escuchaban, que seguían teniéndola presente aunque ya no estuvieran. La señorita Braithwaite, que dirigía Hopeless Park en aquel entonces, solía decir que los que se van no desaparecen del todo, que se quedan vigilando desde arriba, llevando consigo lo que amaron en vida.

Nunca pensó que llegaría a añorar a alguien del orfanato y, sin embargo, al recordarla sintió una punzada de nostalgia. Aquellas mujeres hacían lo que podían con todos los niños que les llegaban. No eran crueles. Tampoco afectuosas. Simplemente... estaban. Mientras los huérfanos cumplieran con sus tareas y no armaran escándalo, ellas seguían con lo suyo. Y así, todos felices. O al menos, en paz.

Pero Melissa no lo estaba, no del todo. La habían decepcionado, le habían mentido, le prometieron que Violet volvería, que Rose y Camila estarían bien, que algún día podría reunirse con ellas; y aunque seguía creyendo en esa posibilidad, cada vez que lo pensaba sentía que llevaba ese camino sola.

Cerró los ojos y dejó que el aire frío refrescara sus mejillas. Respiró hondo y el olor a piedra húmeda y a hojas secas la envolvió como una manta áspera.

¿No estaba sucediendo todo demasiado rápido?

El ascenso. El papel. Christopher.

Las prisas nunca traen nada bueno y Melissa lo sabía, lo había aprendido a golpes, pero ahora todo parecía correr, como si el mundo llevara urgencia por cambiarle la vida, y ella no tenía claro si estaba preparada.

Se abrazó a sí misma intentando frenar ese vértigo, deseando volver a ser la niña que se quedaba junto a la ventana del dormitorio común, esperando que Violet fuera a buscarla.

Metió las manos en los bolsillos, se dio la vuelta para cobijarse en el interior, pero entonces vio la figura de un hombre que caminaba hacia ella con pasos firmes y seguros. Al principio se sintió confundida y asustada, aunque no tardó en reconocer a Christopher.

Su corazón comenzó a latir a buen ritmo. ¡Por Dios! Ese hombre era magnífico. Llevaba un abrigo largo que destacaba su altura y definía la forma de sus hombros. El cabello oscuro se agitaba con el aire que corría, desordenando los gruesos mechones.

Sentirse tan atraída por él la asustaba tanto como zambullirse en un lago de aguas turbias, porque nunca le había pasado nada igual con nadie. Era como si tuviera una fuerza invisible que hacía que no pudiera prestar atención a otras cosas. Como las hojas que el viento arrastraba por el suelo adoquinado, o las luces que aún seguían prendidas en algunas de las ventanas que miraban hacia esa parte del patio.

Su presencia estuvo a punto de provocarle un mareo, porque su cabeza decía que no estaba bien aquello que empezaba a nacer entre ellos, pero su corazón no le hacía el menor caso. Era casi como si no perteneciese a sí misma y deseara descubrir cosas nuevas.

Él continuó avanzando hacia ella con la sutileza de un tigre cuando está a punto de atacar, y Melissa comenzó a regañarse por permitir que las palabras de Mary Jane estuvieran tan presentes en su cabeza.

—Buenas noches, Effie —saludó él, emergiendo de entre las sombras con una sonrisa amplia y llena. Aunque estaba oscuro, sus ojos brillaban con diversión.

Estaba tan sorprendida y desconcertada por su repentina aparición que se estremeció.

—¿Sabía que me darían ese papel?

Él sacudió la cabeza, deteniéndose a muy poca distancia. El farol

más cercano proyectaba una luz suave sobre su rostro moreno.

—No. La señora Storm me ha informado hace un rato, aunque, obviamente, lo esperaba. Si no ese, el de la Sylphide.

Melissa frunció los labios.

—La Sylphide no me lo habrían dado nunca.

—Nunca es demasiado tiempo.

—Pero habría sido extraño. Sobre todo cuando hasta hace escasas semanas no era más que la asistente.

—Cuando una persona posee el don, como usted, todo es posible.

Ella no decía que no fuera cierto, pero era —cuando menos— sospechoso que Anna la hubiera elegido a ella. Era cierto que las demás bailarinas, excluyendo a Mary Jane, por supuesto, no daban la talla para ser solistas. Quizá porque las mejores elegían compañías más serias o encumbradas. No decía que la de Christopher Holt no entrara dentro de esos cánones, pero Anna parecía que tenía debilidad con su primera bailarina, y las que de verdad aspiraban a algo más no veían que tuvieran futuro allí. No sentían que les dieran ninguna oportunidad.

—¿Qué está haciendo aquí? —Cambió de tema una vez que se recuperó de la sorpresa inicial.

—Tenía la esperanza de poder verla para darle la enhorabuena. Menos mal que ha salido. Pensaba que iba a morirme congelado.

Ella tragó saliva y echó un rápido vistazo a su alrededor.

—No tendría que haberlo hecho. Alguien podría vernos.

—Me temo que necesitaba hacerlo.

—¿Lleva mucho tiempo esperando?

Christopher se encogió de hombros con indiferencia, aunque sus mejillas enrojecidas por el frío lo delataban.

—Solo un poco.

—¿Qué hubiera pasado si yo no hubiera salido?

—Ya habría visto la manera de hacerla bajar —respondió con una mirada que parecía tener más de una idea en mente—. Mañana parto hacia Londres otra vez y estaré bastante tiempo allí. Quería que lo supiera por mí y no cuando acudiese al ensayo.

—¿Se va a su teatro?

—Sí, al Alhambra. Necesito supervisar los últimos detalles de las reformas y conversar con la señora Grant sobre el alojamiento de la compañía. Creo que le gustará saber que en esta ocasión será una estancia indefinida.

Hospedar a la compañía de Christopher había sido, en los últimos años, lo único que había impedido a la señora Grant echar el candado a la pensión. De no ser por ellos, hacía tiempo que habría tenido que cerrar por falta de ingresos. Lo único que tenía era aquel viejo edificio de cuatro plantas, cuyos muros exteriores se encontraban bastante deteriorados: paredes desconchadas, barandales oxidados que crujían al apoyarse, peldaños agrietados en la escalera de entrada y cornisas desportilladas que parecían sostenidas por voluntad más que por estructura.

El interior no era mucho mejor, aunque ella se preocupaba de mantenerlo limpio, ordenado y siempre estaba haciendo alguna reparación con sus propias manos.

—Lo voy a echar de menos —confesó Melissa.

—Yo a ti también. Por eso quise venir a despedirme.

Ella se ruborizó, sin pasar por alto que él acababa de tutearla. Trató de sonreír, aunque el saber que no lo vería por un tiempo le provocó un ligero malestar en el pecho.

—Pero —añadió él— intentaré venir siempre que sea posible. Simon estará aquí por si necesitas algo.

Melissa sacudió la cabeza y se aferró a las solapas del abrigo, llevándolas contra el pecho como un escudo.

—No me trates de un modo especial, por favor..., Christopher —murmuró.

Él se acercó con calma y tomó sus manos entre las suyas, obligándola a soltar la tela. Sus dedos eran cálidos y firmes, y cuando la miró a los ojos, lo hizo con una intensidad que le arrebató el aliento.

—Me gusta hacerlo.

Ella se estremeció. Sentía el corazón latiéndole con fuerza.

—¿Qué dirán los demás si se enteran? —preguntó, bajando la voz.

—Intuyo que eso es lo que más te preocupa.

—Me inquieta bastante —admitió, soltando un suspiro—. La gente es... muy mala, y pueden pensar que he conseguido el papel...

Christopher no la dejó terminar. Con delicadeza colocó una mano enguantada sobre sus labios, obligándola a guardar silencio.

—Nada tengo que ver con las decisiones de la señora Storm —dijo con voz serena. Apretó sus manos con más fuerza—. Te estás preocupando sin motivo...

Melissa lo interrumpió, nerviosa.

—No es sin motivo... —dijo, bajando la mirada—. Acabo de ascender, Christopher, y todo el mundo lo ha visto. Si ahora empiezo a estar cerca de ti, si me miras de esa forma, si me tratas distinto... van a hablar, van a señalarme, y no quiero tener que justificar cada paso que doy. Me gusta estar contigo, no lo niego —continuó ella, alzando los ojos con esfuerzo—, pero esto va demasiado rápido. No puedo pensar ni respirar, y necesito tener la cabeza clara. No quiero que me vean como alguien que se deja llevar y que no se ha ganado lo que tiene. —Christopher frunció levemente el ceño—. No quiero que me perjudiques sin querer —añadió, casi en un susurro—. No deseo que me rompan el corazón. Que tú me rompas el corazón.

Poniendo un dedo bajo la barbilla de la joven, la obligó con un

gesto tierno a que levantara la cabeza.

—Nunca podría hacerte daño, Melissa —dijo, sincero—. Es la primera vez que siento que no puedo dejar escapar el momento por culpa de las dudas. —Se inclinó un poco más, acercando su rostro al de ella y su voz se volvió más íntima—. Sé que sientes lo mismo que... —Melissa empezó a sacudir la cabeza, pero él no se detuvo—. No lo niegues. Quiero hacer hasta lo imposible para que confíes en mí. —Su tono era tan profundo y envolvente, como el ronroneo de un gato en busca de caricias, que se metía en su cabeza, hipnotizándola—. No me digas que no es cierto que tienes sentimientos por mí, porque estarías mintiendo.

Ella no supo cómo, pero asintió levemente. Tenían los rostros tan juntos el uno del otro, apenas separados por unos centímetros, que el calor del aliento de Christopher despertaba en ella emociones intensas y extrañas. El deseo de cerrar los ojos y no pensar en nada más.

¿Qué importaba lo que dijera o pensara Mary Jane o cualquiera de los bailarines? ¿Que era una aprovechada? ¿Una interesada? No era cierto. Podía haberlo sido. Podía no tener escrúpulos y pedirle cualquier cosa para su provecho. Pero no lo haría nunca.

Aunque si lo pensaba bien, tampoco podía ser tan ilusa como para rechazar lo que él estuviera dispuesto a darle. No faltaba mucho tiempo para que, por edad, tuviera que abandonar la danza y entonces se reprocharía toda la vida haber desestimado aquel momento solo para que los demás no se hicieran una idea equivocada de ella.

—Tengo miedo —susurró.

Él pasó una mano por su mejilla con suavidad, como si acariciara las alas de una mariposa.

—No debes tenerlo.

Para él era fácil decir eso, porque no ocultaba el hecho de que la deseaba. Sin embargo, y por muy romántica que fuera la situación, en ningún momento había dejado claro sus sentimientos. Una cosa era sentirse atraído como la abeja al néctar —según había dicho él en el restaurante— y otra cosa era que hubiera algo más serio, como el amor. Y Christopher en ningún momento le había dicho que estaba enamorado, que se quería casar con ella ni nada parecido.

La joven lo observó aturdida y sacudió la cabeza para replicar de nuevo, pero Christopher se inclinó muy despacio, y cuando sus labios rozaron los de ella, Melissa cerró los ojos y se entregó.

El beso tenía un sabor cálido y envolvente, al principio apenas un roce, una caricia ligera que se deslizaba sobre los labios, pero fue ganando intensidad volviéndose más profundo, más posesivo, mientras su boca la buscaba con deseo y su lengua se abría paso con una suavidad inquieta, viva, hecha para explorarla.

Ella gimió en silencio. Levantó los brazos hasta sus hombros y sus dedos se deslizaron entre los mechones oscuros de su cabello, aferrándose a él como si temiera que se desvaneciera.

El frío había desaparecido de repente, al igual que los sonidos de la noche y que todo a su alrededor.

Aquel beso era la experiencia más extraordinaria que había sentido nunca, más que el del día anterior e incluso más placentera que cuando Anna le dijo que sería Effie. No podía pensar, solo sentir la fuerza arrolladora que la empujaba a un abismo desconocido. La lengua, que acariciaba la suya; y la boca, que robaba su aliento.

«Dios mío», pensó, «¿dónde había aprendido Christopher a besar así?».

Parecía que ansiaba devorarla. Y lo peor —o lo mejor— era que ella también lo deseaba.

Cuando él se apartó, sus labios se quedaron desnudos, húmedos y

temblorosos. Abrió los ojos despacio, aún atrapada en el hechizo. Christopher la miraba con fijeza.

—Nos veremos pronto —prometió él, haciendo un gesto de despedida mientras se disponía a marcharse.

Melissa, sin pensarlo, se aferró a uno de sus brazos. Sus dedos se cerraron sobre la tela del abrigo para retenerlo un poco más. Pero cuando él se giró hacia ella, con una expresión en su rostro que no supo identificar muy bien —¿tal vez triunfo?—, Melissa se estremeció y desprendió los dedos de su abrigo. ¿Pero qué demonios estaba haciendo?

—Te deseo buen viaje —dijo por agregar algo, pues lo que realmente pensaba se contradecía con todo lo que le había pensado hacía escasos segundos.

Christopher frunció el entrecejo. Había esperado escuchar otra cosa. Quizá que le pidiera quedarse un poco más, o que la besara de nuevo. Entonces vio como ella tragaba un incómodo nudo en su garganta, pero antes de poder preguntarle se escuchó el crujido de una puerta abriéndose.

Melissa se alzó un poco la falda y echó a correr hacia el interior antes de que alguien la descubriera.

Él se quedó inmóvil durante unos segundos. Alzó la mirada hacia las ventanas superiores y vio como una de ellas se iluminaba y a la figura de Melissa cerrando las cortinas. Lentamente sus labios esbozaron una sonrisa y se marchó al hotel.

Capítulo 15

Las reformas del Alhambra iban bien, aunque estaban llevando más tiempo del que Christopher había previsto y también más dinero del que se había calculado. Lo que al principio parecía una obra manejable se había convertido en una criatura caprichosa, exigente, que absorbía cada minuto de su jornada y cada libra de su presupuesto. Si él no estaba allí, los obreros se ralentizaban, los encargados se volvían indecisos y las resoluciones quedaban suspendidas como si esperaran su aprobación para respirar. Por eso se mantenía presente, recorriendo los pasillos polvorientos, revisando planos, dando órdenes y asegurándose de que cada detalle se ejecutara como debía.

Había tenido que sentarse con el banco más de una vez, negociando plazos, justificando gastos y buscando soluciones que no comprometieran el proyecto. No era lo que más le agradaba, pero lo hacía porque creía en el Alhambra, porque ese teatro debía renacer con fuerza, con elegancia y con una compañía que estuviera a la altura de su historia.

Compraba mobiliario, elegía tejidos, discutía con los carpinteros y hasta ayudaba a cargar cajas cuando los proveedores se retrasaban.

No había tarea que considerara menor, porque todo formaba parte de algo más grande que él quería construir con sus propias manos.

Aunque no había tenido tiempo de viajar a Edimburgo, pensaba en Melissa más de lo que se permitía admitir. Simon le escribía con frecuencia y a veces incluso viajaba para ponerse al día en persona. Le contaba que la compañía estaba cambiando, que se notaba en el ambiente, en la forma en que los bailarines se movían por los pasillos y en la energía que se respiraba durante los ensayos. El ballet empezaba a atraer más público, las funciones se llenaban con mayor frecuencia y los comentarios en los cafés cercanos hablaban de la elegancia de las Wilis, de la fuerza de los solistas y de la promesa que representaban las nuevas incorporaciones.

Melissa se estaba convirtiendo en uno de esos nombres que empezaban a sonar entre bastidores.

A la tercera semana de estar en Londres, un día que la tarde caía sobre la ciudad con una luz grisácea que se colaba por los ventanales del despacho, Christopher se sentó frente al escritorio, apartó unos planos manchados de tinta y tomó papel y pluma. No tenía intención de escribir nada largo ni profundo, pero sentía que debía hacerlo. No quería que Melissa pensara que se había olvidado de ella.

«Querida Melissa», escribió, y se detuvo. La palabra *querida* le pareció demasiado íntima, pero no la tachó. Siguió escribiendo, dejando que la pluma se moviera sin demasiada reflexión.

Las reformas del Alhambra avanzan, aunque más despacio de lo que esperaba. El yeso de la sala principal ha tenido que rehacerse por completo, y los carpinteros se empeñan en colocar las molduras torcidas si no estoy encima de ellos. Ayer discutí con uno que juraba que la curva del palco estaba bien, aunque parecía hecha por un borracho. Al final lo convencí, pero tuve que quedarme hasta que lo

corrigiera.

Sonrió al recordar la escena, y continuó:

> He pasado la mañana eligiendo telas para los cortinajes. Me han enseñado más de veinte muestras, todas iguales, y al final he escogido una que no sé si me gusta o si simplemente quería marcharme. También he encargado las lámparas del vestíbulo. Son francesas, muy ornamentadas, quizá demasiado, pero creo que darán buena luz.

Se detuvo un momento, mojó la pluma y añadió con letra más pausada:

> No sé si todo esto te interesa, pero quería que supieras que sigo aquí, ocupado, pero pensando en ti más de lo que debería, mientras el teatro se levanta ladrillo a ladrillo.

No firmó de inmediato. Apoyó la espalda en la silla, miró el papel y pensó en ella. En su forma de caminar, en cómo fruncía el ceño cuando algo no la convencía y en la manera en que lo miraba cuando creía que él no se daba cuenta.

Finalmente, firmó: «Con afecto, Christopher».

Doblando la carta con cuidado, sintió que había dicho poco, pero lo justo. No quería presionarla ni distraerla, solo recordarle que seguía ahí.

Días después repasaba las cuentas en el despacho, inclinado sobre una pila de papeles que no dejaba de crecer. Había anotado cada gasto, cada retraso, cada ajuste en los presupuestos, y ahora preparaba el balance para entregárselo a Simon, que llegaría esa misma tarde.

Estaba sumido en cálculos cuando alguien golpeó suavemente la

puerta entreabierta. Uno de los obreros, con las botas cubiertas de polvo y una carta en la mano, se asomó con timidez.

—Disculpe, señor. Esto acaba de llegar para usted —dijo, extendiéndole el sobre.

Christopher se lo agradeció con un gesto distraído y lo tomó sin mirar, convencido de que se trataba de otra factura, pero al girarlo, el corazón le dio un vuelco. Era de Melissa.

Se sintió nervioso de repente; y al mismo tiempo, feliz. Se apoyó en el respaldo de la silla, dejando a un lado las cuentas, y abrió el sobre con cuidado.

Durante un instante se quedó mirando el pliego sin leerlo, solo absorbiendo el perfume que desprendía. Luego, con respiración lenta, comenzó a recorrer las líneas escritas por ella.

Leyó la carta con el ceño ligeramente fruncido. Melissa no hablaba de sentimientos, ni de él ni de lo que había entre los dos. Le contaba cuánto estaba trabajando, lo agotadores que eran los ensayos y lo mucho que se había retrasado la entrega de los trajes. Todo eran detalles prácticos y triviales.

Hacia el final, encontró una anécdota que lo hizo detenerse y sonreír.

> El lunes por la tarde, Martha, Ophelia y yo entramos en una pequeña chocolatería cerca de Princes Street. Hacía frío y el aroma del cacao nos pareció irresistible. Nos sentamos junto a la ventana, pedimos pastelillos y chocolate caliente, y nos quedamos charlando hasta que el camarero nos avisó de que iban a cerrar. Ya no quedaba nadie más en el local, solo nosotras tres. Al traer los abrigos, le entregó a Ophelia uno que no era el suyo, sino el de una señora más bajita que había estado antes. Ophelia lo miró con horror, pero como el

camarero no supo qué hacer y el frío era insoportable, se lo llevó puesto, muy digna, como si fuera suyo. ¡Le quedaba ridículo! Le dejó su dirección por si aparecía el abrigo verdadero... aunque Martha insiste en que la señora bajita se lo ha quedado a propósito porque el de Ophelia era más bonito.

Christopher soltó una carcajada breve y se llevó la carta al pecho por un instante. Esa imagen de Ophelia envuelta en un abrigo ajeno, con Martha elaborando teorías conspirativas, le dibujó una sonrisa que permaneció largo rato en su rostro. No sabía cómo se las ingeniaba Melissa para hacerle reír con cualquier tontería, pero lo agradecía.

Doblando la carta con cuidado la guardó en el cajón más cercano, junto a las cosas que quería tener a mano, y no en el de la correspondencia habitual.

***

—El señor Holt está en el corredor —avisó alguien, y el murmullo se extendió como una corriente eléctrica entre los bailarines.

Al escuchar su nombre, el corazón de Melissa dio un salto. Desde que se había marchado no había dejado de pensar en él; y aunque deseaba verlo con todas sus fuerzas, solo la idea de tenerlo cerca la ponía nerviosa. Se obligó a no salir corriendo a buscarlo, pero el destino, siempre oportuno, hizo que sus ojos se cruzaran con los de Mary Jane.

No se habían dirigido la palabra en días, aunque las miradas entre ambas decían más de lo que cualquiera se atrevía a pronunciar.

En ese momento vio cómo ella se ajustaba el moño con las manos

y cómo, de forma descarada, se deslizaba el escote hacia abajo. Frunció el ceño sin entender a qué venía esa pantomima, pero entonces Mary Jane le dijo a Anna que debía ir al aseo y salió de la sala de ensayos.

Melissa deseó correr tras ella y llevarla de vuelta a rastras de los pelos, pero la señora Storm le dio algunas directrices para el personaje de Effie.

Se obligó a concentrarse, aunque la idea de Mary Jane flirteando con Christopher le revolvía el estómago. Sabía que él apenas le prestaba atención, que no había motivos para ponerse celosa, pero no pudo evitar imaginarla intentando seducirlo con esa sonrisa fingida que usaba cuando quería conseguir algo.

Apretó los dientes con tanta fuerza que le dolieron.

—Está demasiado tensa, señorita Lockwood. Relaje los hombros y baje el mentón.

Melissa se disculpó y volvió a empezar. Effie bailaba con James, expresando su decepción con angustia y rabia. Estaba perdiendo al hombre que amaba y luchaba por recuperarlo. Giró con firmeza, quedando de espaldas a John, que la sostuvo por la cintura con suavidad. Ya no le costaba trabajar con él, aunque al principio se moría de vergüenza cada vez que la tocaba. Al menos había dejado de ruborizarse cuando la envolvía entre sus brazos, aunque en más de una ocasión tuvo que amonestarlo por rozar, sin querer, alguna parte del cuerpo que no debía. Por lo general, él se disculpaba enseguida.

Anna le había advertido que si quería dedicarse a eso, tenía que dejar a un lado la mojigatería y la timidez.

En el último giro, el torso del hombre se pegaba a su espalda suplicando a Effie que lo escuchara, pero ella miraba al frente, furiosa.

Al hacerlo, el pianista se detuvo terminando el acto. Entonces Melissa descubrió a Christopher, que los observaba con el hombro apoyado en el marco del hueco de la puerta. Su sonrisa fue de lo más sensual cuando sus miradas se encontraron.

—Muy bien. Se puede mejorar, pero en general es pasable —comentó Anna satisfecha.

Varios compañeros aplaudieron, pero Melissa solo era consciente de Christopher y de sus chispeantes ojos oscuros, antes de desaparecer de nuevo por el pasillo.

Al volver la vista se dio cuenta de que Mary Jane había regresado. Estaba seria, callada, y no soportaba que nadie le dirigiera la palabra. Quiso pensar que sus planes no habían salido como esperaba y se regañó mentalmente por haberse dejado engañar de esa forma.

Se estaba poniendo el abrigo cuando Emily apareció en el camerino, sorteando bailarinas y bolsas desparramadas por el suelo.

—Melissa, el señor Holt requiere tu presencia en el despacho.

—Gracias, voy ahora mismo —respondió, disimulando lo ansiosa que estaba, de modo que se entretuvo un poco más en ordenar el contenido de la bolsa donde guardaba sus enseres.

La puerta de la oficina se hallaba abierta y el interior estaba débilmente iluminado por la lámpara de encima del escritorio y otra situada sobre un mueble alto. La leña del hogar ardía como si la hubieran avivado hacía poco.

—¿Christopher? —preguntó, asomando la cabeza con cautela.

Él estaba de pie junto al escritorio, con el chaleco desabrochado y las mangas de la camisa remangadas. Tenía papeles en la mano y el gesto concentrado, pero al verla, sus ojos la recorrieron con tal fuerza que el corazón empezó a latirle con una velocidad vertiginosa.

—Por favor, entra y cierra la puerta.

Melissa obedeció sin decir palabra, y apenas el pestillo encajó, Christopher dejó los papeles sobre la mesa y se acercó a ella con pasos largos. Al llegar a su lado la rodeó con los brazos y la alzó del suelo con una sonrisa amplia y luminosa.

—¡Dios, cuántas ganas tenía de verte!

La sostuvo contra su cuerpo unos segundos, y cuando la dejó deslizarse lentamente hasta que sus pies tocaron el suelo, atrapó su boca en un beso largo y exigente.

Melissa se aferró a sus hombros, sintiendo cómo el mundo se estrechaba a su alrededor, reducido al calor de sus labios, al peso de sus manos y al temblor que le recorría la espalda.

Cuando el beso finalizó, sin soltarla, él susurró:

—¿Tienes algo que hacer esta noche?

—Lo cierto es que no. Estaba esperando a que algún alma caritativa me propusiera algo.

—Lo has encontrado. Llevo toda la tarde resistiéndome para no ir a buscarte y sacarte del ensayo. —Al decir eso volvió a besarla de nuevo.

—¿Te quedarás mucho tiempo? —musitó ella contra sus labios.

—Solo un par de días. He pensado que podría llevarte al restaurante de Angus.

—Me encantaría.

Christopher la soltó y caminó hacia la ventana.

—Todavía no han terminado de salir. —Ella lo miró sin poder contener una sonrisa. No había esperado aquella bienvenida y se sentía emocionada—. ¿Te quieres sentar un momento mientras yo guardo estos papeles?

Ella dejó la bolsa en el suelo y se acomodó cerca de la chimenea. A pesar de que tenía el abrigo puesto se notaba que el despacho no estaba caldeado del todo. Simon había hecho poco uso de él y casi

nunca había prendido la lumbre.

—¿Qué tal vas con las reformas?

—Impaciente por terminar. Por cierto, has estado fabulosa en el ensayo.

Melissa lo notó diferente, más despreocupado y contento. Le gustaba ese nuevo Christopher tan cercano y abierto, y sobre todo tan... cariñoso.

—John es un buen compañero y me tiene mucha paciencia.

—He visto que hacéis buena pareja de baile. Presiento que *La Sylphide* triunfará como ninguna otra.

Melissa no podía apartar la vista de él. Estaba fascinada. Hubiera sido injusto por su parte decir que Christopher era solo guapo, porque era más que eso. Su sonrisa tenía la magia de hacer brillar sus ojos oscuros. Su cabello, ligeramente revuelto, le aportaba un atractivo muy especial: desenfadado y elegante al mismo tiempo.

—Me alegra verte tan animado. No estaba muy segura de cómo reaccionaríamos al volvernos a ver. Estaba tan nerviosa cuando he escuchado que habías regresado que creía que el corazón se me saldría del pecho.

—Yo me encontraba igual. Impaciente por hablar contigo. —Caminó hacia ella como si no pudiera resistirse—. Impaciente por besar tus labios. —Se inclinó y acarició su boca con la suya en un roce leve que parecía contener la pasión que se reflejaba en sus ojos —. Pero no quiero asustarte.

Ella negó de inmediato con la cabeza.

—No lo haces en absoluto.

Christopher dio varios pasos atrás y apoyó las caderas en el escritorio. Se cruzó de brazos.

—¿Ha vuelto a decirte algo Mary Jane? —Quiso saber.

—Lo de siempre. Que me estás utilizando hasta que te canses de

mí.

Molesto, el hombre frunció el ceño.

—Está rabiosa porque rechazo sus insinuaciones.

Melissa se encogió de hombros.

—Cree que quiero quitarle el puesto.

—Estoy seguro de que algún día lo harás. Trasmites mucho más que ella, y en un futuro...

Ella lo interrumpió con una sacudida de cabeza.

—No hables de futuro, por favor.

Christopher tuvo que resignarse a no hacerlo. Se enderezó, tomó su abrigo y la dio su mano.

—Vamos a aprovechar el poco tiempo que me queda.

Pasaron dos días maravillosos compartiendo besos y viéndose a escondidas.

Christopher se sentía como un crío haciendo algo prohibido, y eso le jodía, no por orgullo, sino porque ella seguía poniendo barreras. Barreras que él respetaba, aunque no compartía.

En cierto modo podía entender el recelo de Melissa de estar con él. Christopher había vivido algo parecido. Cuando empezó en la danza, muchos de los antiguos compañeros lo miraban con inquina. ¡Claro, es el hijo de La dama de las nieves!

¡Lo tiene más fácil que el resto! ¡Él no tiene que dejarse los cuernos para estar aquí!

Sí. Algunos fueron crueles. Y aunque le dolía admitirlo, tenían razón. Si no hubiera sido por sus influencias, por su apellido, tal vez no habría podido acceder a ningún ballet. Tal vez ni siquiera lo habrían mirado.

Por eso comprendía a Melissa. Sabía que si su relación se hacía pública la acusarían de favoritismo, de haber conseguido el papel por estar con él, aunque fuera mentira y se lo hubiera ganado a

pulso.

Solo por esa razón se había resistido a hablar con Anna para que la tuviera en cuenta. No quería que Melissa pudiera reprocharle, ni siquiera agradecerle, que él hubiera intervenido. Quería que todo lo que consiguiera fuera suyo. Solo suyo.

Mas también sabía que no podía seguir esperando. Melissa se abría poco a poco, lo dejaba robarle besos, lo buscaba con la mirada, pero seguía insistiendo en que nadie los viera.

Su paciencia tenía un límite y no sabía cuánto tardaría en perderla.

Capítulo 16

La siguiente vez que se vieron fue a mediados de diciembre. Era lunes, el único día que descansaban o se dedicaban a otros compromisos.

Melissa había salido temprano a caminar por el sendero que accedía al bosque. La nieve cubría el suelo con una capa blanda y crujiente, y el aire olía a leña, a tierra húmeda y a silencio.

Los árboles, desnudos y altos, se alzaban como columnas oscuras entre la blancura; y el cielo, de un gris perlado, dejaba caer copos dispersos que se deshacían al tocarle el rostro. Caminó despacio, dejando que sus pasos marcaran huellas nuevas sobre el sendero. Se detuvo al ver un claro entre los arbustos, donde algo se movía.

Con curiosidad observó a dos cervatillos de pelaje pardo, moteado aún en los flancos, que rebuscaban entre la nieve brotes verdes, con los hocicos hundidos en el suelo. Sus patas delgadas se hundían apenas en el manto blanco y sus orejas, erguidas y alerta, giraban con cada sonido.

Melissa se quedó inmóvil, con la respiración contenida y los ojos muy abiertos. Los animales no parecían haberla visto, o tal vez sí, pero no se alteraron ni huyeron, sino que siguieron con su tarea

como si intuyeran que ella no suponía ningún peligro.

El viento movía las ramas con un susurro suave y los copos caían sobre los lomos de los cervatillos sin que ellos se inmutaran.

De pronto un ladrido rompió el silencio. Un perro enorme de pelaje oscuro y ojos encendidos salió de entre los arbustos ladrando con furia. Los animales alzaron las orejas al unísono, tensaron los músculos y saltaron al otro lado del camino con una agilidad asombrosa, desapareciendo entre los árboles. Melissa, sobresaltada, dio un paso atrás y tropezó con una raíz. Al caer al suelo frenó el impacto con las manos y las sintió arder, pero no se quedó quieta temiendo que el perro la atacara y se levantó lo más deprisa que pudo.

Unos gritos fuertes y enérgicos ahuyentaron al animal al tiempo que un hombre se acercaba a ella a la carrera.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó con voz entrecortada, a causa de la preocupación.

Nerviosa, se sacudió el vestido, con el corazón golpeando furioso en su pecho.

—El maldito perro —contestó, asustada y temblorosa.

El recién llegado tomó sus manos con delicadeza para comprobar sus heridas, pero Melissa luchó por soltarse, hasta que al levantar la mirada se dio cuenta de que se trataba de Christopher.

—¿Pero estás bien? —insistía él con tono ansioso, sin dejar de mirar con atención varios arañazos y pequeños cortes que se dibujaban en las palmas—. ¿Te has hecho daño?

—¡Christopher! —exclamó, confundida—. No te había reconocido. Estoy bien, estoy bien. ¿Cómo me has encontrado?

—Emily ha dicho que ibas a pasear e imaginé que estarías por aquí. Ya te dije una vez que no deberías venir tú sola. Ha podido pasarte algo peor. —Con la manga de su abrigo limpió la suciedad

adherida a las manos.

—Estoy bien —repitió—. No ha sido nada. —Cuando él la soltó, Melissa se echó en sus brazos, todavía temblando del susto—. Cuando he visto aparecer ese animal... creí que me atacaría.

Christopher la estrechó con fuerza contra su pecho y suspiró sobre su frente.

—¡Qué susto me he dado cuando te he visto caer! No sé quién será el dueño... —lo buscó con los ojos, pero no parecía haber nadie más aparte de ellos—, pero si lo veo, te juro que lo mato.

—Estaba distraída observando a unos ciervos. —Llevó la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos—. ¿Has podido verlos?

—No. Solo he distinguido al perro salir tras los fresnos; y a ti, cayendo. —Con suavidad la apartó y empezó a inspeccionarla de arriba abajo—. ¿No te duele nada?

Ella negó con la cabeza.

—No me he hecho daño, Christopher. Estoy bien —volvió a decirle —. Tal vez un poco el orgullo de que hayas visto la escena.

Él dejó escapar un suspiro prolongado. El corazón parecía pesarle como una piedra.

—Eso es lo que menos debería preocuparte. Por aquí no sabes con quién te puedes cruzar. No todo el mundo lleva buenas intenciones.

Ante su tono áspero, ella arqueó una ceja y levantó el mentón con orgullo.

—Sé cuidarme sola.

—No creo que hubieras podido hacer nada si esa bestia te atacara.

Melissa alzó su mano hasta el rostro masculino y dibujó el contorno de su mandíbula con un dedo.

—Pero ahora estás conmigo y nada puede pasarme. ¿Cuándo has llegado?

Por mucho que lo intentó, Christopher no pudo resistirse a su sonrisa de niña inocente y le ofreció el brazo. Su primer instinto después de espantar al perro había sido el de reñirla, pero no podía hacerlo porque sabía que ella continuaba asustada por mucho que dijera lo contrario.

—Llegué hace un par de horas. Ven, te llevaré a algún sitio a curarte esas heridas.

Melissa apoyó la mano sobre su manga, y al hacerlo dio un respingo de dolor que él no pasó por alto.

—Vamos ahora mismo a curarte esto antes de que se infecte.

Le dio lo mismo que ella replicara y se quejara, porque no iba a permitir que anduviera con las heridas abiertas. Eran unos raspones, pero con el frío de la nieve y la suciedad del suelo podían empeorar.

Emprendieron el camino hacia la ciudad. El viento jugaba con los rebeldes mechones que escapaban del recogido de Melissa. Llevaba un sencillo vestido verde oscuro bajo la capa y tenía todo el bajo empapado. Christopher se quitó el guante derecho y lo guardó en el bolsillo, luego alargó la mano y le acomodó uno de los mechones. No dijo nada, pero el gesto fue tan delicado que Melissa tuvo que mirar al suelo para no perder el equilibrio y volver a caer.

Al llegar al hotel, Christopher la tomó del codo y la hizo pasar al vestíbulo. En ese momento comenzó a maldecirse por ser un completo estúpido e irresponsable. Solo alguien que no quisiera que Anna descubriera lo que sentía por Melissa se atrevía a llevarla al mismo lugar donde ella se hospedaba.

—Buenos días, señor Holt —lo saludó el recepcionista.

Sin detenerse le devolvió el saludo y guio a la mujer directamente a su dormitorio. Atravesaron el pasillo sin hablar. Él no se atrevía a abrir la boca para que Anna no reconociera su voz, en caso de encontrarse en su habitación, lo que con toda probabilidad era así,

ya que los días de descanso no solía salir casi nunca. Además, continuaba molesta por no haberle comentado su intención de comprar el Alhambra y por gastarse una fortuna en remodelarlo. Él no tenía que darle ninguna explicación de lo que hacía con su dinero, pero como siempre, su madre seguía creyendo que podía decidir por él.

Abrió la puerta y permitió que Melissa pasara primero. Luego cerró con suavidad y se quitó el abrigo. Al ver que ella se había detenido a pocos pasos de la entrada y miraba el dormitorio con curiosidad, Christopher señaló una silla robusta.

—Puedes entrar, nadie te va a morder. Acomódate.

Ella comenzó a desatar la cinta de la capa y de forma inconsciente soltó un pequeño gemido.

—¿Te escuecen?

Sin darle tiempo a contestar, él retiró sus manos de las cintas y se encargó de deshacer la lazada. La ayudó a quitarse la prenda y la colocó doblada sobre la cama.

—¿Siempre te alojas aquí cuando vienes a Edimburgo? —preguntó ella, recorriendo el cuarto con la vista. El mobiliario era lujoso y todo tenía un aspecto muy ordenado.

—Siempre en la misma habitación —afirmó, vertiendo el agua de la jarra en la jofaina de cerámica. Habló sobre el hombro—: Lo tengo contratado hasta que termine la gira.

Por el rabillo del ojo vio como ella se sentaba en la silla y colocaba las palmas hacia arriba.

Christopher se apresuró a empapar un paño y, después de escurrirlo, caminó hacia ella y se acuclilló delante. Le limpió las heridas con cuidado, intentando hacerle el menos daño posible. Tenía unas pequeñas marcas rosadas, algunas con un ligero rastro de sangre.

—¿Por qué no llevas guantes? —le preguntó, poniéndose en pie de nuevo.

—Los tengo guardados en el bolsillo de la capa.

—Te habrían protegido. Además, con este frío se te quedan las manos heladas.

—No sabía que me iba a caer —se defendió ella—. Ese perro me ha dado un susto de muerte.

Christopher dejó el paño junto a la jofaina y se secó las manos en una toalla.

—¿Quieres tomar algo? Puedo pedir que te traigan algo caliente.

—Si puede ser, un poco de agua.

Él asintió y se acercó al mueble de las bebidas. Sirvió un vaso y al girarse vio que ella se había levantado.

—Christopher, ¿le preguntaste a Emily por mí?

—Dije que necesitaba comentarte algo sobre el ballet. Tranquila, no creo que sospeche nada.

Melissa tomó el vaso que le ofrecía y bebió varios sorbos. Emily no iba a cerrar la boca, y con toda seguridad ya les habría dicho a todos los que hubiera visto esa mañana que Christopher había regresado. Inevitablemente les diría que había preguntado por ella.

—¿Estás mejor? —preguntó él, con suavidad.

—Sí, ya estoy mucho más tranquila —respondió—. ¿Cuánto tiempo te quedarás esta vez?

—Una semana. Pero en esta ocasión nos marchamos todos. Solo quedan algunos pequeños detalles y el contrato con el Royal expira ya mismo. Este fin de semana serán las últimas representaciones aquí.

—Estoy deseando ver cómo ha quedado el teatro. ¿Hablaste con la señora Grant?

Christopher asintió y ambos tomaron asiento frente a una mesa

redonda con una sola pata central, tan cerca el uno del otro que sus cuerpos casi se rozaban.

—Lo tiene todo listo para vuestra llegada. Y he contratado un asistente masculino para que Emily no se vuelva loca.

Melissa sonrió con un gesto satisfecho. Los días de viaje siempre eran un caos; baúles, maletas, bolsos de mano y demás artículos que ella siempre había tenido que vigilar para que nada se extraviara.

Continuaron hablando del nuevo teatro. Christopher no podía disimular lo orgulloso y lo impaciente que estaba por que los demás lo vieran. Sobre todo, que lo viera ella.

Había hecho que construyeran su apartamento dentro del Alhambra.

En un momento dado, él se inclinó sobre Melissa y le acomodó, con cuidado, un mechón castaño rojizo detrás de la oreja; e, incapaz de contenerse, acarició su delicada mejilla.

—Eres preciosa —dijo antes de rozar sus labios con los suyos.

Ella lo miró embelesada, con tal entrega que él pudo percibir el deseo en sus ojos y una oleada de calor le recorrió el cuerpo, encendiéndole la piel como una llamarada. Sin pensarlo, la atrajo entre sus brazos y la besó con más profundidad, con una urgencia que llevaba semanas soportando. Luego se incorporó y la arrastró consigo sin romper el contacto. Avanzó con ella hasta que las piernas de Melissa tropezaron con el borde de la cama.

Durante unos segundos la miró fijamente. Estaba dispuesto a detenerse si ella se lo pedía, pero Melissa no tenía ninguna intención de interrumpir aquello. Entonces él la recostó con cuidado sobre el colchón sin dejar de abrazarla. El peso de su cuerpo se acomodó sobre el de ella con una delicadeza que chocaba con la pasión que lo arrastraba. Melissa era cálida y suave entre sus brazos; y mientras

sus labios recorrían su boca, su cuello y el contorno del hombro, sentía cómo cada caricia despertaba una respuesta que lo impulsaba a seguir. Su piel tenía un aroma sutil, una textura que lo enloquecía, y los sonidos que escapaban de ella le encendían la sangre.

Empezó a desnudarla muy despacio, ansioso por tocar y saborear su cuerpo. Consiguió bajar el vestido por el escote y luego por las mangas y gimió cuando sus pechos quedaron expuestos. Lamió un pezón y lo sostuvo con la boca, saboreando su reacción.

Melissa se quedó inmóvil al principio, pero luego sus dedos se hundieron en los músculos de su espalda.

Mientras los labios masculinos recorrían la curva de sus pechos con devoción, las manos de Christopher seguían su propio camino. Acariciaban sus muslos con reverencia, sintiendo el calor que crecía entre ellos; y cuando la tocó con más intención, alcanzando su feminidad, la excitación le recorrió el cuerpo.

Christopher la sintió cálida y receptiva, como si su entrega lo envolviera por completo. Melissa se movía con una sensualidad que lo desarmaba, enredaba los dedos en su cabello y lo acercaba con firmeza, guiándolo sin palabras, pidiéndole que no se detuviera. Todo en ella le pedía que siguiera, que no se apartara y que la descubriera sin reservas.

Se dejó llevar por el modo en que ella se arqueaba bajo sus manos y los suspiros que le rozaban la piel. Sus labios descendieron con lentitud, explorando cada rincón con devoción, y sus dedos, atentos y seguros, trazaban caminos sobre su piel, despertando temblores que ella no intentaba ocultar.

Melissa lo miraba con los ojos vidriosos, la respiración agitada y la boca entreabierta, y él se inclinó para besarla de nuevo, más despacio esta vez.

El cuarto estaba en silencio, salvo por el crujido de la cama y el

roce de sus cuerpos. Afuera, la nieve seguía cayendo, ajena a lo que ocurría entre esas paredes.

Su miembro se sacudió irguiéndose por completo, causándole dolor, mientras seguía excitándola cada vez más, rozándole el centro de su ser con la punta de los dedos.

—Christopher, Christopher...

Era hermoso escuchar cómo gemía su nombre, cómo se estremecía. La penetró con un dedo. La intensidad del momento le nublaba la vista; y aunque mil pensamientos cruzaron su mente, solo uno se impuso con claridad: necesitaba fundirse con ella. Se deshizo de la ropa con manos temblorosas, sin detenerse a pensar, y cuando se acomodó entre sus piernas, Melissa lo estaba esperando. La unión fue lenta y profunda.

Ella había cerrado los ojos y apretaba con fuerza los dientes al sentir la invasión por primera vez, pero enseguida algo cambió en su interior y el placer se abrió paso como una brisa ardiente que no supo contener. Clavó las uñas en su espalda y lo instó a que empujara con más fuerza.

—¡Cristo! —exclamó Christopher, apretando la mandíbula. Su expresión se tornó más intensa y con un gruñido la penetró más profundamente.

Melissa se entregó por completo cuando el placer comenzó a recorrerla sin tregua, encendiendo cada rincón de su cuerpo. Christopher la guiaba con movimientos firmes, profundos, y con cada encuentro la llevaba más lejos, más alto, hasta alcanzar una cima que jamás había tocado, una que ni siquiera sabía que podía existir.

Mientras la emoción la desbordaba, respondió arqueando la columna a la vez que deslizaba las manos a las caderas fuertes y bien definidas.

Tras el silencio que siguió al encuentro, ella se acurrucó con una sonrisa serena, envuelta en el calor del cuerpo que la protegía. Christopher estaba acostado de lado con el rostro hacia ella.

—¿Te encuentras bien? —murmuró él con suavidad.

—Mejor que nunca —respondió, y soltó un profundo suspiro. Le sonrió, traviesa—. Aunque ahora tengo hambre.

Christopher se giró hacia ella colocándose nuevamente encima, pero se limitó a besarla antes de levantarse con una agilidad que la dejó sorprendida.

—Sus deseos son órdenes para mí. Vayamos a algún sitio nuevo —dijo empezando a vestirse.

Melissa no estaba arrepentida de lo que acababa de pasar, pero sí se sentía un poco preocupada. ¿Qué iba a suceder a continuación?, o mejor, ¿qué sucedería cuando llegaran a Londres? Porque por más que hubiera intentado resistirse a ese hombre durante aquel tiempo, ese día había decidido demostrarle que confiaba en él y que creía en sus palabras. Cierto que todavía no habían hablado de amor, solo de atracción, pero ella sentía que la amaba, y esperaba no confundirse.

Capítulo 17

Melissa salió del hotel caminando junto a Christopher. Su cuerpo todavía guardaba el temblor del fuego de la pasión que acababa de experimentar, e intentaba poner su mente al día. Exactamente no sabía qué era lo que sentía. Tal vez ternura, deseo y la tensión que él le provocaba siempre que estaba a su lado. Fuera lo que fuese, no se atrevía a nombrar lo que había entre ellos, porque era demasiado frágil e íntimo y le daba la sensación de que podía romperse en cualquier momento.

Él llevaba las manos en los bolsillos con expresión sobria. Parecía que hubiera salido de una reunión seria o un desayuno formal.

Al doblar la esquina, mientras Melissa pensaba que podía estar arrepintiéndose de lo ocurrido, Christopher le rozó la mano con sus nudillos. Cuando lo miró, se percató de que él comenzaba a relajarse. Melissa sonrió sin decir nada y entrelazó los dedos con los suyos. Se había puesto los guantes para mitigar el dolor de los raspones, aunque había dejado de molestarla hacía un rato.

Se adentraron por las céntricas calles de la ciudad y la conversación comenzó a fluir entre ellos como siempre, de forma natural, mientras observaban escaparates. Algunos ya tenían

guirnaldas, otros mostraban relojes, libros o vestidos.

Melissa se detuvo frente a una tienda cuando tras la vitrina, sobre una base de terciopelo rojo, vio una caja de música con una cúpula de cristal. Dentro, dos bailarines de porcelana giraban despacio con los brazos extendidos y los rostros pintados con una delicadeza que le tocó el alma. No dijo nada, pero se quedó quieta, mirando. Era como si las figuras estuvieran atrapadas en un eterno vals que no parecía terminar nunca.

Christopher también la observó en silencio. Después soltó con suavidad su mano y entró en la tienda sin decir nada. Ella lo miró desde fuera con las mejillas encendidas por el aire. Lo vio hablar con la dependienta, señalar la caja y sacar la cartera.

Cuando salió llevaba el paquete envuelto en papel dorado con un lazo sencillo. Se lo entregó con una media sonrisa.

Ella se lo pegó al pecho y lo sostuvo con fuerza.

—¡Oh, Christopher! No tenías que hacerlo —dijo al tiempo que se reía y lo abrazaba.

—Lo sé. Pero me apetecía que tuvieras algo mío.

—La guardaré siempre. Te lo prometo.

Empezó a nevar con más fuerza, y Christopher, agarrando su mano, la hizo caminar con prisa hasta unos soportales cercanos, para cobijarse. Descubrieron que se habían detenido frente a una taberna de la que emanaba el olor de la leña quemada y pan recién hecho y entraron a comer algo.

Melissa llevaba su caja con todo el cuidado del mundo, igual que si fuera un tesoro del que no pensaba desprenderse jamás.

Después encontraron en una esquina un puesto de chocolate caliente y se quedaron allí un rato, con las manos alrededor de las tazas.

Pasearon por los jardines de Princes Street entre árboles desnudos

y estatuas góticas, dejando sus huellas sobre la delgada capa de nieve que cubría el suelo; y hacia el final de la tarde, cuando la oscuridad comenzó a cernirse sobre ellos, Christopher la llevó de vuelta a la pensión con pasos lentos y perezosos. Él se resistía a soltar su mano, porque el simple hecho de perder su contacto era peor que morir congelado.

—¿De verdad que no quieres pasar la noche conmigo? —insistió él, al pararse frente al portal.

A pesar de que un ligero rubor pintó sus mejillas, Melissa negó con la cabeza.

—No quiero que Martha y Ophelia se preocupen.

—De acuerdo —dijo con pesar. La estrechó entre sus brazos y habló por encima de su cabeza—. Entonces mañana nos encontramos en el teatro. No sé cómo voy a soportar tanto tiempo sin verte.

Ella se mordió el labio inferior, traviesa. Alzó el rostro hacia él y le abrazó la cintura, pegando el delicado mentón en su pecho.

—Solo son unas horas.

—Demasiadas para mí. —Christopher exageró un suspiro—. Después del ensayo ven a buscarme al despacho.

—¿Y si no voy? —ronroneó juguetona.

Los ojos negros se deslizaron por su cara con un brillo divertido.

—Entonces iré yo a buscarte.

—¿Lo prometes?

—Que me muera si miento —respondió apoderándose de los tiernos labios femeninos una última vez. En seguida se apartó de ella con un suave gruñido y señaló la puerta—. Entra ahora mismo si no quieres que te secuestre —ordenó.

Melissa soltó una breve carcajada y corrió hacia la entrada. Antes de cruzar el umbral se giró a mirarlo, sin dejar de apretar la caja de

música contra su pecho, y lo despidió con la mano libre.

Él esperó hasta que vio que la luz del cuarto se encendía, y con una sonrisa en los labios y las manos hundidas en los bolsillos, volvió al hotel. Había decidido que en cuanto regresaran a Londres le pediría matrimonio. Esa tarde había sido demasiado memorable como para no darse cuenta de que eran almas gemelas y que estaban hechos el uno para el otro. No tenía ninguna duda de que ella aceptaría. Por vez primera sentía que la suerte lo acompañaba y la vida le sonreía.

Al llegar al edificio en el que se alojaba, empujó la puerta y respiró hondo. El aroma a madera pulida y a incienso, unido el calor de las estufas, lo envolvió de una manera muy agradable.

Atravesó el vestíbulo en dirección a la escalera y creyó escuchar la voz de Simon. Su amigo se encontraba en la barra del bar conversando con una dama y parecía de lo más entretenido.

Christopher lo saludó con un gesto de cabeza cuando el otro lo descubrió, y estaba dispuesto a subir a su dormitorio cuando, de forma apresurada, Simon se despidió con prisa de la mujer y anduvo ágil hacia él.

—¡Christopher! No sabía que habías llegado.

—Vine esta mañana, pero estuve haciendo cosas hasta ahora. —Empezó a desabotonarse el abrigo—. ¿Nos tomamos algo y nos ponemos...? —Sus palabras se cortaron de golpe cuando un mensajero del telégrafo, vestido con un uniforme sencillo y bien cuidado, se acercó a él apresurado. Sostenía un sobre marcado con el sello de la oficina telegráfica de Londres.

—Disculpe, caballero, es usted es el señor Holt, ¿cierto? —Christopher asintió—. Señor..., es un mensaje urgente para usted —dijo, extendiéndoselo con firmeza.

Christopher lo tomó con sorpresa y rompió el sello. Al desplegar el

papel sus ojos se clavaron en las palabras.

URGENTE. PROBLEMA EN EL TEATRO. VUELVA A LONDRES INMEDIATAMENTE.

Simon frunció el ceño con intriga al ver que el rostro de Christopher se endurecía.

—¿Es algo grave?

—No estoy seguro —susurró conteniendo la respiración—. Debo regresar al Alhambra.

—¿Ahora?

—Ya mismo. Esto no puede esperar —respondió, al tiempo que guardaba el telegrama con fuerza en el bolsillo. Simon abrió la boca para decir algo, pero Christopher ya se dirigía hacia la puerta.

—¡Espera! —Marchó detrás de él—. Te acompaño.

—¿Estás seguro de que quieres hacer un viaje tan largo a estas horas?

Simon afirmó con la cabeza.

—No tengo nada mejor que hacer y es posible que necesites mi ayuda.

Christopher se acercó al conserje del hotel y le pidió que le preparara un carruaje. Mientras el hombre se alejaba para dar la orden, Christopher recordó algo y se volvió hacia el mostrador. Golpeó suavemente la campanilla.

—¿Podría darme papel y algo para escribir? —preguntó al recepcionista, que apareció enseguida.

—Por supuesto, señor Holt.

Le entregaron una hoja y una pluma. Christopher apoyó el papel sobre el mármol y escribió con rapidez, sin detenerse a pensar demasiado. Cuando terminó, dobló el papel con cuidado, lo guardó en un sobre y lo extendió hacia el recepcionista.

—Esto debe entregarse mañana a primera hora. He escrito la dirección. Es para la señorita Melissa Lockwood. Asegúrese de que lo reciba personalmente.

El hombre asintió, tomando el sobre entre las manos.

—Así se hará, señor.

Christopher le sostuvo la mirada un segundo más, luego se giró y se dirigió al carruaje, donde Simon ya lo esperaba.

En cuestión de minutos ambos subieron al vehículo y recorrieron las calles hacia la estación de tren de Waverley.

La nieve cubría los andenes con una capa fina y las farolas de gas proyectaban una luz amarilla y temblorosa, suficiente para ver, pero no para espantar el frío.

Simon fue el primero en descender, se frotó las manos y se dirigió hacia la taquilla a comprar los billetes. Dentro, el ambiente era tranquilo. Quedaban pocos pasajeros, la mayoría envueltos en abrigos pesados, esperando en silencio o hablando en voz baja. El aire olía a carbón y a metal, con un murmullo constante de ruedas lejanas y silbidos de vapor que nunca terminaban del todo.

Faltaban treinta minutos para que saliera el tren nocturno hacia Londres. No era lo habitual a esas horas, pero ese día habían tenido suerte y había servicio. Christopher no decía nada, solo miraba las vías, imaginando qué era lo qué había podido suceder en el Alhambra para que requiriese su presencia con tanta urgencia.

***

Mary Jane bajaba las escaleras con pasos rápidos, como de costumbre siempre era la última en dirigirse al comedor, pero no por pereza, sino más bien por estrategia. Evitaba el ajetreo de las demás, las colas para entrar en los baños y los saludos innecesarios.

Prefería el silencio de los pasillos vacíos y la calma de llegar cuando ya todo estaba en marcha.

Al cruzar el vestíbulo se detuvo en seco. Emily estaba hablando con un hombre en la puerta y él le entregaba algo. Ella se quedó a unos pasos, fingiendo que buscaba algo en su bolso.

Cuando el hombre desapareció por la puerta principal, se acercó a Emily.

—¿Qué era eso?

La asistente se giró hacia ella con aire distraído.

—Un mensaje para la señorita Lockwood. Me lo acaban de traer.

Mary Jane extendió la mano.

—Dámelo. Yo se lo entrego.

Emily la miró un instante, luego le tendió el sobre sin objeciones.

—Perfecto. Me ahorra el trabajo, gracias.

Mary Jane asintió y siguió su camino, pero antes de entrar al comedor se detuvo junto a una de las ventanas del pasillo. El sobre no estaba sellado, solo doblado con cuidado. Lo abrió con dedos ágiles sin ninguna clase de remordimiento y lo leyó en silencio:

> Estimada Melissa, he tenido que regresar a Londres para solucionar un asunto urgente en el Alhambra. Debemos postergar nuestra reunión para más adelante. C.H.

No había más. Ni una palabra de afecto ni una explicación. El mensaje era escueto, casi frío. Frunció el ceño y se mordió el labio inferior, preocupada. No parecía una nota dirigida a una amante, ni siquiera a una amiga cercana. Y sin embargo había algo en esa reunión aplazada que la incomodaba.

¿Qué asunto tenían pendiente que no podía resolverse en público? ¿Por qué tanta discreción?

Se quedó quieta, mirando el papel como si pudiera extraerle algo

más. Pero no había nada. Solo esa firma: C.H.

Sintió cómo se le tensaban los hombros. No tenía ninguna duda de que aquello tenía que ver con el papel de la Sylphide. Melissa se estaba moviendo por detrás, buscando asegurarse el rol, y Christopher la estaba ayudando. Todo encajaba.

Sin pensarlo más, dobló el mensaje y lo rompió en dos. Luego en cuatro. Lo guardó en el bolsillo de su falda y entró al comedor con el rostro sereno, como si nada hubiera pasado.

La puerta del despacho seguía cerrada y a Christopher no se lo había visto en toda la mañana en el Royal.

Melissa estaba preocupada y ni siquiera podía preguntar a Simon por él, porque tampoco había acudido al teatro. Aquello era de lo más extraño, y lo peor era que la única persona que podía sacarla de dudas era la señora Storm, pero no sabía cómo hacerlo para que no sospechara.

A medida que transcurría la mañana se sentía más intranquila. Tenía un mal presentimiento. Sabía que el día anterior no había sido un sueño y que la ausencia de Christopher debía tener una explicación. Una que no era capaz de comprender, pues nadie parecía haberse enterado de que él había estado en Edimburgo.

—¿Le ocurre algo, señorita Lockwood?

La misma señora Storm se acercó a ella durante uno de los descansos. En ese momento Melissa se secaba el sudor del escote y el cuello con un pañuelo.

—No, gracias. Me encuentro bien.

—He visto palos más flexibles de lo que está usted hoy.

—No tengo un buen día. Ayer me caí y me duele un poco el cuerpo. —Era mentira. Se encontraba bien físicamente, pero aquella fue la única excusa que se le ocurrió.

Anna no la creyó del todo y cruzó los brazos sobre el pecho, observándola con atención.

—Espero que su actitud no tenga nada que ver con un hombre.

Melissa enrojeció y agitó la cabeza.

—No... yo... no... no sé qué quiere decir.

—Sería un inconveniente que usted se enamorara ahora, y por cómo está bailando esta mañana, me parece que precisamente eso es lo que le sucede. No voy a meterme en su vida personal. Es inteligente para saber qué hacer, pero no puede permitir que eso la desconcentre.

—No sabía que los bailarines no podíamos tener pareja —respondió a la defensiva, mirándola con el ceño fruncido—. Rowena tiene prometido y no pasa nada.

—Exacto, pero él también baila. —Anna suspiró al percatarse de que Melissa no la entendía. Caminó hacia el banco que estaba junto a uno de los espejos y se sentó—. Señorita Lockwood, ¿cuántos años tiene? ¿Veintitrés?, ¿veinticuatro? —No esperó a que le respondiera—. A pesar de que es de las mayores, sigue siendo demasiado inocente. No se lo reprocho —dijo al ver que ella iba a interrumpirla—. Solo estoy advirtiéndole por su propio bien, si de verdad quiere llegar a ser alguien en este mundo. Mi vida entera se truncó por culpa de un hombre que creí que estaba enamorado de verdad y me engañó.

Melissa la miró al principio con la boca abierta, sin entender por qué le contaba eso. La señora Storm nunca hablaba con nadie de su vida privada.

—¿Dejó la danza por él? —Se atrevió a preguntarle, con curiosidad.

—En cierto modo me vi obligada a ello.

Melissa se sentó a su lado con expresión seria.

—¿Le dio a elegir entre él y la danza?

—Oh, no, no. —Anna sacudió la cabeza—. A él le gustaba que fuera bailarina.

—Entonces, no lo entiendo —comentó, frunciendo el ceño.

—Tuve que apartarme de los escenarios sin más. —Soltó una carcajada seca y cortante—. Arruiné mi vida y mi carrera por culpa de un infeliz egoísta que solo quiso meterse bajo las faldas de la bailarina más encumbrada de aquella temporada. Señorita Lockwood —la miró fijamente a los ojos—, si usted desea llegar a lo más alto, céntrese solo y exclusivamente en alcanzar su objetivo. No permita que nada ni nadie la distraiga. Los hombres solo miran por ellos mismos y son incapaces de pensar con otra cosa que no sea lo que les cuelga entre las piernas.

Las mejillas de Melissa ardieron rojas como los tomates.

—Quizá no todos son iguales —murmuró en desacuerdo.

Anna tensó la mandíbula.

—¿Quiere arriesgarse a averiguarlo?

Melissa sintió que se le revolvía el estómago. Hasta ese momento no había pensado que al enamorarse de un hombre pudiera tener esas consecuencias. No tenía que haberse acostado con él. Había cometido una estupidez grandísima, pero claro, eso era porque el día anterior se había dejado llevar movida por el deseo y el amor. Pero ahora, al pensarlo bien, se dio cuenta de que incluso podía estar embarazada. ¿Se haría Christopher responsable?

El color desapareció de su rostro tornando la piel de un tono blanco, casi translúcido.

Anna prosiguió al ver que ella continuaba guardando silencio, pensativa.

—Piense bien en cuáles son sus prioridades antes de lanzar sus sueños por la borda.

—Yo no quiero... lanzar... nada. —Quiso decirle que se confundía con ella, que incluso no amaba a nadie. Pero no podía mentir porque sabía que Anna se lo notaría.

La señora Storm tampoco esperaba que respondiera con sinceridad. Para ella era muy obvio que Melissa estaba cambiando últimamente y tenía una ligera idea de quién era el culpable. También había escuchado los rumores de que Christopher y ella parecía que guardaban una amistad secreta.

Se levantó pasándose las manos por la cintura y se dirigió hacia la vara que había dejado apoyada junto al piano, para continuar con el ensayo.

A Melissa le gustaban los niños, pero jamás en la vida quería traer ninguno a este mundo. No era por su oficio ni por falta de ternura, simplemente no podía. Quizá si dependiera de ella, la raza humana se extinguiría como el fuego bajo la lluvia. ¿Para qué traer una vida a una tierra repleta de injusticias? ¿Para qué sufrir? ¿Para qué crecer entre normas absurdas o entre carencias que marcaban el carácter desde temprano? En el mejor de los casos, ese niño nacería en una familia adinerada llena de restricciones y obligaciones, y en el peor, acabaría en un orfanato aprendiendo a defenderse solo antes de entender qué era el afecto.

Pero la verdad era otra, más honda y más difícil de admitir. La aterraba encariñarse. Porque encariñarse de un niño era preocuparse por él toda la vida, pensar en su bienestar incluso cuando no estuviera cerca, y ella no sabía si podría darle lo que necesitaba. Sentía pánico al imaginarlo solo, desprotegido, dependiendo de ella en todo, y ese miedo era más fuerte que cualquier instinto. Ya había perdido a sus hermanas y no estaba segura de poder sobrevivir a una carencia parecida. Rotundamente se negaba a destrozar la vida de nadie, ni la suya ni la de un hijo

que pudiera querer demasiado.

Después de varias horas de intenso trabajo, Anna los convocó a todos antes de que comenzaran a desfilar hacia los camerinos. Era la hora del almuerzo y luego les quedaba toda la tarde por delante para seguir ensayando los papeles de *La Sylphide*.

—Sé qué es muy apresurado lo que tengo que decirles, por ese motivo esta tarde no tendrán que acudir al teatro. —Se hizo un profundo silencio en la sala. Todos la miraban expectantes, incluso Melissa, que sintió un vuelco en el corazón—. Mañana partimos hacia Londres.

—¿Mañana? —preguntó alguien con sorpresa.

Anna asintió.

—Esta será la última noche que pasemos en Edimburgo. El contrato con este teatro se ha cerrado, al igual que la cuenta de la pensión.

Melissa y Ophelia intercambiaron una mirada de incertidumbre. Sus amigas todavía no sabían que ella y Christopher habían compartido un momento de intimidad, y ahora que no sabía nada de él, aunque ponía la mano en el fuego de que algo grave ocurría y ese era el motivo de que no estuviera presente y no otro, no tenía ninguna intención de contárselo.

—¿Ha sucedido algo, señora Storm? —preguntó Courtney, que se agarraba de la mano de su inseparable amiga rusa.

—Nada en absoluto. Sé que debí haberles avisado con más tiempo, pero se me fue el santo al cielo. Eso es todo lo que tenía que decirles. Tienen lo que resta del día para preparar sus equipajes. Ahora se pueden marchar.

—¿Pero entonces esta tarde...?

Anna se marchó sin molestarse en repetirlo. John llamó la atención de Courtney con un pequeño silbido.

—Ha dicho que podemos marcharnos ya.

—Sí —añadió Emily, aprovechando que ninguno se había movido del sitio—. Mañana debemos estar a las nueve en la estación —informó.

Todos empezaron a conversar entre ellos mientras atravesaban el umbral. Melissa no siguió a los demás. Estaba muy confusa, pues Christopher le había comentado que partirían pronto, pero no tanto.

Se quedó en la sala, sola. Necesitaba seguir bailando y soltar la tensión acumulada del día, pero no interpretar ningún papel, sino dejarse llevar como el aire sobre la montaña o el agua que corría sin rumbo por la ladera. Sin que nadie la mirara ni la juzgara, solo moviéndose porque sí, porque había un impulso dentro de ella que empujaba y no quería contenerse. En ese momento no precisaba de pasos perfectos ni música elegante, solo el espacio, el cuerpo y el temblor del miedo que aún no se había ido.

La idea de que podía estar embarazada la estaba volviendo loca. Sabía que existían remedios y personas que ayudaban a interrumpir la gestación. Un día había escuchado como Martha se lo comentaba a Ophelia. Esperaba no tener que averiguar sobre eso.

—¿Todavía está por aquí, señorita Lockwood?

La voz de Anna la sobresaltó cuando tiempo después estaba recogiendo sus cosas en el camerino.

—Me marcho ya —musitó, mientras se colocaba el pesado abrigo de lana y se enfundaba los guantes.

—Descanse, mañana partimos a Londres y no quiero que ninguna se retrase. Si ve a Mary Jane adviértala de que, como no esté preparada a las nueve en punto en la estación, se queda aquí.

Melissa asintió más por costumbre que por convicción. No pensaba mover un solo dedo para salvar a la primera bailarina, porque ella le robaba lo que más amaba en el mundo, ya no solo a

su prometido en la obra, sino su propio éxito. No podía seguir fingiendo que era una ingenua, o quizá tan necia. Debía velar por sus propios intereses, y si Mary Jane no acudía, obviamente ella tomaría su lugar en el escenario. ¿Cuántas veces, desde que Anna le dijo que sería suplente, había deseado que tropezara y se rompiera una pierna solo para poder tener su gran oportunidad?

—¿Lo hará, señorita Lockwood? —insistió Anna, mirándola con el ceño fruncido.

—Se lo diré si la veo.

Esa frase implicaba que no iría a buscarla ni sería la mensajera. Lo dejaba en manos del destino y del azar; y si ese conjunto de fuerzas quería que Mary Jane se cruzara en su camino, tal vez sería justa y le diera el recado.

—Procure cruzarse con ella —reiteró Anna, como si hubiera podido leer su mente.

Ignoró lo que parecía más una orden que un favor. Descendió las estrechas escaleras de madera y salió a la calle. La niebla lo inundaba todo y formaba remolinos con el aire. Las farolas emitían un resplandor débil y difuso que apenas lograba penetrar la espesa bruma, y los altos y sombríos edificios que se alzaban a ambos lados de la calle creaban sombras alargadas y figuras inquietantes.

Miró a su alrededor. Estaba sola en una calle desierta, envuelta en tanta niebla que era incapaz de ver más allá de dos metros de distancia. Solo podía respirar el horror de que alguien pudiera salirle al paso sin que lo advirtiera, mientras los oscuros edificios y la densa niebla parecían cerrarse sobre ella, atrapándola en un escenario digno de sus peores pesadillas.

Apretó la bolsa contra su pecho y caminó con prisa. Oía sus propios pasos sobre los adoquines y el eco del aire que rebotaba en las paredes.

De pronto escuchó unos pasos y, presa del pánico, echó a correr. Con el corazón acelerado se precipitó dentro del portal y cerró la puerta de golpe.

Se quedó fijamente observando la madera, como si esta se fuera a abrir de un momento a otro. Respiraba de forma entrecortada.

—¿Te ocurre algo, Mel?

Una mano firme rozó su hombro y ella se dio la vuelta como una gata salvaje, lista para defenderse. Ahogó una exclamación al darse cuenta de que era John, que la miraba con el ceño fruncido.

—No —respondió con voz temblorosa, tratando de recuperar el aliento y la compostura—, me asusté. Me pareció oír algo detrás de mí.

—¿Me permites? —preguntó, acercándose a la puerta.

Melissa se apartó un poco y, cuando él se asomó, se colocó detrás para intentar distinguir algo ella también.

Tras unos minutos llenos de un profundo silencio, John hizo un gesto negativo con la cabeza.

Melissa dio un paso atrás y él cerró.

—Puede que fuera un gato. Suele haber bastantes.

—Me parecieron pasos —respondió ella—. Pero sí, habrá sido eso.

—No debías haberte quedado hasta tan tarde, al menos hasta que no estemos en el Alhambra.

—He perdido la noción del tiempo. Voy a preparar el equipaje —le dijo con una sonrisa que pretendía contuviese algo de agradecimiento. Pasó por su lado con un pequeño gesto de despedida.

—Mel, ¿te encuentras bien?

—Sí, un poco cansada —respondió, deteniéndose al principio de la escalera—. Tenían que habernos avisado antes de que nos marchábamos ya.

—Cierto, esta noche había quedado y mucho me temo que debo dar plantón a una preciosa señorita.

—John... —Dio un paso hacia él—. ¿Crees que ha pasado algo para tener que irnos de esta manera?

El joven agitó la cabeza y se encogió de hombros.

—No lo sé. Llevamos pocos meses trabajando para esta compañía y todavía no sé muy bien cómo lo hacen. ¿Por qué lo preguntas?

—No he visto al señor Lambert en todo el día y me parece raro.

—Tal vez hoy no tenía que ir. Es posible que mañana lo veamos en la estación.

—Sí, es posible —musitó.

Siguió su camino. Todavía tenía que recoger bastantes cosas en su dormitorio y quería darse un baño, si nadie lo tenía ocupado.

—¿La señora Storm continua en el teatro? —preguntó él, siguiéndola con la vista.

A mitad de las escaleras, Melissa se giró para mirarlo, asintió y continuó su camino. Pasó por delante de la puerta donde se alojaba Mary Jane y se detuvo apenas unos segundos. Del interior salían murmullos. Levantó el puño para llamar, pero no le costó nada resistir el impulso de transmitirle el mensaje de Anna. Que espabilara sola.

Capítulo 18

La estación de Londres bullía de actividad, repleta de viajeros que desembarcaban de los trenes y otros que esperaban ansiosos para iniciar sus propios viajes. El rugido de las locomotoras, expulsando densas nubes de humo por sus chimeneas, competía con el clamor de las voces alzadas tratando de hacerse oír sobre los monstruos de acero. Era un escenario que la compañía de danza conocía muy bien.

En esa ocasión la emoción era palpable. Finalmente se acababa el suplicio de hacer y deshacer el equipaje o, en el caso de Mary Jane, de criticar todas las pensiones o casas de huéspedes en las que se alojaban. Ahora solo podría criticar la de la señora Grant.

Melissa bajó del tren y se permitió observar a la gente, buscando entre todos aquellos rostros alguno que pareciera el de sus hermanas. Siempre hacía lo mismo, llegara al destino que llegase.

Emily y el nuevo asistente masculino se preocupaban de apilar todos los equipajes en el carro metálico que habían empujado hasta el centro del andén.

Melissa los vio tan apurados que trató de acercar su baúl hasta ellos para ahorrarles el trabajo. Ahí era exactamente donde cabía

toda su vida, en un arcón de madera oscura de segunda mano, con las esquinas gastadas y una cerradura que ya no cerraba del todo, y una maleta.

Durante su estancia en Edimburgo se había comprado una pequeña colección de libros y no había tenido en cuenta que ahora su vida pesaba un poco más.

Al verla pelear con el arcón, uno de los mozos de la estación acudió presuroso a ayudarla.

—Yo se lo llevo, señorita —dijo, intentando que ella soltara el asa con la que lo arrastraba.

Pero Melissa sacudió la cabeza con terquedad.

—Yo puedo sola. Si es tan amable de coger por el otro lado, me ayuda a llevarlo hasta aquel portaequipajes.

—Permita que yo cargue con él y usted con la maleta.

Melissa volvió a negar con la cabeza y continuó tirando de él.

Sudando más de lo recomendable, a pesar de las bajas temperaturas de aquel mes de diciembre, para alguien que debía presentar un aspecto decente, consiguió acercarlo un poco más al resto.

Empezaba a arrepentirse de no hacer lo mismo que sus compañeros, pero a esas alturas no pensaba rendirse.

—Por favor, señorita —insistió el mozo—. Me manejo mejor solo. Si lo suelta...

No terminó la frase cuando el baúl volcó hacia un lado, la cubierta se abrió y una decena de libros junto a varias prendas de su vestuario salieron despedidos.

Melissa suspiró cerrando los ojos, mientras sentía cómo su dignidad la abandonaba poco a poco.

—Creo que tenía que haberle hecho caso —murmuró medio en broma, medio en serio.

—Seguramente sí —contestó la voz profunda y masculina de Christopher, justo detrás de ella.

Melissa se giró con una sonrisa congelada y los libros desperdigados por el suelo.

El hombre la miraba con una ceja alzada, y un poco más atrás, Mary Jane sonreía con presunción.

Intentando mantener la compostura, Melissa empezó a recogerlo todo con prisa. Tanto el mozo como Christopher se agacharon a ayudarla.

—¿Siempre viajas con tantos libros? —le preguntó Christopher mientras sostenía el ejemplar de *Frankenstein*.

Con los ojos fijos en los de él, susurró:

—Otros lo hacen con promesas que no cumplen.

En un gesto confundido, Christopher arrugó la frente.

—Tienes razón y lo lamento mucho, pero...

—«Que me caiga muerto». Eso dijiste —lo cortó en voz baja.

Él se quedó en silencio un instante, luego hizo una señal al mozo para que se llevara el equipaje. Cuando se quedaron solos, se volvió hacia ella con expresión seria.

—Melissa, te dejé un mensaje. Lo escribí antes de partir y lo entregué en la recepción.

Ella lo miró con incredulidad.

—¿Un mensaje? Yo no recibí nada —murmuró.

—Pedí que lo entregaran con discreción.

—Estaba muerta de preocupación.

—Lo siento. Hubiera ido en persona a decírtelo, pero preferí acelerar vuestro viaje que hacer de nuevo diez horas en tren para tener que regresar después. Pensé que el mensaje bastaría y que lo recibirías a tiempo. No era largo, pero suficiente para que supieras que debía marcharme.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó, sin ocultar la inquietud que empezaba a asomar en su voz.

—Se desplomó una parte del tejado antiguo del teatro y cayó sobre el edificio de al lado. Es un local vacío, pero el dueño, un imbécil que insistía en ver las licencias, si no me denunciaba, exigía que me presentase en persona. De no haber venido habría supuesto que me denegaran el permiso para poder estrenar la obra el último día del año.

Melissa bajó la mirada un instante, procesando. No sabía si creerle, pero tampoco tenía motivos para pensar que mentía. Lo que sí sabía era que había imaginado lo peor.

—Habría ido yo directamente a avisarte, pero eres tú quien no quiere que nadie se entere de lo nuestro —replicó, serio, al ver que ella no decía nada.

Melissa enrojeció.

—Necesito tiempo, Christopher —murmuró. Sus ojos color miel le imploraron que lo comprendiera.

Él no pudo contestar porque Mary Jane se acercó a ellos movida por la curiosidad de saber de lo que estaban hablando. Melissa también la vio y rápidamente cambió de tema.

—Hemos tenido buen viaje.

Christopher le siguió el juego.

—Supongo que estará contenta de volver a casa.

Ella asintió de forma mecánica, aunque ni siquiera sabía si podía considerarlo su casa. O su hogar. De hecho, no sabía si en algún lugar del mundo le quedaba algo.

Estaba feliz por poder fijar su morada por primera vez desde que salió del orfanato. Cuando volvieran a preguntarle, ya no debía contestar «soy de aquí y de allá y de ningún sitio en particular». Ahora podía decir que era de Londres, otra vez, y en un par de años

más, se compraría un apartamento pequeño y no tendría que compartirlo con nadie.

—Estoy deseando ver cómo ha quedado el teatro —interrumpió Mary Jane, mirando a Christopher con una sonrisa coqueta—. La señora Storm dice que tengo mi propio camerino.

Melissa ocultó con disimulo una mueca. Christopher frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Hay camerinos, sí, pero no como se imagina.

La primera bailarina, alta y espigada, solía llamar la atención como un faro encendido en la oscuridad. Su único defecto físico, no solo porque Melissa lo dijera, ya que los demás también lo pensaban, era que al ser pálida como una muñeca de porcelana y tener el cabello tan claro, daba la impresión de que carecía de cejas. En algunas ocasiones las pintaba de un tono más oscuro.

—Pero yo tendré uno para mí, ¿no?

—La Sylphide deberá compartirlo con Effie y Madge. —Christopher señaló a Melissa—. Las bailarinas se tendrán que repartir los dos restantes, y John y los muchachos irán a otro.

Mary Jane lanzó a Melissa una mirada calculadora, como si le advirtiera de que ella era quien iba a mandar allí. Pero la joven no se amilanó y le devolvió una sonrisa irónica. No le agradaba en absoluto tener que cambiarse con ella, ni que su vestuario estuviera en el mismo sitio. Pero después de todo, tanto ella como Rowena eran ahora bailarinas principales.

Rowena, Madge en la obra, era una persona que solía ir mucho a su aire. Estaba prometida con uno de los bailarines, y en cuanto se casaran y dieran por finalizada la obra —les quedaba todo un año por delante—, ambos se retirarían del espectáculo, por lo que tampoco les interesaba mucho mantener ninguna clase de familiaridad con el resto.

—Bueno, por lo menos no tendremos que compartirlo con las demás. No sé cómo lo hacen, pero siempre consiguen alterarme.

Christopher miró furtivamente a Melissa para ver su reacción ante el comentario de Mary Jane, pero le sorprendió descubrir que ella se había abstraído y que observaba a las personas que ocupaban el andén como si buscara a alguien.

—Ya estamos listos, señor Holt —avisó Emily.

—De acuerdo, puedes decirles a todos que están libres, pero mañana a primera hora los quiero en el Alhambra.

—Sí, señor.

Melissa le puso una mano sobre el brazo, aunque Christopher no tenía ninguna intención de marcharse sin ella.

—¿No podemos ir ahora a visitarlo? Siento curiosidad por ver cómo ha quedado tras la reforma.

Christopher asintió. Estaba loco por mostrárselo y a la vez deseoso de que ella se lo pidiera. Quería ver su reacción. Iban a estrenar un teatro muy distinto a lo que había sido antes de que hiciera las reformas. Las mesas que ocupaban el salón principal, donde los asistentes solían comer y beber mientras disfrutaban del espectáculo, habían sido reemplazadas por filas de asientos. Gracias a esos cambios se le había otorgado la licencia de teatro. También había ordenado la creación de camerinos y una sala común para la compañía, que en total estaba conformada por alrededor de treinta personas, así como un alojamiento privado para él mismo.

La compañía, como siempre, se alojaría en la casa de huéspedes de la señora Grant.

El Alhambra se hallaba situado en Leicester Square y era un lugar famoso por sus espectáculos de variedades y ballet. El edificio, con su estilo orientalista, se destacaba entre los demás circundantes con su majestuosa cúpula y esbeltas torres, semejante a un palacio

exótico que transportaba a los espectadores a tierras lejanas desde el primer vistazo.

—Para mí sería un placer enorme —respondió.

—Melissa, podríamos dejar eso para más tarde —sugirió Mary Jane.

—Tú ve cuando quieras. A mí me apetece ir ahora. Yo no tengo nada que hacer —le respondió.

La primera bailarina la miró de manera desafiante, pues habría preferido instalarse tranquilamente, y como se decía de un modo más burdo, marcar territorio en la habitación de la pensión de la señora Grant antes de que Rowena se apropiara de la mejor parte del armario. Aunque no podía quejarse de ella, pues cuando no estaba en el teatro con los demás, se pasaba el día entero con su prometido.

—Entonces yo iré también —afirmó. Después de todo tenía derecho a escoger lo mejor.

De ella dependía toda la compañía; de su buen estado de salud y de su humor. No creía del todo en las advertencias de la señora Storm al decir que, si fallaba, Melissa la supliría. Antes no había ninguna otra solista que le hiciera sombra, y aunque lo aceptara a regañadientes, no había ninguna persona mejor cualificada que la antigua asistente para hacer su papel. Odiaba cuando los espectadores, últimamente, la elogiaban más que a ella.

Melissa no tenía ningún interés en pasear por la ciudad ni en instalarse en la pensión. Lo único que quería era estar cerca de Christopher, ver el teatro y, de paso, evitar que Mary Jane se apropiara de todo antes de que los demás tuvieran oportunidad de elegir.

Sin hacer más comentario, Christopher comenzó a caminar hacia la salida con aire despreocupado.

Melissa y Mary Jane lo siguieron, aunque la primera lo hizo con paso relajado, mientras que la segunda avanzaba con el mentón en alto y los hombros erguidos, como si le hubieran acabado de otorgar una clase de privilegio especial.

—No sé por qué te molestas en querer verlo —comentó Mary Jane, con una sonrisa que no llegó a sus ojos—. No creo que haya mucho que puedas hacer en el teatro antes de los ensayos.

Melissa le dedicó una mirada breve, sin molestarse en ocultar lo mucho que le desagradaba su presencia.

—Oh, no te preocupes por mí —respondió con voz tranquila—. Solo quiero asegurarme de que el camerino no huela a perfume barato antes de que el Alhambra abra sus puertas.

Mary Jane entrecerró los ojos, pero mantuvo la sonrisa.

—¿Te refieres al mío?

Melissa ladeó la cabeza con fingida inocencia.

—¿He dicho eso? Qué curioso que lo hayas interpretado así.

—No sé por qué te esfuerzas tanto en llamar la atención del señor Holt —dijo con tono casual, pero lo suficientemente alto como para que entendiera que la provocación era intencional—. No importa cuánto te esfuerces, querida. No vas a conseguir nada.

Melissa fingió sorpresa.

—¿Llamar la atención? ¿Yo? Qué cosas dices. Si quisiera llamar la atención haría lo mismo que tú: pasearme por el teatro como si fuera la dueña y exigir que me sirvan el té en bandeja de plata.

—No juegues conmigo, Melissa. Sé perfectamente lo que intentas.

Ella sonrió con dulzura, pero sus ojos brillaron con una chispa peligrosa.

—No me gusta jugar con cosas que pueden romperse fácilmente.

—¿Es por ese motivo que anoche no me diste el recado que la señora Storm te dio para mí?

—Supongo que lo olvidé con el tema de preparar mi equipaje. Pero estás aquí, de modo que no ha pasado nada malo.

Mary Jane se detuvo un instante, como si estuviera decidiendo si responder o no. Pero Christopher, que iba unos pasos por delante, giró levemente la cabeza y ella recuperó su expresión serena antes de apresurarse a alcanzarlo.

Melissa suspiró, ajustándose el abrigo.

***

Observó el majestuoso escenario desde la fila de asientos, completamente fascinada. La grandiosidad de aquel teatro la sobrecogía.

—¿Es más amplio o solo lo parece? —musitó Melissa, sin apartar la vista de las relucientes vigas doradas que lo enmarcaban. Había estado allí un par de veces cuando trabajaba con los Flint y lo recordaba todo muy diferente.

Christopher asintió con orgullo, sabiendo que todo aquello le pertenecía. Estaba tan cerca de ella que su proximidad hacía que sintiera el leve calor que desprendía su cuerpo.

—Se amplió con la reforma.

—Es un cambio notable. Ahora podemos despegarnos un poco los unos de los otros —comentó, esbozando una sonrisa.

Mary Jane los interrumpió, ubicándose entre ellos con los brazos cruzados sobre el pecho como si se tratara de una muralla.

—Sí, no como en el Royal, que Olga Yakovlevna me empujó en pleno primer acto.

«Fue una lástima que no te cayeras», pensó Melissa. Hubiera sido un espectáculo digno de recordar ver a «doña perfecta» perder su compostura en escena. Pero, como era habitual, la suerte siempre

estaba de su lado.

Christopher extendió un brazo y con un elegante gesto señaló la amplitud del lugar.

—Ahora contamos con espacio suficiente para que tales incidentes no ocurran.

—Diría más bien que fue cuestión de torpeza —sentenció Mary Jane.

Melissa giró el rostro hacia ella con el ceño fruncido.

—¿Y qué es lo que quieres, Mary Jane? Olga ya te ofreció disculpas en más de una ocasión.

La muchacha la miró con desdén, como si fuera un insignificante insecto que estuviera molestándola, pero consciente de la presencia de Christopher, suavizó su expresión por una que pretendía ser más agradable y educada.

—No es cuestión de disculpas. Pudo haberme causado un daño considerable y, de haber sido más grave, el ballet habría quedado suspendido por el resto de la temporada.

Melissa creyó escuchar la risa baja y susurrante de Christopher, pero cuando lo miró su expresión era de indiferencia. Tal vez lo había imaginado.

Por un instante consideró replicar que su afirmación no tenía sentido, pues había más bailarinas capacitadas para reemplazar su papel. Ella, por ejemplo. Pero optó por el silencio, Christopher jamás habría dado por terminada la temporada tras haber invertido una fortuna. ¿Qué empresario permitiría semejante pérdida?

La absurda declaración de Mary Jane solo ponía en evidencia su egocentrismo, aunque a esas alturas ya no sorprendía a nadie.

Christopher, con una mirada firme, recorrió el teatro.

—En mi compañía no se suspende nada —afirmó con un susurro bajo.

Mary Jane titubeó, tratando de rectificar.

—No he querido... decir... que...

—Lo ha dicho —zanjó él con una frialdad que la hizo palidecer—. Por ese motivo repito que si se baja del barco, haré el viaje de igual manera.

Mientras Mary Jane buscaba una salida airosa de su torpeza y comenzaba a dar excusas, Melissa volvió su atención al escenario. El suelo de madera de roble relucía bajo la luz tenue de las lámparas de gas, y el pesado telón carmesí pendía majestuoso del techo, escoltado por cortinas azul profundo como centinelas de un mundo en el que la magia del teatro parecía envolverlo todo.

Recorrió con la yema de los dedos el respaldo del asiento y se deleitó con la suavidad del terciopelo bajo su caricia.

—Es uno de los teatros más bellos en los que he estado jamás. No se parece en nada a lo que era antes —murmuró.

Sin pensarlo, ignorando que Mary Jane todavía intentaba convencer a Christopher de que sus desafortunadas palabras no eran lo que ella había querido expresar, cruzó las filas de asientos y ascendió los escalones que separaban la sala del público de la de los artistas. Necesitaba sentir el escenario bajo sus pies, contemplar la inmensidad del teatro desde esa posición privilegiada.

Era consciente de que Christopher, aunque lo disimulara, estaba atento a cada uno de sus gestos, y eso la ponía nerviosa. Se suponía que debía disimular frente a Mary Jane y no que la hiciera sospechar más de lo que ya lo hacía.

Se quitó el abrigo y lo dejó con cuidado sobre los cajones que servían para amplificar el sonido de la orquesta, ubicados en una de las paredes laterales. Después se inclinó y deslizó los dedos sobre la madera del suelo, tan pulida que parecía hecha para que los bailarines se desplazaran sobre ella como olas en un océano en

calma.

Se incorporó y caminó despacio hacia el centro. La perspectiva de los asientos alineados como una multitud expectante la sobrecogió. Desde allí todo parecía más imponente y se sintió pequeña ante la inmensidad del lugar.

—Háblalo con la señora Storm —escuchó decir a Christopher, acercándose a ella con Mary Jane pisándole los talones.

Melissa no sintió curiosidad por el tema de conversación. Sabía, sin necesidad de preguntar, que sería una de las interminables exigencias de la primera bailarina.

—No supondría un gran coste —insistía Mary Jane—. Melissa sabe coser, podría encargarse.

Al oír su nombre arqueó una ceja. Una cosa era mantenerse al margen de la conversación; otra, que la involucraran sin su consentimiento.

Christopher ignoró el comentario y se concentró en inspeccionar el techo. Melissa aguardó, esperando que su compañera respondiera a la pregunta tácita en su mirada.

—La Sylphide podría llevar unas alas más grandes y tú podrías confeccionarlas.

—Ya no me encargo de eso. Tendrás que pedírselo a Emily.

—¡Pero ella no cose tan bien como tú! —protestó—. Las arruinaría por completo.

Melissa sacudió la cabeza.

—Te repito que ya no hago esas cosas. Además, unas alas más grandes te entorpecerían al bailar.

—¡Al contrario! —insistió, tratando de persuadirla—. Si las alas son más espectaculares, el público comprenderá de inmediato que mi personaje es un ser sobrenatural. La impresión será inolvidable.

La voz de Christopher resonó con firmeza.

—La señorita Lockwood tiene razón. Tu vestuario llamaría más la atención, pero se perdería la fluidez de tus movimientos.

Mary Jane fulminó a Melissa con la mirada antes de girarse hacia Christopher con ojos suplicantes, pero él se limitó a encogerse de hombros.

—Habla con la señora Storm.

—Lo haré. Estoy segura de que sabré convencerla. Iré a ver los camerinos.

—Te deseo suerte —murmuró Melissa, lo suficientemente bajo como para que Mary Jane no la escuchara cuando se dirigía entre bastidores.

Christopher sí lo hizo, pero Melissa no se percató de ello hasta que su voz, demasiado cerca de ella, la sobresaltó.

—La va a necesitar. Últimamente está más irascible que de costumbre, ¿no crees?

Ella entrecerró los ojos por un instante. No le gustaba hablar mal de nadie, pero negar la evidente actitud de su compañera sería mentirse a sí misma.

—Diría que sí, aunque supongo que tiene sus motivos —respondió, con cuidado de no sonar demasiado crítica.

Christopher soltó una breve risa, más seca que divertida.

—Mary Jane cree que es imprescindible —afirmó—, pero nadie lo es.

Melissa se giró levemente y fijó sus ojos en los de él.

—Yo podría hacer perfectamente ese papel y lo sabes.

Christopher dejó que el silencio se extendiera entre ellos unos segundos antes de responder.

—Melissa, aunque no lo creas, no sabes lo que significa ser la solista. No es tan sencillo como crees.

—¿Tú cómo puedes saber lo que significa? —le preguntó.

Él se encogió de hombros.

—Porque yo también fui bailarín.

Melissa se quedó completamente inmóvil y estupefacta. Él nunca lo había mencionado y un montón de preguntas se acumularon en la punta de su lengua.

Pero de nuevo la aparición de Mary Jane los obligó a callar. Para colmo, por mucho que deseara quedarse con Christopher en el teatro, la otra insistió en que debían ir juntas a la pensión para deshacer el equipaje.

Capítulo 19

La puerta emitió un breve crujido al abrirse y solo algunas personas que ocupaban el vestíbulo se dieron vuelta para mirarla. El recibidor de la pensión era un espacio agradable, iluminado con lámparas de aceite y varios candelabros.

—Melissa —Emily se acercó a ella en cuanto la vio. Parecía ir corriendo siempre a todos los lados—, he subido tu equipaje al dormitorio.

Melissa se retiró el sombrero y le regaló un gesto agradecido.

—Gracias, Emily. Siempre tan diligente, aunque no tenías que haberte molestado.

—No me incomoda hacerlo. —Entrelazó las manos por delante del regazo—. ¿Has estado en el teatro? —Melissa asintió y la joven sonrió, emocionada—. ¿Y bien? ¿Te ha gustado?

—Muchísimo. Es precioso. Más de lo que imaginaba.

—Me habría gustado ir, pero tenía que organizar todo aquí —explicó, como si necesitara excusarse.

—Te va a encantar. Ya te enterarás cuando lo conozcas.

La señora Grant también la vio y con paso renqueante se acercó a ellas.

—Buenas tardes —saludó afectuosa—. Bienvenida a Londres de nuevo.

Melissa se giró hacia ella con una amplia sonrisa en los labios.

—Señora Grant..., qué gusto verla. ¿Cómo se encuentra?

La mujer ladeó la cabeza. Su boca dibujó una mueca de resignación.

—Cada vez más cansada, hija. Mire esto... —Alzó las manos con esfuerzo y le mostró los dedos finos y deformados. Las articulaciones se veían hinchadas, doloridas, y al sostenerlas temblaban ligeramente—. Me cuesta hasta sujetar una taza.

Melissa frunció el ceño, preocupada. Ya había notado las manos de la señora Grant antes, pero esta vez el deterioro era evidente. Se quitó uno de los guantes y pasó con delicadeza los dedos sobre la piel ajada.

—¿Ha ido al médico?

—Dice que es cosa de la edad. Que no tiene cura.

—Tal vez haya algo que mitigue el dolor —sugirió.

—Me dio un ungüento..., pero no noto mejoría —repuso con un suspiro—. Me he enterado de que debo darle la enhorabuena. Ya no es asistente.

Melissa sonrió emocionada.

—Cierto, ahora soy bailarina, pero puede seguir contando conmigo igual que antes.

La señora Grant levantó la vista hacia el reloj que colgaba de una de las paredes y dio un pequeño respingo.

—Ay, miren la hora. He de comenzar con la cena. Ya deben de estar entrando al comedor.

—Hemos venido a darle más faena —bromeó Melissa con dulzura, antes de que la mujer hiciera el amago de apartarse.

La señora Grant negó con fuerza, casi ofendida por la insinuación.

—No, no, hija mía. Me complace tenerlas de vuelta. El tiempo se vuelve interminable cuando la casa está vacía. No me pesa... me acompaña —dijo, y con una sonrisa giró sobre sus talones y desapareció por la puerta que conducía a las cocinas.

—Pobre mujer —susurró Emily a su lado.

Melissa asintió. Tenía que ser duro seguir trabajando a su edad para poder subsistir.

Respiró hondo y, después de echar un vistazo a su alrededor, miró a la asistente.

—Subiré un momento a asearme y a cambiarme de ropa. Enseguida bajo.

—Está bien. Yo iré a ver si puedo echarles una mano con la cena a la señora Grant y a su sobrina, antes de que los muchachos comiencen a revolucionarse.

Más tarde, cuando Melissa bajó al comedor, la estancia estaba animada. Se sentó entre Ophelia y John.

La cena transcurrió entre risas y el aroma reconfortante de la sopa de cebada con pan recién tostado. Lo que la señora Grant y su sobrina Claire habían preparado llenaba el comedor con un calor hogareño. Su sobrina solo trabajaba en la pensión las temporadas en las que ellos iban, lo que suponía de gran ayuda para la dueña.

En algún momento, entre el repiquetear de los cubiertos y el murmullo de las conversaciones cruzadas, una voz se alzó con tono jocoso:

—¡Mañana toca madrugar!

El abucheo fue inmediato, medio fingido y entre carcajadas, como una protesta que ya formaba parte del ritual.

—Gracias por recordarlo —replicó otra voz desde la mesa del fondo—. Justo cuando empezaba a olvidarme de la señora Storm... y resulta que tenemos aquí a su gemela perdida.

Las risotadas llenaron la sala. Había algo inevitablemente liberador en bromear a espaldas de Anna.

En cuestión de minutos, como si el comentario hubiera activado un resorte colectivo, el comedor comenzó a vaciarse.

Melissa permaneció más tiempo sentada, charlando con John. Él le había preguntado qué le parecía el teatro, mientras liaba con destreza un cigarro.

Ella le lanzó una mirada de advertencia al ver lo que hacía.

—La señora Grant te colgará de la lámpara si huele a humo en el vestíbulo.

Él sonrió y lo guardó sin encenderlo.

—Lo fumaré fuera, lo prometo. ¿Y bien?

—Ha cambiado bastante —contestó, dando el último sorbo de su tisana—. Comparado a cómo era cuando íbamos con los hermanos Flint, ahora no tiene ni punto de semejanza. Se nota la inversión. Todo parece más grande y brillante.

—Me alegra oírlo. Me hubiera gustado pasarme, pero tenía algunas cosas que hacer, además de que vi que ibas con Mary Jane y te prometo que tengo que contenerme para no asesinarla.

Ella arqueó una ceja con expresión divertida. Lo de la primera bailarina lo entendía perfectamente.

—¿Tenías cosas... o compromisos sociales?

—¿Preguntas si eran amigos o amigas?

—No he dicho eso —respondió ella, reprimiendo una carcajada.

—No seas mal pensada, Mel. No todas mis salidas acaban en tragedias románticas.

—Dicen que quien piensa mal, acierta.

—Es posible, pero no siempre es así. Tenía una reunión de negocios.

—¿Negocios, tú?

John asintió y se inclinó hacia ella como si fuera a confesar algo, pero le causó más intriga cuando contestó:

—Ya te contaré, por lo pronto deséame suerte.

—De modo que vas a dejarme en ascuas.

—Así es. —Y seguidamente cambió de tema sobre una variación en la música del segundo acto.

Cuando la conversación decayó, Melissa se levantó ocultando un bostezo con la mano.

—Creo que ya tengo al cuerpo pidiéndome descanso.

—Vete antes de que la señora Grant te ponga a fregar tazas —dijo él, guiñando un ojo.

Ella agitó la cabeza, divertida, y salió del comedor sin hacer ruido. Cuando cruzó el umbral de la puerta de su alcoba, sus dos compañeras guardaron silencio de repente. Una de ellas la hizo un gesto con la mano para que cerrara la puerta rápido.

—Ya estáis despellejando a alguien —dijo Melissa, observando a una y a otra con curiosidad.

—A la misma de siempre, para no variar —respondió Martha.

—Mary Jane —suspiró, cansada de oír su nombre durante todo el día. Se acercó a su baúl, que aún aguardaba con la tapa abierta, y comenzó a doblar con cuidado las prendas que se amontonaban en el interior.

—¿Te has enterado de lo último? —preguntó Martha.

—No lo sé. Cuando llegamos del teatro me quedé un rato conversando con la sobrina de la señora Grant, que estaba barriendo la entrada. Como no haya hecho algo en ese tiempo, el resto del día lo hemos pasado juntas, para mi desgracia. —Sacó su caja de música y la colocó en su mesilla—. Teníais que haberla visto, echó un vistazo al teatro y eligió su sitio en el camerino como si le perteneciera desde hace siglos. —Frunció el ceño. Ahora que lo

recordaba no había visto a Mary Jane en la cena. Las observó—. ¿Qué ha pasado ahora?

Ophelia recogió las piernas y las colocó de un modo infantil sobre el colchón.

—La señora Storm estaba aquí pidiendo no sé qué a Emily cuando ella llegó. El caso es que Mary Jane, que estaba en el vestíbulo, se acercó a saludarla... o eso parecía. Porque al momento las dos estaban alzando la voz. Una discusión como no se ha oído en esta casa en mucho tiempo.

Melissa soltó un leve suspiro y siguió doblando su falda.

—¿Sabes lo que le soltó la señora Storm? —preguntó Martha, desafiándola a que lo adivinara. Parecía emocionada y sus ojos brillaban con diversión.

—Ni idea. Ilumíname.

—Le dijo que llevaba tiempo considerando echarla de la compañía y que tuviera mucho cuidado con lo que salía de su boca.

Melissa alzó una ceja con escepticismo.

—Probablemente lo dijo para asustarla, como siempre.

—Yo no lo creo —terció Ophelia—. Parecía realmente enfadada.

Melissa arrugó la frente, aunque no detuvo sus manos y siguió guardando prendas en los cajones de la cómoda.

—Han discutido otras veces. Dudo mucho que eso signifique su marcha.

—Pero en esta ocasión no la ha amenazado con suplirla, sino con echarla —insistió Ophelia.

Melissa no dijo nada. La verdad era que si Anna estaba realmente dispuesta a tomar medidas, eso la favorecía. Sin embargo, no se hacía ilusiones. Las temporadas eran largas; los compromisos, costosos; y Mary Jane aún era, a ojos de muchos, el rostro visible de la compañía. No la iban a despedir.

Continuó colocando su ropa mientras sus compañeras siguieron conversando. De vez en cuando ella decía algo, pero no se quiso involucrar mucho en la charla.

Cuando se hubo puesto el camisón, apagó la lámpara de la mesilla, se metió entre las sábanas y apoyó la cabeza en la almohada con un suspiro. Ahora que sabía el motivo por el que Christopher había tenido que abandonar Edimburgo tan aprisa se sentía mucho más tranquila, aunque no comprendía por qué no le habían entregado el mensaje.

Ahora tampoco importaba mucho, porque volver a verlo había sido impactante. Sobre todo después de que le confesara que había sido bailarín, cosa que nadie parecía saber en la compañía.

Estaba tan cansada que se quedó dormida sin importarle que sus amigas continuaran cuchicheando.

***

Al día siguiente durante los ensayos, la tensión en la sala podía cortarse con una daga. Mary Jane evitaba mirar a Anna y media cada movimiento con una precisión meticulosa, casi temerosa de ofrecer algún gesto que pudiera interpretarse como desafío. Sabía que cualquier desliz, por pequeño que fuera, podía convertirse en la chispa que encendiera su expulsión.

Anna, sin embargo, no le quitaba los ojos de encima. Vigilaba cada uno de sus pasos y exigía que sus movimientos fueran perfectos, al tiempo que marcaba el compás con el bastón que sujetaba como si fuera un cetro.

Aquella situación repercutía en todos los bailarines, sobre todo en Melissa, cuando sus escenas y las de Mary Jane se relacionaban entre sí.

Como si no bastara con eso, la presencia de Christopher añadió otra capa de presión al ambiente. Su llegada fue silenciosa, pero todos lo notaron.

No era la primera vez que observaba los ensayos. Siempre lo hacía desde un rincón, erguido y discreto, con las manos tras la espalda y una expresión imperturbable. Pero Melissa sabía que nada escapaba a sus ojos. Ni una caída de hombros ni un titubeo en el salto.

Ella intentaba no prestarle atención. Sabía que debía centrarse en el ensayo, dejar que Effie tomara posesión de su cuerpo. Pero era difícil... había momentos en los que podía sentir su mirada recorriéndole la espalda, haciéndole arder la piel por debajo de la blusa.

Al final logró centrarse en su papel y amó a James. Él era todo lo que una joven podía desear: gentil, valiente, incapaz de hacerle daño voluntariamente. Y sin embargo, cuando aparecía la Sylphide todo cambiaba. James la dejaba atrás —a ella, a Effie— cegado por aquel amor etéreo e imposible. Y entonces, aunque estaba en el escenario, aunque todo era un ensayo, el dolor le apretaba el pecho como si se tratara de una pérdida verdadera.

Sabía que el público se emocionaría con aquella representación, porque solían adorar ese amor sobrenatural, imposible, atrapado entre el deseo y el abismo. Pero Melissa debía conseguir algo más sutil: despertar en los espectadores —especialmente en las mujeres— una punzada reconocible. Porque Effie representaba algo más que una chica abandonada: era la fragilidad del amor verdadero cuando no es suficiente. Y aunque al final pudiera volver a amar, la herida del primer abandono —del verdadero— dejaba cicatrices invisibles que no sanaban con aplausos.

El ensayo terminó poco antes del anochecer y el teatro comenzó a vaciarse de bailarines y demás personal.

Melissa caminó por los pasillos que conectaban el escenario con la puerta lateral del edificio. Sabía que Christopher la esperaba en su despacho, porque le había hecho una señal con la cabeza poco antes de que la música dejara de sonar. Pero para no ser tan descarada, entró primero en el camerino, donde se quitó las zapatillas con movimientos lentos, casi ceremoniales. Después se sentó frente a un espejo que seguramente había sido adquirido de segunda mano, con el marco de madera astillado en las esquinas, y se masajeó los pies con suavidad. Al escuchar la voz de Mary Jane, que hablaba con alguien en el pasillo, se dio prisa en descolgar su vestido de una percha.

Cuando estaba terminando de abotonarse el corpiño entró la otra.

—Estoy agotada —dijo con un exagerado suspiro al tiempo que caminaba hacia su tocador.

Melissa no la hizo caso y se miró en su propio espejo. El vestido era de muselina gris perla con una botonadura discreta y pequeños bordados en los puños. La falda caía hasta los tobillos, plisada en la parte trasera.

—Melissa, ¿sabes si hay agua en la jarra?

—Me parece que no —respondió, metiéndose dentro del escote el colgante que llevaba al cuello. Se colocó el sombrero de fieltro suave, decorado con una cinta azul oscura, y con el abrigo sobre el brazo y la bolsa en la otra mano se dirigió hacia la puerta.

—Si ves a Emily dile que me traiga agua.

Melissa no se volvió a mirarla y se marchó cerrando la puerta con suavidad.

Capítulo 20

El reloj de pie marcaba las ocho menos cuarto cuando Christopher se dejó caer con un suspiro en el sillón tapizado en cuero oscuro de su despacho. La jornada había sido larga y lo esperaba todavía una pila de correspondencia que no dejaba de crecer. Encendió la lámpara del escritorio y el resplandor iluminó las motas de polvo suspendidas en el aire. Quería terminar todo lo posible cuanto antes. Melissa no iba a tardar en llegar y había preparado una cena muy especial en su apartamento, con la que deseaba compensarla por haberla plantado en Edimburgo.

La noche anterior había estado a punto de ir a buscarla a la pensión, pero dejó que descansara después de tan largo viaje.

Estaba hojeando un contrato de alquiler, con el ceño levemente fruncido, cuando la puerta se abrió con un golpe seco. No hizo falta que levantara la vista para saber quién era.

—¿Piensas que puedes dejar que esa malcriada me falte al respeto y continuar como si nada? —La voz de Anna vibraba con indignación.

Christopher alzó los ojos con calma y apoyó los papeles sobre el escritorio con deliberada lentitud.

—Buenas noches. Qué agradable entrada.

Ella no se molestó en contestar al sarcasmo y caminó hasta el centro del despacho con paso firme.

—No estoy de humor para ironías, Christopher. Mary Jane me alzó la voz delante de los bailarines en la pensión y ha cuestionado una de mis decisiones. ¡Que quiere unas alas más grandes! ¡Será estúpida!

Él se inclinó hacia atrás en el sillón y entrelazó los dedos sobre el pecho.

—Tú la elegiste como primera bailarina. Si ha dejado de responder a tus expectativas, quizá deberías reconsiderar tu elección, o solucionarlo como mejor estimes.

Anna entrecerró los ojos y cruzó los brazos con fuerza.

—No me vengas con eso. Tú eres el dueño de esta compañía. Eres tú quien debería recordarles a todos —a todos— que yo estoy al mando en esa sala y que mis decisiones no se cuestionan.

Él esbozó una ligera sonrisa y ladeó la cabeza con falsa amabilidad.

—¿Estás insinuando que ya no puedes controlarla? —preguntó con voz suave—. ¿O es que has perdido facultades, Anna?

Un silencio denso siguió a sus palabras. Ella ni se inmutó, solo bajó los brazos y se acercó despacio al escritorio. Apoyó ambas manos sobre la madera pulida.

—No pongas a prueba mi paciencia, Christopher.

Él la miró, esta vez con una chispa sutil, apenas imperceptible en los ojos.

—No lo haría jamás —dijo con una sonrisa torcida.

—No necesito que la expulses ni que le retires el papel —continuó ella, más tranquila—, pero sí que sepa que su talento no la libra de respetar jerarquías. Si no lo haces tú, al menos consiente que lo

haga yo como creo conveniente.

Christopher asintió, pensativo.

—Haz lo que consideres —dijo al fin—. Pero sin estridencias. Sabes cómo es el ambiente en esta compañía: si uno estornuda, los demás corren a por sus pañuelos. Y si armas una escena, todos sabrán que hay tensión.

Anna se enderezó y se alisó el vestido con movimientos firmes.

—Entonces cuida que ella no sea quien la provoque, porque si algo ocurre... no me voy a quedar sentada a esperar tu bendita diplomacia.

Christopher la observó por unos segundos más y su expresión se suavizó un poco.

—Lo sabía. Me estabas esperando para discutir desde que acabó el ensayo, ¿verdad?

Ella por primera vez desde que entró, sonrió de medio lado.

—Solo quería terminar la temporada con tranquilidad, pero Mary Jane me lo impide con su insolencia.

Christopher se levantó, se acercó al armario para servirse un trago de brandy y extendió una copa hacia ella. Anna la aceptó sin agradecer.

Ambos bebieron en silencio unos segundos mientras la noche se adueñaba del despacho con lentitud. La mujer dejó la copa sobre el escritorio y se acercó a la repisa donde ardía un fuego suave.

Christopher la observó.

—¿Has pensado más en lo de probar a Melissa como la Sylphide? —preguntó con aparente calma.

Ella no se giró. Siguió mirando las llamas danzar, como si eso bastara para mantener a raya la conversación.

—No.

La negativa fue rotunda, cortante, como el chasquido de una rama

seca, pero esta vez él insistió de una forma más contundente.

—¿No? ¿Ni siquiera para una función de prueba?

—Ni siquiera —repitió, y entonces sí se volvió, con la mandíbula algo tensa—. Ya te dije que no estoy dispuesta a eso.

—¿Y puedo saber por qué? —preguntó, dejando la copa sobre la mesa—. ¿Qué tienes contra ella?

Anna entrecerró los ojos, sin molestarse en ocultar la incomodidad que le provocaba tener esa conversación.

—No tengo nada contra Melissa como persona. Lo sabes. Pero tú solo ves a la bailarina y esa extraña obsesión que pareces tener con ella. Yo, en cambio, veo lo que hay detrás.

—¿Y qué es lo que ves exactamente?

Anna avanzó dos pasos.

—Veo que no quiere llegar a lo más alto por devoción al ballet. Veo que lo busca por algo más. Hay ambición, sí..., pero no es artística. No hay hambre de perfección, Christopher. Hay hambre de... visibilidad. Y eso no me gusta.

—¿Estás diciendo que no es lo bastante buena?

Anna lo miró fijamente.

—Estoy diciendo que es quizá la mejor que tenemos, incluso mejor que Mary Jane. Pero por eso mismo no quiero enseñarle más. No solo por su edad ni porque ya debería estar en su cima, sino porque sé cómo funciona este mundo. —Guardó silencio un momento antes de continuar, y su voz se volvió más baja—. La haces brillar demasiado... y otra compañía se la llevará. París, Viena, Nápoles. Y no la culparía. Yo también lo hice, pero si la empujo a la cima, la pierdes tú y la pierdo yo.

Christopher suspiró y golpeó con suavidad el borde del escritorio con los nudillos.

—¿Me estás diciendo que la retienes por miedo?

—La retengo —dijo Anna— porque hay veces que enseñar más significa renunciar antes de tiempo y porque no me fío de lo que quiere realmente.

—Tú formaste a casi todas las bailarinas de esta compañía —insistió él, más firme—. Y ahora te niegas con la única que podría cambiarlo todo.

Anna apretó los labios.

—Si quieres darle el papel, hazlo. Pero no cuentes conmigo para prepararla.

—No puedo forzarte a hacerlo —respondió él—, pero no te doy la razón.

Ella lo miró por última vez desde la puerta.

—Tampoco la necesito.

La puerta se cerró tras ella con un chasquido que resonó en la sala.

Durante un momento, Christopher se quedó de pie junto a su escritorio. Luego volvió a llenar su copa, aunque apenas la probó.

Se dejó caer otra vez en el sillón y apoyó la cabeza sobre el respaldo.

Sabía de sobra que Melissa no buscaba adulación, pero sí visibilidad. Ella misma se lo había dicho. Quería que su nombre saliera en los periódicos para que sus hermanas pudieran encontrarla, ¡claro que eso era un problema! —al menos como empresario que era—, porque significaba que si lograba su objetivo, podía retirarse después en cualquier momento. Y eso era lo que Anna más temía de todo. Aunque él no, pero no tenía modo de tranquilizarla sin exponer sus sentimientos, y todavía no quería hacerlo ante ella.

La puerta se volvió a abrir, esta vez con suavidad.

—Hola, ¿se puede pasar? —preguntó Melissa, asomando por el

quicio con cautela.

Él dejó la copa sobre el escritorio y se puso en pie.

—Sí, pasa. Te estaba esperando.

Caminó hacia ella con el deseo de besarla, pero antes de acercarse, Melissa lo detuvo de golpe con una pregunta.

—¿La señora Storm y tú discutíais por mí?

Él negó con la cabeza.

—No exactamente. ¿Qué has oído?

—No mucho, solo mi nombre. Cuando escuché que hablabas con ella me escondí en la sala de al lado. —La joven buscó la mirada de Christopher, posando las palmas de las manos sobre sus hombros—. ¿Qué ha sucedido?

—Venía a contarme la discusión que había tenido con Mary Jane y a reprocharme que no hiciera nada al respecto. —Se encogió de hombros con aire inocente—. Le sugerí que pensara en ti.

—Ella se negó, ¿verdad?

—Piensa que debes prepararte más, pero se niega a hacerlo ella. —Por fin pudo atrapar la cintura de Melissa y aplastarla contra su pecho. La besó con dulzura en los labios y ella respondió con más entusiasmo del que había pretendido. Cuando se apartó de ella, le sonrió de medio lado—. Dame un minuto que ordeno esto y nos marchamos.

—Háblame de cuando bailabas —pidió ella, poniéndole ojitos.

Christopher bajó la vista por un instante y respiró hondo.

—No es un recuerdo que me guste desempolvar —admitió—. No todo fue sencillo, pero he estado dándole vueltas y creo que puedo ayudarte a mejorar. A pulir ciertos aspectos. Detalles que a veces escapan incluso a ojos entrenados.

Melissa lo miró sorprendida, con la boca entreabierta, como si no estuviera segura de haberlo entendido bien.

—¿Quieres enseñarme?

—No de la forma en que lo hace Anna —aclaró, con un amago de sonrisa—. Lo mío sería más... silencioso. Observación, corrección, consejo... —Se encogió de hombros—. Me conozco el papel de James. —Terminó de decir, guiñándole un ojo, travieso—. Aunque si aceptas, hay una condición.

—¿Cuál? —preguntó ella, más intrigada que temerosa.

—Bueno, dos.

Melissa arqueó las cejas y se cruzó de brazos.

—¿Dos?

—La primera es que nadie puede enterarse de que fui bailarín ni de que te voy a ayudar en esto.

Melissa parpadeó y asintió con suavidad, aunque no lo entendía.

—Prometo no decir nada. ¿Cuál es la siguiente?

—Que me digas lo mucho que me has echado de menos y que pensarás en lo nuestro como algo serio.

Melissa no pudo evitar contener una sonrisa. Caminó despacio hacia él, que había comenzado a ordenar los documentos, contoneándose de forma juguetona. Le acarició un hombro, provocativa.

—Yo también quiero poner una condición. Es justo que también la sepas antes de decidir que eso es lo que quieres.

Christopher pasó un brazo por su delgada cintura, atrayéndola hacia él, y frunció el ceño.

—¿De qué se trata?

—De que nunca tendremos hijos.

La miró atónito.

—¿Perdón?

—Puede que tú no hayas pensado en ello —murmuró, deslizando un dedo sobre su pecho como si trazara una línea imaginaria—. Pero

después del otro día... Ya sabes...

—Sí, lo sé, y te prometo que tendré cuidado, Pero... ¿Por qué lo dices? ¿Tienes alguna sospecha?

—Todavía no, pero...

Él la interrumpió, quizá un poco decepcionado, porque le hubiera gustado que Melissa estuviera embarazada. Por supuesto, no era lo más deseable en aquel momento.

—¿Has dicho «nunca»?

Ella asintió.

—No quiero tener hijos, Christopher —declaró solemne.

Él la miró pensativo durante unos largos segundos. Luego se dijo que era absurdo hablar del futuro. Los niños tenían que llegar cuando llegaran.

—De acuerdo. —Le dio otro beso corto en los labios y con prisa apiló los papeles por montones, fingiendo no dar importancia al tema.

—¿Por qué no quieres que nadie sepa que me vas a enseñar? —le preguntó ella con curiosidad.

—Porque me niego a bailar con Mary Jane.

Ante la firmeza y seriedad de su respuesta, Melissa soltó una carcajada mientras su corazón latía con intensidad.

—Entonces no habrá testigos.

—Será solo por las tardes, cuando ya no haya ensayos. En el salón vacío del segundo piso.

—¿A partir de cuándo?

Christopher soltó un breve suspiro. Sabía que ya no había vuelta atrás.

—Mañana, si tú quieres.

—Quiero.

Por alguna razón desconocida, el hombre sintió un leve escalofrío

recorrerle la espalda.

—Y otra cosa —le advirtió, ahora un poco más serio—. No será fácil. No soy indulgente y no te daré lo que quieras oír.

—No espero halagos —respondió ella sin vacilar—. Espero aprender.

Capítulo 21

—¿Lo dejaste porque te sentías presionado? —preguntó Melissa, incrédula, mientras saboreaba el delicioso pastel de chocolate.

Christopher la observaba con expresión relajada. Se encontraba reclinado en la silla con los brazos cruzados, la camisa entreabierta sujeta por un cordón que descansaba en su pecho y las mangas remangadas hasta los codos. La tela se ceñía justo lo suficiente para dejar ver la fuerza de sus brazos.

—No me gusta que nadie me diga lo que tengo que hacer.

—Y a ti te hacían eso —dijo, relamiéndose el labio superior con apetito goloso. No fue una pregunta, sino más bien una afirmación.

Ella no se daba cuenta de lo excitante que era verla comer, pero Christopher, sí.

Estudió aquella atractiva boca consciente de lo vulnerable que era hacia sus encantos. Quería sentir sus pechos frotarse contra su torso y las suaves curvas de sus caderas bajo las suyas. Tomarla sin reservas, aunque sabía que Melissa aún se movía con cautela en ese terreno, y lo entendía. Solo habían compartido una noche y ella no era de las que se entregaban sin pensar.

De lo que sí estaba seguro era de que amaba a esa mujer y que

ansiaba despertarse todos los días del resto de su vida con ella.

Desconocía el significado de un hogar de verdad. Era un nómada que iba constantemente de un lugar a otro según le salieran las oportunidades, y aquella vez sería la primera en la que establecería su residencia, si así se le podía llamar a aquel apartamento en los bajos del teatro. Ni siquiera estaba seguro de que no llegara a cansarse.

—Christopher —lo llamó ella, devolviéndolo a la realidad—. ¿Te lo hacían?

Él asintió.

—Imagina una madre que no tiene otra cosa que hacer que vigilar y dar órdenes como si fuera el capitán de un navío. Que nada de lo que su hijo haga la satisfaga ni lo aprecie, porque no es perfecto. —Se inclinó un poco hacia adelante, descruzando los brazos, y tomó el vaso que había en la mesa—. Es como si comenzaras a rellenar esto con agua, hasta que finalmente rebosa.

—¿No te arrepientes de haberlo dejado? —inquirió, pensativa.

Christopher vio el brillo de la compasión en sus ojos color miel y se encogió de hombros con indiferencia, queriendo demostrar que ya no le afectaba. Aunque sintió una pequeña punzada dentro de su alma.

—No. Más bien me quité un peso de encima. La vida de un bailarín es muy corta. En un momento puedes encontrarte en la cúspide para caer en picado al segundo siguiente. A lo largo de mis años he aprendido que cuanto más alto se asciende, mayor es la caída. —Jugó con el labio inferior, atrapándolo un instante entre los dientes—. No deseaba que nadie fuera testigo de mi frustración ni sentir el decepcionante vacío que queda tras ello; la sensación de haber disfrutado de una pasión, pero al mismo tiempo darme cuenta de que hubiera desperdiciado mi vida para saborear solo unos

momentos de una quimera que, más tarde o temprano, caería en el olvido. La danza es una disciplina dura en la que, si quieres llegar a ser alguien, estás obligado a renunciar a muchas cosas. Yo... —Sacudió la cabeza—. Simplemente no quise renunciar. —La miró fijamente a los ojos—. ¿Tú quieres hacerlo?

—Yo no estoy renunciando a nada, Christopher, porque yo no tengo nada. Comencé a vivir la vida de verdad cuando los hermanos Flint me contrataron, antes de eso no era nadie. Sin familia, sin amigos... estaba sola, y todo lo que tengo ahora es como un regalo que me ha llovido del cielo y quiero aprovecharlo.

Después decir aquello, se hizo un profundo silencio entre ambos. Melissa dejó el cubierto en el plato, se limpió los labios con una servilleta y se levantó con suavidad. Fue hacia la estrecha ventana, como si necesitara aire. Estaba colocada justo a ras del suelo de la calle, encajada entre los muros de piedra del edificio, y desde allí solo se alcanzaba a ver el borde de las aceras y los pies de los transeúntes que andaban sin mirar. Pero al pasar junto a él, Christopher la tomó por la cintura con naturalidad y la sentó en su regazo.

Ella se quedó quieta, sorprendida, pero no se apartó. Tenía las manos sobre su falda, los hombros tensos y apenas respiraba. Christopher la rodeó con los brazos y sintió el calor de su cuerpo y el perfume leve que se desprendía de su cuello.

Se inclinó hacia ella y la besó con cuidado; primero, en la sien; luego, en la mejilla; y finalmente, en los labios, sin prisa. Melissa no respondió con ímpetu, pero tampoco se resistió. Cerró los ojos y se dejó llevar, con esa timidez que lo desarmaba más que cualquier gesto apasionado.

—Me he enamorado de ti, Melissa —susurró, sin despegar su aliento del de ella—. Te quiero.

Ella apoyó la frente contra la suya, y cuando habló, lo hizo en voz baja, casi inaudible.

—Y yo... también.

Christopher no dejó de besarla y estrechar su cuerpo, por lo que las palabras pasaron a disolverse en el aire. Sentía que iba a explotar de un momento a otro, y en cuestión de segundos se levantó con ella en brazos y la llevó a su cama. Allí se desnudaron con lentitud, sin perder el contacto, como si el solo hecho de separase unos milímetros pudiera cambiar el destino de sus vidas.

Se acariciaron, se buscaron, se dijeron cosas que solo la habitación escuchó. Los suspiros y gemidos los envolvieron como el calor de una segunda piel.

Finalmente volaron juntos cuando llegó el éxtasis, y el mundo fuera de aquellas paredes dejó de existir para los dos.

***

—¿Llueve? —preguntó Martha con un susurró.

Sobresaltada, Melissa dejó caer el visillo y negó con la cabeza.

—Todavía no, pero huele a humedad. ¿Te he despertado?

Hablaba también en voz baja. Acababa de llegar, y sus compañeras —supuestamente— dormían.

La habitación estaba a oscuras, a excepción de la suave luz de las farolas de la calle que entraba por la ventana. Martha apartó las cobijas y prendió la lámpara de su mesilla.

—Te estaba esperando, pero pensé que ya no vendrías a dormir.

—Lamento llegar tan tarde —se disculpó, metiéndose detrás del biombo para ponerse el camisón. El mueble era tan delgado que su figura se delineaba a través de él—. Me entretuve más de la cuenta.

—¿Sabe la señora Grant que has venido a estas horas?

—No lo sabe nadie.

Martha se puso en pie y se cubrió con la bata.

—¿Cómo has entrado, entonces?

—Christopher tiene llave. Él me abrió la puerta.

—¿Has estado otra vez con el señor Holt?

Melissa asomó anudando los cordones que cerraban el cuello de su camisón y la chistó para que bajara la voz.

—Ha dicho que me quiere —confesó, con una sonrisa cargada de sueños e ilusiones.

—Debes tener cuidado, Mel.

—Yo también lo quiero —continuó, ignorando el comentario de su amiga.

Martha suspiró con fuerza y se abrazó el cuerpo para entrar en calor. Al verla, Melissa tocó el tubo que cruzaba la pared de arriba abajo.

—Está frío. Seguro que se ha apagado la estufa del piso inferior.

—¡Dios! Odio esta época. El frío se mete en los huesos.

—¿No me vas a decir nada sobre lo que te he contado? —inquirió Melissa.

—Te he advertido que tengas cuidado, pero como no me quieres oír...

Ophelia se removió entre las sábanas. Su voz llegó apagada desde debajo de la manta de lana.

—Yo me alegro por ti, Mel. Trasmite al señor Holt las quejas de mi parte, y que le diga a Mary Jane que no vuelva a entrar en nuestra habitación sin permiso.

Melissa frunció el ceño y comenzó a indignarse, pero no con Ophelia, sino con Mary Jane.

—¿Entró aquí?

Martha asintió.

—Yo no la vi, pero Ophelia tuvo que echarla del cuarto. Decía que estaba buscando útiles de costura.

Melissa corrió hasta su mesilla y echó un vistazo rápido a sus cajones. Tocó su ropa interior y sintió con alivio el grueso bulto que guardaba en uno de sus calcetines. Todos sus ahorros estaban allí.

—¿Se llevó algo? —preguntó volviéndose al armario para revisarlo también.

Ophelia sacó la cabeza de debajo de la manta y bostezó al mismo tiempo que negaba.

—No le debió dar tiempo. Entré poco después de hacerlo ella. Lo sé porque la vi subir las escaleras. —Se incorporó hasta quedar sentada sobre la cama, arropándose hasta el cuello con los cobertores—. Yo venía a por una chaqueta y la encontré aquí en medio, plantada como un árbol. Creo que trataba de adivinar dónde podía buscarlo.

Melissa cerró la puerta del armario.

—Me extraña que viniera por eso. Le entregué todo a Emily.

—Pues no sé —contestó Ophelia, recostándose de nuevo—. Necesito dormir.

—Tienes razón- —Melissa se frotó la cara con las manos y, acercándose a su cama, abrió las cobijas—. Hasta mañana.

Martha también se acostó otra vez y apagó la luz.

—Que descanséis —murmuró.

Melissa tardó en cerrar los ojos. Le preocupaba que Mary Jane anduviera entrando en una habitación ajena. ¿Qué era lo que buscaba en realidad?

Dio vueltas en la cama. Se acomodó y se destapó. Volvió a taparse. Pensó en las puntas nuevas, en la caída de su vestido en el tercer acto...

Cuando por fin se quedó dormida, la ansiedad encontró otra forma

de manifestarse.

En el sueño estaba sola sobre el escenario, pero no interpretando ningún papel. Era simplemente ella, vestida de blanco con los brazos elevados hacia el techo. Y entonces Christopher aparecía caminando desde el fondo de la escena, con el mismo paso firme y medido de siempre. Ninguno decía nada, solo bailaban.

Sus manos se encontraban sin titubeos. Él la guiaba con una delicadeza que nunca antes había imaginado. Se movían al compás de una música que no se oía, pero se sentía. De pronto Mary Jane apareció girando y girando sobre sus puntas, tendió su mano a Christopher, él se la cogió y ambos se marcharon.

Melissa se despertó de golpe, agitada. Su pecho subía y bajaba rápido, y una gota de sudor se deslizaba por su sien.

Tardó unos segundos en volver a ubicarse, en recordar dónde estaba, qué día era. La luz de la farola se colaba por el visillo y trazaba un dibujo pálido sobre las sábanas revueltas.

Se llevó una mano al corazón.

Capítulo 22

Durante el descanso del mediodía, Melissa se abrochó el abrigo y salió a la calle sin decir nada. Aquel día tenía su primera clase con Christopher y estaba ansiosa por comenzar.

Pero antes de eso, había algo que necesitaba resolver.

El día anterior había escuchado a Simon comentar que varios lores ya habían alquilado sus palcos y algunas butacas, y aunque nadie lo había dicho en voz alta, ella entendió que el tiempo apremiaba.

Necesitaba reservar tres asientos juntos, uno para Violet, otro para Rose y el tercero para Camila.

No quería que Christopher ni nadie en la compañía se enterara. No soportaba la idea de que la vieran como a una pobre desgraciada que esperaba un milagro divino. Lo que hacía era por ellas y por sí misma, aunque no lo dijera.

Había guardado sus ahorros en el retículo y caminó con paso firme hacia un edificio de abogados que había visto tiempo atrás, cuando aún trabajaba con los Flint. El cartel seguía allí, elegante y sobrio, y aunque no sabía si era el lugar adecuado, le pareció lo bastante serio como para confiarle lo que estaba a punto de pedir.

Necesitaba un intermediario que se encargara de representarla.

La secretaria, una mujer de rostro amable y modales discretos, condujo a Melissa hasta una sala de espera con muebles elegantes y robustos, tapizados en tonos oscuros y madera pulida. El lugar estaba iluminado por lámparas de gas fijadas a las paredes, cuya luz temblorosa apenas lograba contrarrestar la penumbra que se filtraba desde el exterior. Dos ventanas estrechas dejaban ver un cielo encapotado, y el aire húmedo se colaba por las rendijas, sobre todo cuando alguien abría una puerta y las corrientes hacían oscilar la llama de las lámparas.

Melissa se sentó sin quitarse el abrigo. Había elegido uno de sus mejores vestidos, no por vanidad, sino para que nadie dudara de su solvencia ni la miraran con condescendencia. Mientras esperaba repasó mentalmente lo que iba a decir, aunque sabía que improvisaría en cuanto cruzara la puerta.

Pasaron quince minutos antes de que la secretaria regresara. Con un gesto cortés, señaló el despacho del fondo.

—Señorita Lockwood, el señor Talbot la recibirá ahora.

Melissa se levantó despacio, alisó con disimulo la parte delantera de la falda y se colocó bien el cuello del abrigo. Mantuvo la espalda recta mientras la mujer abría la puerta.

—Puede pasar.

Melissa se humedeció el labio inferior con la lengua y entró con paso firme. El despacho era amplio, sobrio, con estanterías altas y un escritorio de caoba que dominaba el centro de la sala. Tras él, un caballero de porte distinguido la observó durante un instante antes de levantarse y acercarse con la mano extendida.

—Buenos días, señorita Lockwood. Sea usted bienvenida.

—Buenos días —respondió.

Ella le estrechó la mano con seguridad y tomó asiento en la silla que él le ofrecía, sin perder la compostura.

Sobre la base de la mesa había una placa de bronce impresa con letras negras en las que se podía leer el nombre del abogado; Arthur Talbot.

El hombre regresó a su sitio y volvió a mirarla. Ella lo observaba a su vez con una mirada intensa y firme. Llevaba los cabellos recogidos, sujetos sobre la nuca, acentuando la piel cremosa y los rasgos desafiantes de su cara.

Aunque él advirtió que vestía de un modo que no podía considerar sofisticado, sino más bien sencillo, la inclinación de su barbilla revelaba un orgullo que hacía que fuera imposible apartar la vista de ella.

A pesar de su expresión, había algo en sus ojos color miel, con pestañas largas y rizadas, y labios llenos, que trasmitían seguridad y pasión.

—Mi secretaria me ha dicho que no tiene cita.

—Así es, señor Talbot, me alegra mucho que haya accedido a dejarme pasar.

Aunque la voz de Melissa era suave, tenía un matiz imperativo que a él le provocó un leve estremecimiento. Por experiencia supo que estaba ante alguien desconfiado, alguien que no entregaba nada sin medir primero.

—En este momento tenía unos minutos libres —respondió como si necesitara buscar una excusa.

La verdad era otra. Le había despertado curiosidad. No era habitual que una mujer solicitara sus servicios y menos aún con esa actitud.

—Se lo agradezco.

—¿Qué necesita de mí, señorita Lockwood?

—¿Puedo hablarle con franqueza?

—Desde luego.

—Me he mudado recientemente a la ciudad. Trabajo como bailarina en el teatro Alhambra y necesito a alguien que se encargue de ciertas gestiones por mí.

Arthur sintió que su curiosidad crecía por momentos.

—Usted dirá.

—He reunido un dinero durante años y quiero depositarlo en un lugar seguro. Abrir una cuenta, administrarlo de forma provechosa. No entiendo de esas cosas y quisiera contratarlo.

Él pestañeó, apenas. Sus honorarios probablemente excedían lo que ella imaginaba, pero no dijo nada. Había algo en la joven que le intrigaba más que el dinero.

—Quizá haya algo que pueda hacer —dijo, sin saber del todo por qué. No solía ofrecerse sin garantías, pero presentía que trabajar para ella sería cualquier cosa menos rutinaria.

—¿Es usted una persona sincera, señor Talbot? No me gusta que me engañen.

—Lo soy —replicó con rapidez, tocado en su orgullo—. Su petición no es extraña, pero me sorprende. —Ella seguía observándolo fijamente. Él continuó—: ¿De cuánto ingreso estamos hablando?

Melissa abrió el retículo y colocó sobre la mesa un fajo de billetes grandes, atados con una cinta. Luego deslizó un segundo, idéntico al primero.

Arthur carraspeó.

—No debería llevar todo esto encima.

—Son mis ahorros de muchos años, por eso necesito que usted lo administre. ¿Lo hará?

Él asintió. Abrió un cajón y sacó una hoja de papel con un membrete en la parte superior, en la que ponía su nombre y el del bufete al que representaba.

—Dígame exactamente qué es lo que quiere.

Melissa sonrió satisfecha. Le solicitó varias cosas que él ya esperaba, pero la última lo confundió.

—¿Quiere que reserve tres butacas en el teatro donde trabaja?

—Así es. Pero deberá hacerlo a su nombre o al de otra persona.

—¿Por qué?

—No creo que tenga necesidad de saberlo.

Arthur aceptó la respuesta, aunque le habría gustado entenderla.

—De acuerdo. ¿Qué quiere que haga con esa reserva?

—Guárdela usted. Ya le diré cuándo y a quién debe entregarla.

Arthur asintió sin insistir. Rellenó el documento con la cifra exacta que Melissa le había entregado, anotó sus peticiones con letra clara y firme y luego redactó un recibo que empujó hacia ella con discreción.

—Una formalidad —dijo, sin levantar la voz.

—¿Quiere que firme esto? —preguntó ella, sin tocar aún la pluma.

—El recibo es para usted. El otro documento es cuestión de rutina.

Melissa guardó silencio unos segundos, como si necesitara asegurarse de que no estaba cometiendo un error. Luego tomó la pluma, la sostuvo con decisión y estampó su firma.

Arthur recogió el papel con cuidado.

—Gracias, señorita Lockwood. Si debo contactar con usted...

—Le daré la dirección del lugar donde me alojo ahora, aunque es probable que en unos meses tenga mi propio apartamento. Para eso también le pediré ayuda. Le agradecería que no comente a nadie de mi entorno que lo he contratado. Si necesita decirme algo, envíe un mensaje con su nombre y yo me reuniré con usted.

—Entiendo.

Aunque en realidad no terminaba de comprender muy bien.

Melissa se levantó, guardó el recibo y le tendió una mano. Arthur también se incorporó de su silla y devolvió el gesto, luchando por

apartar todos los pensamientos que se arremolinaban en su mente.

—La mantendré informada y le avisaré cuando tenga las reservas. Necesitaremos vernos otra vez.

Ella afirmó con la cabeza.

—Muy bien. Y no olvide incluir sus honorarios.

Él la miró, sorprendido por la firmeza con que lo decía. Antes de que ella se marchara, la detuvo con una pregunta que no había planeado.

—¿Por qué yo, señorita Lockwood?

Por primera vez las mejillas de Melissa se tiñeron de un leve color rosado.

—Necesito confiar en alguien que entienda estos asuntos y que no me conozca de nada. Para mí, así es más sencillo. Tal vez tenga que viajar en algunas ocasiones, pero le iré avisando. Cuando sea famosa, necesitaré un buen abogado.

Arthur sonrió sin saber muy bien por qué.

—Claro que sí, señorita Lockwood. Estoy a su disposición.

—Adiós, señor Talbot.

La observó, incapaz de apartar los ojos, mientras ella salía del despacho. Después la vio a través de la ventana, arrebujándose en su abrigo y caminando con prisa hasta que desapareció de su vista.

Melissa sonrió e ignoró las miradas de las personas con las que se cruzaba. Estaba satisfecha con su comportamiento frente al abogado. El dinero que le había entregado era todo cuanto poseía, pero le había hecho creer que había más y eso era lo importante.

Respiró hondo. Se sentía bien. Era la primera vez que depositaba, sino toda la confianza, al menos una parte de ella en alguien, y tenía la intuición de que aquel desconocido no iba a traicionarla.

Era tarde y tenía que comer algo pronto si no quería desmayarse en su primer día de ensayo con Christopher. Mientras caminaba, vio

un pequeño local con el escaparate empañado y el aroma cálido de masa recién horneada escapando por la puerta entreabierta. Entró sin pensarlo demasiado y pidió una empanada. La sostuvo entre las manos como si fuera un salvavidas, y la fue comiendo despacio. Cuando terminó se limpió los dedos con una servilleta áspera, se ajustó el abrigo y siguió caminando.

Capítulo 23

A las ocho de la tarde el cielo ya estaba oscuro y una llovizna fina empapaba la ciudad. Christopher cerró las ventanas de la sala de ensayo y se quedó un momento frente al cristal, observando los charcos que se formaban en la acera y el reflejo tembloroso de los faroles. Estaba nervioso, pero también ansioso. Hacía tiempo que no bailaba, y aunque no se sentía fuera de forma, temía que Melissa notara algún fallo o algún gesto torpe que lo traicionara.

No era solo por ella por quien hacía eso. Quería ayudarla, sí, pero también demostrarle a Anna que Mary Jane no era la única capaz de llenar un teatro. No podía enfrentarse a su madre abiertamente ni discutir sus decisiones, pero podía mostrarle que había otra forma de hacer las cosas. Que una nueva solista podía brillar sin necesidad de favores ni apellidos.

Y además, le apetecía. Que ya no bailara no significaba que no le gustara.

Recorrió con la vista la estancia. La luz se deslizaba por los espejos y acariciaba el piano que aguardaba en un rincón.

Unos minutos más tarde, Melissa cruzó el umbral con el abrigo sobre el antebrazo, una bolsa de tela bordada colgando de su

hombro y el sombrero entre los dedos. Llevaba el cabello recogido en un moño bajo, tan perfecto que ni una hebra se atrevía a soltarse. Su falda de algodón marfil rozaba con suavidad sus tobillos; y la blusa, ligeramente holgada, revelaba bajo la fina tela los tirantes de su corsé.

Él tragó saliva. Melissa no era solo deslumbrante, también transmitía una seriedad que le provocaban sus propios nervios.

—Espero no haber llegado muy tarde —dijo ella con una media sonrisa, mientras dejaba sus pertenencias en una de las sillas del fondo.

—Justo a tiempo —respondió él, acercándose con paso tranquilo.

Ella se quitó los zapatos y comenzó a atarse las zapatillas de media punta, sentada en el borde de la silla, con la espalda recta. Christopher se detuvo frente a ella, la observó unos segundos y luego se inclinó para besarle la frente.

—¿Eso es parte del calentamiento? —preguntó ella, con una ceja alzada.

—Es parte del ritual —replicó él, divertido. Esperó a que ella se pusiera de pie, y al tenerla cerca, la rodeó con los brazos por detrás —. Si no te abrazo antes de tocar el piano, las notas salen torcidas —susurró en su oído.

Melissa sonrió y apoyó la cabeza un instante en su pecho, pero luego se giró despacio.

—Estamos aquí para trabajar, señor Holt.

—¿Y no se puede trabajar con cariño? —bromeó él, sin soltarla del todo.

—Con cariño, sí. Con distracciones, no —dijo dándole un golpecito en el pecho con la punta de los dedos.

Christopher soltó una risa baja y se apartó alzando las manos, rindiéndose ante ella.

—De acuerdo, me comportaré. Pero que conste que me has roto el corazón.

—Te lo recompensaré con una buena variación —respondió, mientras se dirigía al centro de la sala—. ¿También tocas el piano?

Christopher abrió la tapa y se acomodó frente a él.

—Por supuesto.

—Creí que serías mi pareja de baile.

—De momento vamos a ver qué es lo que podemos mejorar. Buscaremos tus errores.

—¿Errores? —Melissa se llevó las manos a las caderas, fingiéndose ofendida—. No sabía que los tenía.

Él la devoró con la mirada.

—Te dije que sería del todo sincero.

Melissa sonrió divertida y se colocó frente al espejo sin mirarlo a él.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó.

—El primer *pas de deux*, ¿te parece?

Melissa asintió.

—Cuando tú digas.

Christopher apoyó los dedos sobre las teclas, sin apurarse. Tocó una melodía suave, apenas un esbozo, tanteando el alma de la sala antes de dejarla sonar del todo. Melissa alzó los brazos, tenía el cuerpo preparado y la mente enfocada. Se desplazó con precisión hacia delante, marcando el inicio con un *port de bras* limpio y sin exageraciones.

Él tocó sin perder el compás, con los ojos en el teclado, pero estudiándola con atención.

Melissa giró sobre sí misma, cruzó la sala en diagonal y se detuvo frente al espejo en el momento en el que él bajó el volumen y ajustó el tempo, esperando a que ella completara la secuencia.

—¿Qué tal? —le preguntó la joven sin girarse.

—Bien. Pero en el giro final te adelantas medio compás.

—¿Y tú cómo sabes eso si no estás bailando?

—Porque lo estoy tocando y porque te estoy observando.

Melissa bajó la mirada sin decir nada, pero volvió a colocarse en posición. Repitió el fragmento con más contención y ajustó el giro justo a tiempo.

Con una sonrisa en los labios, Christopher lo notó y continuó tocando.

—Mucho mejor —le dijo él.

—¿Ves? No tengo errores. Solo momentos de inspiración desordenada.

—Eso lo dicen todos los genios.

Melissa se acercó al centro y apretó la cinta de la zapatilla. Al alzar la mirada sus ojos se cruzaron con los de él. Entonces la música se volvió más viva y Melissa respondió con una variación más exigente, saltó con precisión, marcó los tiempos con la punta de los pies y dejó que el cuerpo hablara por ella.

Christopher se equivocó en una entrada y se detuvo con una sonrisa traviesa. Ella se paró y lo miró sonriente.

—¿Y tú? ¿No ibas a buscar mis errores?

—Ese ha sido un homenaje a tu inspiración desordenada.

—Entonces estamos empatados.

—No lo creo —dijo él, y volvió a empezar la secuencia con más firmeza.

Melissa retomó la danza.

La música se deslizó unos compases más, luego Christopher se levantó y caminó hacia ella. Había ejecutado el pasaje bastante perfecto, pero al extender el brazo derecho, el hombro no terminaba de acompañar el gesto y la línea se rompía un poco. Él colocó una

mano sobre su espalda y la otra sobre el brazo y corrigió la postura con delicadeza.

—Aquí —murmuró—. No empujes, solo deja que el peso caiga.

Ella asintió con los ojos fijos en el espejo. Pero de pronto Christopher se situó a su lado, tomó su mano y la invitó a seguirlo. Repitieron juntos el mismo fragmento, aunque esta vez imaginando la música. Él era James, con los pasos firmes, el torso erguido y la mirada que buscaba algo que no sabía si podía alcanzar. Ella, Effie, con la dulzura discreta, los gestos suaves y la entrega que no pedía nada.

Se desplazaron por la sala con ligereza, sin perder el contacto y sin romper el ritmo. Christopher la guiaba con sugerencias y ella las aceptaba encantada.

Entre giros, pausas y respiraciones sincronizadas, sus miradas se cruzaban con un hambre voraz que no necesitaba de palabras. Al acabar el pasaje, ella se detuvo con las mejillas encendidas.

—Es cierto que te conoces el personaje de James —dijo, sin aliento.

—Mujer de poca fe.

Melissa bajó la mirada, se recogió una hebra suelta del moño y volvió a colocarse en posición.

—¿Seguimos?

—Claro —dijo Christopher, regresando al piano—. Pero si vuelvo a levantarme, te haré repetir ese paso cien veces y sin pestañear.

—Cruel —replicó ella, con una sonrisa escondida en la comisura de sus labios.

La música volvió a llenar la sala y el ensayo continuó.

***

Los días fueron pasando con el ritmo habitual de cada jornada, entre indicaciones cortantes, repeticiones que dejaban los músculos al límite y el sonido constante de zapatillas rozando la tarima. Melissa se mantenía al margen de las conversaciones del camerino y del nerviosismo que empezaba a rodear a Mary Jane. Eso sí, escuchaba, observaba, pero no se metía. Ensayaba cada mañana con Anna y sus compañeros, repasaban escenas, corregían entradas, ajustaban transiciones; y aunque el ambiente se había vuelto más llevadero, la exigencia seguía intacta.

La directora había bajado la tensión con el resto del grupo y eso suponía un alivio para todos, e incluso Christopher no se dejó ver mucho durante el resto de la semana. O al menos, no de manera evidente, porque siempre era una corriente invisible que erizaba la piel sin que uno supiera por qué.

Por las tardes, cuando el teatro se vaciaba un poco y el ruido se apagaba, Melissa se quedaba con él y ensayaban los fragmentos a conciencia. Apenas tenían tiempo para ellos, pero siempre encontraban huecos entre los compases para cruzar una mirada, robarse un beso o dejar que el silencio hiciera su parte.

La noche del estreno llegó con un frío que obligaba a caminar más rápido, aunque no se tuviera prisa. El teatro estaba iluminado desde la calle, y al entrar, Melissa sintió el murmullo de la emoción y de los nervios. Había señoras con abanicos, caballeros con guantes, jóvenes que no paraban de mirar a su alrededor y tres butacas vacías en la tercera fila, marcadas con cintas doradas que nadie se atrevía a tocar.

Desde el camerino, Melissa pudo escuchar el bullicio apagado del patio de butacas, a Anna repasando las entradas con voz firme y los demás, en la sala de al lado, hablando en voz baja mientras estiraban los tobillos o se reían sin ganas.

Observó a Mary Jane que se retocaba los labios frente al espejo y, cansada de esperar, caminó hacia la puerta, la entreabrió con cuidado y se asomó al pasillo lateral. Desde allí, justo donde el telón hacía pliegue y dejaba una pequeña abertura entre las cortinas, pudo ver parte del auditorio. El telón seguía cerrado, pero el resplandor de las lámparas alcanzaba a iluminar los primeros rostros del público, que parecía más numeroso de lo que esperaban, tal vez por el frío o por la novedad, aunque nadie sabía muy bien qué era lo normal en un teatro recién inaugurado.

Cuando sonó la campanilla todo se puso en marcha. Melissa se colocó la falda, ajustó el corsé, se recogió una hebra suelta del moño y caminó hacia el lateral del escenario. Tenía el corazón acelerado a punto de salírsele del pecho.

No había visto a Christopher en todo el día, pero sabía que estaba allí. Podía sentir su impaciencia desde su palco privado.

La música empezó con tal suavidad que parecía un murmullo que se fue extendiendo por la sala, hasta que James apareció en escena, dormido en un sillón, con la cabeza ladeada y los brazos caídos. La Sylphide entró poco después, ligera, casi etérea, y empezó a girar a su alrededor con pasos tan suaves que parecía flotar. El público guardaba silencio atento a cada gesto, y cuando ella lo despertó con un beso, hubo un leve suspiro colectivo.

James se levantó confundido y empezó a perseguirla, pero ella se desvaneció entre las sombras del decorado. Entonces entraron los sirvientes y con ellos el bullicio de la casa, los preparativos, las flores, los trajes y la promesa de una boda que parecía feliz. Effie apareció acompañada por su madre, con el vestido claro y el paso firme; y aunque no era el centro de la escena, su presencia llenó el espacio con una calma distinta.

Melissa llevaba la espalda recta, los brazos extendidos y la mirada

fija en el punto donde debía encontrarse con James.

La escena se volvió más viva, con los invitados entrando en grupo, las risas ensayadas, los saludos, los brindis y un aire festivo que parecía envolverlo todo. Effie se movía entre ellos con naturalidad, saludaba, sonreía, escuchaba los comentarios sobre el vestido, sobre la boda y sobre James, que aún parecía distraído, como si no terminara de volver del sueño.

El escocés se acercaba, le ofrecía la mano y después la guiaba en un breve vals. El público sabía que algo no iba bien, que había una sombra detrás de la alegría de los prometidos, pero nadie decía nada.

La Sylphide aparecía de nuevo, esta vez en los márgenes, entre los árboles del decorado, y James la seguía con la mirada mientras Effie estaba ajena a lo que ocurría fuera de escena.

La música cambiaba de tono y se volvía más inquieta. El ambiente también. James se alejaba, la Sylphide lo llamaba y Effie quedaba sola entre los preparativos, con la sonrisa cada vez más tenue.

El público empezaba a entender todo. Algunos se inclinaban hacia delante, otros fruncían el ceño y había quien miraba a Effie con compasión y respeto. Porque ella no gritaba, ni reclamaba ni se rompía. Se mantenía en pie con la dignidad intacta, y eso tocaba algo que no estaba en el libreto.

Melissa lo sabía. Sentía el silencio del público y la forma en que la seguían con los ojos. Cuando la escena terminó y James se fue tras la Sylphide, el telón cayó por primera vez y el público aplaudió.

Melissa había trabajado duro y ahora todo eso se fundía en una sola cosa. La representación continuó, y cuando ella terminó el último giro y la música se apagó, se quedó unos segundos en la posición final recordando los consejos de Christopher, con la respiración agitada y los brazos extendidos.

Los espectadores estallaron en aplausos apenas el telón tocó el suelo. Una ovación larga, cálida, que parecía venir de todos los rincones del teatro. Algunos se pusieron de pie y otros golpearon las palmas con fuerza.

Mary Jane recibió una oleada de vítores que se mezclaban con los gritos de admiración. John también se llevó su parte, porque había logrado transmitir esa mezcla de deseo, confusión y entrega que el personaje pedía.

Pero no todo fue para ellos. Muchos miraban a Melissa con una ternura distinta. Su técnica había sido impecable y su presencia había llenado el escenario. Effie no era la protagonista ni tenía magia ni alas, pero se había mantenido firme y había tocado una fibra más profunda. Algunos la compadecían, claro, porque verla abandonada por James dolía, porque su tristeza era silenciosa y no pedía consuelo, pero también se alegraban por ella, porque había salido adelante y no se había hundido, aceptando lo que no podía cambiar.

La historia de la Sylphide y James gustaba por que el público quería creer en lo imposible, en el amor que desafía las reglas y en la belleza que no se puede atrapar. Al salir del teatro, mientras los espectadores comentaban la función entre murmullos y risas, muchos seguían pensando en Effie, en la mujer que se había ganado su lugar en la historia.

Capítulo 24

Christopher aceptó las felicitaciones fingiendo una paciencia que no sentía. Lo único que deseaba era escabullirse tras bastidores y reunirse con su compañía. Quería saber cómo se encontraban y si habían sentido el temblor en el suelo cuando cayó el telón, pero sobre todo ansiaba ver a Melissa.

En ese momento no le interesaban los brindis ni las promesas de financiación, ni los elogios de quienes no habían estado en los ensayos ni conocían los nombres de los bailarines. Sin embargo se vio obligado a inclinar la cabeza, estrechar manos y responder con frases breves que sonaban educadas, pero no del todo presentes, a todos aquellos que hablaban del éxito, de la elegancia del Alhambra y de la buena acústica.

Christopher asentía y agradecía con una sonrisa sutil y reservada. Vestía con impecable sobriedad: levita negra de corte ajustado, chaleco de brocado gris perla, camisa almidonada con cuello alto y pañuelo de seda marfil anudado con discreción.

Soportó palmaditas en sus hombros y espalda hasta que, finalmente, poco a poco el teatro se vació. Los más rezagados todavía observaban las instalaciones como si se tratara de un

museo, sin ninguna prisa por marcharse.

—La inauguración ha sido un éxito y la representación, maravillosa —le dijo Simon con una sonrisa sincera, cuando se quedaron solos en el vestíbulo—. Ha sido casi un lleno completo y las entradas para mañana están todas vendidas.

Christopher asintió, aunque recordó las tres butacas vacías de la tercera fila. Se volvió hacia él con gesto pensativo.

—¿Has averiguado quién reservó los asientos de abajo?

—Sí. Están a nombre de un abogado. Un tal Arthur Talbot. Pagó por adelantado.

—No me suena, pero mientras estén abonadas...

—Lo ha hecho hasta final de temporada. Así que, amigo mío, esas butacas están aseguradas.

Un mozo cerró la puerta principal con cuidado. Simon lo miró.

—¿Ya no queda nadie?

—No, señor. Los últimos acaban de salir.

—Echa un vistazo por si acaso. No queremos que nadie se quede encerrado —ordenó Christopher, con tono amable pero firme. Luego palmeó el hombro de Simon—. Voy a ver cómo está todo por ahí detrás. ¿Vienes?

—No. —Simon sacudió la cabeza con una sonrisa fatigada—. Recojo mis cosas y me marcho ya.

—¿Irás a la velada de la condesa?

—Sí. ¿Tú no vas?

—Estoy agotado. Ha sido una semana larga y hoy he pasado el día entero con el estómago revuelto, esperando la acogida del teatro. Ahora que todo ha salido bien, lo único que deseo es retirarme a mis aposentos.

Ambos comenzaron a caminar hacia la zona privada. A medida que avanzaban, se hacía más evidente que los bailarines lo estaban

celebrando. Se oían voces, risas emocionadas, pasos apresurados y alguna nota de piano mal tocada.

—Felicítalos de mi parte, Christopher. Han estado todos fantásticos. Y no es por presumir de haber sido yo quien la descubriera, pero Melissa ha estado sublime.

Christopher sonrió, esta vez con sinceridad.

—Lo haré, descuida —respondió, despidiéndolo en el corredor.

Al doblar la esquina, descubrió que los bailarines y los músicos de la orquesta deambulaban por allí, mezclados sin orden. Era como si el escenario se hubiera derramado en los pasillos. Algunos aún llevaban parte del vestuario, otros se habían quitado los zapatos y caminaban descalzos sobre la tarima de madera, con copas en la mano y las mejillas encendidas.

Alguien lo tomó del brazo y al girar la cabeza se encontró con los ojos brillantes de Mary Jane. Sonreía con entusiasmo, aún agitada por la función.

—¡Oh, Christopher! ¿Lo ha visto? Estaba todo el público expectante.

Todavía llevaba el vestido vaporoso de la Sylphide, con las alas aún sujetas a la espalda. Se movía con ligereza y cada gesto hacía que las alas se agitaran, atrapando las luces del pasillo y destellando como plata viva.

Él asintió sin dejar de buscar con la vista a Melissa.

—Habéis estado todos muy bien. Felicidades, Mary Jane —dijo, mientras sacaba una tarjeta del bolsillo interior de su chaleco y se la entregaba—. La condesa de Ashcombe te invita a su velada esta noche.

Mary Jane parpadeó con exageración, fingiendo sorpresa.

—¿Solo a mí?

—También a John. ¿Podrías hacérselo saber?

Ella frunció los labios en una mueca poco entusiasta. No hacía falta que respondiera; su expresión bastaba para entender que el encargo no le agradaba. Aun así, suspiró y asintió con resignación.

En ese momento, Christopher vio a Melissa y su corazón se aceleró de repente. Ella conversaba con Rowena, pero lo había visto y sus ojos volvían a él una y otra vez, como si no pudiera evitarlo.

—Disculpa, Mary Jane —dijo sin más y echó a andar con una sonrisa hacia la Effie más hermosa que había visto en su vida.

A medida que avanzaba, los miembros del elenco lo saludaban con entusiasmo y él respondía con palabras breves, aprovechando para felicitarlos. Cuando llegó hasta ella se detuvo un instante, absorbiendo la dulzura de su rostro. Melissa llevaba una diadema de flores secas en tonos rosas, fucsia y cremas, y sus labios brillaban con un rojo profundo, como cerezas recién lavadas.

—Buenas noches —saludó sin apartar los ojos de ella.

Rowena los miró apenas unos segundos y, con una sonrisa traviesa de labios apretados, se excusó.

—Voy a hablar con Olga y Courtney, que antes querían decirme algo.

Melissa asintió con suavidad y luego volvió la mirada hacia Christopher. Sostenía una copa de champán en la mano y la luz del pasillo se reflejaba en el cristal.

—Has estado soberbia —dijo con la voz más baja de lo habitual.

Ella enrojeció, miró con disimulo a ambos lados y, mordiéndose el labio inferior, sonrió.

—El final me salió perfecto. Pude cuadrarme a tiempo.

—Sí, lo hiciste.

—Fue gracias a ti. Me acordé de todo el empeño que pusiste en eso.

—Mereció la pena. Estoy muy orgulloso de ti.

—Gracias —musitó ella.

—¿Cómo te sientes?

—¿Que cómo me siento? Eufórica. Tengo ganas de correr y de gritar, de reír, de bailar... —Hizo una pausa y ladeó la cabeza sin perder la sonrisa. Varios mechones habían escapado de su moño y rozaban su cuello esbelto y gracioso—. Todavía siento como el corazón me palpita deprisa.

Christopher bajó la mirada y ella se ruborizó al notar que sus ojos se detenían sobre su pecho. Él se recompuso enseguida.

—¿Vas a salir a celebrarlo con los demás? —preguntó, aunque en el fondo deseaba que dijera que no. Quería tenerla solo para él, sin compartirla con nadie.

—No —respondió, y él sintió una oleada de alivio—. Tengo que estar despejada para mañana y prefiero estar descansada. ¿Tú irás?

Christopher se inclinó hacia ella, apenas unos centímetros, lo justo para sentir el calor de su presencia. Luchó con todas sus fuerzas para no rodearla con los brazos, para no acercarla a su pecho y dejar que el mundo desapareciera. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad.

—Ninguno querría tener a su jefe con ellos esta noche —susurró.

—Yo sí —contestó ella, justo cuando él regresaba a su posición anterior.

Mary Jane irrumpió en la escena, sosteniendo la invitación entre los dedos con gesto teatral.

—Perdonad —dijo, colocándose descaradamente frente a él. Melissa se apartó un par de pasos para evitar que las alas de su compañera derramaran el contenido de su copa—. Christopher, ¿usted vendrá también a la fiesta de la condesa? John dice que no puede y no quiero ir sola. Pero me apetece tanto...

—Simon estará allí —repuso él, sin entusiasmo.

—No deseo estar con él. Prefiero que sea usted quien me acompañe.

Melissa fingía no prestar atención y bebía de su copa con los ojos clavados en el techo.

—No voy a asistir, Mary Jane. Tengo otros planes.

Melissa lo miró por encima del hombro de la joven, con una sonrisa que parecía iluminarla por dentro, aunque se recompuso enseguida cuando Mary Jane giró sobre sus talones para observarla.

—¿Tú tampoco irás a la fiesta de la condesa de Ashcombe?

Melissa se quedó un instante desconcertada y luego negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no me han invitado.

—Lo imaginaba —comentó Mary Jane, con tono despectivo—, pero por si acaso.

La primera bailarina no percibió la repentina dureza en los ojos de Christopher. De haberlo hecho, quizá habría salido huyendo sin mirar atrás.

Melissa no dijo nada más, y por la forma en la que de repente miraba a su alrededor como si buscara a alguien, él adivinó que estaba planeando una retirada.

—¡Mel, Mel! —Ophelia apareció corriendo, exultante—. Disculpe, señor Holt —añadió al pasar, sin detenerse—. Tienes que ver esto. Ha llegado un ramo enorme de flores para ti.

—¿Para mí? —preguntó Melissa, a punto de atragantarse con la última burbuja.

Ophelia la tomó de la mano y tiró de ella con impaciencia.

—Sí, ven, corre. Emily lo ha llevado a tu camerino.

Melissa miró furtivamente a Christopher varias veces antes de dejarse arrastrar. Él le devolvía la sonrisa con calma, sin moverse del sitio. En cuanto ella desapareció tras la esquina, Christopher se

volvió hacia John y se acercó a felicitarlo, aprovechando así para desembarazarse con elegancia de Mary Jane.

Cuando Melissa entró en el camerino, sus ojos fueron a parar directamente al ramo que descansaba sobre el tocador. Era grande, armonioso y destacaba entre todo lo demás. Intrigada, dejó la copa a un lado y se acercó. Las flores eran de invierno: rosas de té en tonos marfil y burdeos, anémonas blancas con centros oscuros, ramitas de eucalipto y bayas de hipérico rojo. Entre los tallos asomaban algunas flores secas, pequeñas y doradas.

Melissa aspiró su fragancia con los ojos entrecerrados. Era suave pero persistente, una mezcla de pétalos dulces y hojas verdes, con un fondo limpio y frío, como el aire de diciembre tras una nevada. Lo admiró unos segundos más y luego tomó la tarjeta con cuidado.

> No es solo la Effie más bella, sino que es la más perfecta.
>
> Con afecto: tu cazador de manzanas.

No pudo evitar soltar una carcajada suave, breve, que le iluminó el rostro.

Martha y otras muchachas se colaron en el camerino atraídas por el rumor del ramo. Se acercaron con risas discretas, murmurando entre ellas.

Sobre el tocador de Mary Jane y en un banco cercano había otros arreglos, algunos vistosos, otros no tanto, pero ninguno tan hermoso como el que Christopher le había enviado a ella.

—¡No sé qué hace tanta gente aquí! —exclamó Mary Jane al entrar con paso furioso—. Haced el favor de salir todas. Tengo que cambiarme. Me han invitado a una fiesta y no quiero llegar tarde.

Pero sus palabras se perdieron en el aire. Nadie pareció escucharla, pues todas estaban más pendientes de Melissa y del ramo que descansaba sobre el tocador. Aquello la irritó aún más.

—¡Emily! —gritó, alzando la voz con impaciencia—. ¡Emily!

—Ya estoy aquí —respondió la asistente desde el corredor, entrando con rapidez—. ¿Qué necesita?

—Echa a todo el mundo de aquí y ayúdame a desvestirme.

Emily se dirigió hacia las demás dando palmadas suaves mientras pedía que abandonaran el camerino. Algunas obedecieron de inmediato, otras se demoraron unos segundos más, lanzando miradas curiosas al ramo antes de salir.

La puerta se cerró y volvió a abrirse cuando entró Rowena. Se acercó a Melissa, admiró las flores con una sonrisa y comenzó a cambiarse de ropa, ya que esa noche iba a cenar con su prometido.

—¿Quién te lo ha mandado, si se puede saber? —preguntó con tono ligero y curioso.

—Un admirador —respondió Melissa, sin dejar de mirar el ramo. Al ver que Rowena alzaba las cejas esperando más, se encogió de hombros—. Un caballero que conocí en París hace más de un año.

Mary Jane escuchaba en silencio desde el otro extremo del camerino. Si Melissa decía la verdad, no tenía motivos para inquietarse. Lo que de verdad le habría molestado —el doble, el triple— era que el ramo viniera de algún lord reconocido... o de Christopher.

***

Christopher entró en el despacho y se detuvo en seco. Anna estaba sentada frente a la chimenea con la mirada perdida en las llamas. Solo una lámpara permanecía encendida y la luz cálida incidía sobre su cabello, dándole reflejos cobrizos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, recuperado de la sorpresa inicial, mientras cerraba la puerta con suavidad.

Ella levantó la mirada del fuego y lo observó sin decir nada, estirando el silencio durante unos largos segundos. Luego se puso en pie y extendió la mano hacia él.

—Estaba esperándote. Quería entregarte esto.

De forma automática, Christopher cogió una caja pequeña y alargada forrada de terciopelo negro.

—¿Qué es? —preguntó.

Al abrir la tapa, el interior reveló un reloj de bolsillo de oro pulido, con la cubierta grabada en filigrana y una discreta hilera de zafiros incrustados en el borde, apenas visibles, pero suficientes para captar la luz. La cadena, también de oro, tenía un diseño entrelazado, firme y elegante.

El reloj reposaba sobre un lecho de seda azul noche, y la esfera, de esmalte blanco con números romanos, mostraba unas agujas finas como hilos de tinta. Era una pieza exquisita que él recordaba muy bien.

Sus ojos se iluminaron, pero enseguida se velaron de nostalgia.

—Es mejor que lo tengas tú —dijo Anna, con voz suave—. A Edward le habría gustado que fuera tuyo.

Christopher no contestó, incapaz de apartar los ojos de la pieza. Su padrastro siempre lo había llevado encima, y lo recordaba sacándoselo del bolsillo de su chaleco y mirando la hora. Lo había hecho más por costumbre que por otra cosa. Una manía que nunca abandonó, como si el reloj marcara algo más que los minutos.

Anna se volvió hacia la puerta, pero antes de alcanzarla, él habló sin alzar la vista:

—¿Por qué ahora?

—Lo encontré el otro día revisando sus cosas.

—Gracias.

Anna hizo el amago de marcharse, pero pareció pensarlo mejor y

se volvió hacia él.

—Estaría muy orgulloso de ti, Christopher.

Él alzó la mirada clavándola en la suya.

—Pero tú no, ¿verdad?

—Podrías ser el mejor —replicó ella, sin vacilar—. En cambio, desperdicias tu vida...

—Suficiente —la interrumpió, alzando la voz por primera vez. Dejó el reloj sobre el escritorio con un leve chasquido y la miró con frialdad—. Yo tuve mi última danza. Acéptalo.

Anna apretó los labios con furia y respiró hondo, conteniéndose. Había tenido esta conversación demasiadas veces y siempre acababa igual.

—De acuerdo. Me marcho ya. Nunca más volveré a insistir.

—Siempre dices lo mismo y luego vuelves con la misma cantinela. ¿Qué ocurre? ¿Te ha sabido a poco el triunfo de esta noche?

—No se puede hablar contigo —dijo ella, girando el rostro con fastidio.

—¡Claro que puedes! —insistió—. Pero no lo hagas solo con lo que te interesa. Todavía estoy esperando que me digas que hice bien al comprar el Alhambra.

—¿Quieres que admita que tal vez fue una buena inversión?

Christopher soltó una carcajada amarga.

—¿Tal vez? ¿Continúas metiendo el dedo en la llaga?

—Todavía es muy pronto para saberlo. —Anna levantó el mentón, orgullosa—. Será todo un año representando *La Sylphide* en un mismo lugar. ¿Cuántas veces crees que los espectadores de esta noche volverán a verla? ¿Has pensado en ello?

—¡Por supuesto que sí! Mezclaremos representaciones y permitiré que otras compañías bailen aquí durante algunos meses.

Ella arqueó las cejas, incrédula.

—¿Y nosotros qué haremos mientras tanto?

—¡Qué sé yo, madre! —exclamó, separando las manos—. ¡Descansar y ensayar las obras nuevas! ¡Acudir a otros teatros que nos soliciten! Vivir un poco sin tanto ajetreo. ¿Te parece poco?

Anna lo miró un instante, sin saber qué responder. Luego dio media vuelta y se marchó, cerrando la puerta con más potencia de la necesaria.

Christopher se dejó caer en la silla, aferró el borde del escritorio y lo zarandeó con fuerza. Anna siempre tenía que arruinarlo todo con sus palabras de diosa desterrada y esa expresión que no mostraba ni una grieta.

Se pasó las manos por la cara, se levantó de nuevo y apagó la lámpara. No iba a permitir que ella empañara la alegría de aquel día. Cerró la puerta con firmeza. Necesitaba buscar a Melissa, solo con ella lograba olvidar lo que dolía.

No quedaba casi nadie por los pasillos ni en los camerinos, y los pocos que había se preparaban para marcharse.

Melissa conversaba con Martha y Ophelia, con su bolsa de tela colgada del hombro y una sonrisa que no le cabía en la boca. Las otras dos se habían puesto los abrigos, mientras que el de ella descansaba sobre una silla.

Christopher pasó cerca. Lo suficiente para que los ojos color miel se fijaran en él. Le hizo una señal con la cabeza. Un gesto con la barbilla hacia las escaleras que llevaban a su apartamento en el sótano. Ella asintió con disimulo y él bajó primero.

Se acababa de servir un vaso de whisky cuando Melissa cruzó el umbral. El señor Holt arqueó las cejas, interrogante.

—Les he dicho que si preguntan por mí, digan que he salido —respondió ella, dejando sus cosas sobre el sillón de piel oscura.

—¿Quieres tomar algo?

Melissa negó con la cabeza, con una sonrisa suave.

—Me temo que he bebido más de una copa esta noche. ¿Estás bien?

—Sí.

—Te noto... serio.

Christopher suspiró hondo. Bebió el contenido de su vaso de un solo trago y lo dejó sobre el aparador. Luego se acercó a ella y la encerró entre sus brazos sin decir nada.

Pero Melissa adivinó que algo no andaba bien. Rodeó su cintura y apoyó el rostro en su pecho.

—Quédate conmigo esta noche —murmuró él, con los labios hundidos en su cabello—. Te necesito.

La joven alzó la mirada, lo observó unos segundos y luego asintió. Después se acercó al diván, se sentó y le tendió la mano.

Christopher la tomó sin dudar. Otra vez volvía a respirar en paz.

Capítulo 25

La música fluía desde el salón contiguo donde un cuarteto tocaba valses y mazurcas. Las lámparas de gas iluminaban el centro del salón, mientras que las velas en las esquinas añadían un resplandor más tenue, creando zonas de sombra donde las conversaciones se volvían más íntimas. Los espejos reflejaban el movimiento de los invitados, y el perfume de las damas se mezclaba con el aroma del vino y las flores frescas que flotaba desde los grandes jarrones que adornaban la ostentosa sala. Con pasos silenciosos y modales precisos, los criados ofrecían copas y aperitivos entre los asistentes.

Simon se movía con soltura entre los invitados, saludaba, sonreía y decía cumplidos que sabían justo dónde caer. Había bailado y reído, y ya tenía en mente a quién acompañaría al carruaje al final de la noche.

Pero entonces la vio.

Mary Jane estaba junto al piano rodeada de caballeros que la escuchaban embelesados. Llevaba un vestido de terciopelo azul noche ceñido en la cintura, con mangas largas y escote cuadrado. El cuello lo adornaba un collar de perlas y el cabello, recogido en un moño alto, dejaba ver la línea perfecta de su mandíbula. Lucía

guantes de encaje negro y cada movimiento suyo parecía diseñado para atraer la atención sin esfuerzo.

Simon se detuvo junto a una columna, fingiendo interés en una conversación que no le importaba, observándola desde lejos. Era hermosa, impecable, y tan fría como la porcelana de las figuras que decoraban la repisa de la chimenea. Ella reía sin alegría, rozaba los brazos de los caballeros con los dedos enguantados e inclinaba la cabeza con una elegancia vacía.

La había deseado desde el primer día en el que Christopher y él habían acudido a una importante ciudad al sur de Inglaterra para convencerla de trabajar en la compañía, pero nunca se había acercado de un modo que no fuera meramente profesional. No quería formar parte del desfile de hombres que ella coleccionaba con indiferencia. Sabía lo altiva que era, lo egoísta, lo hábil para fingir interés y desaparecer cuando ya no le servían.

Un criado pasó junto a él con una bandeja de copas. Tomó una sin mirar, bebió un sorbo y volvió a clavar los ojos en ella. Mary Jane giró en ese momento levemente el rostro, lo vio y le dedicó una sonrisa breve, sin un ápice de calor, que bien podría haber ofrecido a cualquier desconocido. Luego volvió a su grupo como si él no existiera.

Simon se apartó de la columna y se dirigió hacia el jardín. Necesitaba respirar y calmarse, porque esa mujer siempre hacía que su sangre corriera más rápido de lo debido.

El aire de diciembre le golpeó el rostro en cuanto cruzó la puerta. Se levantó las solapas de su chaqueta con gesto rápido y descendió los escalones del porche metiéndose las manos en los bolsillos. La música flotaba desde el salón, tenue y lejana, sin llegar a perturbar el silencio del exterior. Caminó despacio entre los setos, dejando que el frío le despejara la cabeza.

Por casualidad descubrió que Mary Jane cruzaba la galería junto a un caballero al que él reconoció de inmediato. Se trataba de lord Darnley, un hombre que sabía cómo acercarse a las mujeres, seducirlas y luego dejarlas llorando.

Al principio Simon no se movió y se quedó entre las sombras, observando curioso, y también enfadado, cómo se alejaban por el sendero de grava. No entendía lo que podía pasar por la cabeza de Mary Jane para arriesgarse a abandonar el salón con un tipo como él.

Los siguió en silencio, manteniéndose a cierta distancia. No parecían hablar mucho, pero Mary Jane reía y él se inclinaba hacia ella con descaro, cada vez más cerca. Se dirigían hacia el invernadero, una estructura de hierro y cristal que la condesa había mandado construir el año anterior, llena de helechos, camelias y orquídeas traídas de Francia.

Simon se detuvo al verlos entrar. El invernadero estaba iluminado por lámparas de gas colocadas en las esquinas, que incidían con suavidad sobre las brillantes hojas. El vapor de las plantas creaba una atmósfera tibia, casi íntima, pero solo Mary Jane y lord Darnley lo estaban visitando a esas horas.

Una vez dentro, la primera bailarina se paró junto a una mesa de mármol cubierta de azaleas. Simon no podía distinguir con claridad la expresión de su rostro, pero algo en la forma en que movía las manos y en cómo giraba levemente el cuerpo le hizo pensar que estaba incómoda.

Frunció el ceño. El lord se acercó más a ella y le tomó las manos; aunque Mary Jane no se apartó, parecía demasiado tensa como para estar disfrutando de lo que el hombre le decía. De repente, él susurró algo en su oído e intentó besarla.

Simon apretó los puños con fuerza y sintió como el aire lo

abandonaba de repente. Estuvo a punto de darse la vuelta y marcharse; sin embargo, vio que Mary Jane giraba el rostro con rapidez, y lord Darnley insistía. Ella comenzó a resistirse.

Simon no lo pensó y avanzó hacia ellos con paso firme. Su rostro no decía nada, pero sus ojos, sí: estaban duros e implacables, decididos a no conceder ninguna indulgencia. Atravesó la puerta del invernadero y se detuvo a pocos pasos, lo justo para que lord Darnley notara su presencia.

—Creo que la señorita ha dejado claro que no desea compañía —dijo Simon con tono neutro.

El lord se giró hacia él, sorprendido, con la mano aún a medio camino entre el aire y la cintura de Mary Jane.

—No sabía que tuviera guardaespaldas —replicó.

Simon no respondió de inmediato. Observó a Mary Jane que se había apartado un paso, con los labios apretados y la mirada fija en las azaleas. Luego volvió a mirar al lord.

—No necesita uno. Solo que se la escuche cuando dice «no».

El silencio se hizo espeso entre los helechos durante un largo minuto, hasta que lord Darnley se alisó la chaqueta con fingida indiferencia.

—No ha dicho nada —murmuró.

—No siempre hace falta. Hay gestos que hablan más claro que las palabras, y usted los ha ignorado.

El lord frunció el ceño, pero no encontró respuesta. Se pasó una mano por el cuello, como si el calor del invernadero le molestara de pronto.

—No pretendía ofender.

—Entonces márchese —respondió Simon, sin moverse y sin levantar la voz.

El hombre lo observó un segundo más, luego bajó la vista, se giró

y salió del invernadero con las orejas encendidas y el paso rápido, incapaz de sostener su mirada por más tiempo.

Simon se quedó quieto. Mary Jane no se había movido y seguía junto a la mesa, con la espalda recta y los ojos fijos en las flores.

—Gracias —murmuró ella—. Aunque no era necesario —añadió, esta vez girando el rostro hacia él—. Podía manejarlo sola.

Simon la miró fijamente.

—Claro —dijo, sin inflexión en la voz, dando un paso atrás para marcharse.

—Perdona, no pretendía ofenderte —dijo ella, más bajo.

Simon se giró de nuevo a mirarla, disimulando un suspiro de resignación.

—No lo has hecho. Solo me equivoqué al pensar que necesitabas ayuda.

—¿Me estabas siguiendo?

Simon negó con la cabeza.

—Simplemente te vi.

Mary Jane guardó silencio, como si no terminara de creerle, de modo que Simon caminó hacia la salida del invernadero.

La joven lo siguió con la mirada hasta que la puerta se cerró tras él. El silencio volvió a ocupar el espacio. Se apoyó en la mesa, cerró los ojos un instante y respiró hondo. Su pulso aún estaba acelerado.

Lord Darnley había cruzado una línea, y aunque estaba segura de haberlo sabido detener, la sensación de vulnerabilidad seguía ahí, pegada a la piel como el calor del invernadero. Durante unos instantes se había sentido sola y no sabía lo que habría podido pasar si Simon no hubiera llegado a aparecer.

Se arrepintió de haberle hablado así después de lo que había hecho por ella. Apartándose del mármol, echó a andar despacio entre los helechos. Su vestido rozaba las hojas húmedas, y el

perfume de las orquídeas le llegaba en ráfagas suaves. Pensó en Simon, en su mirada y en la forma en que había enfrentado al lord sin levantar la voz.

Tal vez lo había juzgado demasiado rápido.

Un poco más tarde regresó al salón, donde la fiesta continuaba en todo su apogeo. Buscó con la mirada al señor Lambert, decidida a pedirle perdón, pero entonces lo vio con una dama en actitud muy cariñosa, saliendo de la residencia.

***

Melissa fue de las primeras en bajar al comedor común, y Claire, que había estado esperándola, se la acercó con un periódico en la mano.

—Señorita Lockwood, todo el mundo habla de usted en la ciudad.

—¿De mí? —inquirió con sorpresa. No pudo evitar que el pulso se le disparara al tomar el ejemplar que la muchacha le ofrecía.

—Dicen que estuvo magnífica.

Los ojos color miel se apresuraron a leer la noticia, pero su ilusión se convirtió en decepción. Elogiaban a Effie; sin embargo, ni una sola vez pronunciaban su nombre.

—Gracias, Claire —murmuró en un hilo de voz.

La jovencita sonreía emocionada.

—Apuesto a que el señor Holt la tendrá en cuenta para el personaje principal a partir de ahora. ¿No la pone contenta?

Sabía que no era a Christopher a quien debía convencer, sino a Anna.

—Supongo que sí —respondió.

—Creí que le gustaría saberlo —dijo Claire, empezando a sentirse avergonzada, pues Melissa no daba ninguna muestra de sentirse feliz con la noticia.

Disimulando un suspiro, Melissa se disculpó por su comportamiento.

—Lo lamento, Claire. Por supuesto que me gusta, es solo... que podían haber puesto mi nombre por algún lado. Mira, escucha. —Releyó el fragmento, esta vez en voz alta—. «La maravillosa Effie conquistó el escenario poniéndose a la altura de grandes estrellas como Mary Jane Ashcroft y John Rivers durante la representación de *La Sylphide* en el esplendoroso teatro el Alhambra, cuyo nuevo propietario, Christopher Holt, adquirió y reformó». —Levantó los ojos —. Nombran a todos menos a mí —terminó de decir, arrojándolo sobre la mesa.

—Es cierto, pero fue usted quien los conquistó. Otros periódicos se harán eco y terminarán preguntándose quién es Effie. Tal vez hasta vengan a entrevistarla.

Melissa trató de encontrar algo negativo que contestar, pero no pudo hacerlo. Claire tenía razón, incluso ella misma podría ser la que filtrara su nombre a los periodistas.

—Sí —tuvo que admitir—, es un buen principio.

Claire sonrió y recogió el periódico de nuevo.

—Con su permiso, me lo voy a guardar como recuerdo.

—¿De verdad vas a hacerlo?

—Sí. —Claire lo apretó contra su pecho—. Me gusta coleccionar cosas.

La señora Grant gritó su nombre desde la cocina y las dos giraron la cabeza hacia el umbral.

—Creo que te busca.

—Prometí a mi tía que no me demoraría mucho. Me marcho antes de que venga a por mí.

Melissa sonrió y la vio irse a toda prisa. Sacudió la cabeza y se sirvió un bollo de pan de la bandeja. Mientras lo mordisqueaba,

pensó en alguna manera para contactar ella misma con algunas de las personas que dirigían los periódicos de la ciudad. Arthur Talbot debía conocer a mucha gente. Quizá sería bueno preguntarle.

Melissa caminaba por el pasillo con paso firme. Quería hablar con Christopher y preguntarle por qué nadie se había molestado en mencionar su nombre a los periodistas. Ophelia y Martha lo habían visto hablando con ellos el día del estreno, así que él debía saber algo.

Se detuvo frente a la puerta del despacho, dudó un instante y luego giró el pomo. La puerta cedió sin resistencia.

La oficina estaba en penumbra, iluminada solo por la luz que se filtraba entre las cortinas. El abrigo de Christopher seguía colgado en el perchero y sobre el escritorio había papeles, partituras, una caja de madera entreabierta y un reloj de bolsillo, pero no había rastro de él.

Sin tocar nada, suspiró decepcionada. Se había armado de valor para hablar directamente con él sobre ese tema y ahora tendría que esperar. Dio media vuelta y salió del despacho con la misma discreción con la que había entrado.

Al cerrar la puerta se cruzó con Emily, que pasaba por el pasillo con una carpeta en brazos.

—¿Has visto al señor Holt? —le preguntó, deteniéndose unos segundos.

—Hace unos minutos estaba en el vestíbulo hablando con unos caballeros —contestó, haciendo un pequeño gesto con la cabeza hacia el lugar.

—De acuerdo, gracias.

Melissa siguió su camino sin saber que Mary Jane la había visto entrar en el despacho.

Pero la primera bailarina la había observado con ojos entrecerrados desde el extremo del pasillo, oculta tras la columna de mármol que sostenía el busto de Gluck. No sabía qué buscaba Melissa allí, pero no le hacía falta saberlo. Con imaginarlo tenía suficiente.

Un plan empezó a formarse en su mente. Uno preciso, cruel y eficaz.

Esperó unos minutos a que Melissa doblara la esquina, y cuando el pasillo quedó vacío, entró en la oficina de Christopher sin molestarse en llamar.

Recorrió la estancia con una mirada rápida y descubrió el hermoso reloj de oro. Lo tomó entre los dedos con delicadeza y lo observó unos segundos. Era pesado y elegante, y tenía unas iniciales grabadas en la tapa. Lo deslizó dentro del bolsillo interior de su abrigo sin vacilar.

—Ahora solo resta que alguien lo eche en falta —murmuró, sin poder contener una sonrisa.

—¿Me dices a mí?

No se había dado cuenta de que Emily había vuelto de donde hubiera estado y colocaba el jarrón de porcelana que había junto a una mesita auxiliar. La miraba intrigada.

Mary Jane se detuvo frente a ella con rostro serio.

—Hablaba conmigo misma.

Emily miró hacia ambos lados en el pasillo. Estaba desierto.

—¿Necesitas algo?

—No, nada. —Dio unos pasos para marcharse, pero entonces reculó de nuevo—. Emily, si alguien pregunta —dijo en voz baja—, yo no he estado aquí. La última en salir fue Melissa.

La asistente la miró con calma. No era la primera vez que Mary Jane le pedía algo así y no le importaba aceptar.

—Entendido —respondió, sin titubear—. ¿Cuánto vas a pagar esta vez por mi silencio?

Mary Jane soltó un suspiro.

—No sabía que ibas a salirme tan cara cuando le recomendé a Christopher que te contratara.

—Aprendo rápido. Además, somos primas. Algo se me tenía que pegar, ¿no?

—Hablamos luego.

Emily asintió, y antes de que Mary Jane se marchara, le recordó:

—Sabes que sin mí no tendrías quién te cubra las espaldas.

Mary Jane le había conseguido el trabajo no solo porque eran primas, sino porque se sentía en deuda. Cuando ella empezó en la danza era apenas una adolescente con talento y demasiadas ganas de escapar. Su familia no lo aprobaba. Decían que viajar sola era indecente, que los teatros estaban llenos de hombres que no respetaban a las mujeres y que una señorita no debía exponerse así. Todos le dieron la espalda, menos Emily.

Emily le escribía cartas largas, llenas de ánimo y consejos, cuando Mary Jane viajaba sola por ciudades que no conocía. A veces le enviaba dinero, lo justo para pagar una pensión decente o comprar un abrigo. Fue la única que no la juzgó. La única que le dijo que no estaba loca por querer bailar y elegir su vida. Mientras el resto de la familia murmuraba sobre su reputación, ella la defendía. Le decía que tenía derecho a moverse, a aprender y a equivocarse.

Emily había aprendido a manejarse entre bambalinas, sabía cuándo hablar y cuándo callar, así como también sabía que Mary Jane no siempre hacía lo correcto.

Capítulo 26

Christopher salió de la estancia con gesto relajado. Había pasado la última hora conversando y mostrando el Alhambra a los representantes de una compañía que deseaba alquilar el teatro en primavera. Hablaron de repertorio, de tarifas y de escenografías en una charla informal, casi amistosa, sin darse cuenta de que la hora se le había echado encima y esa tarde tenía su ensayo privado con Melissa.

Estaba loco por verla, por abrazarla y sentir sus labios. Porque cuando ella estaba a diez centímetros de él, el corazón se le salía por la boca.

Se dirigió a su camerino deseando que estuviera sola. Ya muchos se habían marchado y otros terminaban de recoger. Golpeó la puerta antes de entreabrirla con cuidado. No quería que sucediera lo mismo que el día que se había quedado atrapada en el corsé.

—¿Melissa?

Mary Jane estaba frente al espejo, ajustando un pendiente, y se volvió con calma hacia él.

—No está, se ha marchado —respondió.

Christopher frunció el ceño.

—¿Tan pronto?

—Le ha surgido algo y a mí no me ha dado detalles.

Él entró un poco más, sin cerrar del todo la puerta, solo para ver si su abrigo o sus cosas estaban en el tocador. Pero no había nada, excepto maquillaje y un par de frascos de perfume.

—¿Sabes a dónde ha ido?

Mary Jane se encogió de hombros.

—No lo ha dicho, aunque parecía tener prisa. Tal vez se esté viendo con alguien.

Christopher sonrió con frialdad y sacudió la cabeza. Conocía más que de sobra las artimañas de Mary Jane y no iba a entrar en su juego. Le hastiaba ese afán suyo por hacer creer a los demás que sabía los secretos de todos, los cuales la mayoría se inventaba.

—No lo creo.

—¿Por qué no?

—No acostumbra a desaparecer sin avisar y sabía que necesitaba hablar con ella.

Mary Jane se acercó a la mesa y recogió un pañuelo.

—A veces las costumbres cambian. A veces hay cosas que no se cuentan.

Christopher la observó unos segundos y luego de darle las gracias se dio la vuelta. Pero Mary Jane corrió tras él.

—¿Lo puedo ayudar yo en algo?

—No, pero si la ves dile que la estoy buscando.

—No creo que la vea, pero le daré el recado.

Él cruzó el pasillo con largas zancadas. Si Melissa se había marchado, seguramente tenía sus razones, pero le parecía sumamente extraño que no lo hubiera buscado. Se acercaría a la pensión de la señora Grant.

Entró en su despacho con gesto distraído, encendió la lámpara de

encima del escritorio y cerró la puerta. Luego tomó el abrigo y los guantes que estaban sobre la repisa de la chimenea, y al volverse de nuevo para apagar la lámpara, observó la caja donde se suponía que debía estar su reloj.

Durante unos minutos se quedó como un pasmarote con el ceño fruncido. Después comenzó a revisar los cajones y buscó por el suelo, por si acaso se había caído. No lo encontró, y el resto de sus cosas parecían estar en orden.

Desde luego alguien había entrado en el despacho y se lo había llevado.

Con un murmullo ininteligible salió al pasillo con paso rápido. No quería alarmar a nadie ni alarmarse a él mismo. Tal vez Anna lo había guardado a buen recaudo al ver que llevaba varios días en la mesa. O tal vez Simon, o Emily.

Encontró a esta última, ordenando la correspondencia sobre la mesa de mármol.

—¿Emily?

Ella se giró hacia él, ligeramente sobresaltada.

—No lo he oído llegar. Me temo que estaba distraída. ¿Desea algo, señor Holt?

—¿Ha entrado alguien en mi despacho hoy?

Ella dudó un instante y terminó por afirmar con la cabeza.

—La señorita Lockwood.

—¿Melissa? —preguntó, como si necesitara confirmarlo.

—Así es. Le dije que estaba en el vestíbulo con unos caballeros. Me crucé con ella cuando salía de su despacho. Parecía decepcionada por no encontrarlo allí.

—¿Alguien más, aparte de ella? ¿La señora Storm o...?

Emily negaba con la cabeza.

—No vi a nadie más, y he estado casi toda la tarde por aquí.

—¿Por casualidad no has visto el reloj que estaba encima de la mesa?

—No me he fijado.

—Gracias, Emily —dijo finalmente.

—¿Por qué? ¿No lo encuentra? —Lo detuvo con una pregunta y él se encogió de hombros como si no tuviera ninguna importancia.

—Seguro que Simon lo habrá guardado.

—Tampoco he visto al señor Lambert por aquí.

Christopher empezaba a ponerse nervioso. Seguro que había una explicación para ello, porque sabía que Melissa nunca habría tocado sus cosas. Era posible que entrara alguien más y Emily no lo hubiera visto.

Regresó al despacho, cerró la puerta y empezó a buscar. Volvió otra vez a revisar los cajones, los estantes, detrás de las cortinas, incluso la caja fuerte. Al cabo de veinte minutos estaba agotado, con dolor de cabeza y sin un solo rincón por inspeccionar.

El reloj había desaparecido de un lugar que, en teoría, nadie debía pisar sin permiso. Solo Simon y Anna tenían acceso libre y estaba seguro de que ninguno lo había tomado. Simon tenía la combinación de la caja fuerte, y si hubiera necesitado dinero, se lo habría dicho. Anna era otra historia, pero no en ese sentido. Ella le había entregado ese reloj, el de su padrastro, como símbolo de algo que no se quitaba después. No cabía pensar en ella como una ladrona.

El resto de la compañía no entraba al despacho sin él o sin Simon. Melissa tampoco solía hacerlo, aunque sabía que a él no le molestaba. Pero ese día sí había entrado.

—No ha sido ella —dijo Christopher, tajante, cuando Simon lo insinuó más tarde.

Ambos estaban en el apartamento del sótano. Las cortinas

estaban corridas y el aire olía a leña quemada. Christopher caminaba de un lado a otro sobre la alfombra, con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—Tampoco lo creo —respondió Simon—. ¿Has podido hablar con ella?

—Todavía no. Envié al mozo a la pensión, pero no estaba. Nadie sabe dónde se ha metido.

—Tal vez tenía algo que hacer. Puede que por eso fue a buscarte al despacho.

Christopher ya había pensado en esa posibilidad, pero no lo convencía. El teatro era grande, sí, pero no tanto como para que Melissa no lo encontrara. Además, tenían ensayo en menos de una hora. Si no iba a presentarse, habría dejado algún aviso. Siempre lo hacía.

El reloj tenía, para él, más valor sentimental que económico, pero el hecho de que alguien lo hubiera tocado sin permiso bastaba para considerarlo una falta grave. Y si había sido robado, no había excusa posible.

—Es raro que se haya ido así. ¿Y si le ha pasado algo? —Se detuvo frente a la ventana, sin mirar afuera, pensando en Melissa—. ¿Y si alguien la está presionando y, al no poder hablar conmigo, tomó el reloj?

Simon lo observó desde el sillón, con los ojos entrecerrados.

—¿Estás diciendo que fue ella?

—No. —Christopher se pasó las manos por el cabello, frustrado—. No lo sé. Ya no sé ni lo que estoy pensando.

—Que Emily la haya visto entrar al despacho no significa nada.

—Lo sé. Y seguramente se marchó porque tenía algo urgente.

Simon asintió. Aunque tenía sus dudas, no creía que Christopher estuviera perdiendo el juicio. Desde que le habló del robo, no había

hecho más que defender a Melissa, aunque se contradecía a cada paso. Se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en las rodillas.

—Apuesto a que llegará a tiempo para el ensayo y que no tiene idea de lo que ha pasado.

Christopher rogaba con toda su alma que tuviera razón. Porque no había nada en el mundo que le pudiera romper el corazón como averiguar que la persona que amaba le había robado. Ella era capaz de hacer cualquier cosa por los necesitados, pero no eso.

—¿Le preguntaste a Anna?

—Sí. Me dijo que lo único que había desaparecido era mi sensatez por no cerrar con llave.

—Estoy de acuerdo con ella, aunque lo cierto es que nunca ha pasado nada parecido. —Por ese motivo, si había que desconfiar de alguien, era precisamente de los que habían llegado por parte de los Flint, y Melissa estaba entre ellos—. ¿Y Emily? Ella y el otro asistente que contrataste son los más nuevos.

—El chico ha estado haciendo recados toda la tarde, algo del decorado. Y Emily... tampoco la descarto, aunque sería demasiado evidente.

Llamaron a la puerta con golpes suaves. Christopher detuvo su paseo y fue a abrir. Al otro lado del umbral, Melissa lo miraba con una sonrisa tranquila. Llevaba la bolsa de tela al hombro y sostenía los guantes con una sola mano.

—No pensarás que me he olvidado del ensayo.

Christopher se quedó mudo un instante. No esperaba verla aparecer así, sin previo aviso.

—Me dijeron que te habías marchado. En la pensión no estabas. —Odió el temblor en su voz, pero no lo pudo evitar—. ¿Dónde andabas?

—Estaba molesta contigo esta mañana. —Su tono seguía suave,

pero había algo de enfado detrás—. ¿Sabes por qué no han dicho mi nombre en...? —se interrumpió al ver por la puerta entreabierta a Simon sentado en el sofá—. ¿He venido en mal momento?

—No —respondió Christopher, haciéndole un gesto para que entrara.

Simon se levantó despacio.

—Yo estaba a punto de irme.

Melissa miró a ambos, con cautela.

—Si interrumpo algo, puedo esperar a que den las ocho.

—No digas tonterías. —Christopher tomó su bolsa y la dejó sobre la mesa—. Necesito preguntarte algo.

Melissa guardó los guantes en el abrigo y deslizó la prenda sobre sus hombros.

—¿Qué ocurre?

—Emily dice que estuviste en mi despacho.

—Sí. Quería avisarte de que necesitaba salir, pero como estabas ocupado no quise molestarte. —Alzó una ceja—. ¿Por qué lo preguntas?

—Necesito que recuerdes. ¿Viste a alguien más en el corredor? ¿Alguien que entrara después?

—No. Solo a Emily, llevaba unas carpetas. ¿Ha pasado algo?

—Alguien ha robado mi reloj.

Melissa se quedó pensativa.

—Cuando yo vine estaba aquí, junto a unos documentos. La luz estaba apagada, pero se veía bien. ¿Emily no sabe nada?

—No.

—¿Y qué vas a hacer ahora? Supongo que tendrías que denunciarlo.

En ese instante Christopher se regañó, porque, aunque no sospechaba de ella, había tenido en todo momento una duda

corroyéndolo por dentro.

—Sí, será mejor que haga eso. Deberemos dejar el ensayo para mañana.

—Por mí no te preocupes. Si quieres, puedo acompañarte.

—No. —Simon dio un paso hacia ellos—. Voy yo contigo, Christopher. De camino podemos dejarla en la pensión.

Christopher se detuvo. Melissa aún no había dicho dónde había estado.

—Antes no terminaste de decirme de dónde venías.

Ella se encogió de hombros.

—No tiene importancia. Mañana lo hablamos mejor.

Christopher no insistió. Confiaba en ella. Lo que tuvieran que decirse, lo dirían a solas.

***

Melissa se sentía muy incómoda por el tema del reloj. Ella no lo había cogido, y sin embargo todos la miraban como si fuera culpable.

El ensayo había comenzado como cualquier otro, pero el ambiente que se respiraba era denso y pesado.

Le dolía ese trato a pesar de que quienes parecían sospechar de ella eran los miembros más antiguos y no los que verdaderamente la conocían. Llegó a sentirse una intrusa como un pececito entre tiburones dispuestos a descuartizarla.

Habría estado bien que Christopher la defendiera en vez de guardar silencio, porque una frase que decía mucho la señorita Braithwaite era: «Quien calla, otorga». Y él estaba permitiendo que sus compañeros dudaran de ella.

Para colmo, el día anterior se había enterado de que tras la

entrevista con los periodistas, Christopher había permitido que Anna revisara el borrador antes de enviarlo. Fue ella quien suprimió su nombre. Lo hizo sin consultarlo, y aunque él se enfadó al descubrirlo, eso a Melissa no le solucionaba nada. No pedía que la beneficiara, pero tampoco que la hicieran de menos cuando estaba trabajando tanto y tan duro. De algún modo sentía que unos y otros la estaban usando.

—Tienen quince minutos de descanso —dijo Anna.

Melissa suspiró agradecida y caminó hacia el banco donde la esperaban un vaso de agua y la toalla. John se la acercó mirándola con ojos amables.

—Hola, Mel. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Ya te has enterado?

—Difícil no hacerlo. Es de lo único que se habla hoy.

La joven se sentó en el banco y empezó a masajear uno de sus gemelos. Los tenía tan tensos como todos los músculos del cuerpo. Era algo más bien mental, que no físico, pero al no poder dejar de pensar en lo sucedido, llevaba toda la mañana andando con pies de plomo, tanto en su actitud como en todo lo que decía, no fuera a ser que los demás tergiversaran sus palabras.

Sabía que John no necesitaba explicaciones, pero aun así quería que lo supiera.

—Solo estuve un minuto en el despacho. No cogí nada.

—Te creo. Pero ya sabes cómo son Mary Jane y su séquito. —Todos se habían enterado porque Emily, con intención o sin ella, había dejado correr el rumor por todo el teatro—. Les encanta el morbo.

Melissa levantó la vista hacia el rincón donde la primera bailarina cuchicheaba con sus amigas.

—Ni siquiera lo hacen a mis espaldas —dijo, con el tono cargado

de reproche.

John las miró por encima del hombro y se sentó junto a ella.

—¿Recuerdas que te dije que tenía una noticia? —Melissa asintió —. Me han ofrecido un contrato en otra compañía.

—¿Te vas a marchar? —Su corazón se aceleró de repente. No quería perderlo. John era su amigo—. Dime que al menos te lo vas a pensar.

—No tengo nada que pensar, Mel. No soporto a Mary Jane y no me acostumbro a bailar con ella. Más que su compañero me trata como si fuera su sirviente.

—Nunca le has hecho caso. No empieces ahora.

—Ya no me queda paciencia.

Ella lo comprendía. No le gustaba que hubiera tomado esa decisión, pero si ya era insoportable para ella compartir algunas escenas con la primera bailarina, a John debía suponerle un esfuerzo atroz.

—¿Cuándo te irás?

—En un par de semanas, quizá menos.

El hermoso rostro de Melissa compuso una mueca de tristeza y sus ojos se humedecieron.

—Te voy a echar mucho de menos —susurró en un delgado hilo de voz.

John estiró una mano y cogió la de ella, que la había dejado inmóvil sobre el músculo de la pierna. Buscó sus ojos.

—Vente conmigo, Mel. Te vieron bailar y también están interesados en ti. Serías mi pareja de baile.

Ella tragó con dificultad. Aquella habría sido su gran oportunidad si ella y Christopher no hubieran estado juntos. Pero no podía hacerle eso. Abandonarlo era su última opción, aunque a pesar de todo sabía que él no podía darle lo que ella ansiaba. Aparte de eso,

marcharse tan de repente solo haría que la culpabilizaran más del robo, y Melissa no era una cobarde que tuviera que esconderse en ningún sitio.

—John... —empezó a decir.

Él la interrumpió apretando la palma de su mano con afecto.

—No contestes ahora, Mel. Piénsalo bien y me dices.

Ella asintió. Desde luego no iba a ponerse a pensar en ello, por eso ni siquiera preguntó quién era esa compañía ni dónde hacían las representaciones. Por otro lado se alegraba por él, aunque eso supusiera que Anna tuviera que buscar con rapidez un solista masculino. Sería un buen modo de que se diera cuenta de que Mary Jane, en vez de hacer fáciles las cosas, las complicaba.

—¿Ya se lo has dicho al señor Holt o a la señora Storm?

—Todavía no. Lo haré tras la actuación del domingo. —Él soltó su mano—. Me gustaría que vinieras conmigo.

—No puedo hacerlo. En este momento no.

Además, también estaban Martha y Ophelia, y no quería separarse de ellas.

El ensayo siguió. Cuando terminó su secuencia y se retiró al fondo del escenario, Anna dio por cerrada la jornada.

Melissa se secó la frente con el dorso de la mano y salió a buscar a Christopher. No estaba en el palco, ni en la entrada, ni en su despacho ni en los pasillos laterales. ¿Dónde se había metido?

Se cambió las zapatillas y caminó hacia los camerinos. Al pasar por el pasillo principal vio a Emily hablando con uno de los encargados de utilería. La asistente la miró sin sonreír como otras veces y después la ignoró.

Cuando llegó al camerino su humor dejaba mucho que desear. Se detuvo unos instantes en el hueco. Mary Jane estaba sentada frente al espejo retocando su peinado con una lentitud casi ceremonial, y

en cuanto la vio, empezó a recoger la bisutería que tenía esparcida por la mesa, escondiéndolas de forma descarada de ella.

Melissa contó hasta diez en silencio, cerró la puerta y se dirigió directamente hacia su tocador. Mary Jane la miró por el reflejo y alzó una ceja.

Sin hacerle caso empezó a cambiarse. Más le valía a Christopher que hiciera algo al respecto, porque la idea de marcharse con John empezaba a germinar en su cabeza e iba a dejar de ser una posibilidad para convertirse en una decisión.

Capítulo 27

Mary Jane fue la primera en salir y Melissa respiró aliviada. Desde que la tarde anterior Christopher le contó lo del reloj, no había dejado de pensar en quién pudo haberlo tomado; y aunque no se atrevía a decirlo en voz alta —ni siquiera a ella misma— la persona responsable la estaba perjudicando. Debía de ser alguien que la vio salir del despacho, pero que ella notara, solo se cruzó con Emily.

Su intuición pocas veces fallaba, y de la compañía, la única que la observaba con desprecio —como si su sola existencia resultara ofensiva— era Mary Jane.

Por supuesto, no tenía pruebas de ello, y hasta donde sabía, la relación de la primera bailarina con la asistente era como cualquier otra. Aunque... Emily parecía desvivirse por Mary Jane y siempre estaba cerca cuando la necesitaba.

Sacudió la cabeza. No hacía más que dar vueltas a lo mismo una y otra vez.

Miró de refilón el tocador de Mary Jane y se mordió el labio inferior. Estaba sola, pues Rowena se había marchado de las primeras. Mary Jane tampoco tenía que volver a entrar de no ser que se le hubiera olvidado algo, cosa que era poco probable.

Esperó unos minutos en silencio, atenta a cualquier ruido en el corredor. No se oía nada. Ni pasos, ni voces ni el crujido de una puerta. Todo parecía vacío.

El camerino estaba revuelto. Las gasas colgaban torcidas y arrugadas sobre el respaldo de una silla; y los frascos de perfume, desordenados, algunos sin tapa y otros, volcados. Emily aún no había pasado a recoger y se notaba. Siempre dejaba ese lugar para el final, cuando todos se habían marchado.

Melissa calculó la hora. A esas alturas Emily debía de estar en el escenario colocando los bancos improvisados que usaban durante los ensayos.

Se levantó despacio y caminó hasta el tocador de Mary Jane. Le temblaban las manos y el corazón parecía querer escapar de su pecho. Sabía que no estaba bien lo que hacía, pero un mal presentimiento la empujaba a ello. Necesitaba asegurarse y demostrarse a sí misma lo confundida que estaba, o no. De otro modo no se iba a quedar tranquila.

Abrió uno de los cajones que contenía algo de ropa interior, pañuelos y una caja de madera con bisagras doradas. La tapa estaba entreabierta y vio algunas joyas, piezas pequeñas, brillantes, pero no las tocó. Parecían falsas, aunque no quiso comprobarlo. Ya se estaba arriesgando demasiado solo por mirar algo que no le pertenecía.

El segundo cajón estaba más desordenado. Había papeles, entradas antiguas, una libreta con anotaciones...

—¿Qué estoy haciendo? —murmuró, deteniéndose frente al espejo —. ¿Te has vuelto loca? —se dijo, observándose.

La vergüenza le cayó de golpe y bajó la mirada, incapaz de sostenerse a sí misma, entonces descubrió que sobre la mesa, entre los frascos, había una pequeña bolsa de terciopelo azul.

La tomó con cuidado, sopesándola en la palma. Dentro había algo metálico.

Soltó el aire entre los dientes, despacio, y abrió la bolsa. No sabía identificarlo con certeza, pero era un reloj de oro. Si no era el de Christopher, se parecía demasiado.

Se quedó quieta durante unos minutos, con el corazón latiendo en sus sienes; después lo cerró con manos temblorosas y lo dejó exactamente donde estaba.

Christopher tenía que saberlo, aunque la culparan y el hecho de invadir una propiedad privada se volviera en su contra.

***

El despacho estaba en calma y solo se escuchaba el movimiento de papeles que Christopher revisaba; informes y cartas que había ido posponiendo. El ensayo había terminado y no se oía a nadie por el pasillo.

Alzó los ojos cuando sintió que el tirador de la puerta se movía.

Se sorprendió al ver entrar a Mary Jane con toda la naturalidad del mundo y cómo cerraba la puerta tras de sí, sin hacer ningún ruido. Llevaba el abrigo sobre el brazo y su cabello lucía impecable en un recogido alto.

—¿Necesitas algo? —preguntó él, sin levantarse.

—Solo un momento de tu tiempo —respondió, olvidando las formalidades—. Pensé que podríamos hablar a solas. —Christopher no respondió y se limitó a observarla con sorpresa. El tono de Mary Jane era suave, pero había algo en su mirada que lo incomodaba—. Estás muy tenso últimamente —continuó, dejando el abrigo sobre una silla—. Creo que quizá necesites... distracción.

Se apoyó en el borde de la mesa y su mano rozó los papeles,

como si no los viera. Luego, sin previo aviso, se llevó los dedos al broche del vestido y lo soltó. El tejido cayó con lentitud y se deslizó por sus hombros hasta quedar a la altura de la cintura. La piel cremosa de Mary Jane brilló bajo la luz de la lámpara.

Él se levantó de golpe.

—Mary Jane, no —dijo, cruzando el despacho en dos pasos—. No hagas esto.

No entendía por qué creía que quería su compañía. Hacía tiempo que no tenían una conversación que no girara en torno al trabajo. Tal vez pensaba que podía volver a intentar seducirlo, como cuando Anna la contrató, pero estaba equivocada. Lo que había sucedido entre ellos fue antes de que él supiera que ella solo se movía por interés.

Miró su rostro evitando bajar la vista sobre su cuerpo.

Mary Jane no ocupaba ningún lugar en su vida. Nunca había sentido por ella la ternura que le provocaba Melissa ni el impulso de protegerla, ni siquiera celos. ¿Por qué entonces estaba allí? ¿Qué pretendía?

Sus intereses no coincidían. Mientras a él nadie podía comprarlo, Mary Jane se vendía por una joya, por una mirada o por cualquier cosa que le asegurara ventaja. Y eso, por más que intentara ignorarlo, le repugnaba.

Ella lo observó sin moverse.

—¿Por qué no? No soy una niña y tú no eres de piedra.

Christopher le subió el vestido con firmeza y lo sujetó por los hombros.

—No te deseo, Mary Jane —dijo, mirándola a los ojos—. No deberías haber entrado aquí. Esto no está bien.

—¿No está bien? ¿Por qué me humillas de esta manera, Christopher? ¿Es porque prefieres a esa zorra de Melissa? Dime,

¿qué es lo que ella te da que yo no pueda otorgarte? —respondió con rabia, intentando abrazarlo.

—Sal de mi despacho. Ahora.

Nada más decir aquello, la puerta se abrió nuevamente y apareció Melissa. Ella se quedó inmóvil en el umbral, recorriendo la escena con sus ojos color miel. Su silencio fue más cruel que cualquier palabra.

La joven no sabía cuánto tiempo llevaba allí, pero sí lo suficiente para ver lo que no quería. Christopher estaba demasiado cerca de Mary Jane y la sujetaba por los hombros, agarrando su vestido. Ella tenía las mejillas encendidas. Ambos la miraban; él, con los ojos muy abiertos, como si no supiera cómo explicarlo; y ella, con una sonrisa venenosa llena de triunfo.

Con un ligero movimiento de cabeza Melissa se dio la vuelta y caminó por el pasillo sin mirar atrás. Deseaba correr, gritar, golpear algo, pero no hizo nada de eso. Había confiado en Christopher y él le había fallado como habían hecho sus padres, y su hermana y... otros tantos.

Se pasó la mano sobre los ojos borrando las malditas lágrimas que escapaban sin control.

Le había creído porque lo amaba, pero aquella traición era peor. Le había hecho pensar que ella era distinta, que era la excepción y que él no era como todos los demás. Y sin embargo ahí estaba, con Mary Jane.

Continuó caminando, pasó por los camerinos, cruzó el vestíbulo y accedió a la puerta trasera. No sabía adónde iba, solo entendía que ahora no podía quedarse ni mirarlos a la cara.

La puerta se cerró tras ella con un leve chasquido, pero el golpe que dejó en su pecho fue más fuerte que cualquier portazo.

Simon se quedó estupefacto. Melissa había pasado por delante de

él sin verlo. Llevaba los labios apretados, caminaba deprisa y las lágrimas le marcaban las mejillas.

Se detuvo preocupado, ya que imaginaba que había pasado algo grave, y no sabía si seguirla o dejarla marchar. Pero antes de poder decidirse, un grito que venía del despacho de Christopher rompió la calma. Giró la cabeza y escuchó otro grito y la voz cortante y seca de su amigo. Intrigado, se acercó unos pasos, dudando. No quería entrometerse, pero tampoco podía ignorarlo.

La puerta se abrió de golpe y Mary Jane salió con el rostro encendido mientras se abrochaba el vestido con movimientos torpes. El broche se le resistía y lo ajustó mal, pero no volvió a tocarlo. Caminó unos metros y se detuvo frente a él, sorprendida. Ella también tenía los ojos llenos de lágrimas.

Sintió una punzada en el estómago y, sin decir nada, sostuvo su mirada esperando que ella dijera algo. En cambio, la mujer bajó la vista, respirando con dificultad durante unos segundos, y luego siguió su camino sin volver a mirarlo.

Él no sabía qué había pasado, pero no necesitaba detalles. Ella era capaz de hacer cualquier cosa cuando quería algo, e imaginaba que había ido a buscar a Christopher y no precisamente para hablar de trabajo.

Y aun así, él la deseaba. Esa era la parte que más le dolía, seguir enamorado de una mujer así.

Se quedó allí con la rabia clavada en el pecho. Una rabia que iba dirigida contra ella, contra Christopher y contra él mismo. Porque no podía dejar de sentir lo que sentía, aunque supiera que no debía.

Capítulo 28

Christopher había salido del teatro a la carrera, sin importar si alguien lo veía o no, y logró dar alcance a Melissa antes de llegar a la pensión.

La llamó varias veces y varias veces ella lo ignoró, aunque en una de ellas giró apenas la cabeza, lo miró con ojos enrojecidos y siguió caminando. Christopher la sujetó por el brazo. No pensaba dejarla marchar sin explicarle antes lo ocurrido.

—Déjame que te hable. No es lo que parece, Melissa.

—Ah, ¿no? —Ella se paró. La expresión de su rostro no era de celos ni de rabia, era mucho peor. Era de decepción absoluta—. ¿Y qué parece, Christopher? —preguntó, con voz baja, desprendiéndose de su agarre.

—Mary Jane entró sin avisar... y empezó a desnudarse. Yo la detuve y le pedí que se fuera.

—¿Quitándole el vestido?

—¡No! —Sacudió la cabeza con fuerza—. Intentaba que se lo pusiera. Melissa, no la deseo, te lo prometo. No quiero nada con ella. Debes creerme... no significa nada para mí.

—¿Y yo? —susurró, enfrentándole con ojos fríos como témpanos

—. ¿A mí me querías? ¿O también fui parte del juego?

—No —dijo, con el corazón en la garganta—. No hay ningún juego. Te amo y eres lo único que me importa en la vida.

—¿Eso también se lo has dicho a ella?

—Entre Mary Jane y yo no hay nada —insistió.

—¿De verdad crees que basta con decir que no la deseas? ¿Crees que eso me consuela después de todo lo que has hecho? —Christopher intentó acercarse, pero ella dio un paso atrás—. Si me hubieras querido como dices, habrías hablado esta mañana cuando todos me miraban como si fuera una ladrona. Pudiste decir algo, lo que fuera. —Él abrió la boca, pero no logró articular palabra—. No fuiste al periódico ni corregiste el borrador. Dejaste que Anna eliminara mi nombre y que nadie lo notara. ¿Sabes lo que eso significa para mí? ¿Sabes lo que me ha costado llegar hasta aquí? —Quiso tocarle el brazo, pero ella lo apartó—. Y luego te vi con ella y no hiciste nada. No dijiste nada. Me viste marcharme con lágrimas en los ojos y ni siquiera te moviste. ¿Qué esperabas? ¿Que me quedara aguardando a que te decidieras a hablar?

Christopher tragó saliva sin saber cómo sostenerle la mirada. Melissa estaba muy enfadada y lo comprendía, porque de haber sido al contario, tal vez habría actuado del mismo modo. Pero ahora lo único que necesitaba era que ella entendiera que la amaba.

—Por favor, escucha...

—Si yo te importara —siguió diciendo, apretando los puños con fuerza contra su abrigo. Lo miraba con los ojos húmedos, pero ya no lloraba—, no me habrías hecho sentir sola. No me habrías dejado en medio de ese teatro, rodeada de cuchicheos, sin nadie que me defendiera. Ni siquiera tú.

Él no pudo responder porque todo lo que dijera sonaría a excusas y Melissa no las quería. Ella quería lo que él acababa de romper.

—Melissa... —imploró.

—No me sigas —dijo, sacudiendo la cabeza—. No me busques y no me des explicaciones. —Alzó el mentón con orgullo—. Y no me mires como si aún tuvieras derechos, porque no los tienes.

Con una última mirada, la joven giró sobre sus talones y se marchó muy altanera.

Christopher la vio alejarse con el paso firme y la espalda erguida. Podía haberla seguido y hacerla entrar en razón, pero por algún motivo comprendió que acababa de perder algo que no iba a poder recuperar solo con palabras: su amor y su confianza.

No supo en qué momento empezó a caminar. Bajó por la calle sin mirar a nadie, cruzó la plaza con los árboles desnudos y las farolas encendidas, pasó junto a los escaparates apagados y siguió andando mientras el aire frío le cortaba la cara y le entumecía los dedos. No podía pensar en nada que no fuera ella.

Melissa le había dicho la verdad sin gritar, sin llorar y sin pedir explicaciones. Le había mostrado todo lo que él no había querido ver, todo lo que había ignorado por comodidad. No había hecho nada más que quedarse callado, esperando que el tiempo lo arreglara todo.

Repasó lo que acababa de reprocharle y no pudo negarle la razón. Se había comportado como un imbécil.

Llegó a su apartamento sin saber cómo. Bajó las escaleras y se encerró en su habitación. Se sentó en el borde de la cama con las manos sobre las rodillas. El silencio era absoluto. Ni siquiera los sonidos de la calle lograban atravesar el muro que Melissa había levantado entre ellos. Uno que él sabía que no tenía derecho a derribar.

***

Martha y Ophelia estaban en el comedor. Melissa había subido directamente al dormitorio porque no tenía el valor de ver a nadie en ese momento, mucho menos a ellas. Era consciente que, de notarla así, iban a preocuparse, y ella no tenía ganas de hablar.

No sabía qué dolía más, si la imagen de Mary Jane medio desnuda en su despacho o la expresión de Christopher al verla a ella. Él decía que no era lo que parecía y era posible que no mintiera, pero eso había sido la gota que colmó el vaso.

Se llevó las manos a la cara y se limpió las lágrimas. Ya no iba a llorar más. Su hermana Violet le había dicho una vez que las lágrimas eran para quienes tenían esperanzas. Y Melissa, en ese momento, solo tenía el vacío.

Se le pasó por la cabeza marcharse con John y dejar la compañía. Irse sin dar ninguna clase de explicación a nadie. Pero no sabía si por orgullo o rabia, o porque pensar que no volvería a ver a Christopher le partía el alma, desechó ese pensamiento.

Cerró los ojos y respiró hondo. No podía tomar decisiones en ese estado. Tenía que entender qué era lo que realmente sentía y por qué él actuaba así.

***

Anna recordó que había dejado la diadema de flores sobre la mesa de Melissa en el camerino y la necesitaba para el ensayo general del día siguiente. No tenía intención de improvisar otra y debía guardarla antes de que Emily la extraviara en alguno de los baúles, creyendo que sería de las bailarinas de relleno. El ensayo había terminado hacía más de una hora y la mayoría de los artistas ya se habían marchado.

Al llegar empujó la puerta con suavidad. La lámpara de gas

proyectaba una luz tibia y vacilante sobre los frascos de perfume, que brillaban con reflejos dorados. Los retales de tul colgados en los respaldos dibujaban sombras suaves en la pared, y el aire olía a polvo, a maquillaje y a algo dulzón que no lograba identificar. Afuera ya era noche cerrada, y el cristal empañado de la ventana apenas dejaba pasar el reflejo de una farola encendida en la calle.

La diadema seguía allí. La tomó con cuidado, pero al moverla algo cayó al suelo con un sonido metálico. Se agachó a recogerlo y, movida por la curiosidad, observó el interior de la bolsa. Reconoció enseguida el reloj de su difunto esposo.

Ahogando una exclamación lo deslizó en el bolsillo de su chaqueta y miró alrededor. El camerino era compartido, pero Melissa lo usaba más que nadie. Lo sabía porque a veces la había visto quedarse hasta tarde ensayando.

Era extraño que el reloj apareciera allí. Si ella lo había robado, lo más inteligente habría sido llevárselo, no dejarlo sobre su tocador donde cualquiera podría verlo.

Salió del camerino muy pensativa, con la diadema en la mano. Pensó en devolvérselo a Christopher y que el asunto quedara zanjado de una vez por todas, pero al dirigirse hacia el despacho cambió de opinión. No conocía a Melissa bien del todo; sin embargo, no la veía como una ladrona. Al menos no como una ladrona ignorante y torpe.

¿Quién podía odiarla tanto para querer acusarla?

La respuesta era sencilla. Mary Jane. Ella sí que tenía motivos, sobre todo después de tantas veces que la había amenazado con darle el papel principal a Melissa. Muerto el perro, se acabó la rabia. Eso era lo que debió de pensar. Aun así no tenía pruebas que lo confirmaran y debía conseguirlas antes de poner las cartas sobre la mesa.

Pasó toda la noche evaluando la manera de encarar a Mary Jane, pues no era fácil para ella admitir que alguien de la compañía hubiera sido capaz de caer tan bajo para menospreciar a una compañera, o incluso hacer que la despidieran.

Al día siguiente, poco antes de empezar el ensayo, Anna mandó llamar a Mary Jane. La esperaba junto al piano con los brazos cruzados. Estaban solas, ya que Emily se había quedado en la puerta prohibiendo el paso al resto de bailarines y a los músicos.

—¿Quería verme, señora Storm?

—Sí. Siéntate.

—Prefiero quedarme en pie —contestó, elevando el mentón.

—Como quieras. Encontré el reloj —dijo Anna, sin rodeos—. Estaba en el camerino, en el tocador de Melissa.

Mary Jane ni siquiera fingió sorprenderse. Solo sonrió levemente.

—Entonces apareció el culpable.

—Creo que no —contestó Anna, mirándola fijo. Trataba de leer en sus gestos algo que la llevara a la verdad, pero en realidad no le hacía falta. Solo debía apretarla un poco para que soltara su lengua de víbora—. O tal vez sí.

Mary Jane frunció el ceño y negó con la cabeza.

—¡No lo puedo creer! ¿Piensa que fui yo?

Anna se arriesgó. Si luego resultaba estar confundida, le pediría perdón.

—No lo creo. Lo sé. —Mary Jane se quedó muda. Sin duda no habría esperado un ataque tan directo y eso la desarmó—. ¿Por qué? —preguntó Anna dando un paso hacia adelante—. ¿Qué necesidad tenías de hacerlo? Y no se te ocurra mentirme porque nos conocemos muy bien.

—¿Quién se lo ha dicho? ¿Emily?

—¡Qué importa quién fuera! Es lo más estúpido que has hecho

hasta ahora. —Anna suspiró—. Si no sabes hacer las cosas bien, no las hagas, pero cualquiera con dos dedos de frente se habría dado cuenta de que el reloj estaba allí solo para acusarla. Melissa puede ser muy inocente, pero no es tonta.

Mary Jane bajó la mirada, cansada de seguir fingiendo. La idea de ponerlo en el tocador de Melissa había sido de Emily. Había esperado a que abandonara el camerino para colocarlo allí, junto a la diadema. De lo que no había estado segura era de que Anna lo encontraría, pues perfectamente podía haberle dicho a la asistente que fuera a buscarla. Entonces Emily lo habría gritado a los cuatro vientos.

—¡Sí, fui yo! ¡Porque estoy harta! —gritó—. Porque todo gira en torno a ella. Porque Christopher la mira como nunca me ha mirado a mí, y... usted la defiende, y... todos la admiran. Ella no ha tenido que arrastrarse como yo.

—¿Eso justifica que la acuses de robo? —La miraba con incredulidad y rabia.

—No —admitió Mary Jane—. Pero no me importa lo que piensen ni lo que digan. Solo quería que sintiera lo que yo siento cada vez que la veo entrar y Christopher la devora con los ojos. Sé que son amantes.

Anna se quedó inmóvil y hasta el aire pareció detenerse a su alrededor.

—¿Cómo sabes eso? No fueron más que rumores en Edimburgo.

Mary Jane soltó una carcajada carente de diversión.

—Porque no soy ciega. Sé que se quedan algunas tardes y ensayan juntos aquí, en el teatro. ¡He seguido a Melissa más de una vez! No me trate como si estuviera mintiendo o fuera una loca que me invento las cosas.

Anna tomó la carpeta que estaba abierta sobre el piano y la cerró

con fuerza. ¿Christopher y Melissa, juntos? Debió luchar con todas sus fuerzas por mantener la compostura.

—Estás despedida, Mary Jane.

La joven no se movió y se cruzó de brazos.

—¿Así? ¿Sin más? Debe de ser una broma.

—Sin más. De no ser que quieras montar un escándalo, claro. —Anna ladeó la cabeza, enfadada—. Aquí no tendrás una segunda oportunidad.

—¿Y Melissa?

—Melissa seguirá porque no ha hecho nada. —Se dirigió hacia la puerta hablando sobre el hombro—. Ella ha soportado más de lo que tú podrías y no necesita hundir a nadie para brillar. Por cierto —se giró a mirarla con desdén desde el quicio—, llévate a Emily contigo.

Mary Jane apretó los labios con fuerza.

—¡No me hace falta esta compañía para continuar bailando! ¿Me oye? ¡Yo soy la solista! ¡Soy la Sylphide!

Sin mirar atrás y sin saber si ella podía escucharla, Anna susurró:

—Ya no eres nada.

Capítulo 29

Christopher llevaba todo el día encerrado en su apartamento. Ni siquiera se había molestado en vestirse. Solo llevaba un pantalón de algodón holgado y un corto batín de seda azul por encima. La noche anterior había bebido lo suficiente como para terminar dormido en el sofá, pero se había despertado cuando el frío que se colaba por cada rendija de puertas y ventanas le tocó el cuerpo.

No sabía qué hora era ni si era de día o de noche. Apenas entraba luz por las altas ventanas y llovía como si el cielo le hubiera declarado la guerra a la tierra.

Nunca se había sentido tan decaído y triste. Era como si alguien lo hubiera vaciado por dentro con una pala y todos sus músculos se negaran a reaccionar.

No podía moverse —tampoco lo había intentado—. Estaba sentado frente a la chimenea, que se había obligado a encender, y solo era capaz de mirar el baile de las llamas y cómo cambiaban de tonalidad entre el rojo, el naranja y el amarillo.

Llamaron a la puerta; sin embargo, no se movió del sitio. Anna y Simon eran perfectamente capaces de hacerse cargo de todo sin necesidad de que él interviniera.

Los golpes se volvieron más insistentes.

—Christopher, abre. Sé que estás ahí.

Era la voz de Simon.

Miró hacia la puerta con desgana y recostó la cabeza en el respaldo del sillón. Cerró los ojos.

—Christopher, si no abres pensaré que te ha pasado algo y tiraré la puerta abajo.

Casi deseaba que lo hiciera, así no tendría que levantarse a abrir.

Su amigo continuó llamando con más fuerza, y Christopher, soltando un suspiro de fastidio, se levantó. Arrastrando los pies, abrió.

Simon lo observó de arriba abajo. Con él traía el aroma de madera y tabaco.

—¿Puedo entrar? —preguntó, con el ceño fruncido.

Christopher asintió y regresó al sillón. Simon cerró la puerta y lo siguió.

—Siéntate si quieres —dijo con voz ronca y áspera, como si en todo el tiempo que llevaba solo se le hubiera olvidado hablar.

—¿Qué pasó ayer con Melissa y Mary Jane?

—No tengo ganas de hablar de eso ahora.

Simon apartó unos cojines del sofá y se sentó en el borde, con las piernas ligeramente entreabiertas y las manos sobre las rodillas.

—Necesito que me lo cuentes. ¿Qué has hecho?

—Lo peor —respondió, otra vez sumergido en la danza del fuego —. Melissa me vio con Mary Jane en el despacho en el momento más pésimo posible.

Simon tenía los ojos clavados en él.

—Sé más explícito, Christopher.

—Mary Jane pensó que necesitaba compañía y se desnudó. La detuve y le pedí que se fuera, pero entonces entró Melissa y lo que

vio... no hay forma de explicarlo sin que suene a mentira.

Simon se levantó y se sirvió un vaso de whisky. Le ofreció, pero Christopher lo rechazó.

—¿Y ahora qué? —preguntó, quedándose de pie, mirándolo fijamente—. ¿Se marcha de la compañía?

El corazón le dio un vuelco al escuchar esas palabras.

—No lo sé. Me ha dicho que no la busque, ni la mire ni me dirija a ella.

—¿Y tú vas a hacerle caso?

—No quiero hacerle más daño —respondió.

Simon continuó observándolo, pero Christopher no se atrevía a mirarlo. Le costaba levantar la cabeza. Estaba tan cansado que se habría echado una manta por encima y habría cerrado los ojos para dormir. Solo así era capaz de sacarse de la cabeza todo lo que había ocurrido.

—Christopher, tú no eres un santo, pero tampoco eres un cobarde. Si la amas, no puedes dejar que esto sea el final.

—Creo que lo es, amigo. Ella tiene razón en todo lo que dijo. No solo fue por encontrarse a Mary Jane conmigo en el despacho. Eso fue lo que lo detonó todo. Pero ella está resentida, porque por no querer mezclar los negocios con el placer, he permitido cosas que no debería haber hecho nunca.

—¿Te ha exigido el papel principal?

Christopher negó con la cabeza.

—No. Me echó en cara bastantes cosas, pero no esa. Corrió el rumor de que fue ella quien robó el reloj y yo... ni lo admití ni lo desmentí, simplemente ignoré el tema. —Alzó los ojos hacia él—. Tenía que haberla defendido y no lo hice. —Al verle sostener la copa en la mano sintió cómo la boca se le secaba. Necesitaba beber lo que fuera—. ¿Me puedes servir uno? He cambiado de opinión.

Simon se volvió hacia la licorera, dejó su vaso en la mesa y, cogiendo otro, lo llenó. Después se lo entregó.

—Estando tan seguro de que no era ella, sí, debiste hacerlo. —No hacía falta que él también se lo reprochara, pero en realidad tampoco le importaba. Ese día, cualquier cosa que le dijeran le resbalaba como las gotas de lluvia sobre el tejado—. Todavía puedes enmendarlo. Reúnelos a todos y habla con ellos, y haz que la persona que difundió el rumor pague por ello.

—Si eso pudiera cambiar las cosas...

—Tal vez no lo haga, pero Melissa te lo agradecerá. —Simon se sentó en el sofá y dejó su vaso sobre la pequeña mesa de té—. ¡Joder, Christopher, eres el dueño! Estás para lo bueno y para lo malo, e independientemente de lo que signifique Melissa para ti, no deja de ser tu empleada. ¿Es que no tiene derecho a la presunción de inocencia?

—¡Sí que lo tiene! —dijo alzando la voz—. Pero eso tenía que haberlo hecho ayer, se me tenía que haber ocurrido a mí. Sin embargo... simplemente me callé sin pensar en las consecuencias, y tuvo que ser ella quien me lo dijera.

Simon guardó silencio durante unos minutos, luego volvió a tomar su vaso y lo miró, asintiendo varias veces con la cabeza.

—Dale tiempo, pero no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy. Demuéstrale que la amas.

—¿Cómo? —Su voz salió desesperada—. No quiere que me acerque a ella.

—Seguro que encuentras el modo. Sé paciente.

Tenía dos opciones, por poco que le gustaran. Olvidarse de Melissa, lo cual era imposible —era más fácil cruzar el océano a nado —, o hacerle caso a Simon y caminar despacio.

***

La lluvia había cesado, pero el aire seguía húmedo.

Pocas veces iba Anna a la pensión, de no ser que tuviera algo importante que decir. Aquel día podía haber esperado a que comenzaran los ensayos, pero tenía que hablar con Melissa y no quería que nadie estuviera presente ni la escuchara a hurtadillas.

No era habitual en ella tener conversaciones privadas fuera del teatro; sin embargo, aquella vez la paciencia no la acompañaba, y lo que tenía que decir era demasiado importante como para esperar a que Melissa acudiera a los ensayos.

La señora Grant la saludó nada más entrar. Había hablado con ella en contadas ocasiones, pues Anna era una persona poco sociable. No le gustaba la gente ni los cotilleos. Prefería disfrutar de su soledad con una buena copa de vino o acudir a eventos como ópera, ballet o conciertos, y por lo general siempre iba sola. En su juventud, cuando aún era bailarina y compartía vida con sus compañeras, se parecía más a Mary Jane en su forma de ser, aunque nunca fue una egoísta que buscaba —o se arrastraba— para conseguir algo. Poseía la gracia y el don y adoraba ser la solista y que todos la admiraran.

—La señorita Lockwood se aloja en el segundo piso. La tercera puerta a la izquierda —le informó la mujer.

Anna le dio las gracias y subió las escaleras. El pasillo olía a jabón barato y productos de limpieza.

Se detuvo frente a la puerta y, tras dudar unos segundos, llamó con los nudillos.

Melissa abrió y frunció el ceño al darse cuenta de quién era. Parecía cansada.

—Señora Storm —dijo, mirándola con incredulidad.

—Buenos días, señorita Lockwood. Necesito hablar con usted.

—Pase, por favor.

La habitación era amplia, aunque no para las tres camas que se alineaban contra la pared. Martha estaba sentada sobre una de ellas, desenredándose el cabello, y se levantó con prisa al verla.

—Buenos días, señora Storm.

Anna la saludó con un ligero movimiento de cabeza.

—¿Te importa dejarnos solas unos minutos? Será breve.

—Sí, claro. Iré al baño —dijo llevándose consigo el cepillo.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Melissa cuando la puerta se cerró.

—Sí —respondió Anna—. Pero no con la compañía. Estoy aquí para hablarte de mí. ¿Nos sentamos?

Melissa asintió y le ofreció la silla que estaba junto a la ventana. Ella se ubicó en el borde de la cama, con las manos entrelazadas sobre el regazo.

Anna miró el cielo gris durante unos segundos y luego a Melissa.

—No he venido a juzgarte ni a consolarte. Solo vengo a contarte algo que no suelo decir.

—Yo no robé el reloj, señora Storm. Se lo juro.

—Lo sé. Como también sé que eres la amante de Christopher. —Melissa sacudió la cabeza con la intención de negarlo, pero Anna no le permitió hablar—. Te conté que hace años, cuando aún bailaba, conocí a un hombre. Él no era del teatro, ni siquiera se movía en nuestro mundo. Era elegante, culto y muy atento. Me hizo sentir que podía tenerlo todo: la danza, el amor y la vida. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Me quedé embarazada y pensé que él lo entendería y que me apoyaría. Soñaba con casarme, criar a mi hijo y seguir bailando. Pero no lo hizo. —Negó con la cabeza—. Se marchó. Me dejó con una carta y una promesa que nunca cumplió. —Melissa no decía nada. Solo la miraba siguiendo atentamente el hilo de la

conversación—. Tuve que dejar la compañía. Mi cuerpo cambió y mi carrera se esfumó como el humo; y cuando quise volver, ya nada fue igual. Yo había cambiado por dentro y por fuera.

—Lo siento mucho, señora Storm, pero...

Anna fingió no escucharla. Se levantó y caminó despacio por la habitación.

—Conozco a Christopher y lo he visto crecer en este mundo. Lo he visto construir su lugar, pero también huir cuando las cosas se complican. Cuando la vida le exige más de lo que está dispuesto a dar.

Melissa bajó la mirada.

—¿Cree que me hará lo mismo que ese hombre le hizo a usted?

—Creo que puede hacerlo, pero no porque sea cruel, sino porque es débil y no sabe sostener lo que promete. Aún no ha aprendido a quedarse con lo que tiene. Ni siquiera sabe si eso es lo que quiere. —Anna se detuvo frente a ella—. No te estoy diciendo que lo dejes, solo que no lo pongas por encima de ti y que no le entregues todo sin saber si él sabrá sostenerlo.

—Señora Storm..., yo... —se interrumpió, sin saber qué decir. Pero no hacía falta que agregara nada, porque lo que decidiera de ahora en adelante era cosa suya. Anna solamente le había advertido que no era oro todo lo que relucía.

—Eres buena y fuerte. No permitas que te rompan por amor. —Anna se acercó a la ventana y miró la calle. Luego se giró—. El reloj ha aparecido y el culpable no está ya entre nosotros.

Melissa se levantó de un salto.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque lo encontré yo y la persona en cuestión me lo confesó.

—¿Entonces es cierto que ayer despidió a Mary Jane?

—Era lo más lógico, ¿no? —La miró intrigada—. Pero tú ya sabías

que había sido ella, ¿verdad?

Melissa asintió.

—Pero no tenía modo de defenderme, Emily solo me vio a mí entrar en el despacho y...

—Querida, Emily es la prima de Mary Jane. No podría haber dicho nunca otra cosa. —Sus palabras dejaron a Melissa con la boca entreabierta y los ojos muy grandes—. Algo más. A partir de ahora serás la Sylphide.

—¿Yo? —preguntó sorprendida.

—Pero hay una condición —añadió Anna. Melissa la miró—. Quiero que reflexiones sobre lo que te he dicho sobre Christopher y lo que puede hacerte. Debes pensarlo con frialdad, como si fueras otra. Como si fueras yo. —Anna se acercó un paso más—. Y si decides aceptar el papel, quiero que lo hagas sola, sin él. Porque si vas a ser la primera bailarina, no puedes bailar para nadie más que para ti. —Melissa la miró incapaz de dar una respuesta en ese momento. Anna se giró hacia la puerta y la abrió, pero antes de salir, se detuvo—. Tienes hasta mañana. Si aceptas, el papel es tuyo. Si no... seguirás siendo buena, pero no inolvidable. Hoy tómate el día libre.

Anna cerró la puerta despacio y salió de la pensión con el corazón latiendo con fuerza en el pecho. Esperaba que Melissa hubiera captado su mensaje y se apartara de Christopher. No le deseaba ningún mal a su hijo, pero temía que hubiera heredado los genes de su padre y arruinara la carrera de la joven.

Cuando Anna se marchó, la habitación se quedó en silencio. Melissa se sentó en el borde de la cama con las palabras de Anna aún flotando en el aire. «No pongas a Christopher por encima de ti».

Le dolía, porque la decisión era horrible y porque lo amaba con una intensidad que la asustaba. Pero también amaba la danza, el escenario, la sensación de volar sin alas y de contar historias con el

cuerpo. De ser otra y ella al mismo tiempo. Y ahora tenía que elegir entre cumplir la promesa que se había hecho para intentar recuperar a sus hermanas o seguir esperando a que él reaccionara, le pidiera perdón y le demostrara que sería capaz de luchar con uñas y dientes por ella.

Se levantó y caminó por la habitación. Abrió la ventana y el aire fresco le golpeó el rostro. Cerró los ojos.

La Sylphide.

El papel que todas soñaban y que Mary Jane había perdido, y que por una estupidez llamada «celos» ahora estaba al alcance de su mano. Pero únicamente si lo hacía sola, sin Christopher.

Se apoyó en el alféizar y miró el cielo. Solo había nubes grises y pesadas, pero intuía que aún podría haber esperanza y que lo único que debía hacer era esperar a que el tiempo decidiera por ella.

Capítulo 30

Melissa llegó al teatro mucho antes de que los demás lo hicieran y fue en busca de Anna a la sala de ensayos. Caminaba con el abrigo aún húmedo por la lluvia, el cuello levantado y los guantes apretados entre las manos. Esperaba no encontrarse a Christopher por el camino. No quería verlo.

Subió las escaleras con paso firme, escuchando tanto el sonido de sus pisadas como los latidos de su corazón. Estaba nerviosa y emocionada al mismo tiempo, porque sabía que ese momento podía cambiarlo todo.

El pasillo olía a madera barnizada, y las luces de gas proyectaban sombras largas sobre las paredes.

Anna estaba revisando anotaciones junto al piano, con el ceño ligeramente fruncido. Al verla entrar levantó la vista y la miró con un gesto que casi parecía amable.

—¿Has decidido? —preguntó.

Melissa asintió.

—Sí. Quiero el papel.

Anna cerró la carpeta con lentitud y se acercó a ella, observándola con atención. Luego le entregó el libreto y Melissa lo tomó con

ambas manos. Lo sostuvo unos segundos sin abrirlo, acostumbrándose a la idea de que ahora le pertenecía.

—Hoy utilizaremos el escenario antes de que comience el ensayo. Quiero ver lo que puedes hacer. Te espero dentro de cinco minutos.

Melissa salió corriendo hacia el camerino con el libreto apretado contra el pecho. Se cambió de ropa a toda prisa, se recogió el cabello con movimientos torpes, intentando sujetarlo mientras las manos le temblaban. Se puso las zapatillas. El espejo estaba empañado por el vapor, y al mirarse, apenas distinguió su reflejo, pero no le importó.

Ese día el teatro le parecía más grande. Las cortinas estaban abiertas; las lámparas, encendidas; y el telón recogido dejaba ver el fondo oscuro del escenario.

—Ubícate en el centro —le dijo Anna.

Melissa obedeció, y cuando se colocó en posición, cerró los ojos.

—Eres la Sylphide. Comienza cuando estés lista.

Al abrirlos de nuevo, vio que Anna se había sentado en la primera fila, con las manos cruzadas sobre el regazo y la mirada fija en ella.

La joven bailó, pero no lo hizo para nadie en particular. Lo hizo para sí misma y para recordar quién era.

Christopher no cruzó por el pasillo principal para no encontrarse con nadie ni tener que fingir que todo estaba bien. Subió por la escalera lateral que daba a su palco, desde donde podía ver el escenario sin ser visto. Se apoyó en la barandilla y esperó.

Melissa vestía de blanco. Tenía los brazos suspendidos en el aire y la espalda recta; y aunque no había música, su cuerpo se movía con una familiaridad que dolía.

La contemplaba en silencio, y supo que lo que antes compartían ya no estaba en ella.

La vio elevarse en un salto, ligera y etérea, ajena al suelo y fuera

del alcance del mundo. Él se quedó allí, sin moverse hasta que terminó. Luego bajó por la misma escalera, intentando no cruzarse con nadie, pero los bailarines habían comenzado a llegar y fue difícil hacerse invisible —por no decir imposible—.

Respondió el saludo de algunos y se encerró en el despacho. Necesitaba distraerse, aunque fuera con tareas sencillas. Encendió la lámpara de gas, se quitó la chaqueta y se sentó frente al escritorio. Abrió el libro de reservas del fin de semana y empezó a repasar los nombres con desgana, pasando la vista por cada fila sin detenerse demasiado. Pero frunció el ceño al ver a nombre de Arthur Talbot las tres butacas de la tercera fila. Habían tenido más de una representación desde que inauguraron el teatro, pero nadie había ocupado esos sillones todavía.

El nombre no le era del todo desconocido. Simon lo había mencionado en una conversación en la que no había prestado demasiada atención. En ese momento no le había dado importancia, pero ahora, al leerlo en el libro de reservas, recordó que había visto ese nombre en el edificio de oficinas que quedaba a dos calles del teatro, justo frente a la tienda de instrumentos.

Se quedó mirando el nombre sin saber por qué le inquietaba. Talbot no era un crítico ni un empresario teatral y no aparecía en los círculos habituales. Y sin embargo, había reservado tres butacas en una posición privilegiada, justo en el centro, donde la Sylphide se vería con claridad.

Cerró el libro con lentitud y se recostó en la silla.

El ensayo terminó, y Melissa se quedó unos minutos más en el escenario, con el cuerpo todavía temblando y la respiración agitada. Anna se había marchado, no sin antes decir que iba a dar la noticia en la sala del segundo piso, aunque algunos ya se habían enterado,

pues al ver que ni ella ni la señora Storm se habían presentado todavía, decidieron buscarlas.

Habían llegado casi al final, justo a tiempo para ver a Melissa bailar el papel que hasta entonces había sido de Mary Jane, y opinaban que no había nadie mejor que ella para interpretarlo.

Martha y Ophelia habían sido las primeras en acudir, pues Melissa les había confesado la noche anterior su decisión de aceptarlo, después de tener que contarles lo ocurrido con Christopher y la proposición de Anna.

Ambas muchachas se habían portado bien con ella. Habían sido discretas, evitando decirle que ya se lo habían advertido y que enamorarse del dueño de la compañía no había sido lo más acertado. Melissa les agradecía en silencio esa delicadeza.

Al salir del escenario para dirigirse a la segunda planta, sus amigas le salieron al paso. Martha la abrazó con fuerza, sin dejar que terminara de subir el primer escalón.

—¿Entonces ahora, oficialmente eres la primera bailarina? —preguntó, apretándola con entusiasmo.

—Sí —respondió Melissa, sin dejar de sonreír.

Ophelia se inclinó hacia su oído.

—El señor Holt te estaba mirando desde su palco.

Melissa levantó los ojos de forma inevitable. Todo estaba en sombras y no podía ver nada. El palco parecía vacío, como si nunca hubiera estado ocupado.

—Se fue justo después de que terminaste —añadió Martha, también en voz baja.

El corazón le latió más rápido de lo que debía. Así que él ya sabía que ella sería solista. Respiró hondo y agradeció no haberlo visto. También que no la hubiera buscado.

Pero había estado allí y Melissa no sabía qué pensar. Podía ser que

lo hiciera simplemente por curiosidad. Se apoyó en la pared, cerró los ojos y dejó que el aire frío del pasillo le calmara la frente.

—¿Mel, estás bien? —preguntó Martha, preocupada.

Ella asintió, sin abrir los ojos.

—Solo trato de ignorar lo que mi cuerpo me pide ahora mismo.

Ophelia arqueó las cejas y la agarró del brazo para que siguiera caminando.

—¿Qué te pide? —inquirió Martha.

Melissa abrió los ojos y bajó la mirada.

—Correr tras él y preguntarle si me ama de verdad.

Ophelia le pasó un brazo sobre los hombros, con ternura.

—Esa respuesta llegará, ya lo verás.

Una tarde, Melissa fue a ver a Arthur Talbot. Le pidió que entregara tres entradas en el orfanato a nombre de sus hermanas. No sabía si alguna pasaría por allí, pero quería que estuvieran disponibles, por si acaso.

La noche de la función llegó sin que ella tuviera tiempo de pensarlo demasiado. Había ensayado tanto que los nervios se le mezclaban con el cansancio. Era su primera vez como solista, y aunque todos la miraban como si ese lugar le perteneciera desde siempre, ella no terminaba de creérselo.

El telón bajó despacio; el teatro le concedía unos segundos más. El último acorde seguía flotando y ella permanecía en el centro, con los brazos abiertos y el pecho alzado, aún suspendida en el aire, sin haber regresado del todo.

Y entonces empezó. Primero una fila, luego otra y después todas. El público se levantó como si alguien hubiera dado la señal, con aplausos y gritos.

Melissa no se movió. Sentía que aquello no era real. Había

imaginado ese momento muchas veces, pero ahora que estaba allí, no sabía cómo sostenerlo.

Sonrió, inclinó la cabeza, dio un paso adelante y saludó. Su vista se fue directamente hacia el patio de butacas y tragó con dificultad al ver los asientos de sus hermanas vacíos. Se dijo que todavía era pronto y que no debía perder la esperanza.

John se acercó a ella y sostuvo su mano con fuerza. La ovación se intensificó y el teatro pareció temblar de arriba abajo. Se quedaron unos segundos más, sonrieron y se retiraron.

***

Intentaba no pensar en él, pero era imposible. Estaba en su teatro, en su compañía de ballet. A veces lo veía de lejos en los pasillos, olía el rastro del perfume que dejaba al pasar, escuchaba su voz desde el despacho, incluso sentía cómo la miraba cuando creía que ella no lo veía.

Era difícil vivir así. Y aunque Melissa estaba feliz con su nuevo papel, lo echaba en falta.

La tristeza se había convertido en su nueva compañera de dormitorio, y la joven la odiaba con todo su ser, porque poco a poco la consumía y parecía que se burlaba de ella. Lo peor de todo era que Christopher hacía exactamente lo que ella le había pedido: ni la buscaba ni le hablaba.

Ahora que Mary Jane no estaba, John había decidido quedarse y eran pareja de baile. Se compenetraban bien, y cuando actuaban, Melissa imaginaba que era con Christopher con quien lo hacía. Pero sabía que no era él porque los observaba desde el palco, en el rincón más oscuro de todo el Alhambra.

Cuando salía al escenario se dejaba llevar por su personaje. Su

nombre aparecía en los periódicos con letras bien grandes y llamativas, y las invitaciones a fiestas y eventos llegaban con frecuencia. Nunca asistía, aunque John trataba de convencerla. No es que no lo hacía por inseguridad ni por falta de carácter; simplemente prefería evitar encontrarse con Christopher o con Simon, ya que hubiera sido demasiado incómodo para todos.

No sabía si llegaría a acostumbrarse a todo eso: a las felicitaciones, a los halagos y a ver tantos ramos de flores en su camerino después de cada representación.

Elizabeth, la nueva asistente, era quien leía las tarjetas ahora, y todas las muchachas soltaban risillas emocionadas, sobre todo cuando ella señalaba al ramo más grande, el que era de alguien que Melissa había conocido en París y que llegaba sin nombre. Al principio era ese el que subía a su habitación, pero unas semanas atrás había dejado de hacerlo y lo dejaba con todos los demás en el vestíbulo de la señora Grant.

El tiempo pasaba muy rápido y muy despacio a la vez. Se preguntaba qué ocurriría cuando llegara el momento de su última danza. ¿Volvería a ver a Christopher alguna vez después de eso?

De solo pensarlo se le rompía el corazón, y su nueva amiga, *tristeza*, la que se sentaba en silencio junto a ella, la envolvía en sus brazos como si no quisiera soltarla nunca.

Era como si su vida se hubiera parado de repente y el vacío la matara poco a poco. Las noches eran peores, porque de nuevo lo recordaba todo. Y dolía.

Esa tarde, la señora Grant había subido a su dormitorio y le había entregado una carta. Nada más abrir el sobre reconoció la letra y su corazón se saltó varios latidos.

Se sentó junto a la ventana en busca de la luz natural.

Mi querida Sylphide,

No sé si leerás esto. No sé si lo guardarás, si lo romperás o si lo dejarás olvidado en un cajón. Pero necesito escribirlo, no para que me perdones ni para que vuelvas, solo para que sepas.

Para que no te quedes con la versión que viste ni con la que otros te han podido contar.

Mary Jane entró en mi despacho sin avisar. Se desnudó. Me sorprendió. Me enfadó y me confundió. Pero no la toqué ni la busqué; y cuando intenté detenerla, entraste tú.

Sé que lo que viste fue suficiente para romper lo que habíamos construido. No te culpo. Yo habría pensado lo mismo.

Pero lo que más me duele es haber terminado de esta manera. No me diste tiempo ni oportunidad para enmendar mis errores ni para poder explicarte. Tiempo para defenderte. Para proteger lo que teníamos.

Te dije que te amaba y lo decía en serio. Lo decía de corazón. Pero ahora sé que una promesa no basta y que el amor no se sostiene solo con palabras.

Anoche te vi bailar como nunca antes lo habías hecho. Como si el dolor te hubiera dado alas y tu herida se hubiera convertido en fuerza. Y me he dado cuenta de que quizá estás mejor sin mí. De que ya no me necesitas.

Pero yo sí.

No para salvarme ni consolarme, sino para recordarme quién era cuando estaba contigo.

Si decides no perdonarme, lo entenderé. Si decides que tu camino no me incluye, lo aceptaré. Pero si queda algo...,

aunque sea una chispa..., aunque sea una duda..., entonces esta carta es para eso.

Para que sepas que aún estoy aquí. Esperándote.

Siempre tuyo.

Christopher

Leyó la carta dos veces, despacio. Luego una tercera. Dentro de ella su alma se movió como una tormenta en medio del océano.

¿Y si aún había algo que salvar? ¿Y si Anna no llevaba razón y en esta ocasión él sabía perfectamente lo que quería?

No rompió la carta ni la respondió. La dobló y la guardó en el cajón, igual que si fuera una puerta entreabierta. Por si acaso.

Capítulo 31

El teatro estaba casi vacío y las luces comenzaban a apagarse poco a poco. Melissa caminaba por el pasillo lateral hacia el camerino. En esa ocasión tampoco nadie había ocupado las butacas de la tercera fila y se sintió decepcionada de nuevo. Había pensado que una vez que se hiciera famosa, sería fácil cumplir su objetivo, pero habían pasado varios meses desde que empezó como solista y sus hermanas no habían aparecido.

Al doblar la esquina vio a Christopher. Estaba de pie junto a la puerta, con las manos en los bolsillos y la mirada baja. El abrigo oscuro le caía con elegancia sobre los hombros, y el gesto serio le marcaba la mandíbula. No parecía nervioso, pero tampoco seguro.

Melissa se detuvo sin decir nada. Él estaba justo en medio y no había ningún otro sitio por dónde pasar. Entonces Christopher levantó la cabeza y la miró.

—¿Podemos hablar un momento? —preguntó él.

Melissa sintió que estaba a punto de desmoronarse. Verlo allí, tan guapo, vestido de oscuro, con esa expresión que no sabía si era arrepentimiento o deseo la hizo temblar por dentro. El corazón le dio un vuelco, pero logró asentir.

—Sí, claro —respondió.

—Esta noche has bailado como si el mundo no pudiera tocarte.

—Quizá ya no puede —dijo ella, sin apartar la mirada.

—¿Y yo?

Melissa se pasó la lengua por el labio, nerviosa.

—Tú fuiste parte de lo que me hizo volar, pero también de lo que me hizo caer.

—Lo sé.

—¿Por qué estás aquí?

—Dime que no me amas, que ya no piensas en mí nunca y me haré a la idea de que lo nuestro está roto para siempre. Pero necesito oírtelo decir.

Melissa lo miró con cautela. No quería hacerle daño, pero tampoco permitir que él se lo hiciera a ella.

—¿Y si ya no siento nada por ti?

Las palabras le dolieron incluso a ella. No eran ciertas, pero necesitaba saber hasta dónde él estaba dispuesto a llegar.

—Entonces me quedaré fuera —respondió él, sin moverse.

Ella dio un paso hacia adelante.

—No sé si puedo volver a confiar —dijo, temerosa de que él aceptara sus palabras y saliera de su vida, esta vez para siempre.

—Entonces déjame demostrarlo.

Melissa vio el temblor en sus manos, el brillo de angustia en sus ojos oscuros. Aún le dolía lo que había hecho y lo que no, pero también supo que seguía importándole tanto o más que antes. Recordó las palabras de Anna y aquella historia que le había contado con voz rota.

—¿Qué puedes hacer ahora que no hicieras antes? —preguntó.

—Lo que tú quieras.

Melissa ladeó la cabeza, buscando la verdad en sus ojos. Suspiró

hondo.

—Hay algo que debes saber —dijo, sin rodeos—. Anna me dio el papel, pero puso una condición.

Christopher pestañeó, sorprendido.

—¿Te lo pidió?

—Sí. Me dijo que si quería ser la primera bailarina, debía hacerlo sola. Sin ti.

Melissa vio cómo se le tensaban los hombros, cómo sus ojos se oscurecían y la mandíbula se le endurecía.

—¿Y tú aceptaste?

Ella asintió en silencio.

Él no dijo nada más. Se giró con brusquedad y caminó con paso rápido por el corredor.

Melissa lo habría dejado marchar, pero lo siguió al intuir que iba en busca de Anna. Lo cogió del brazo intentando detenerlo.

—Christopher, no hagas una escena, por favor.

—No voy a hacer una escena. Voy a pedirle explicaciones.

Subió las escaleras sin detenerse y abrió la puerta de la sala de ensayos sin llamar. Anna estaba allí, poniéndose una delgada chaqueta para marcharse. Levantó la vista con calma.

—¿Qué ocurre?

Christopher entró, pero Melissa se quedó a unos pasos de cruzar el umbral, sintiéndose cobarde de repente.

—¿Le diste el papel a Melissa con la condición de que no volviera conmigo?

Anna no respondió de inmediato. Cerró la carpeta y se levantó.

—No sabía que estaba contigo.

—¡Mientes! Responde mi pregunta. ¿Le diste a la Sylphide si...?

—Sí —contestó, sin dejar que repitiera la pregunta.

—¿Y quién te dio derecho?

—El mismo que me da derecho a proteger a alguien que aún no sabe cuánto puede perder.

La miró atónito.

—¿Protegerla de mí?

Anna asintió con firmeza.

—Sí. La Sylphide no puede bailar encadenada. Ni al pasado, ni al amor ni a ti.

El silencio que siguió fue brutal.

Melissa podía sentir la furia y el dolor de Christopher. No tenía que haberlo seguido. Lo sabía, igual que intuía que aquello no iba a ser una simple discusión de trabajo.

—¿Y por qué crees que necesita protección?

—Porque tú no sabes quedarte. No terminas nada de lo que empiezas. Arruinarás su carrera como hiciste con la tuya.

El hombre dio un paso adelante. Su voz se quebró.

—No eres su madre.

Anna lo miró, y entonces, con una calma dolorosa, dijo:

—No. Pero soy la tuya y te conozco demasiado bien.

Melissa se cubrió la boca con la mano. El corazón le golpeaba el pecho como si quisiera salir. Era incapaz de moverse, de respirar, de hacer cualquier cosa que no fuera quedarse allí, en silencio. ¿De verdad era su... madre?

Christopher retrocedió un paso y miró a Anna con frialdad.

—Nunca lo fuiste ni te comportaste como tal.

—Lo hice.

—¡No es cierto! Jamás te has preocupado por mí. ¿Y ahora quieres serlo de Melissa? —prosiguió—. ¿Por qué?

—Porque tú todavía no sabes lo que quieres.

—¿Te parece que no? ¿Acaso no poseo una empresa? ¿No tengo empleados que dependen de mí? ¡Dime cuándo les he fallado!

¿Cuándo ha faltado algo en esta compañía? A ti lo que te duele es que no sea como tú quieres.

Melissa no podía quedarse fuera escuchando a hurtadillas como si nada de aquello la incluyera a ella. Entró despacio, mirándolos a ambos.

—¿Son... madre e hijo?

Anna la miró con resignación. Christopher respiró para calmarse. No quería que Melissa sacara una idea equivocada de su comportamiento.

—Sí. Anna es mi madre.

—Ahora entiendo muchas cosas —murmuró Melissa, estupefacta.

La directora se acercó con una ternura que no había mostrado antes.

—No te pedí que lo olvidaras por crueldad. Te lo pedí porque sé lo que puede hacerte. Lo hizo conmigo.

Christopher la miró con dolor.

—Estás muy confundida. Nunca me viste como a un hijo y aun así te mantuve cerca de mí. Siempre esperando que cambiaras, que no fueras tan egoísta. Te he permitido muchas cosas, he soportado de todo, pero no te voy a consentir que me apartes de Melissa solo por un capricho tuyo.

Diciendo eso, tomó a la joven del brazo y la guio hasta su despacho. Cerró la puerta y se pasó las manos por la cabeza, revolviendo sus cabellos negros.

—Christopher... —empezó ella.

Él la interrumpió. Una luz tenue se filtraba por las ventanas.

—Anna no siempre fue como la conoces —dijo él—. Cuando nací, ella era muy joven, ambiciosa y prometedora, pero no quería ser madre. —Melissa no dijo nada. Solo lo escuchó con atención—. Me dejó con unos desconocidos hasta que se casó con hombre que no

era mi padre. Entonces volvieron a por mí, pero no porque Anna quisiera, sino porque su esposo la obligó. —Se apoyó en el borde del escritorio y bajó la mirada. Respiró hondo—. Para ella, yo era una extensión de sí misma. Me inculcó la danza a los seis años y me enseñó. Me exigía perfección técnica, control, disciplina, pero nunca era suficiente. Nunca lo fui. —Melissa frunció levemente el ceño—. A los diecisiete triunfé y ella ni siquiera sonrió. Solo dijo que el giro final había sido flojo. A los veinte me rompí el tobillo y ella no preguntó si dolía, solo comentó que tenía que bailar en tres semanas. —Se quedó en silencio. Melissa se acercó un poco, aunque no lo tocó. Pero para él, su presencia era suficiente—. Un día me levanté y no quise bailar. Lo dejé.

—¿Y ella? —preguntó la joven, en voz baja.

—No me habló durante un año. Luego, imagino que aceptó lo inevitable.

Melissa bajó la mirada. Después lo observó con tristeza.

—¿Y ahora?

Christopher se incorporó y empezó a caminar despacio por la habitación.

—Pues ya lo has visto. La he mantenido conmigo todos estos años por lástima y por respeto a mi padrastro. Pero está intentando encontrar la forma de seguir dirigiendo mi vida. Ahora, a través de ti.

Melissa se acercó sin decir nada. Esta vez le tomó una mano y acarició su mejilla con suavidad.

Él no pudo contenerse. La había echado mucho de menos todo ese tiempo. La estrechó contra su pecho, la abrazó con fuerza, casi con desesperación, y reprimió las lágrimas que amenazaban con salir. Hundió el rostro en su cuello, buscando refugio, intentando encontrar en ella un lugar donde dejar atrás todo lo que le

provocaba dolor.

—Voy a echarla de la compañía —susurró—. Tenía que haberlo hecho hace años.

Melissa no dijo nada durante un rato y lo sostuvo porque sabía que él la necesitaba justo en ese momento y porque ella también lo precisaba a él. Mientras lo abrazaba, pensó en lo que Anna le había pedido: que lo apartara, que lo dejara fuera, sabiendo que eso les haría daño a los dos. No entendía cómo alguien podía exigir algo así, ni por qué llamarlo «protección». Quizá, pensó, era que en verdad esa mujer no tenía corazón. Pero no por eso Christopher debía abandonarla a su suerte. Ese momento no era el indicado, pero le ayudaría a superarlo y trataría de hacerle entender que no podía echar a Anna de ese modo.

Capítulo 32

La lumbre ardía con fuerza en la chimenea y desparramaba el calor por todo el apartamento del sótano. Melissa se había quedado dormida en brazos de Christopher y él escuchaba su suave respiración, mezclándose con la lluvia al caer.

Habían pasado muchas horas conversando, recostados en el sofá, hasta que los ojos de Melissa se cerraron vencidos por el sueño y el cansancio.

Christopher sabía que tenía que despertarla y acompañarla a la pensión, pero salir a esas horas a la calle suponía que ella enfrentaría las preguntas de sus amigas. También significaba separarse de ella una vez más; y ahora que lo había perdonado, no quería apartarse de su lado.

Temía que al despertarse al día siguiente, su reconciliación no hubiera sido más que una ilusión creada por su mente desesperada.

Ella se movió contra su pecho y Christopher sintió su cálido aliento en el cuello.

—¿Qué hora es? —preguntó la joven, con voz ronca y los ojos cerrados.

Christopher acarició su rostro siguiendo con el dedo las cejas, la

nariz y sus labios.

—Tarde.

—Debería marcharme ya —dijo, tan suave que apenas él pudo oírla—. La señora Grant se enfadará.

Christopher sonrió compasivo.

—No vayas entonces. Quédate aquí conmigo.

Melissa abrió los ojos y se encontró con los de él. Con mucha ternura le tocó los mechones de su frente.

—Sabes que no puedo hacerlo.

—Sí puedes, Melissa. Siempre que estés dispuesta a casarte conmigo ya mismo.

Los labios femeninos se curvaron en una sonrisa mientras sus ojos se cerraban de nuevo, adormilados.

—Estás loco —susurró.

Él se movió ligeramente sobre ella, y Melissa, tomada por sorpresa, ahogó una exclamación y volvió a levantar los párpados.

—Estoy hablando en serio. Quiero que te cases conmigo ya.

—¿Eso es una orden?

Christopher se dio cuenta de que ella bromeaba, pero él no lo hacía. Estaba cansado —harto— de tener que esconderse como dos fugitivos, de ensayos secretos y de devolverla a la pensión por las noches. Harto de no hablar con ella durante meses y solo poder observarla de lejos.

—Sí —asintió—. Es una orden —dijo muy serio.

—Siendo así, no puedo desobedecer a mi jefe.

Después de decir eso, Melissa suspiró y volvió a dormirse. Con una sonrisa plena y satisfecha, él se levantó con cuidado de no aplastarla con su cuerpo y abrió los cobertores de la cama. Luego volvió a por ella, la cogió en brazos y la depositó con cuidado sobre el colchón.

La desnudó despacio para no despertarla y la tapó con las mantas. Hizo lo mismo con sus ropas y se acomodó junto a ella. Aquella iba a ser la primera noche que durmieran juntos hasta que el día despertara, y se prometió que a partir de ese momento siempre sería así.

En esa semana, Christopher empezó con los arreglos de su boda. Melissa seguía pasando las tardes en el apartamento, como siempre, pero al caer la noche regresaba a la pensión. No por distancia ni por falta de deseo, sino porque aún no eran esposos, y en la compañía las lenguas se movían más rápido que los pies. Ella lo había dejado claro: hasta que todo fuera legal, prefería evitar rumores.

A él le costó conseguir toda la documentación de ella, porque la joven no recordaba el distrito en el que había nacido. De modo que el único sitio donde informarse era el orfanato de Hopeless Park.

El edificio del orfanato se alzaba gris y solemne entre los árboles desnudos, con sus muros húmedos y sus ventanas altas como ojos vigilantes. Christopher se detuvo frente a la verja de hierro, con el sombrero en la mano y el corazón algo más inquieto de lo que habría querido admitir. No sabía qué esperaba encontrar allí, pero el nombre de Hopeless Park le parecía ahora más ominoso que nunca.

La directora lo recibió en un despacho austero, con olor a papel viejo y cera de muebles. Era una mujer de edad indefinida, con el cabello recogido en un moño severo y las manos cruzadas sobre el escritorio.

—¿Dice que busca el acta de nacimiento de Melissa Lockwood? —preguntó, sin levantar la vista del cuaderno donde anotaba algo con letra apretada.

—Sí. Necesito saber en qué distrito fue registrada. Ella no lo recuerda —respondió, procurando sonar formal, aunque la

impaciencia le tensaba la mandíbula.

La mujer asintió con un leve movimiento de cabeza.

—La señorita Lockwood fue admitida aquí en el invierno del cincuenta y cuatro. Tenía apenas ocho años y no hablaba mucho.

Christopher tragó saliva. No sabía por qué, pero imaginarla viviendo en aquel lugar le dolía más de lo que esperaba.

La directora se levantó y caminó hacia un archivador de madera. Mientras rebuscaba entre carpetas, habló sin mirar atrás:

—¿Trabaja usted para el señor Talbot?

Christopher frunció el ceño, sorprendido.

—¿Arthur Talbot?

—Sí. El abogado. Es quien vela por los intereses de Melissa desde hace unos meses. Al menos eso dijo él cuando le pregunté el otro día. —Extrajo una carpeta y la dejó sobre el escritorio con un golpe seco.

Christopher no respondió de inmediato. Parecía que el nombre de Talbot lo seguía a todos los sitios.

—No, no trabajo para él —dijo al fin, con voz baja.

La directora lo miró por primera vez, con una expresión que no supo descifrar.

—Entonces es usted quien ha tomado su lugar.

—Espero que sí, porque nos casaremos en breve.

La mujer no dijo más que un simple «ah».

La lluvia no había cesado. Londres parecía envuelta en una melancolía persistente, y Christopher caminaba con paso firme, sin detenerse a pensar demasiado. Podía esperar a ver a Melissa y preguntarle directamente por Talbot, pero no quería molestarla.

El despacho se alzaba discreto en una calle secundaria. La secretaria lo recibió con una mirada inquisitiva, pero no hizo

preguntas y le indicó que pasara.

Talbot estaba de pie junto a la ventana, con las manos cruzadas a la espalda. Se giró al oír la puerta.

—Señor Holt —dijo, sin moverse de su sitio—. Me temo que no puedo hablarle de ninguno de mis clientes. La confidencialidad es parte esencial de mi oficio.

Christopher se quitó los guantes y los sostuvo entre las manos.

—Lo entiendo. Pero Melissa y yo vamos a casarnos.

Talbot parpadeó una vez. Luego se sentó con calma, apoyó los codos sobre el escritorio y entrelazó los dedos.

—No lo sabía —dijo—. La señorita nunca mencionó nada sobre compromisos. —La sorpresa no se disolvió del todo en su rostro. Observó a Christopher con atención, ajustando mentalmente los pocos datos que tenía—. La conozco desde hace unos meses. Me contrató para resolver asuntos legales relacionados con su trabajo y me dio curiosidad. No es habitual que una mujer venga sola, con tanta seguridad, a buscar asesoría. —Hizo una pausa breve—. Dijo que sería famosa, y aunque no terminé de creerle, pensé que se trataba de un entusiasmo pasajero, reconozco que me confundí y se merece todos mis respetos. —Su mirada se volvió más reflexiva y se recostó ligeramente en la silla—. Así que se va a casar con ella. En ese caso, supongo que ya no es un extraño.

Christopher permaneció de pie.

—Desde que se inauguró el teatro hay tres butacas reservadas a su nombre, y sin embargo siempre están vacías. ¿Por qué?

—Figuran a mi nombre, sí, pero no me pertenecen. Son de las señoritas Violet, Camila y Rose Lockwood. Las hermanas de Melissa. Esas butacas están a su disposición.

—¿Ella..., Melissa..., abona esos asientos?

—Por supuesto. —Talbot se levantó y volvió a la ventana. La lluvia

golpeaba el cristal con insistencia—. ¿Hay algo más que desee saber?

—No, gracias. Ha sido muy amable al recibirme.

***

La habitación estaba en penumbra. Las cortinas apenas dejaban pasar la luz de la farola exterior y el silencio era cálido y envolvente. Melissa yacía junto a Christopher, con la cabeza apoyada en su pecho, escuchando el ritmo pausado de su respiración.

La sábana los cubría hasta la cintura y el aire olía a lavanda y a algo más profundo: a piel, a deseo y a descanso.

Habían hecho el amor sin prisa. Sin urgencia. Y ahora, en ese espacio suspendido entre el placer y el sueño, Melissa susurraba:

—Creí que el señor Talbot no podría darte ninguna información sobre mí.

—Sé cómo sonsacar las cosas. —Soltó una risa baja—. En realidad, le dije que nos íbamos a casar.

—No me quitarás esas butacas ahora que sabes que son mías, ¿verdad?

—No. Pero debiste decírmelo. Podría haberte hecho un precio especial.

Sintió cómo ella sonreía sobre su piel.

—Ahora en serio, Christopher. Todavía tienes algo pendiente por hacer.

Él acariciaba su espalda con la yema de los dedos.

—¿Qué?

—Anna —dijo, con suavidad. Él no respondió de inmediato, aunque su cuerpo se tensó un poco. Ella lo notó—. Debes hablar con ella.

—No sé si puedo —contestó, girando el rostro hacia el techo.

—No tienes que hacerlo ahora, algún día. Sé que te hizo daño. —Él se mantuvo en silencio—. Pero también te dio algo. Te dio este mundo. —Christopher cerró los ojos. Melissa se incorporó un poco y lo miró—. No quiero que te cases conmigo con esa herida abierta y que el día que digas «sí» haya una parte de ti que aún esté peleando con el pasado.

Él la miró. Sus ojos estaban húmedos, pero no lloraba.

—¿Y si no sabe cómo pedir perdón?

—Entonces enséñale. Como tú me estás enseñando a confiar.

Christopher la rodeó con los brazos. La atrajo hacia él y la besó en la frente.

—No es tan fácil.

—Solo inténtalo. ¿Lo prometes?

Él tardó en responder, y tampoco lo hizo con palabas, sino con un pequeño movimiento de cabeza. Se quedaron en silencio. El reloj marcaba la medianoche, y afuera la ciudad dormía.

El despacho guardaba un silencio distinto. Las cortinas estaban abiertas y la luz del atardecer entraba con discreción, sin imponerse. Todo estaba en orden: los estantes alineados, los papeles apilados; y sobre el escritorio, una caja de madera con objetos personales que ya no volverían al teatro.

Christopher entró sin llamar. Anna lo esperaba en un sillón, con las manos cruzadas sobre el regazo y el rostro sereno.

—Gracias por venir —dijo ella.

El hombre cerró la puerta tras de sí y permaneció de pie. No se acercó al escritorio ni buscó asiento.

—Melissa me pidió que viniera —dijo sin dureza.

Anna asintió despacio.

—Ella tiene razón —dijo, sin levantar la voz—. Sé que he hecho más daño del que estaba dispuesta a admitir. —Se quedó en silencio un momento, mirando el escritorio, no a él—. Cuando naciste, no sabía qué hacer contigo. No sabía cómo ser madre y no deseaba serlo. Pensaba que la danza era todo. Que el escenario era más importante que cualquier vínculo y que podía llenar cualquier vacío. —Christopher la miraba en silencio—. Cuando volví intenté compensarlo, pero lo hice mal. Quise que fueras impecable, brillante. Pensé que si lograbas destacar, todo lo demás quedaría atrás. Sin embargo, solo te alejé más.

—No era eso —dijo Christopher—. No querías que yo fuera brillante por mí. Querías que lo fuera por ti. —Anna frunció levemente el ceño, pero no respondió—. Pensaste que si yo triunfaba, tú también lo harías. Que mi éxito sería una extensión del tuyo, y que si yo llegaba más lejos, tú podrías seguir sintiéndote parte de algo grande.

—No es verdad —replicó ella, sin dureza, pero con firmeza—. Quería que tuvieras lo que yo no tuve. Quería que fueras mejor.

—Para que tú pudieras reconocerte en mí —insistió él—. Para que no doliera tanto haberlo perdido. —Anna alzó los ojos hasta los suyos—. No me pedías perfección por exigencia, lo hacías por miedo. Porque si yo fallaba, entonces tú también lo hacías, y no podías permitirte eso.

—No lo pensé así —murmuró ella.

—Pero lo sentías.

Anna se levantó. Caminó hacia él con paso lento. Se detuvo cerca, sin tocarlo.

—Tal vez sí —dijo al fin—. Tal vez necesitaba que alguien lo consiguiera. Que no todo se perdiera. No estoy aquí para justificarme y tampoco para que me perdones, solo quería que lo

supieras. —Se acercó al escritorio y apoyó los dedos sobre la caja de madera. La abrió, miró dentro y volvió a cerrarla sin sacar nada—. No me he portado bien... contigo.

Christopher la observó, intentando que la humedad no alcanzara sus ojos.

—¿Por qué ahora?

—Porque te vi con Melissa. He notado cómo os miráis y me he dado cuenta de que si no te dejo sanar, nunca serás libre. Me retiro de la compañía —añadió—. Me iré al campo, a una casa pequeña cerca de los viñedos. Allí quiero aprender a vivir sin telones, sin horarios y sin necesidad de que todo tenga un público. —Christopher no respondió. Se quedó quieto, con los brazos a los lados, sin saber si debía acercarse o mantenerse al margen. Anna se giró despacio, con los ojos más claros que nunca—. ¿Me... me darías un abrazo, por favor?

Él dudó, porque nunca antes lo había hecho. Dio un paso, luego otro, y la rodeó con los brazos, con delicadeza y cuidado. Le pareció extraño, casi ajeno, y al mismo tiempo reconocible. Pensó en cuántas veces habría necesitado ese gesto, y entendió que ya era hora de dejar todo eso atrás.

Anna tembló aliviada.

—Cuando tú y Melissa tengáis hijos —susurró—, quiero conocerlos... como abuela.

Christopher cerró los ojos. La sostuvo unos segundos más.

—Está bien —dijo—. Te los llevaré. —Omitió decir que si eso sucedía algún día, sería en un futuro lejano.

Anna se separó, le tocó el rostro y sonrió.

—Gracias por no rendirte conmigo.

Él tragó con dificultad.

—Gracias por volver.

Capítulo 33

La función había comenzado. El telón se alzó y Melissa se deslizó en escena envuelta en la música, ligera, precisa, con el cuerpo entregado. El teatro respiraba con ella. Cada paso, cada giro, cada suspensión en el aire parecía brotar de un lugar antiguo, uno que conocía bien, aunque no pudiera nombrarlo.

Era la Sylphide, pero no por el traje ni por el maquillaje, sino por la forma en que el mundo desaparecía a su alrededor. James la seguía con la mirada, incapaz de alcanzarla, y ella danzaba para él, para su deseo y su condena. El bosque se volvía más denso; la música, más tenue; y el hechizo se cerraba sobre ambos.

Cuando llegó el momento final, Melissa sintió el peso de las alas que no tenía. Cayó con los brazos abiertos, sin violencia, y el silencio que siguió fue más elocuente que cualquier aplauso. James se arrodillaba junto a su cuerpo, y ella, aún inmóvil, escuchaba la respiración del público, controlada, expectante y rendida.

El telón descendió con lentitud. Melissa seguía en el suelo, con el pecho agitado y los ojos abiertos.

Cuando llegó el momento de la reverencia y el teatro se puso en pie, Melissa salió de nuevo con John, alzó la cabeza y buscó el palco

de Christopher. Él estaba de pie junto a Simon, aplaudiendo con entusiasmo. Ella le sonrió con el pecho aún agitado por la última variación.

Su mirada se deslizó entonces hacia las butacas reservadas para sus hermanas y frunció el ceño al ver que dos estaban ocupadas, pero no por ellas. El corazón le dio un vuelco en el pecho por el desconcierto.

Una mujer alta, de figura espigada y cabello rubio, se había levantado también. No aplaudía con fervor, pero su presencia era imposible de ignorar. Vestía con discreción y aun así se notaba que era una dama. A su lado, un caballero de porte firme y pelo dorado también se había levantado. Había algo en su forma de estar que llamaba la atención. Delgado pero fuerte. No miraba al escenario, sino a la mujer que lo acompañaba.

Melissa no apartó la vista durante unos segundos, pero no porque sintiera curiosidad, sino por extrañeza. Podía ser que no hubieran encontrado ningún asiento libre, pero la cinta dorada no permitía que nadie accediera a esas butacas.

El aplauso seguía, mas ella no lo escuchaba. Sentía una punzada de enfado, aunque no por esas personas, más bien por lo que representaban, pues esos sitios no eran para cualquiera, eran para sus hermanas. Y ahora, dos desconocidos los ocupaban como si no supieran lo que significaban.

Se obligó a sonreír, y tras despedirse se marchó al camerino.

Con el cuerpo agotado se quitó las puntas, se soltó el moño y se sentó frente al espejo, sin saber si debía llorar o reír.

Entonces alguien llamó a la puerta.

—¿Puedo pasar?

Era Christopher. Melissa hizo una señal a Elizabeth para que le permitiera entrar y los dejara. Pero él no venía solo, los dos

desconocidos de la tercera fila lo acompañaban.

Melissa se quedó quieta.

La mujer tenía una belleza serena, más atractiva que perfecta. Ahora pudo ver bien que su cabello, recogido con cuidado, era rubio de un tono cobrizo; los labios, llenos; los ojos, marrones, directos, de esos que no esquivaban la mirada. Llevaba un vestido que dejaba ver la curva suave de una gestación avanzada.

A su lado, el hombre irradiaba una belleza que impactaba. Rubio, de ojos azules, con una expresión que no se podía fingir. Estaba enamorado. Se le notaba en la forma de mirar a la mujer, en la manera en que se mantenía cerca, sin invadir, y en el gesto discreto que parecía protegerla sin esfuerzo.

—Melissa —dijo Christopher—, lady Winterfell quería verte.

La dama dio un paso adelante, con calma. No sonreía, solo sostenía su mirada con una intensidad que parecía exigir algún reconocimiento.

Confundida, Melissa frunció el ceño. Había algo familiar en ella.

—¿Nos conocemos? —preguntó, con cautela.

La mujer bajó la mirada. Luego, con manos temblorosas, llevó los dedos al escote de su vestido. Sacó un pequeño colgante de latón suspendido por una delgada cadena.

Melissa se quedó sin aliento, incapaz de apartar la vista de ella. Solo en ese momento se dio cuenta del lunar que la dama tenía sobre sus labios. Se llevó una mano a la boca y los ojos se le llenaron de lágrimas. Dio un paso adelante. Luego otro. Y entonces la abrazó.

—Violet —susurró—. Eres tú. Eres tú.

La mujer la rodeó con los brazos. No lloraba, pero temblaba como si el cuerpo recordara lo que la mente había querido olvidar.

Christopher se apartó y se quedó junto a lord Donovan Cavendish,

marqués de Winterfell, sin poder evitar sonreír con ternura.

Melissa se separó apenas y miró a su hermana. Le tocó el rostro, el cabello, las manos. Ahora que la tenía delante no sabía lo que hacer, e hizo lo que le pidió el cuerpo. Llorar como una niña pequeña. Violet la encerró entre sus brazos.

—¿Me permite que le muestre el teatro, lord Winterfell? —le preguntó Christopher al marido de su futura cuñada.

El rubio asintió.

—Sí, me gustaría mucho.

Cuando ellos se marcharon, Melissa se tranquilizó y cerró la puerta. Volvió a mirar de nuevo a Violet sin poder creerse que estuviera allí.

—Yo... no sé qué decirte. Estás... estás tan... cambiada. Tan... mayor. —Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano—. Ven, siéntate. —Le ofreció el sillón—. ¡Vaya! Vas a tener un bebé.

Violet no se sentó inmediatamente y de forma instintiva se pasó la mano con suavidad por el vientre. A ella le ocurría lo mismo que a su hermana, que no podía dejar de mirarla.

—Lo siento tanto, Melissa. Quise ir a buscaros, pero...

Melissa la interrumpió agitando la cabeza.

—Lo sé. —Trató de sonreír—. Pero no habríamos podido sobrevivir las cuatro. —Violet asintió—. ¿Sabes algo de Rose y Cami? —preguntó, esperanzada.

—No. Pensé que tal vez tú tendrías contacto con ellas.

Melissa negó con suavidad. Casi obligó a Violet a que se sentara, y ella arrastró la silla de su tocador hasta colocarla frente al sillón.

—Cuéntame de ti. ¿Qué has hecho durante todos estos años? ¿Cómo me has encontrado?

—Eres famosa. —Violet estiró el brazo y tomó su mano con cariño —. Contraté a un detective hace tiempo. Fue él quien descubrió tu

paradero.

Ambas hermanas se entregaron a un intercambio de palabras que no pareció tener fin. Las voces se entrelazaban con la naturalidad de lo que había quedado pendiente, con pausas suaves y gestos que decían más que las frases completas. Melissa escuchaba con atención, a veces con una sonrisa y a veces con los ojos húmedos, al igual que Violet la escuchaba a ella.

El camerino se volvió más cálido y pequeño. El tiempo parecía haberse recogido en torno a ellas, mientras que afuera el teatro seguía con su ruido habitual.

***

Melissa y Christopher se casaron unos días después, en una mañana clara que parecía hecha para ellos. La ceremonia se celebró en una capilla discreta, adornada con flores de temporada y cintas de seda pálida. No hubo grandes alardes ni invitados ilustres, a excepción de los marqueses de Winterfell, que, a pesar de vivir en Surrey, habían alargado su estancia en la ciudad para asistir a la boda y para que pudieran pasar más tiempo juntos.

Melissa lo agradeció. Tener a su hermana cerca de alguna manera la ayudaba a no perder la esperanza de encontrarse algún día con Camila y Rose. No era fácil recuperar el pasado, pero tampoco hacía falta. Los paseos por los jardines, las conversaciones en el salón de la pensión, las tardes entre telas y flores habían tejido entre ellas una confianza nueva. No era la de antes ni la que habían imaginado, pero era cálida y sincera.

Violet la acompañó en los preparativos, le ayudó a elegir las flores y estuvo presente en cada detalle.

Unas horas antes de la ceremonia, en la habitación de la pensión

de la señora Grant, cuando la luz entraba suave por las cortinas, Melissa estaba de pie junto al espejo con el vestido ya puesto, los brazos desnudos y el corazón latiendo a toda velocidad. El escote era discreto, redondeado, y los bordados en el cuello y las mangas apenas rozaban la piel. Martha ajustaba las costuras con dedos pacientes, mientras Ophelia se inclinaba para colocar los broches en la falda. Violet, sentada en el borde de la cama, sostenía el velo entre las manos, esperando el momento justo de ponérselo.

Nadie hablaba y solo se escuchaba el roce de las telas, el crujido de los alfileres y la respiración inquieta de Melissa. Estaba demasiado nerviosa. Más incluso que la primera vez que actuó en público, porque esta vez no se trataba de un papel ni de una escena. Iba a entregarse en cuerpo y alma al amor de su vida.

Sin pensarlo empezó a tararear. Era apenas un murmullo, pero Violet levantó la cabeza al reconocerla, y sin decir nada, comenzó a cantar también la melodía que su madre les había enseñado.

Su voz era clara, templada, como si no hubiera pasado el tiempo. Melissa la miró sorprendida y luego sonrió. Se unió a ella y cantaron juntas en voz baja, mientras Martha y Ophelia seguían trabajando sin interrumpirlas. No era una canción alegre ni triste, pero era suya, y en ese momento lo fue más que nunca.

Cuando terminaron, Violet se levantó y caminó hacia ella. Con cuidado le colocó el velo sobre el moño bajo, lo acomodó con las manos y le dio un beso en la frente.

—Estás preciosa —dijo—. Mamá habría estado orgullosa de ti.

Melissa no respondió, se llevó la mano a su colgante y lo apretó entre sus dedos, como si de ese modo pudiera estar más cerca de ella.

Entre los invitados, la mayoría compañeros del teatro y amigos de la compañía, se encontraban la señora Grant y su sobrina. También

estaba Anna, sentada en la primera fila, con un vestido sencillo de lino verde, el cabello recogido y las manos entrelazadas sobre el regazo.

Melissa caminó hacia el altar con un vestido de muselina marfil, ligero como el aire, con bordados delicados en el cuello y las mangas. No llevaba joyas ni artificios y sostenía un pequeño ramo de lilas y madreselvas entre las manos. A su lado, Violet la acompañaba del brazo, con un vestido azul y los ojos brillantes.

Cuando llegaron donde todos esperaban, Violet le apretó la mano con suavidad, le susurró algo que solo ella escuchó y se retiró en silencio hasta la primera fila junto a Donovan, que la recibió con una sonrisa tranquila y le tomó una mano.

Christopher esperaba a Melissa, ansioso. Estaba muy guapo con un traje azul oscuro, chaleco de brocado gris perla, camisa blanca de cuello alto y guantes de gamuza clara. En su rostro no había sorpresa ni nerviosismo, solo una calma profunda. Por fin había llegado el momento que tanto había esperado. Y aunque lo había imaginado muchas veces, nunca habría creído que acabaría casándose con la diablesa que lo había reprendido en un mercado, mucho tiempo atrás.

La ceremonia fue breve. Bastaron unas palabras suaves, promesas sinceras, y un beso que hizo suspirar a más de una bailarina.

Después hubo un almuerzo en el jardín trasero del teatro. Habían colocado mesas largas cubiertas con manteles de lino, y sobre cada una descansaban pequeños ramos de lavanda que perfumaban el aire. Entre los árboles colgaban guirnaldas de flores blancas, y los compañeros tocaban música con lo que tenían a mano. Se sirvió vino dulce, se compartieron platos, hubo abrazos, risas, y brindaron sin discursos ni formalidades. Todo era sencillo, alegre y lleno de cariño.

Cuando el sol comenzaba a caer y las sombras se alargaban sobre el jardín, Anna se acercó a Melissa. Caminaba despacio, con las manos entrelazadas y la mirada fija en ella. Se detuvo a medio paso.

—Me tengo que marchar ya, antes de que se haga muy tarde. Gracias por invitarme.

Melissa asintió. Había sentido que debía hacerlo, aunque Christopher no lo entendía. Para él aquello era un momento íntimo, suyo, y no veía por qué Anna debía estar presente. Pero la mujer, a pesar de su carácter, no se había portado del todo mal con ella. Puede que se hubiera pasado con las condiciones impuestas para ser la Sylphide, creyendo que de ese modo la protegía; sin embargo, nunca le había causado ningún mal. No podía olvidar que ella había despedido a Mary Jane por tratar de acusarla.

—Tenía que estar aquí. Es de la familia.

—Christopher no podría haber elegido mejor.

Melissa tomó sus manos y asintió. Esa mujer seguía imponiéndole respeto, pero suponía que eso cambiaría con el tiempo.

—Espero que tenga buen viaje —contestó la joven—. Ya sabe que puede venir al teatro siempre que quiera. —Se inclinó hacia ella un poco—. Sería bueno que viera todos los estrenos y nos diera su opinión.

Anna curvó los labios en una sonrisa. No una que llegara a sus ojos, pero para Melissa era un buen comienzo. Anna era así y no cambiaría nunca.

—Procuraré hacerlo. Cuídate, Melissa —dijo ella, antes de girarse.

Su nuera la vio alejarse entre los invitados con el paso firme y la espalda recta.

En otro rincón del jardín, mientras algunos invitados charlaban bajo las guirnaldas, Simon tropezó con Ophelia. Ella llevaba una bandeja

con copas vacías y él se apresuró a ayudarla antes de que cayeran al suelo. No fue nada especial, solo un gesto rápido, pero se quedaron hablando. Primero, del vino; luego, del repertorio; después, de cosas pequeñas que se dicen sin pensar.

Simon la escuchaba con atención, y por primera vez en mucho tiempo no pensó en Mary Jane.

Ella se había ido sin despedirse.

Mientras caminaba junto a Ophelia hacia la mesa de los postres, pensó que era hora de mirar hacia adelante. Porque la vida solo se vivía una vez y porque había personas que no sabían cuidar lo que se les ofrecía.

Ophelia le sonrió al despedirse y Simon se quedó un momento mirándola. No sabía en qué iba a terminar, pero le daban ganas de volver a hablar con ella.

Epílogo

Desde la boda, los días empezaron a deslizarse con otra cadencia. Melissa y Christopher vivían en el apartamento del sótano, entre rutinas compartidas que no necesitaban grandes gestos. Entre ellos había una ternura constante, una forma de mirarse que expresaba todo lo que ya no hacía falta decir.

Christopher se había convertido en su mayor admirador. No solo la observaba desde el patio de butacas, sino que la acompañaba en los ensayos y en los silencios entre escena y escena. A veces, cuando ella terminaba una variación especialmente difícil, él aplaudía sin ruido, solo con los ojos.

La compañía había recibido a una nueva profesora, madame Lefèvre, una mujer menuda y exigente que hablaba poco, pero corregía con mucha precisión. Olga, la rusa, había tomado el papel de Effie con una intensidad que sorprendía incluso a los más veteranos.

Las ofertas para Melissa empezaron a llegar a finales de verano. Cartas de teatros de Viena, de Berlín, incluso de San Petersburgo. Algunas eran elogiosas; otras, simplemente prácticas. Ella las leía en voz alta mientras preparaban la cena, y Christopher respondía con

una sonrisa.

—¿Y qué les decimos? —preguntaba ella, divertida.

—Que la esposa del dueño de la compañía no se marcha —indicaba él, sin levantar la vista de la sartén.

—Ni aunque le ofrezcan un palacio.

—Ni aunque le prometan París.

París ya lo habían tenido. Una semana, justo después de la boda. Pasearon por los bulevares, comieron en terrazas diminutas, se perdieron en librerías y museos, y durmieron en una habitación con cortinas de lino y ventanas que daban a un patio lleno de glicinas. No fue una luna de miel grandiosa, pero sí suficiente. Melissa había bailado descalza en la habitación, y Christopher la había dibujado en una hoja de papel de carta que aún guardaba en el cajón de su escritorio.

Septiembre llegó sin anunciarse, con días más cortos y ensayos más intensos. El teatro seguía latiendo y ellos con él.

***

Melissa llevaba semanas sintiéndose extraña. No era dolor ni un malestar claro, pero sí una incomodidad persistente, una fatiga que no se explicaba y la sensación de que su cuerpo ya no le pertenecía del todo. Se lo mencionó a Violet en una carta, sin darle demasiada importancia, como quien cuenta que ha dormido mal o que se le ha ido el apetito.

La respuesta llegó unos días después, escrita con la letra firme de su hermana y sin rodeos.

> Querida Melissa,
> Estoy muy feliz. De verdad. Aunque agotada, no te voy a

mentir. Te echo muchísimo de menos y tengo unas ganas enormes de volver a verte, pero por ahora me es imposible ir a Londres. Las cosas aquí están algo revueltas.

Estoy buscando una niñera y ya no sé cuántas entrevistas he hecho. Donovan no parece entusiasmarse con ninguna. A todas les encuentra alguna pega, y yo empiezo a pensar que no quiere que nadie lo cuide más que yo.

Por cierto, creo que he encontrado una pista sobre Rose.

En cuanto a tus preocupaciones, ve al médico. No lo dejes pasar.

Cuídate.

Violet

Melissa leyó la carta despacio, deteniéndose en cada palabra. Cuando llegó a la línea sobre Rose, se le aceleró el corazón. No era una certeza, pero bastaba con que Violet lo creyera posible. Se le iluminó la cara. Cerró los ojos un momento y se permitió imaginarla viva y a salvo.

En cuanto a lo de ir al médico, lo hizo. El doctor la atendió con amabilidad, le hizo preguntas, le tomó el pulso y luego la miró con una sonrisa.

Estaba embarazada.

Melissa al principio se quedó en silencio, porque no lo esperaba. No quería tener hijos e incluso lo había dicho muchas veces cuando las compañeras le preguntaban. Pero al salir de la consulta, mientras caminaba por las calles húmedas, empezó a aceptar la idea. No sintió alegría repentina ni miedo; sin embargo, sí una curiosidad nueva, una ternura que no venía de ninguna parte concreta y que se instaló en ella sin poder evitarlo.

Christopher la observó desde el otro lado del camerino. Melissa estaba sentada frente al espejo, con las manos quietas sobre el regazo y la vista perdida en el reflejo.

Se acercó sin hacer ruido, se agachó a su lado y le rozó el brazo.

—¿Estás bien?

Melissa giró la cabeza y lo miró con una sonrisa.

—Estoy bien —dijo.

Él no la creyó del todo, pues la había encontrado extraña todo el día, pero tampoco insistió. La conocía lo suficiente para saber cuándo no debía preguntar.

Melissa abrió la boca, a punto de decirlo. De contarle lo que había descubierto esa misma mañana, pero en ese momento alguien entró corriendo.

—John se ha torcido el tobillo. No puede subir al escenario.

Christopher se incorporó de golpe y Melissa también. La función iba a empezar en diez minutos y sin el solista masculino no podían hacer nada.

El hombre fue el primero en llegar al pasillo trasero, donde John estaba sentado en el suelo con el tobillo envuelto en una toalla húmeda. Tenía la cara pálida y los dientes apretados.

—¿Puedes moverlo? —le preguntó, agachándose a su lado.

John negó con la cabeza. El pie estaba torcido hacia afuera y el dolor le subía por la pierna como una corriente eléctrica.

Simon apareció unos segundos después, con el ceño fruncido y las mangas arremangadas.

—No hay forma —dijo, tras echar un vistazo rápido—. No puede subir al escenario así ni aunque lo sujeten.

Christopher se pasó una mano por el rostro. Miró hacia el escenario, donde los músicos afinaban, y luego volvió a mirar a John.

—¿Y si lo cubrimos con una escena más corta? —preguntó, sin mucha convicción.

Simon negó.

—No funcionaría. La coreografía es demasiado central.

El señor Holt asintió despacio. Ya lo sabía, pero solo necesitaba oírlo en voz alta.

Se incorporó, dispuesto a ir hacia el escenario para anunciar la suspensión. Pero antes de dar un paso, sintió una mano en el brazo.

—Espera —dijo Melissa—. Necesito que sepas algo, Christopher.

Él frunció el ceño.

—¿No puede esperar, cariño? John...

Ella sacudió la cabeza.

—Tienes que hacerlo tú.

Christopher la miró, desconcertado.

—¿Yo?

—Sí. Sal conmigo.

—No. No soy bailarín.

—Lo eres —respondió ella sin apartar la vista, implorándole con los ojos.

—No tengo el entrenamiento. No puedo salir ahí y fingir que soy James.

—No quiero que finjas —dijo Melissa—. Quiero que bailes conmigo una última vez.

Él frunció el ceño, sin entender.

—¿Una última vez?

Melissa bajó la voz.

—El médico me lo va a prohibir. En unos meses no podré volver a hacerlo. —Se tocó el vientre con una mirada significativa.

Christopher se quedó quieto, sin respirar, sintiendo como el aire abandonaba sus pulmones de golpe. La miró como si no hubiera

oído bien. Luego sus ojos se abrieron y la expresión le cambió por completo.

—¿Estás encinta?

Melissa asintió.

—Estamos esperando un hijo. —Se encogió de hombros—. Ya ves. Violet me dio envidia.

Él soltó el aire, dejó escapar una fuerte carcajada al tiempo que la tomaba por la cintura y la besaba en la frente. Después la abrazó largo, sin prisa, disfrutando de su calor.

—Entonces bailaré —susurró contra su oído—. Pero te aseguro que no será tu última danza.

Melissa sonrió con los ojos llenos de amor. Christopher la miró un segundo más, queriendo guardar ese instante entero en su memoria, y luego la besó en los labios. No fue un gesto rápido ni ceremonioso. Fue un beso lento, firme, lleno de todo lo que habían vivido y de todo lo que todavía les quedaba por vivir. Un beso que cerraba parte de una historia y abría otra.

Y así terminó. Con música, con luz, y con ellos dos en el centro del escenario del Alhambra.

Fin

Nota de la autora

Esta novela ha sido un viaje lleno de emoción, dudas, descubrimientos y momentos que me han acompañado durante mucho tiempo. Si en algún punto me he tomado alguna licencia histórica o narrativa, ha sido siempre por el bien de la historia, por lo que pedía cada escena, cada personaje y cada gesto.

He disfrutado profundamente escribiéndola. Me ha dado la oportunidad de explorar el amor, la espera, la danza, y todo lo que se mueve en silencio entre las personas. Espero que quienes la lean encuentren algo que los toque, aunque sea una frase, una mirada o una nota.

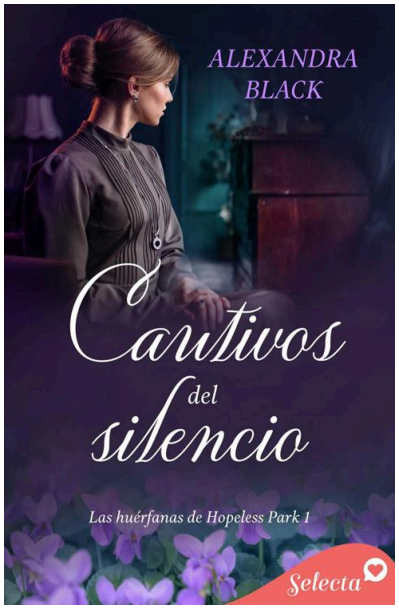
Y si al terminar sienten curiosidad por el ballet que recrean los protagonistas, les recomiendo ver *La Sylphide*. Es una obra delicada, llena de atmósfera, de deseo y de pérdida. Una danza que, como esta historia, habla de lo que se escapa y de lo que se queda.

Gracias por acompañarme.

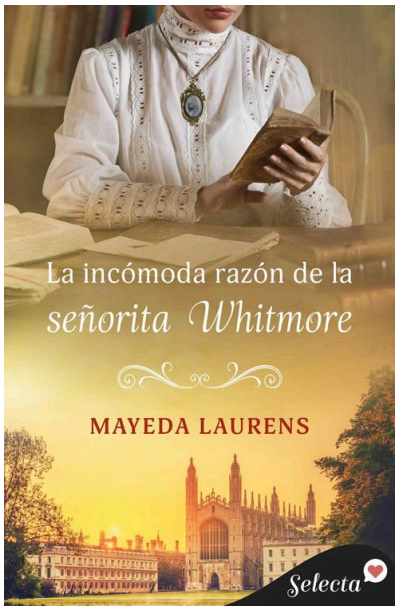
Si te ha gustado

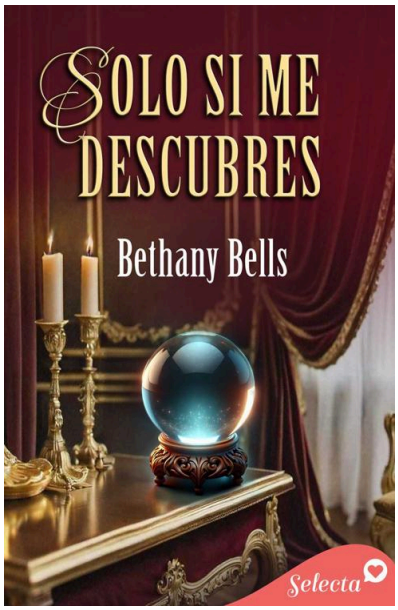
La última danza

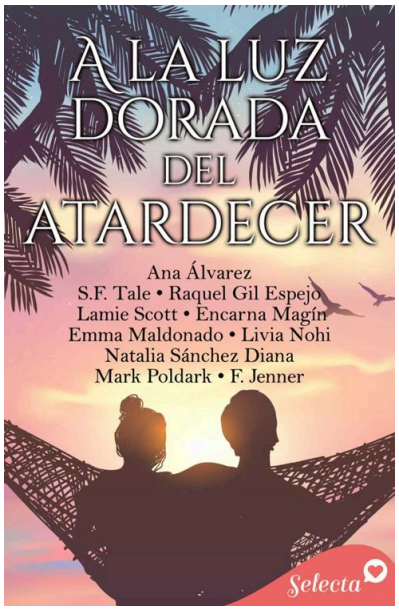
puedes disfrutar de estas

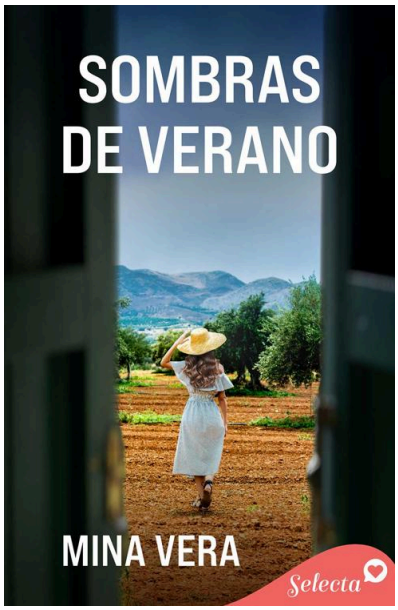





La incómoda razón de la
señorita Whitmore
MAYEDA LAURENS
Selecta


SOLO SI ME DESCUBRES
Bethany Bells
Selecta


A LA LUZ DORADA DEL ATARDECER
Ana Álvarez
S.F. Tale • Raquel Gil Espejo
Lamie Scott • Encarna Magín
Emma Maldonado • Livia Nohi
Natalia Sánchez Diana
Mark Poldark • F. Jenner
Selecta


SOMBRAS DE VERANO
MINA VERA
Selecta


UNA ATREVIDA Y DULCE VENGANZA
EVANGELINE CRUZ
Selecta


MAYEDA LAURENS · SANDRA BREE
EVANGELINE CRUZ · JULIANNE MAY
ARLENE SABARIS · CLAUDIA CARDOZO
ISABEL JENNER · RAQUEL GIL ESPEJO
NIEVES HIDALGO
Un beso a la luz de la luna
Selecta

En un mundo donde los sueños pueden convertirse en el único camino hacia la esperanza, Melisa Lockwood lucha por la fama para reencontrarse con su familia.



En el Londres de 1854, la joven Melisa Lockwood pierde a sus padres por el cólera y es separada de sus hermanas al ingresar en un orfanato. Con un talento innato para el baile, sueña con la fama como su única esperanza de reunir a su familia. Al salir, consigue trabajo en una compañía de danza, donde su perseverancia la impulsa a convertirse en segunda bailarina.

Christopher Holt, el enigmático dueño de la compañía, se ve atraído por la determinación de Melisa y decide ayudarla a perfeccionarse, aunque un secreto los ata en formas que ella

desconoce. A medida que su relación evoluciona de la amistad al amor, los sueños de Melisa y los obstáculos impuestos por una estricta profesora ponen a prueba su destino.

¿Logrará la fama sin perderlo todo? ¿O su búsqueda de sus hermanas la alejará de Christopher para siempre?

Sandra Bree es una escritora madrileña, madre de tres hijos y ávida lectora de novelas románticas. Y es en este género en el que ha desarrollado su carrera literaria.

Sandra ha escrito desde siempre, pero no se había atrevido nunca a compartir con nadie ninguna de sus obras hasta que se decidió a hacerlo a través de una web de novela romántica. A partir de entonces la escritura pasó de ser una afición a ser una profesión. Sus libros se ambientan en todos los subgéneros: histórico, actual, suspense, comedía…

De entre sus novelas hay que destacar ***¿Y sí nos lo montamos juntos?, Y de repente llegaste tú, La princesa y el comandante, Corazón de pirata***, o sus obras pertenecientes a diferentes series: de Minstrel Valley, ***La última oportunidad de la señorita Grenfell***, de Ebrias de amor, ***Chus y vino... Bálsamo divino*** y de Un cuerpo muy especial, ***Un geo para mi body***.



Edición en formato digital: noviembre de 2025

© 2025, Sandra Bree
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-09-5

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Personaje de *Juego de tronos*.

Índice

La última danza
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Nota de la autora
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Sandra Bree
Créditos
Notas